

CATA KAOE



No me
CONOCES,
pero soy

TU MEJOR
amigo



ALFAGUARA

Índice

Cubierta

Capítulo 1. Día cero

Capítulo 2. ¿Qué está pasando?

Capítulo 3. Ley del hielo

Capítulo 4. Disculpas

Capítulo 5. Investigación

Capítulo 6. Evidencia

Capítulo 7. Trampa

Capítulo 8. Búsqueda

Capítulo 9. Entrando en calor

Capítulo 10. A prueba

Capítulo 11. La excusa perfecta

Capítulo 12. Encuentros cercanos

Capítulo 13. Retirada

Capítulo 14. ¿Más que amigos?

Capítulo 15. Apariencias

Capítulo 16. Tomando la iniciativa

Capítulo 17. Persona non grata

Capítulo 18. Leña al fuego

Capítulo 19. Efectos secundarios

Capítulo 20. Desolación

Capítulo 21. Elefante en la habitación

Capítulo 22. Reacción química

Capítulo 23. Trinidad

Capítulo 24. Reacción física

Capítulo 25. Día cero

Capítulo 26. Levántate (y anda)

Capítulo 27. Punto ciego

Capítulo 28. Verdad o consecuencias

Capítulo 29. Número desconocido

Capítulo 30. Café con leche

Capítulo 31. Beneficio de la duda

Capítulo 32. A escondidas

Capítulo 33. Deseos ocultos

Capítulo 34. Despertando sospechas
Capítulo 35. Miradas indiscretas
Capítulo 36. Pensamiento recurrente
Capítulo 37. Opuestos equivalentes
Capítulo 38. Gran hermano
Capítulo 39. Fashion Emergency
Capítulo 40. El Tri
Capítulo 41. Ruleta rusa
Capítulo 42. Déjate llevar
Capítulo 43. Lo que me hiciste hacer
Capítulo 44. Pieza oscura
Capítulo 45. Ahora o nunca
Capítulo 46. No te vayas
Capítulo 47. ¿Dónde estás?
Capítulo 48. Revelaciones
Capítulo 49. Lo que nunca te dije
Capítulo 50. Todo lo que siempre quise oír
Capítulo 51. Cuenta regresiva
Capítulo 52. Reset
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

*A mi mamá, Marco y Sebita,
mis razones de existir*

Acompaña la lectura de esta novela escuchando la lista
«No me conoces, pero soy tu mejor amigo» #NMC

Disponible en:

*Only miss the sun when it starts to snow.
Only know you love her when you let her go.*

And you let her go...

Solo extrañas el sol cuando comienza a nevar.
Solo sabes que la amas cuando la dejas ir.

Y la dejaste ir...

Passenger, «Let Her Go»

Capítulo 1

Día cero

Alex

Todo acerca de ella me irrita. Lo ruidosa que es, lo pegote. Un real fastidio. Lo de acercarse a cualquier extraño y saludarlo. Lo de hacerme quedar en ridículo cuando estamos en grupo o que se ponga a cantar o bailar frente a todos. Lo de llegar atrasada a cualquier compromiso y nunca urgirse por ello. Admito que a veces me gustaría ser tan relajado como ella. Pero la mayor parte del tiempo me resulta agotadora.

En lo posible, intento no pasar mucho tiempo a su lado, pero es inevitable. Somos compañeros de curso y parecemos coincidir en todo. Por más que procure alejarme el destino me la devuelve como un búmeran. Cada vez me pilla de sorpresa y sin tener la destreza necesaria para recibirla, siempre me golpea el punto más vulnerable de mi cabeza.

Quizás hay quienes se preguntan cuál es nuestra verdadera relación o por qué, si siento esto, sigo junto a ella. Solo puedo decir que somos amigos desde que tengo memoria, porque así me tocó, no porque yo lo decidiera. Es mi amiga porque me rendí a su amistad. Y para qué estamos con cosas, no soy una persona muy sociable, así que contar al menos con la amistad de Solae resulta bastante útil en algunos casos.

No estoy diciendo que todo acerca de ella sea malo. Es solo que muchas de sus actitudes molestas se me hacen difíciles de ignorar, como si gritaran directamente en mis oídos, mientras que sus puntos a favor fueran un susurro tímido desde la distancia. Y eso sería lo único tímido en ella.

—¿En qué piensas? —me pregunta con una voz tan alta que pisotea mis pensamientos y me siento violentado. Cuando nos preguntan esas cosas tan de repente es muy probable que respondamos que nada, simplemente porque acaban de ahuyentar cualquier vestigio de pensamiento dentro de nuestras cabezas.

No respondo y Solae no insiste, lo que igual me parece extraño.

Con ella agarrada de mi brazo, como suele hacer, nos vamos caminando rumbo a nuestras respectivas casas. Vivimos cerca, así que también me toca acompañarla de ida y vuelta al colegio, no vaya a ser que algún ladrón o perverso se atreva a acercarse a un ser tan «indefenso» como ella. Quizás en el fondo la acompaño para ponerme yo a salvo de cualquier ser indeseable que ose aproximarse.

Seguimos nuestro camino en un silencio inusual, el que al poco rato es interrumpido por una nueva intervención de su parte.

—¿Vas a hacer algo hoy? —me pregunta animosa, soltando mi brazo y poniéndose justo frente a mí, lo que me obliga a detenerme en seco para evitar chocar contra ella. Su cara se encuentra a pocos centímetros de la mía, tan cerca que puedo sentir el olor de su champú, lo que me pone entre nervioso e incómodo.

—No creo. Estoy cansado —le respondo girando la cara, deseando que no insista, pero continúa.

—Ok, pero el domingo sí, ¿verdad? Recuerda que tenemos que estudiar para el examen del próximo viernes.

—¡No, Solae, el domingo tampoco puedo! —le respondo cortante y la rodeo para seguir caminando, sin mirarla a los ojos. Lo único que quiero era llegar a mi casa y pasar un fin de semana tranquilo y en soledad. Tanta interacción social entre el colegio y mi amiga termina agotando.

Cuando me doy cuenta de que Solae se ha quedado atrás, volteo para mirarla, extrañado.

—No importa, creo que es mejor así —dice ahora con tono serio y la vista fija en el camino, retomando el paso hasta alcanzarme. No parece afectada ni molesta, pero podría jurar que la distancia entre los dos ha aumentado.

Me cuesta mucho imaginar qué es lo que pasa por la cabeza de Solae. Siento que siempre está improvisando situaciones, preguntas y actitudes. Parece regirse por un patrón caótico que no me permite predecirla. No sabría si poner eso en la lista de sus pros o de sus contras, pero en este momento, me inclinaba más por lo segundo.

Nos detenemos frente al semáforo que está a dos cuadras de donde nos separamos, esperando la luz verde en silencio. Solae parece ensimismada y yo... bueno, yo también. No estoy acostumbrado a tanta tranquilidad a su lado, así que algo preocupado me tiene.

Antes de que la luz cambie, Solae empieza a cruzar con paso firme. No viene nada por la calle, pero igual no me apetece atravesar aún. Uno nunca es suficientemente precavido.

—¡Solae! —le grito, llamándole la atención para que tenga cuidado, pero no me responde—. ¡Solae! —insisto, cuando ya casi está por llegar a la otra vereda y por fin el semáforo da luz verde. Ante mi segundo llamado gira la cabeza, pero un chico que va cruzando en dirección contraria la empuja, pasándole a llevar con fuerza su hombro.

—Oh, no —pienso. Acá se va a armar la grande.

Solae dirige su atención al chico en cuestión, que debe tener nuestra misma edad, y se queda con la vista fija en él. Es alto y rubio y aunque sé que ella no siente ninguna atracción por los chicos de pelo tan claro, hasta yo soy capaz de reparar en su atractivo. El tipo es tan exageradamente guapo que parece una celebridad. Pero como yo tengo una sólida preferencia por las mujeres, su apariencia solo me genera un gran brote de anticuerpos.

Él le sonríe, le gui a un ojo y sigue su camino con despreocupación, mientras que Solae, luego de despertar de su aturdimiento, también sigue caminando como si nada hubiese ocurrido. Yo contemplo la escena un poco desconcertado. La Solae que conozco lo hubiera increpado a gritos, lo hubiera subido y bajado hasta que le pidiera disculpas de rodillas. Más aún tratándose de un tipo presumido como aquel, justo la clase de personas que ella no soporta; pero me asombro al no ver reacción alguna de su parte. La llamo para que me espere, y en cambio me grita que nos veremos el lunes en el colegio. Luego acelera el paso y se aleja hasta perderse de mi vista.

Puedo jurar que es casi como si estuviese huyendo de mí.

Capítulo 2

¿Qué está pasando?

Empezaba una nueva semana y me levanté temprano, como siempre, para ir a la escuela. Había disfrutado de un par de días inusualmente tranquilos, sin noticias de Solae. Tanta paz no me dejaba de resultar extraña.

Sentado en el comedor de la cocina, ya vestido y tomando desayuno, observaba con desgano el estresante ritual matutino de mi hermana menor, Paula que, aún en pijama, recorría la casa en cámara rápida, alternando las tareas de vestirse, mordisquear un pan y preparar su mochila.

Tratando de ignorar su ansiedad, le di el último sorbo a mi té, mientras esperaba como de costumbre a que sonara el timbre de casa. Ya casi era hora. Todos los días Solae me venía a buscar para irnos juntos al colegio. Aunque para todo lo demás solía ser muy impuntual, cada mañana, de lunes a viernes, sin excepción, aparecía a las 7.40 am frente a nuestra reja y se pegaba tocando el timbre hasta que alguien le abriera. Pero esta mañana aún no había señales de ella.

Miré el reloj de la pared y lo comparé con el de mi móvil para comprobar que no se hubiese roto. Fruncí el ceño al ver que mi hermana aparecía ya vestida y casi lista frente a mí, mientras a saltitos embutía sus pies dentro de sus zapatos y se lavaba los dientes al mismo tiempo.

—Wow, hoy por fin te gané. ¿Y Solae? —me preguntó enjuagándose la boca en el lavaplatos, ya lista para correr una carrera hacia el colegio.

—Viene atrasada —le respondí restándole importancia, y Paula se fue sin hacer más preguntas. Las pocas veces que Solae se había enfermado, me había avisado con anticipación (a pesar de nunca habérselo pedido). Pero ahora no tenía ningún mensaje de ella (ni de nadie) en mi celular y desde luego no le escribiría preguntando.

7.46 am.

Decidí esperarla unos minutos más y, por cada nuevo segundo que pasaba, mi nivel de estrés crecía una décima junto con mi arrepentimiento. Al final, logré soportar (con mucho esfuerzo) unos eternos cinco minutos, pero la ansiedad que me generaba no llegar a la hora fue mucho más fuerte. No tenía por qué esperarla. ¡No sabía por qué la seguía esperando!

Ya con apenas diez minutos para llegar a tiempo al colegio, agarré mi mochila y partí corriendo, recordando, muy a mi pesar, que justo las clases las iniciaba *Big* Alicia. Definitivamente era el peor día para llegar atrasado.

—¡Maldición! ¡Maldita Solae, te maldigo!

Casi sin oxígeno y empapado por haber subido corriendo los tres pisos hasta nuestra sala, logré

llegar a las 7.59 am, aliviado de no haber interrumpido mi impecable historial de puntualidad.

Ya estaban casi todos adentro, salvo unos pocos rezagados que se paseaban o conversaban en el pasillo apoyados en el balcón. Entre ellos me llamó la atención un chico muy alto que conversaba con mucha familiaridad con Trinidad, una de las compañeras más populares de nuestro curso. El chico estaba de espaldas, pero por su cabello rubio, casi platinado, podía estar seguro de que nunca lo había visto antes en el colegio.

Entré a la sala, recuperando poco a poco un ritmo normal de respiración y para mi sorpresa noté que rodeando el puesto de Solae estaban Micaela, Daniela y Francisca hablando muy animadas entre chillidos agudos varios. Aún sin estar muy seguro de si Solae era parte de la reunión o no, me acerqué a mi asiento que se ubicaba justo a su lado izquierdo. Ahí estaba mi amiga, y no se veía precisamente enferma. Se reía y celebraba un adorable mini pulpo de peluche con corbata que acababa de desenvolver, mientras sobre su mesa se amontonaban unos cuantos regalos más a la espera de ser abiertos.

—Oh, mierda...

Solae me miró por un instante y luego siguió charlando como si yo no estuviera presente. No podía culparla. Acababa de darme cuenta de lo idiota que había sido con ella el viernes al rechazar dos veces la invitación de ir a su casa el fin de semana.

Entre las mil peculiaridades de mi amiga, una bien particular era celebrar su cumpleaños solo a partir de la hora en que nació, es decir, a las seis de la tarde, y había dejado establecido que nadie podía saludarla antes de esa hora, so pena de muerte o alguna otra sentencia de severidad similar. Cada año celebrábamos juntos el inicio de su cumpleaños y por eso me había invitado sutilmente a su casa a «estudiar» ese día. Y yo no solo lo había olvidado por completo, sino que, por si eso fuera poco, le había gritado que no podía, y mejor ni hablar de mi inexistente regalo de cumpleaños. Me esperaba lo peor.

—Vayan sentándose rápido, que no tengo todo el día.

Nuestra profesora jefe, la corpulenta señorita Alicia, alias *Big Alicia*, hizo su entrada a la sala cerrando la puerta bruscamente tras de sí, con su semblante estricto y seco de siempre.

—Señor Álex Romandí, ¿sería tan amable de sentarse para permitirnos comenzar la clase?

A su llegada todos habían corrido a tomar sus ubicaciones salvo yo, el único idiota que figuraba parado junto a su puesto, con la mochila todavía en la espalda. Me apresuré a sentarme, en medio de un par de risas de fondo, mientras Solae, a mi derecha, me seguía ignorando olímpicamente. Parecía que esta vez en verdad estaba muy enojada.

Como de costumbre, la clase dio inicio con nuestra profe pasando lista de asistencia, pero fue antes de llegar a mi apellido que se detuvo en un nombre que yo jamás había escuchado y, al parecer, por su cara, ella tampoco.

—¿Ris-sey... Anton? —preguntó mirándonos con el ceño fruncido, para que nos dignáramos

responderle—. El señor Anton Riskey —repitió, y esta vez todos nos miramos con extrañeza. Busqué la atención de Solae, pero ella miraba hacia el otro lado, sin darse por aludida.

Big Alicia repitió el nombre por última vez, golpeando su escritorio con impaciencia, y cuando ya molesta iba a pasar al siguiente, se abrió la puerta.

Sin siquiera pedir permiso, el misterioso chico rubio que había visto un poco antes en el pasillo hacía su entrada triunfal a la sala. No pude evitar compadecerme de él por su desafortunado atrevimiento.

Al verlo ahora de frente, me resultó extremadamente familiar, haciéndome escarbar entre mis recuerdos más recientes. ¿Dónde lo había visto antes? Más alto que cualquiera de nosotros, cabello con corte de ídolo pop, cara digna de aviso publicitario y demasiado guapo para ser hombre. ¡El idiota que había chocado contra Solae el viernes!

—Presente, señorita Alicia —dijo sonriendo despreocupado—. Por favor, disculpen el retraso, tuve un problema en el camino —añadió, ahora dirigiéndose a nosotros, mientras nos saludaba con la mano.

—¿Un problema en el camino? ¡Si todo este tiempo estuvo afuera de la sala! —musité para mis adentros, pero al parecer su descaro solo me molestaba a mí, ya que las hormonas de mis compañeras (y alguno que otro compañero) parecían dispararse sin disimulo.

Por su parte, miss Alicia aún no reaccionaba ante la interrupción. Se había quedado perpleja, como si alguien le hubiese apretado pausa. Luego de unos segundos, como si nada extraño estuviese pasando, y muy al contrario de lo que haría con cualquier otro alumno, lo invitó a entrar con amabilidad.

—Claro, Anton, no hay problema, por favor ve a tu asiento —le indicó, apuntando hacia un puesto desocupado.

Anton se internó en la sala y se instaló donde, en efecto, había un asiento libre, a la derecha de Solae, el que extrañamente nunca antes había notado. Luego de poner su mochila en el respaldo de la silla, se inclinó hacia ella y le dijo algo en voz baja que no logré escuchar. Solo sé que la sonrisa que le dedicó no me gustó nada.

Para mi sorpresa, después de esta insólita interrupción, la clase continuó con total normalidad. Incrédulo, examiné a los demás buscando reacciones similares a la mía, o al menos la atención inicial de mis compañeras al verlo, pero ahora todos estaban inusualmente atentos a lo que fuese que estuviera hablando *Big Alicia*. Ni Solae ni ningún otro compañero comentaba nada ni le ponía particular atención.

¿Pero qué demonios acababa de pasar? ¿A nadie le extrañaba la presencia de este tipo? ¿Por qué la profe no lo presentó? Y sobre todo, ¿por qué llegaba un compañero nuevo a estas alturas del año? ¿Me estaban jugando todos una broma?

—Solae. ¡Solae!, psstt. —Traté de llamar su atención hablándole en voz baja para no alertar a

la profe, pero seguía sin mirarme. Resignado me dirigí a José Tomás, que se sentaba a mi izquierda.

—¡Joto! —lo llamé en voz baja—. ¿Qué está pasando? ¿Sabes quién es ese tipo? —Joto, que al parecer estaba medio dormido, me miró confundido, sin entender a qué me refería.

—El tal Anton. ¿Sabes de dónde salió? —le repetí para quitarle la cara de pregunta.

—¿Anton? ¿Te refieres a dónde vive o algo así? —Parecía confundido, quizás aún no despertaba del todo.

—No, idiota. ¿Sabes por qué no nos presentaron al compañero nuevo?

—¿Qué compañero nuevo? —preguntó a medio bostezo, mirando hacia los lados. La ineptitud de Joto para entenderme me estaba colmando la paciencia.

De repente, *Big Alicia* dejó de hablar y miró en nuestra dirección buscando el origen de los murmullos que interrumpían su clase. Fue suficiente señal de advertencia para enderezarme de golpe y quedarme callado. Arriesgando un castigo mayor, pero sin poder soportar la incertidumbre, saqué mi celular con disimulo y continué con el interrogatorio a través de mensajes.

iHablo de Anton, el rubio que acaba de llegar atrasado!

Joto dio un mini brinco al sentir la vibración de su celular en su bolsillo. Al ver el mensaje, se rascó la cabeza y acto seguido se puso a tipear su respuesta, con una lentitud exasperante.

Anton está con nosotros desde primaria. No sé de qué
compañero nuevo me hablas

Si Joto era parte de la broma, la estaba representando demasiado bien. En verdad parecía convencido de lo que me estaba diciendo. *Big Alicia* también continuaba con su clase como si nada fuese diferente. Por su carácter, no podía ser que fuese cómplice de una broma tan rara. Definitivamente había algo que no estaba entendiendo.

Miré de nuevo a Solae y le hice gestos con la mano. Su inusual atención hacia la pizarra me daba a entender que me seguiría ignorando y que no tenía sentido insistir. Cuando mi vista se enfocó un poco más allá, justo a su derecha, me encontré de frente con los ojos del famoso Anton. Me miraba sonriente y me guiñó un ojo para terminar de incomodarme. Desvié la vista hacia la pizarra con una mueca de disgusto.

Definitivamente todo esto parecía ser parte de una horrible pesadilla y más valía dejar de

insistir por el momento. O al menos hasta que terminara la clase.

Capítulo 3

Ley del hielo

Por fin sonó el timbre del primer recreo y todos comenzaron a separarse en los grupos de siempre, con la diferencia de que esta vez alrededor de Solae había más gente que la de costumbre. Anton se había integrado a ellos sin ningún problema y Solae seguía sin hablarme ni dignarse a mirarme siquiera.

En medio de todos los comentarios y felicitaciones varias, al parecer programando cómo celebrar a Solae después de clases, Anton sacó de su mochila una gran caja de regalo, de esas que parecen utilería bajo el árbol de Navidad de centro comercial de tan perfecta que era, y se la extendió.

—¡Feliz cumpleaños, Sol! —le dijo entregándole el paquete, mientras acompañaba el gesto con la misma sonrisa estúpida que parecía ser la única expresión que sabía hacer. ¿Sol? ¡Ella odiaba ese sobrenombre! ¿Quién se creía este idiota para llamarla así?

Solae, al ver la caja, se emocionó.

—¡Gracias, Anton! ¡Casi creí que lo habías olvidado! —respondió abrazándolo con energía.

—¡Eso nunca! —agregó el rubio. Luego hubo risas y fotos junto al regalo, también selfies de ellos y del grupo, y ahí yo, otra vez sin saber cómo reaccionar. Miraba la escena y a los que eran parte de ella con escepticismo, esperando alguna explicación. ¡Que por favor alguien me admitiera que era una broma!

Pensé en acercarme a reclamar mi lugar, pero por donde lo viera, sentía que el esfuerzo no merecía la pena. Si Solae estaba tan enojada conmigo que me había quitado la palabra de la manera más infantil posible, allá ella. Y si el tal Anton era parte de la broma, no iba a seguirles la corriente ni darles en el gusto.

Bajé al patio y me paseé, forzándome a disfrutar mi nuevo estado civil de tranquila soledad. A pesar de que siempre había preferido estar solo, no lograba recordar la última vez que había pasado el recreo sin la compañía de Solae. Fue mi estómago el que, en un sonoro reclamo, me recordó que no traía nada para comer y que esta vez Solae no estaba conmigo para compartir su colación.

Compré en el quiosco lo que me alcanzó con las monedas que traía y me senté en un banco a leer un libro. No estaba tan mal despegarme de ella, aunque fuese por una pelea, pero ser yo quien tenía la culpa, era algo que no me terminaba de dejar tranquilo.

Y hablando de tranquilidad...

—Soli, ¿y si vamos todos a tomarnos un *milkshake* en el café Starfour cerca de tu casa? — Trinidad, la mejor amiga de Solae, proponía ideas, pero todo su séquito de amigos, entre quienes destacaba Anton en altura, tenían sus propias opiniones respecto de cómo celebrarla. Aunque no estaban tan cerca de mí, con su volumen de voz era imposible no escucharlo todo. Y todos parecían estar de acuerdo en ignorar que yo era su mejor amigo.

—¿Y si haces una fiesta este fin de semana? —preguntó Mica, como si se le acabara de ocurrir la idea más original. A Solae no le gustaba celebrarse con fiestas, era más de festejar tranquila viendo una película, comiendo una minitorta y cosas ricas. Era lo que solíamos hacer juntos cada año.

—Nada de fiestas, ¿verdad, Sol? Yo creo que ustedes tendrán que celebrarla otro día, porque hoy ya tenemos planeado ir al cine —les respondió Anton mientras la abrazaba por la cintura, dejándolos a todos callados y a mí, estupefacto. ¿Esta actuación era parte de su plan para molestarme? Porque si era así, lo estaba logrando.

Ya no podía seguir ignorando el descarado espectáculo que estaban montando a mis expensas, en donde yo podía verlos y escucharlos con claridad. Me levanté del banco y me acerqué a Solae.

—¿Qué quieres conseguir con todo esto? —le pregunté molesto, dirigiéndome a ella.

Todos me miraron de tal forma que ya me estaba arrepintiéndome de haberlos interrumpido.

—¿Álex? —preguntó con cara de estar perdida, como si recién se diera cuenta de que yo estaba ahí.

—Si todo esto es porque no te saludé por tu cumpleaños... —continué, atento a la reacción de los que me miraban como a un bicho raro al que no sabían si pisar o perdonar la vida por lástima —, pues, quise saludarte ayer, pero...

No sabía qué me estaba pasando. De pronto me sentí extremadamente tonto e inseguro, a diferencia de como me comportaba siempre frente a ella. Iba a continuar con mi punto, pero para mi alivio, Solae me interrumpió.

—¡Ay, Álex, no te preocupes! Gracias por acordarte. Es muy tierno de tu parte.

A continuación me dio un abrazo rápido, que se tradujo más bien en un par de palmadas en la espalda, para luego seguir hablando con nuestros amigos, como si nada.

Debo admitir que esperaba que en su agradecimiento hubiese un tono de voz cargado de ironía y resentimiento por mi olvido. Algún grito de odio o alguna reacción que tuviera por objetivo castigarme, también habría estado bien. Pero quedé sorprendido al ver que no parecía enojada en lo más mínimo. Aunque quizás lo que más me desconcertó, fue su abrazo tan impersonal y que me tratara como si fuera un compañero de clase más.

Si no estaba enojada conmigo, ¿qué significaba esa repentina indiferencia? ¿Era esto también parte de su plan de venganza?

El grupo se alejó de mí con su cuchicheo animado, mientras yo me preguntaba de qué me estaba quejando. Después de todo, ¿no era acaso eso lo que había estado deseando todo este tiempo?

El resto del día transcurrió con normalidad, si es que se le podía llamar normal a que Solae no me hablara y a tener a un completo desconocido haciéndose pasar por compañero de nuestra clase sin que a nadie más le sorprendiera. Incluso los profesores de las clases siguientes lo saludaban y lo trataban como si lo conocieran de toda la vida.

Yo aún sospechaba que todo esto, en el fondo, no era más que una broma de Solae para llamar mi atención y castigarme. Mi amiga solía ser muy creativa, sobre todo si de bromas y venganzas se trataba, pero esta vez yo estaba casi maravillado de su impecable actuación y la de todos sus cómplices (que en realidad era la clase entera). Incluso me habían hecho plantearme la remota posibilidad de que Anton en verdad hubiese sido siempre nuestro compañero y que yo fuese quien estaba perdiendo parcialmente la memoria, me estuviese volviendo loco o me hubiese trasladado a alguna especie de realidad alternativa. Por sanidad mental, preferí descartar esas opciones. Al menos por ahora.

Terminaron las clases y todos nos apresuramos a salir. Ya fuera de la sala, vi a Solae conversando a solas con Anton en el pasillo. ¿Desde cuándo se conocían y en qué momento se pusieron todos de acuerdo para planear todo este engaño?

Si me detenía a pensarlo, nada tenía mucho sentido. Solae apenas había tenido tiempo para prepararlo todo, a menos que me conociera tan bien como para prever que me olvidaría de su cumpleaños y así elaborar una venganza solo por si acaso. Sí, sonaba demasiado absurdo y rebuscado, pero Solae a veces era así, impredeciblemente absurda. ¿Pero para qué tomarse tantas molestias? Resultaba evidente que tenía que haber algo más.

Con disimulo me apoyé en el balcón del pasillo y pretendí navegar en mi teléfono, procurando estar lo suficientemente cerca de ambos como para poder captar algo de su conversación sin que sospecharan. Si es que ellos estaban atentos a lo que yo hacía, debo decir que no se les notaba.

—No, a Tam le dan lo mismo esas cosas. Tú sabes cómo es ella —le decía Solae a Anton, de lo que deduje que también conocía a Tam, la hermana menor de Solae.

—Bueno, si a ella tampoco le importa, yo no tengo problema con pasar hoy después del cine y mañana en la tarde. Así lo preparamos bien.

¿De qué están hablando? ¿Qué cosa van a preparar bien? ¿Acaso seguirían con esto por otros dos o tres días más? Me acerqué unos pocos pasos para escucharlos mejor.

—Claro que no. Además solo vamos a estudiar. A mi hermana no le tendría por qué preocupar lo que haga o deje de hacer —le respondió Solae, acomodándose un mechón rebelde de su pelo que siempre llevaba recogido en una cola de caballo.

Al parecer estaban hablando del examen del viernes. El mismo para el que Solae me había pedido ayuda. ¿Es que ahora ellos iban a estudiar juntos? ¿Es que acaso Anton iba a seguir en nuestra clase durante todo el resto de la semana?

—¿Todo bien, Álex?

La repentina interrupción de Joto me sobresaltó tanto que casi dejo caer mi teléfono por el

balcón del tercer piso. Aunque José Tomás y yo no éramos los mejores amigos, podría decirse que era la segunda persona de la clase con la que más interactuaba, después de Solae, por supuesto.

—¿Qué te hace pensar que no? —le pregunté, enojado por hacerme perder el hilo de la conversación entre mi amiga y el rubio.

—Es que como sigues acá, pensé que te pasaba algo. Por lo general siempre te vas apenas terminan las clases y evitas a cualquiera que se te aproxime.

Lo que Joto me decía reflejaba muy bien lo que me hubiese gustado hacer apenas terminaban las clases, pero que Solae nunca permitía que ocurriera. Eran muy pocas las veces que recordaba haberme ido solo a mi casa sin tener que aceptar su no solicitada compañía.

—No sé por qué dices eso, Joto, si yo siempre me he ido con Solae.

José Tomás entrecerró los ojos mirando hacia ningún punto en particular, como si intentara evocar algún recuerdo que corroborara lo que le decía.

—¿Con Solae? Pero si ella siempre se va con Anton. De hecho, creo que nunca te he visto conversar con ella.

¿Pero qué mierda estaba diciendo Joto? ¿Es que acaso quería confundirme aún más?

Me giré hacia Solae, pero vi que ya bajaba las escaleras junto a Anton rumbo a la salida del colegio.

—No sabía que te interesaba tanto Solae —me dijo, luego de advertir mi decepción al verlos irse.

No tenía ganas de discutir con Joto, que parecía empeñado en tomarme el pelo. Nunca me imaginé que él también participaría tan activamente en una broma de ella. Ignorando su comentario, bajé las escaleras para salir yo también. Anton y Solae ya iban camino a la parada de buses, por lo que deduje que lo del cine iba en serio.

Aceptando las nuevas circunstancias, me devolví caminando a mi casa, solo y esforzándome por disfrutar esta inesperada libertad que tanto había deseado.

Capítulo 4

Disculpas

Al día siguiente la situación no había cambiado en absoluto. Anton continuaba apareciendo en la lista del curso, y sin importar a qué compañero le preguntara, todos insistían en que siempre había sido un alumno regular de nuestra clase. Mientras tanto, Solae me trataba con la misma calidez con la que trataría a una planta decorativa de plástico. Su sostenida ley del hielo me tenía un poco más molesto de lo habitual, pero debía reconocer que esta vez la culpa era mía. Aunque quizás la solución más simple era pedirle disculpas, mi orgullo me insistía en que eso de simple no tenía nada.

Lo mejor sería enfrentarla y ver qué sucedía; después de todo, si éramos tan amigos, tendríamos que resolverlo conversando. Toda esta situación no me permitía ponerle atención a ninguna clase ni estudiar nada, y eso también comenzaba a inquietarme.

Solae, necesito que hablemos. Juntémonos en la fuente de agua a la salida de clases

Le escribí a su celular. Me miró de reojo con curiosidad, respondiendo con un breve pero satisfactorio:

OK

Me pasé el resto de la última clase pensando en cómo podía solucionar este asunto sin tener que disculparme. Mientras pudiera evitarlo, lo haría, pero no encontraba otra salida.

Cuando sonó el timbre, comencé a guardar mis cosas y a hacerme el ánimo de conversar con madurez. Solae se adelantó en salir de la sala junto con sus amigas. Por un momento pensé que se estaba olvidando de mí, pero antes de desaparecer se volteó a mirarme, como comprobando que no fuese yo quien la olvidaba a ella y luego se rio junto a una de sus amigas. Lo más obvio hubiese sido suponer que era una risa de burla triunfal por haber conseguido que yo cediera, pero más bien me pareció una risa inocente y nerviosa, que no me cuadraba con el momento.

La fuente de agua se ubicaba dentro del colegio, al medio del patio de los naranjos. Como era

un sector de poco tránsito y rodeado por árboles, no solía haber mucha gente junto a la pileta a la hora de salida, lo que nos daría un poco más de privacidad. Solo una pareja de alumnos, probablemente de un curso inferior, conversaba sentada un poco más allá. Pero Solae aún no llegaba.

Releí su OK en mi pantalla y la ansiedad comenzó a hacer que empezara a replantearme el estar ahí. Me senté en una banca. ¡No podía ser que Solae también llegara atrasada a un lugar que le quedaba a tres minutos de caminata dentro del mismo colegio!

Hasta que por fin apareció. Ya no llevaba el pelo amarrado como solía usarlo siempre en clases y casi siempre desde que la conocía. El sol acentuaba el color de su cabello miel anaranjado, mientras el viento evidenciaba lo mucho que le había crecido. ¿Siempre lo había tenido así de largo?

Me sorprendí mirándola como si no la conociera ya de memoria. Al acercarse a la banca donde yo estaba, me sonrió con timidez y por un momento pensé que era otra persona. ¿Era esta la actitud de alguien que está tan enojada conmigo como para montar una sofisticada broma?

—Hola, Álex, ¿querías hablar conmigo? —Mantenia los pies juntos y jugaba con sus manos entrelazadas frente a ella, evitando mirarme a la cara. Todo lo que quería reprocharle, lo de la broma, lo de que dejara de ser tan inmadura, lo de Anton, no venía a cuento ahora. Su actitud tan extraña me descolocaba. ¿Era esa su intención?

—Solae, me imagino que ya sabes de lo que quiero hablarte, ¿verdad? —Su incomodidad se acrecentó con mi pregunta. La naturalidad con la que hablábamos siempre se había perdido. Al ver que no se sentaba a mi lado, me levanté y me acerqué para que conversáramos mejor, pero incluso ahora, al tenerla parada frente a mí, no lograba hablarle ni comportarme con la seguridad de siempre. Su actitud tan rara era contagiosa.

—No estoy segura, pero... —dijo jugando con su cabello mientras esquivaba mi mirada— no creo poder darte lo que quieres —añadió, ahora mirando primero hacia la fuente y luego hacía la pareja, como si buscara apoyo en alguien más.

—¿Lo que quiero? —¿De qué estaba hablando ahora, Solae?

—No quiero desanimarte, y no es que me caigas mal, pero la verdad es que a mí me gusta otra persona —Se disculpó.

—¡No, no, espera Solae! ¿Qué? ¡Estás malinterpretando todo! Qué diablos te hizo creer que yo quería... ¿declararme? —Mi cara de sorpresa debió ser épica, ya que cuando por fin me miró a los ojos, soltó una fuerte carcajada.

—Yo solo... ¡Ay, pero qué tonta! —Solae volvió a soltar una risa—. Qué alivio, Álex. ¡Por favor no me hagas caso! —Se había puesto roja, aunque de a poco se fue relajando, viéndose más ella misma. En cuanto a mí, solo consiguió enojarme aún más.

—¿Esto también es parte de su bromita? ¿Hasta cuándo vas a seguir tonteando? ¡Ya aprendí mi lección, no necesitan seguir con todo esto!

—¿Seguir con qué cosa? Disculpa si te ofendí, Álex, pero no te pongas así. Solo fue un malentendido.

Solae no paraba de reír. Le estaba dando cero importancia a mi enojo y eso me quitaba la fuerza necesaria para seguir con mi berrinche. Tampoco ayudaba en nada que la pareja que estaba en la banca empezara a besuquearse sin pudor bajo el naranjo. Solo a mí se me ocurría citar a Solae en el lugar más romántico (ahora me daba cuenta) de la escuela para discutir algo que me molestaba. Y, para rematar la situación, había sido rechazado y *friendzoneado* por mi mejor amiga, sin siquiera haber tenido la intención de declararme. Solae no me interesaba de esa forma, pero eso no evitaba que ahora mi autoestima y orgullo quedaran pisoteados en el suelo.

—Yo solo quería hablarte sobre Anton y de cómo desde que él llegó finges no conocerme.

—¿Desde que yo llegué qué cosa? —Anton apareció de la nada hablando por detrás de mi hombro. Probablemente se había escondido, esperando hacer su entrada dramática en el momento preciso. Su interrupción no me causó ninguna gracia.

—Le decía a Solae que no es necesario que sigan con su estúpida broma —dije, incomodado por su cercanía y alejándome unos tres pasos de él. A continuación me dirigí a Solae.

—Yo pretendía disculparme por lo del otro día, y también por olvidar tu regalo de cumpleaños. Si aún quieres que estudiemos juntos, no tengo problema, siempre y cuando dejen ya este numerito —solté, desahogándome por fin.

Solae y Anton se miraron extrañados, y ella, que ahora estaba más relajada, se acercó para hablarme.

—Lo siento, Álex, pero en serio estoy confundida. —Ahora me hablaba con condescendencia—. Yo no te he hecho ninguna broma, ni recuerdo haberte pedido estudiar juntos. Perdona si de alguna forma te hice creer lo contrario. —Miró a Anton por un instante y continuó—. Y sobre mi cumpleaños, ya me saludaste ayer y todo bien, en serio. Nunca esperé un regalo de tu parte.

Solae parecía hablar con sinceridad. Definitivamente no estaba actuando y eso me confundía mucho.

—¿Es que ahora Anton es tu nuevo mejor amigo? —pregunté, apuntándolo con desprecio. Necesitaba entender contra qué me estaba enfrentando.

—Es mi mejor amigo desde primaria. Pensé que se notaba —rio nerviosa. Anton la rodeó con su brazo y luego se inclinó hacia mí.

—¿No son muy extrañas tus preguntas, Álex? —Su mirada era penetrante, como si con ella pretendiera atravesar mi cabeza—. Nosotros tenemos que irnos, pero si quieres podemos seguir hablando otro día.

Al parecer, no era con Solae sino con Anton con quien debía entenderme en adelante sobre este asunto. Era como si este tipo la tuviese convencida o controlada bajo hipnosis, si es que eso era posible.

—Anton, ¿me estás diciendo que vas a seguir con todo esto? —Esta vez se lo dije directamente

a él, intentando sonar amenazante.

—Si con *todo esto* te refieres a ser el mejor amigo de Solae, pues no veo por qué tendría que dejar de serlo —me respondió con una media sonrisa llena de satisfacción.

¿Quién era este tipo y qué pretendía con mi amiga? ¿Era él la razón por la que Solae se comportaba como si apenas nos conociéramos? Estaba claro que esto era más que una broma y que para entender qué era lo que estaba sucediendo, tendría que averiguar más sobre este tal Anton y demostrarles a los demás que era un impostor.

Sin ya nada más que discutir, ambos se fueron. Por evitar mirar a la fogosa pareja que seguía comiéndose más allá, me encontré contemplando la figura que sobresalía en el centro de la pileta. Era un pequeño querubín alado, que me apuntaba sonriendo con su flecha en punta de corazón, mientras lanzaba sendos chorros de orina angelical. Sí, por primera vez en todos estos años, me daba cuenta de que se trataba de un maldito Cupido.

Ya no podía sentirme más estúpido por el lugar que había escogido para citar a Solae.

Capítulo 5

Investigación

Aún no asimilaba por completo lo que estaba sucediendo, pero comprendí que lidiaba con algo más importante que una simple broma. Decidí que si hasta el señor del quiosco juraba por su madre que siempre había conocido a Anton, tendría que investigar más y conseguir las pruebas necesarias para desenmascararlo públicamente. O al menos frente a Solae.

Ya había intentado buscar entre mis cosas, empezando por mi teléfono móvil, pruebas de que Anton no aparecía en ninguna fotografía grupal del curso, o fotos mías que demostraran mi amistad con Solae; pero con tristeza comprobé que no conservaba imágenes de nosotros dos, que en todos estos años, solo había sido ella quien se preocupaba de registrar nuestra amistad.

No me quedó más remedio que meterme a revisar en internet.

Solae se había cansado de insistirme que me creara una cuenta y me hiciera su *amigo* en sus redes sociales favoritas, pero yo sabía que hacerlo era una trampa para ser acosado también de forma online y exponerme a ser etiquetado en mil fotos vergonzosas y sin mi consentimiento. Además, eso de estar revisando la vida ajena, donde todos comparten hasta el resultado de su digestión, no me entusiasmaba en lo absoluto.

Partí ingresando en el perfil de Solae, pero su cuenta era privada. La única foto a la que se permitía acceso era a la de su perfil, donde solo salía ella junto a su peluche de pulpicornio (sí, un maldito y tierno pulpo-unicornio). El perfil de Anton tampoco era público, así que además de su pose de modelo con su estúpida sonrisa de foto-banco, su página no me aportó ninguna información relevante, ni tampoco la búsqueda en otras páginas de internet. ¡*Harass!*

Sin detenerme a pensarlo demasiado (porque sabía que me arrepentiría), finalmente me creé una cuenta personal. Agregué solo a Solae como amiga, con la única intención de poder revisar sus fotos como evidencia. No sería tan terrible. Al no tener ningún otro contacto, no haría gran diferencia si tenía cuenta o no, y nadie más se enteraría. Pero, oh, ¡qué equivocado estaba! Durante la noche de ese día y la mañana del día siguiente, no tardaron en aparecer solicitudes de amistad de Joto, Amelia, mi hermana Paula e incluso de mi madre. ¡Agh! Pero en cuanto a la invitación a Solae, seguía ahí: triste, ignorada.

Ya era miércoles en la mañana y no podía seguir esperando. Si quería conseguir información más «oficial» que respaldara que todo era un montaje, debía partir entonces por los registros del colegio, y lo más lógico era echarle una mirada al libro de asistencia. Necesitaba ver con mis

propios ojos si Anton estaba en la lista y cómo había agregado su nombre sin que nadie se diera cuenta.

Apenas sonó el timbre del primer recreo, me acerqué donde *Big Alicia* para pedirle prestado el libro, pero ella ya lo tenía apretujado contra su enorme pecho, como si se tratara de su bien más preciado.

—¿Necesita algo, señor Romandi? —me preguntó seria. Sin siquiera esperar mi respuesta, abandonó la sala dando largas y pesadas zancadas, obligándome a seguirla. El sobrenombre no lo llevaba solo por lo ancha, sino también por lo alta que era.

—Por favor, necesito revisar algo en el libro de clases —pedí, intentando mantener su ritmo. Cinco trancos de ella después y ya estábamos en la entrada de la sala de profesores. *Big Alicia*, al notar que la había seguido hasta allí, me miró con fastidio, pero accedió «generosamente» a prestarme el libro por cinco míseros segundos, de los cuales perdí al menos cuatro buscando la página que necesitaba. Alcancé a ver que todos los nombres en la lista, incluido el de Anton, estaban escritos con la misma letra. No se apreciaban borrones ni rastros de haber sido intervenidos, ni que la hoja hubiese sido añadida después. Nada parecía fuera de lo normal.

—Lo siento, Romandi, pero ahora no tengo más tiempo para perder en usted —dijo cerrando el libro de golpe, casi atrapando mi nariz dentro de él y poniéndoselo bajo el brazo. —Espero haber sido de ayuda —añadió, impidiéndome el acceso a la sala de profesores con un portazo que esta vez puso en riesgo mi cara completa. La delicadeza y amabilidad nunca serían las características principales de nuestra querida profesora jefe.

—Si quieres discutir con Alicia, por mucho que estés en lo cierto, estás perdiendo tu tiempo —me dijo una inconfundible voz de chica tras de mí. Debía ser ya tercera vez este mes que me topaba en los pasillos con Alba Sánchez, la nueva inspectora del colegio.

Alba era muy cercana a los alumnos, quizás debido a que apenas parecía superar los «veintipocos» años de edad y su actitud era siempre muy jovial.

—¿Puedo ayudarte con algo, Álex? —Mis ojos brillaron ante su ofrecimiento.

—¡Por favor! —exclamé con mayor efusividad de la que pretendía—. Si me permitiera ver un instante el registro de alumnos de mi clase...

—¿Y eso para qué sería? —preguntó inclinando la cabeza con interés. No se me ocurría cómo explicarle mis razones sin sonar como un loco.

—Necesito ver un detalle sobre un alumno. Por ahora no le puedo explicar más, pero le juro que es por algo muy importante —le rogué, sonriendo.

Alba me quedó mirando aún con la cabeza inclinada. Por su expresión, imaginé que se debatía entre su curiosidad por saber qué pretendía yo y considerar que era una pésima idea y mejor ahorrarse la molestia.

Justo cuando parecía que se iba a negar, soltó un largo suspiro.

—Acompáñame y veamos qué puedo hacer por ti —concedió, invitándome a su oficina en el

segundo piso del colegio. El lugar estaba decorado con una excéntrica temática que mezclaba gatos con mandalas (y sí, también habían mandalas de gatos). Luego de ubicarse frente a su computador, me pidió que me sentara.

—Entonces ¿a qué alumno estamos buscando? —La inspectora Alba abría ventanas en su computadora mientras bebía sorbos de un líquido rosado transparente desde una botella de una marca que no logré reconocer.

—Anton, Anton Riss... —No conseguía recordar su apellido.

—¿Anton Riskey? Alumno de tercero medio. Sí, acá está —me indicó girando hacia mí el computador.

—E... ese mismo —balbuceé, acercándome a la pantalla, aún incrédulo de ver que efectivamente aparecía tanto su nombre como su foto en la lista digital.

—¿Todo en orden, entonces? —me preguntó con la intención de cerrar la página.

—Eh, sí, pero ¿podría ver desde qué año es alumno de esta escuela?

La inspectora Alba acomodó sus lentes y me examinó durante un momento entrecerrando sus ojos, con el ceño fruncido. No sabía si evaluaba mis intenciones o solo intentaba enfocarme con nitidez.

—¿Se puede saber para qué lo necesitas? Si te soy sincera, no estoy autorizada para ir entregando este tipo de información a cualquier persona.

No estaba seguro de si decirle la verdad o inventarme algo para zafar. Mentir no era lo mío, pero explicarle lo que en realidad creía que estaba sucediendo parecía peor idea.

—Voy a serte sincero... Serle sincero —me corregí. Era difícil no tutearla—. Mi amiga Solae me pidió que le dijera la fecha en que Anton entró al colegio, ya que quiere celebrar los años que se conocen. Me preguntó a mí porque soy su mejor amigo y porque también lo conozco, pero tampoco recuerdo la fecha exacta. No tuve corazón para decirle que no me acordaba, por lo que empecé a averiguar por acá. Usted no sabe el carácter que tiene Solae si alguien no le da lo que ella quiere.

Su cara no mostraba ningún signo de creer mi (pésima) historia. Luego de una pausa, se giró en su silla, dramáticamente.

—¿Y si son tan amigos y lo conoces tan bien, ¿por qué querías saber si aparece en la lista oficial? Con suerte parecías recordar su apellido. —Pestañó varias veces al mirarme—. No me pueden parecer más sospechosas tus intenciones, querido Álex.

Su cara de haberme pillado en algo indebido estaba bien justificada. Debí haber planificado mejor mi excusa para indagar acerca de Anton. Ahora estaba arruinando mi última oportunidad de conseguir más información desde los archivos del colegio.

Resignado y sin poder defenderme, le agradecí su paciencia, rogando para mis adentros que lo dejara pasar, pero algo en ella pareció empatizar con mi causa, ya que con un gesto me indicó que me mantuviera sentado y volvió a girarse hacia su computadora. Era eso o iba a hacer una

anotación negativa en mi hoja de vida. A continuación tipeó algo y luego empezó a recorrer la pantalla con la ruedita del ratón que hacía un ruido infernal. Acomodó sus lentes, me echó un vistazo rápido y volvió a su pantalla por unos cuantos segundos más. Luego, tomando un nuevo sorbo de su bebida, se inclinó sobre su escritorio hacia mí y acercó su cara a mi oído. Como quien se acerca a contarte un secreto.

—Júrame que si te ayudo ya no me seguirás preguntando cosas, ni le dirás a nadie que estuviste acá —me solicitó en voz baja, intentando sonar misteriosa. ¡Ni que le estuviera pidiendo algún tipo de favor o sustancia ilegal!

—Claro. De aquí no sale —le prometí, solemne, aunque incómodo por su cercanía. No tenía ninguna intención de andar ventilando mi interés por un asunto tan extraño.

Entrecerró sus ojos y volvió a acomodar sus lentes al regresar a su asiento.

—Anton Riskey, matriculado en este colegio desde... mmm —Hizo una pausa (con demasiado suspenso para mi gusto) y justo cuando creí que me diría algo concreto, siguió explorando la pantalla, haciendo ruidos y asintiendo como si comprendiera algo importante.

—Según la información que tengo aquí, Riskey entró hace 12 años en nuestro colegio. Se matriculó en Tempus el mismo año que tú, Álex... Romandi, ¿verdad? y... —Siguió recorriendo con la rueda el ratón—. Y sí, también el mismo año que tu amiguita Solae Ariella.

—¡Eso es imposible! —exclamé atónito, levantándome de mi asiento. —¿Estás segura? —pregunté, sin darme cuenta de que volvía a tutearla.

El sonido de la campana de regreso a clases interrumpió la conversación y la inspectora Alba hizo un gesto con sus manos indicándome que mi tiempo se había acabado. Quise insistir, pero sospeché que no conseguiría nada más, al menos por ahora.

—Nunca estuvo acá, señor Romandi —me dijo, ahora tratándome con formalidad, mientras apuntaba hacia el parlante que había anunciado el término del recreo. Me retiré agradeciendo su ayuda.

Estaba claro que esto ya no era una broma y que si Anton estaba oficialmente matriculado significaba que, o había sido infiltrado por alguien del colegio, o había contratado a alguien para alterar sus datos en el sistema, o él mismo era una especie de hacker profesional. ¿Y con qué fin? Pero lo más importante: ¿cómo había logrado convencer a toda la clase de que siempre había estado con nosotros? Ese pequeño gran detalle me preocupaba cada vez más. ¿Acaso era un mago, un extraterrestre, un controlador de mentes? ¿O yo definitivamente estaba empezando a volverme loco?

Volví a clases y durante el resto del día evité lo mejor que pude el contacto social (lo cual no me supuso dificultad alguna), mientras intentaba idear un plan para demostrar mi punto. Necesitaba encontrar aunque fuera una sola pista que probara que Anton estaba engañando a todos y que yo era el único que me daba cuenta. Alguna evidencia física a la que él no tuviera acceso, algo que no pudiera manipular. Algo como... ¡Los anuarios del colegio! Sin duda esa era la prueba

definitiva e innegable de que Anton era un impostor. Podría hackear sistemas, pero no un papel impreso que estaba en mi poder.

Debía tener en mi casa los anuarios de cuando éramos pequeños. Anton no estaba en esas fotos, no había forma de que estuviera en ellas. Ya estaba ansioso porque llegara la hora de volver a mi casa a buscar mi certificado de cordura.

Capítulo 6

Evidencia

Apenas llegué, lancé mi mochila sobre el sillón de la entrada, anuncié mi presencia a gritos y entré corriendo a mi habitación, dejando atrás la voz de mi hermana que me decía algo que no logré ni me molesté en entender.

Subí a mi cama para alcanzar la repisa más alta de la estantería donde guardaba cosas que rara vez utilizaba del colegio. Sin duda tenían que estar ahí.

—¿Buscas algo? —Paula, que me había seguido hasta mi habitación, parecía molesta. Seguramente por la forma en que entré sin apenas saludar.

Sin girarme siquiera, ignoré su pregunta y continué con mi búsqueda. No me gustaba responder preguntas obvias. Tenía que encontrar los anuarios y para eso necesitaba privacidad y concentración.

—No te hagas el sordo, sé que me escuchaste —me increpó, acercándose a mí.

—Si no te respondí es porque estoy ocupado. —Devolví de un golpe los libros que estaba revisando. Había terminado de inspeccionar visualmente la repisa superior, pero los anuarios no parecían estar ahí.

Me bajé de la cama y empecé a abrir y cerrar cajones, cuando sentí un fuerte portazo detrás de mí. Pude imaginar a Paula escupiendo fuego por la boca.

Estuve cerca de una hora buscando los condenados anuarios, sin éxito. Fue mi estómago el que me suplicó que hiciera una pausa para comer algo y retomar después, a lo que me vi obligado a acceder. Cuando bajé a la cocina, mi hermana ya había terminado de tomar su té y guardaba la comida. Quise reclamarle por no haberme esperado, pero tuve que tragarme mi queja. Después de todo, no había sido un modelo de amabilidad con ella. En silencio empecé a sacar de nuevo las cosas del refrigerador y de la despensa, cuando Paula me volvió a hablar.

—¿Pasó algo con Solae? ¿Cómo es que no estás con ella?

Me volteé y la miré atónito, desafiándola a que me repitiera la pregunta. ¿Acaso Paula sí recordaba mi amistad con ella?

—¿Qué te pasa que estás tan raro? ¿Por qué me miras así? —me preguntó, con una mueca de disgusto al ver mi expresión. Con mi hermana menor no éramos precisamente muy unidos ni comunicativos.

—Estás hablando de Solae, mi mejor amiga, ¿verdad? —le pregunté poniéndome frente a ella, emocionado de encontrar por fin a alguien que me entendiera.

—Tu única amiga, querrás decir —respondió, pero ignoré su sarcasmo.

—¡No, en serio, Paula! Necesito que me digas que Solae es mi mejor amiga —le pedí poniendo mis manos sobre sus hombros, con cara suplicante.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dijo zafándose de mí y dirigiéndose a la salida de la cocina—. Ahora no tengo tiempo para tus tonterías.

Odiaba admitirlo, pero necesitaba su ayuda y al parecer tendría que tragarme un poco de mi orgullo si quería conseguir que cooperara.

—Los anuarios. Estoy buscando los anuarios —le grité, cediendo al fin. Mi hermana era súper chismosa. Sabía que si le entregaba información más personal podría hacerla colaborar. Y no me equivoqué. Logré que se volteara y sus ojos se agrandaran brillantes de curiosidad.

—¿Y para qué necesitas los anuarios con tanta urgencia? —Había empezado su interrogatorio.

—Si me ayudas a encontrarlos y me respondes algunas preguntas sobre Solae, te cuento.

—¡Ahá! Ahora entiendo todo. Por fin te diste cuenta de que estás enamorado de ella. Aunque todo esto de los anuarios... ¿Es para preparar una especie de confesión?

—¿Qu- Qué? ¡No sé de qué hablas! Ya sabes cuánto me fastidia Solae. —Su expresión con ceja levantada y brazos cruzados me decía que nada de lo que le dijera la sacaría de su convicción.

—Me dijiste que me ibas a decir la verdad y yo pensé que por fin lo confesarías. Si vas a inventarte algo, no me interesa ayudarte. —Paula otra vez intentaba esquivarme, sabiendo que la necesitaba.

—Deja de hacerte la interesante. Lo que te voy a decir es mucho más extraño y confidencial que algo que solo está en tu imaginación.

—Algún día tendrás que admitirlo, pero te lo dejaré pasar esta vez —me dijo después de pensarlo un momento. A continuación me pidió que la acompañara a su cuarto.

Ir a su habitación era algo que siempre trataba de evitar. Ver toda su ropa tirada sobre una silla, cosas sobre la cama, e incluso tazones abandonados con líquidos de caducidad indefinida, me provocaba tics nerviosos. Sin embargo, ella sabía ubicarse dentro de su desastre. Apenas entró, despejó un par de cosas de debajo de la cama y sacó una caja donde estaban todos los anuarios, incluidos los de cuando yo era pequeño y ella aún no estaba en el colegio.

—¿Esos no son mis anuarios? —pregunté al ver que de algunos tenía dos ejemplares.

—Tú mismo me los diste —me respondió frunciendo el ceño ante mi acusación—. De todas formas, acá están si los necesitas —me dijo, mientras me los iba pasando por orden de antigüedad.

Casi sentí ganas de abrazarla, pero por supuesto que no lo hice. Ni con mi hermana ni con nadie solía tener ese tipo de impulsos tan cariñosos.

Me apresuré a abrir el primero a mi alcance, que era el más antiguo, y lo hojeé entusiasmado. Paula me miraba intrigada, seguramente preguntándose qué podía interesarme tanto en un impreso tan añejo.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! —exclamé triunfante. Paula miraba la página donde salíamos todos los de mi curso cuando niños, sin entender nada. Su mirada me exigía explicaciones.

—¿Ves a un tal Anton Riskey por alguna parte? —le pregunté exaltado, poniéndole el anuario abierto prácticamente en su cara.

—¿Anton qué? —Me quitó el anuario y lo alejó para poder ver bien de qué le estaba hablando. Yo solo quería que se apurara en confirmar que sus ojos veían lo mismo que yo—. Acá no sale ningún Anton. ¿Quién es ese?

—¡Exacto, no es nadie y me acabas de ayudar a confirmarlo! —respondí satisfecho. Anton no figuraba en la foto oficial ni tampoco en la lista de alumnos. Para asegurarme, también revisé las fotos de los otros cursos de ese mismo año, pero para mi alivio tampoco aparecía. Uno a uno, fui tomando los otros anuarios, repitiendo la misma búsqueda, mientras Paula me ayudaba haciendo lo mismo, sin entender por completo por qué era tan importante para mí.

Una vez que terminamos de revisarlos todos, pudimos comprobar que efectivamente el rubio amigo de Solae no figuraba en el registro de ninguno de los anuarios. El famoso Anton Riskey era una completa farsa y esta era la prueba.

—¿Viste? ¡No estoy loco! —exclamé nuevamente, con energías renovadas, pero estoy seguro de que en ese momento Paula no estaba muy de acuerdo.

—¿Ahora sí me vas a explicar? —me exigió mirándome de brazos cruzados. Me tocaba cumplir con mi parte del trato y contarle quién era Anton. Durante mi relato, Paula me escuchó con atención, extrañadísima. Ciertamente ella, que por sus catorce años estaba dos cursos más abajo que nosotros, tampoco había oído nunca antes acerca de él y según me dijo, ya deseaba conocer en persona al impostor que tenía a todos engañados.

—Hay otra cosa que me preocupa —añadí una vez que ya tenía a Paula como mi aliada—. No solo la aparición de Anton es extraña, sino que desde que llegó, Solae ya no me reconoce como su mejor amigo.

Paula soltó un bufido, intentando ahogar su risa. —¿En serio? ¿Solae desconociéndote? —Su impresión era genuina.

—Sí, aunque suene increíble —agregué un poco irritado. Mi hermana conocía tan bien como yo la intensa relación de acoso constante que recibía de Solae cada día.

—Pero ¿y no deberías estar contento? Después de todo, lo único que haces es quejarte de ella. Si es verdad que no te gusta, es como si tu deseo por fin se hubiese hecho realidad. ¿O no?

Era lo que yo pensaba. Miré la foto del anuario abierto sobre la mesa, donde aparecíamos Solae y yo a los trece años. Ella siempre mostrándose alegre, como si nunca nada malo ocurriera en el mundo, mientras que yo posaba con expresión de oler algo que estaba podrido. No podíamos ser más distintos y no era precisamente un secreto que varias veces deseé que Solae no fuera tan intensa y me dejara en paz.

Al parecer, ese anhelado día finalmente había llegado.

Capítulo 7

Trampa

Jueves. Ese día partí más temprano que nunca al colegio. Esperaría a Anton con los anuarios sobre su puesto y lo sorprendería frente a toda la clase. Paula también quería estar para presenciarlo, pero como no era posible, le sugerí que me fuera a buscar durante el primer recreo para contarle cómo me había ido.

A medida que fueron llegando mis compañeros, la ansiedad de la espera iba en aumento. Me moría por ver la cara de Anton y escuchar qué explicación le daría a Solae y a los demás. Pero conforme iba pasando el tiempo, me daba cuenta de que ninguno de los dos parecía tener apuro por llegar.

Salí de la sala y me asomé por la baranda de nuestro piso para intentar divisarlos. Esperar no era lo mío. Estaba por devolverme a la sala, cuando los escuché riéndose mientras subían juntos la escalera. Demasiado juntos. Solae estaba agarrada a su brazo, de la misma forma en que se aferraba a mí tan solo unos días atrás. La escena me provocó una presión en el pecho que no recordaba haber sentido antes.

Ya se te acabará el jueguito, Anton Rissey.

Antes de que me vieran, me apresuré a entrar a la sala y los esperé junto a su puesto con la expresión más casual que logré aparentar. Solae llegó alegre y distraída; Anton, por su parte, pareció darse cuenta de que lo esperaba con una bomba, ya que su expresión cambió al verme.

—Álex —me saludó cortante, mirando los anuarios y luego a mí.

—¡Hola, Álex! ¿Son nuestros anuarios? —me preguntó Solae curiosa, tomando el de más arriba —. ¡Oh! ¡Pero qué reliquia! —añadió luego, con emoción, al ver la antigüedad del que sostenía.

—¡Esos mismos! ¿Quieres ver nuestras fotos? —la invité, abriendo uno para ella. Anton no me apartaba la vista de encima y yo lo retaba mentalmente a que intentara quitárselo. Solae comenzó a pasar las páginas y a buscarnos entre los numerosos grupos de fotos similares de todos los cursos. Anton se acercó a Solae y la rodeó con su brazo por encima de su hombro, inclinándose junto a ella para ver las fotos. Su expresión se mantenía seria y no lograba adivinar su nivel de preocupación, pero me lo imaginaba gritando por dentro.

—Mira, Anton, ¡qué gordita y adorable era yo! —exclamó Solae riendo. Había encontrado la página.

Distraída, iba pasando su dedo sobre la foto y comentando cómo habíamos ido cambiando. Se detenía en algunos y llamaba a los aludidos a que revisaran la foto junto a ella.

—¡Trini! Ven a ver esto. ¡Cuando chica también salías con los ojos cerrados!

Trinidad se reconoció y creo que no le causó mucha gracia.

Les di un momento más para que se dieran cuenta de la ausencia de Anton en la imagen. Por ahora todos estaban demasiado preocupados por reconocerse primero ellos mismos en la foto. Anton era el único que no mostraba urgencia. Lo sentía por él.

—Yo ese año aún no llegaba al colegio —reclamó Micaela, integrándose con Diego a la conversación—. Pero de todos ustedes, creo que mi Diego es el que se ve más lindo —añadió apretando su mejilla y luego dándole un beso con demasiada lengua para hacerlo en público.

—*Wait!* ¿Y Anton? —exclamó Trinidad de pronto. Sonreí satisfecho.

Solae se acercó al anuario para ver mejor.

—¡Cierto, Anton! —dijo inspeccionando la foto de lado a lado—. De todos nosotros, tú siempre te robas toda la atención. ¿Cómo siempre tan fotogénico? —Se rio, dándole un golpe suave en el estómago. Y ahora él me miró a mí, mientras que en su rostro comenzaba a esbozar una sonrisa triunfante.

—Espera. ¿Qué? —pregunté arrebatándole el anuario de las manos. ¡No era posible!

Repasé la foto y tuve que cerrar y abrir los ojos de nuevo para asegurarme de que estaba viendo correctamente. Ahí, en la última fila, estaba un inconfundible y bastante menor Anton sonriéndole a la cámara; era el niño rubio más alto del grupo.

—¿No se puede creer lo lindo que salgo? —me preguntó, mirándome divertido. Sabía perfectamente la razón por la que estaba tan alterado.

Toqué la imagen sobre el papel para ver si había algo pegado encima o si la página había sido agregada. También revisé si se trataba del mismo anuario que había traído, y sí. El nombre de mi hermana, que siempre marcaba todas sus cosas (a pesar de que el anuario era mío), estaba anotado en la primera página. Los demás me miraban extrañados por mi arrebato, pero yo seguía sin convencerme. Dejé bruscamente el anuario de ese año y empecé a abrir los demás con ansiedad. Con revisar solo dos más al azar me bastó para darme cuenta de que un Anton de distintas edades salía en todas las fotos, siempre el más alto y llamativo del curso.

—¿Te sientes bien, Álex? Estás pálido —me preguntó Solae, preocupada. Ya la mitad de la clase estaba atenta a lo que pasaba. Un sudor frío comenzó a recorrer mi cuerpo, que arriesgaba desplomarse en cualquier instante; como si el peso de esta extraña realidad quisiera aplastarme contra el suelo. Eso, sumado a la cantidad de atención que estaba atrayendo. ¿Qué estaba pasando? Mi mente era ahora mi enemiga. Era eso o empezar a creer en magia negra o estupideces de origen sobrenatural.

El señor Milla, nuestro profesor de matemáticas, al parecer había llegado hacía un rato a la sala, pero dada su naturaleza relajada, ni se había molestado en interrumpir la escena. Al darse cuenta de mi notoria decoloración, me sugirió ir a la enfermería. Acepté su consejo solo porque en

ese momento quería estar en cualquier lugar menos ahí. En verdad estaba temiendo por mi salud, tanto física como mental.

Mucho tiempo había pasado desde mi última visita a la enfermería. No era usual en mí enfermarme o siquiera tener algún tipo de accidente, ya que no era alguien que acostumbrara tomar riesgos. Si alguna vez había estado allí antes, había sido culpa exclusiva de Solae, que me había pegado sin querer un codazo en un ojo o empujado contra algún objeto puntiagudo. Y ahora, en cierta forma, Solae volvía a tener parte de la responsabilidad, solo que esta vez no me acompañaba como hacía siempre.

Recostado largo rato sobre una camilla, aún no podía explicarme cómo era posible lo que acababa de ocurrir. Las fotografías habían sido modificadas frente a mis ojos, delante de todos, sin que Anton las tocara. ¡Es que ni siquiera las miró! Todos los anuarios, incluso los cerrados, habían cambiado.

—¡Nghghraasghaaaa! —gruñí, estrujándome la cabeza mientras me sentaba sobre la camilla intentando darle sentido a lo incomprensible.

—¿Ya estás mejor? —me preguntó con aire aburrido la voz del enfermero desde el otro lado de la cortina que nos separaba. Desde que llegué y me trató hacía más de una hora (si es que se le podía llamar tratamiento a darme un simple vaso de agua), no se había asomado ni una sola vez a comprobar si seguía con vida.

«Eso quisiera», pensé sin siquiera contestarle. Mi cabeza seguía trabajando a mil por hora.

Mi clase completa. Estaba seguro de que nadie conocía a Anton. Que nadie sabía quién era cuando *Big Alicia* lo mencionó pasando asistencia, hasta el momento en que apareció en la sala. Fue ahí cuando todo cambió.

—Ya va a sonar el timbre del recreo. Deberías irte —me dijo el enfermero (cuyo nombre no recuerdo) dándome «de alta» sin siquiera mirarme. A continuación sentí que cerraba la puerta dejándome solo en la enfermería. A eso sí que se le llamaba vocación.

El timbre sonó, y de golpe recordé que Paula iría a buscarme a mi sala apenas empezara el recreo. Si mi hermana iba a mi salón... si Paula llegaba a encontrarse con Anton... ¿Acaso era posible que él le borrara la memoria a ella también?

Salté de la camilla con el corazón acelerado. ¡Tenía que encontrarla antes de que fuese demasiado tarde!

Capítulo 8

Búsqueda

Me puse los zapatos tan rápido como pude y corrí a la sala de Paula. Quería ver si lograba interceptarla antes de que saliera a buscarme, pero la enfermería (conveniente en caso de accidentes) quedaba al otro extremo del colegio; por lo que llegar me tomó bastante más tiempo del que me hubiese gustado.

—¿Está Paula aquí? —pregunté al primer compañero que vi afuera de su sala al llegar, pero entré antes de que me respondiera.

—Paula fue de las primeras en salir —me respondió el chico, asomándose detrás de mí, extrañado por mi actitud—. Si quieres le digo que la estás buscando.

—No es necesario —respondí, dándome la vuelta.

—Pero ¿quién le digo que la busca? —insistió, ahora bloqueando la salida de la sala con su cuerpo. A pesar de su edad era casi tan alto como yo. ¿Quién mierda se creía este tipo?

—Soy su hermano. ¿Me dejas pasar? —respondí perdiendo la paciencia, dispuesto a abrirme paso yo mismo.

—¡Ahh! ¡Tú eres Álex! ¡Su hermano! —repitió nervioso, ahora invitándome a salir—. ¡Disculpa! Si la veo le diré que pasaste por acá —dijo deshaciéndose en disculpas, mientras yo ya lo dejaba atrás. No podía seguir perdiendo el tiempo con un claro pretendiente de Paula.

Todo parecía interferir en mi afán de encontrarla, y yo solo rogaba alcanzar a localizarla antes que Anton. Fuese o no capaz de borrar la memoria, no iba a tomar ese riesgo con mi hermana.

Cuando llegué a mi sala, Joto era de los pocos que se encontraban todavía adentro. Ni mi hermana ni Anton estaban ahí.

—¡Álex! ¿Ya te sientes mejor? —me preguntó Joto apenas me vio, acercándose a mí con la vista fija en su celular. Amelia, su mejor amiga, estaba sentada detrás de él, también revisando el suyo.

—Sí. ¿Sabes si vino mi hermana por acá? ¿Una niña de pelo castaño oscuro, como yo, relativamente largo y con flequillo? —le pregunté con urgencia.

—Obvio que conozco a tu hermana, Álex. Soy tu amigo desde la infancia —me respondió ofendido—. Y sí, pasó hace un rato buscándote, pero...

—¿Y sabes si estaba Anton cuando vino? —lo interrumpí, nervioso.

—Parece que no, pero...

—Ok, no te preocupes. ¡Nos vemos luego! —dije abandonando la sala. Estaba demasiado

urgido por encontrarla como para preocuparme de ser cortés.

Bajé al patio y para mi alivio bastó solo un momento para divisar a Paula conversando con dos de sus compañeras.

—¡Álex! ¿Cómo te fue? —me preguntó entusiasmada al verme, excusándose con sus amigas—. Te estuve buscando, pero claramente no te encontré —se rio—. ¿Cómo te fue con los anuarios?

—Sí, de eso quería hablarte. ¿Me acompañas un momento? —dije, guiándola a un lugar más apartado. Paula no puso objeciones. Parecía emocionarle que tratara todo con tanto misterio.

—No has visto aún a Anton, ¿verdad? —le pregunté, mientras nos ubicábamos en un sector en el que no había donde sentarse, pero tampoco mucho tránsito de gente.

—Mmm. Creo que no. Por como me lo describiste creo que me habría dado cuenta si es me lo hubiese topado. Oye, ¿pero me vas a contar cómo te fue con los anuarios? —Paula no podía aguantar mucho tiempo esperando que le contaran una exclusiva.

—No vas a creerlo —comencé, y eso le encendió la cara como si abriera un regalo de Navidad—. Apenas le mostré los anuarios a Solae, las fotos cambiaron. ¡Ahora Anton aparece en todas!

—¡Zaaaaa! —soltó con incredulidad, empujándome con fuerza mientras se reía de mí—. ¿Ahora tú te estás burlando de mí? —Maldije no haber traído ninguno para mostrárselo como prueba.

—Paula, esto no es una broma. Si quieres te los traigo, pero tendrás que esconderte mientras voy por ellos.

—¿Esconderme por qué? ¿Qué temes que me pase? —De solo pensar en decirlo en voz alta, me avergonzaba de lo tonto que sonaba, pero no se me ocurría otra explicación.

—Creo que Anton, no me preguntes cómo, le modificó la memoria a toda mi clase, haciéndoles creer que siempre ha sido nuestro compañero, y...

—Me habías dicho que los había engañado, pero ¿en verdad piensas que...?

—Yyy... —remarqué esta vez con voz más alta para que no me interrumpiera— no bastando con tener la capacidad de borrar la memoria de las personas y modificar los registros del colegio, ahora comprobé que también es capaz de cambiar recuerdos físicos como las fotos.

Paula seguía intentando decir algo, pero la callé haciéndole una señal con la mano.

—Si es que estoy en lo cierto y se da cuenta de que eres mi hermana y que además me estás ayudando, podría borrar también tu memoria.

La cara de póker con la que me miraba Paula era indescifrable. No sabía si estaba sorprendida, asustada o si se esforzaba por no reírse en mi cara.

—Ok. Muéstrame esos anuarios —sentenció. Seguramente no me creería nada hasta ver esa prueba.

—Iré a buscarlos ahora, pero necesito que te quedes acá. Me harás caso, ¿verdad? —Paula sacó su celular y le dio un vistazo a la hora.

—Ya, pero apúrate, que queda poco para volver a clases. —Tomé su consentimiento como

señal de partida para correr una maratón hacia mi sala. Subí las escaleras, saltando peldaños y casi tropezándome al llegar arriba. Entré, agarré un par de anuarios, los escondí bajo mi brazo, envolviéndolos con mi chaleco y emprendí el regreso sin prestarle atención a nadie.

Sin tiempo para recuperar el aliento, me dirigí de vuelta hasta el rincón donde había dejado a Paula, pero a pasos de llegar, dando vuelta a la esquina, me encontré de golpe con la espalda de Anton contra la que casi quedo incrustado. Compartía con Solae un *snack* de chocolate, en el peor lugar que podrían haber escogido para hacerlo.

—¿A dónde vas tan apurado? —me preguntó Solae divertida.

—Parece que ya te sientes mejor —añadió Anton girándose hacia mí y fijando su mirada en el bulto que sostenía bajo el brazo. ¿Qué hacían ellos justo aquí? Por detrás de su hombro, pude divisar cómo mi hermana, ajena a nuestra presencia, seguía revisando cosas en su celular.

Al notar mi distracción, Solae se giró a ver hacia dónde se dirigía mi mirada.

—¡Uuuuh! ¿Vas a encontrarte con una chica? —dijo al avistar a mi hermana. Su descubrimiento me generó un breve microinfarto.

—¡No! Solo me confundí de camino. —Eso no me lo creía ni yo, pero no se me ocurrió nada mejor para desviar su atención.

—No seas así. Preséntanos a tu amiga —dijo ahora Anton rodeándome con su brazo, mientras me forzaba suavemente a avanzar junto a ellos hacia donde estaba Paula.

Esto no podía estar sucediendo. Me obligué a considerar la posibilidad de estar exagerando. Quizás él no tenía poderes y todo estaba solo en mi cabeza. Tal vez Anton no estaba interesado en mi hermana. Es lo que quería creer ahora que no me quedaban más alternativas ni ideas para arrancar de la situación.

—¿Álex? —me saludó Paula sorprendida al verme en compañía de quien le había dicho que no debía conocer. Me miró con cara interrogante, dejando su celular de lado.

No tenía intención de presentarla. Por un segundo consideré decir que no era mi hermana. ¿Quizás fingir ser su novio? Sí. Así de desesperado estaba, pero dudaba mucho que me siguiera la corriente.

—¿Tú eres el famoso Anton? —preguntó rompiendo el silencio, pero haciendo aún más incómoda la situación.

—¿Famoso? —sonrió Anton, mirándome con una ceja levantada, dándole un nuevo mordisco a su *snack*. Paula se sonrojó por su metida de pata, mientras yo quería desaparecer, llevándola conmigo.

—Sí, soy yo, el amigo de Álex. Mucho gusto —dijo agachándose para saludarla. «¿A quién cresta le estaba llamando amigo?»

—Paula, hermana de Álex —se presentó ahora ella antes de que alcanzara a impedirselo. Se mostraba tímida en su presencia. Anton ejercía ese maldito poder con cualquier chica.

Solae, por su lado, la miraba con detenimiento, y por un momento tuve esperanzas de que la

reconociera. Después de todo, las dos siempre se habían llevado demasiado bien. «¿Pero por qué mi hermana aún no la saludaba?»

—¡Paula! Ahora me acordé de ti. Tú eres amiga de mi hermana Tamara, ¿verdad?

—¡Sí, de Tam! Debo haberte visto cuando he ido a su casa. ¡Ustedes dos se parecen mucho! —dijo mi hermana riéndose, mientras hablaba con Solae como si recién la conociera.

El sonido del timbre que finalizaba el receso penetró en mis oídos como el estruendo de un taladro: insoportable, ajeno, lejano. La cabeza comenzó a darme vueltas, mis oídos se abombaron y empecé a ver luces blancas alrededor. ¿Había ocurrido realmente? ¿Lo había hecho delante de mí? Anton le había lavado el cerebro a mi hermana justo frente a mis narices y yo no había podido hacer ni una puta mierda para impedirlo.

No lograba reaccionar. No podía moverme y no sabía si eso también era obra suya. Quizás también me estaba manipulando a mí. Quizás también borraría todos mis recuerdos.

—Álex, ¿subes con nosotros? Ya terminó el recreo —me preguntó de pronto Anton, con su cara demasiado cerca de mi espacio personal. Retrocedí al darme cuenta de que me había ido de ahí por un instante.

—¡Nos vemos más tarde! —se despidió mi hermana en voz alta—. Muy simpáticos tus amigos —me comentó luego al oído, antes de dirigirse hacia su sala. Solae agarró del brazo a Anton como señal de que ellos también debían irse.

—¿Seguro que ya estás bien? Aún te ves un poco verde —insistió Anton con fingida preocupación—. Quizás deberías regresar a la enfermería.

Lo único que quería era no seguir ahí con ellos. Eso, y matar a Anton. Pero gran parte de mí tenía miedo. Miedo a no saber de qué otras cosas era capaz; miedo de que a mí también me hiciera olvidar todo. De que me hiciera olvidar a Solae.

—Adelántense, yo voy en un momento —les pedí. Necesitaba estar solo y asimilar lo que acababa de ocurrir, antes de enfrentarme a esta nueva realidad en la que yo era culpable de haber expuesto a mi hermana a los extraños «poderes» de Anton.

—No te sientas culpable, Álex —me dijo Anton de pronto. «¿Acababa de leer mi mente?»

—¿Culpable?

—Sí. Culpable de no ir a clases por sentirte mal. Te exiges demasiado —añadió poniendo su mano sobre mi hombro. «¿Qué sabía este imbécil de mí? ¿Es que acaso ahora pretendía querer ser mi amigo?»

—En serio, no te preocupes por volver a clases. Yo me encargaré de que nadie te extrañe. —Anton sonreía de una manera que no era capaz de interpretar. ¿Qué clase de ataque pasivo agresivo era este?

—Estoy perfectamente. No hace falta que te preocupes por mí —le respondí cortante, sacudiendo su mano de mi hombro. Mi respuesta fue suficiente para que por fin decidiera dejarme en paz y subiera a clases con Solae.

No sabía por qué yo era el único que estando en contacto directo con él, no había sido afectado por su extraña influencia (prefería evitar llamarlo «poder»). ¿Acaso él lo había decidido así, o es que yo era inmune?

—Voy a averiguar qué es lo que pretendes hacer y voy a detenerte —musité entre dientes, mientras los observaba caminar.

En mí surgía una voluntad renovada. ¡Claro que volvería a clases! Ahora estaba motivado por hacer exactamente lo contrario de lo que Anton me dijera. Necesitaba probarme a mí mismo que aún tenía algo de control sobre la situación.

Capítulo 9

Entrando en calor

Levantarme ese viernes me estaba resultando imposible. No solo todavía no me recuperaba del shock del día anterior, sino que mi cabeza me dolía de tanto pensar. Pero ya había decidido que igual iría al colegio. No podía permitir que Anton ganara más terreno, que se saliera con la suya, y tenía la sensación de que me perdería algo importante si faltaba. Además, ¡para qué estamos con cosas!, yo era de esos alumnos que mientras aún mantuvieran algo de pulso y respiraran sin necesidad de un ventilador artificial, no faltarían a clases.

—¿Has visto mis calzones rojos? —me preguntó Paula, para variar estresada, mientras se cruzaba por la puerta de mi dormitorio en el momento en que yo salía. No quería saber por qué me preguntaba eso a mí, ni por qué tenían que ser de ese color en especial. ¿No podía ponerse cualquiera? Solo ella y Solae me hacían ese tipo de preguntas tan fuera de lugar.

La relación con mi hermana había vuelto a ser la misma que antes de contarle acerca de los anuarios: conversar lo estrictamente necesario y tratar de molestarnos lo menos posible. Para mi alivio, parecía comportarse como de costumbre, salvo por el pequeño detalle de haber olvidado todo lo que tuviese que ver con Solae. Al menos me consolaba el hecho de que no había olvidado que era mi hermana, a diferencia de Solae, para quien ahora yo era un simple compañero de clase.

De tener un plan sólido contra Anton, no se podía decir que lo tenía y mi ánimo tampoco me ayudaba demasiado a inspirarme. Pero estaba pensando seriamente en aprovechar que él había empezado a demostrar algo de «interés» en ser mi amigo (por muy falso que fuera). Quizás la mejor forma de enfrentarlo era hacerme el tonto, simular que todo estaba bien fingiendo ser su amigo para encontrar su punto débil y averiguar cómo sería mejor proceder.

Luego de la enorme fuerza de voluntad que debí reunir para ir al colegio, apenas llegué me fui enfocando en ver todo desde el punto de vista de la nueva situación. Solae era ahora solo una compañera más, su mejor amigo era Anton, y siempre había sido así. Pero por mucho que me esforzara, aquello no tenía ni pies ni cabeza. Todo era demasiado surrealista, sin embargo estaba sucediendo y tenía que dejar de darle vueltas para poder seguir adelante.

Era hora de comenzar a actuar. Acercarme a Anton, lo que a la vez significaba volver a acercarme a Solae. Ahora era yo quien debía ganarme su amistad, algo que jamás imaginé que necesitaría esforzarme por lograr.

—Pensé que hoy no vendrías —me dijo Joto, mientras abrochaba sus zapatillas de gimnasia. Nos encontrábamos en el camarín de hombres, cambiándonos para lo que sería la primera clase

del día: Educación física. ¡Hurra! No cabía en mí de felicidad de tener que correr justo hoy que me sentía como la mierda.

—Quizás no debería haber venido —le respondí sin ganas. Ya me estaba arrepintiéndome de ser siempre tan condenadamente responsable.

—Te veo mejor, Álex —intervino Anton, desde atrás nuestro, sin que nadie le preguntara su opinión. Iba a responderle, aprovechando la oportunidad de que él iniciaba la conversación, pero al darme vuelta, ya no estaba.

Las clases se realizarían al aire libre, en la pista atlética que colindaba con el colegio, y nuestra profe, la señorita Fabiana, ya estaba esperándonos en la cancha. Su edad siempre había sido un gran misterio para todos nosotros. Tenía un cuerpo escultural y tonificado que a varios les quitaba el sueño, pero su cara llena de arrugas y oscurecida por el abuso de sol hacía dudar hasta al más entusiasta.

—¡Se inicia el precalentamiento! ¡Wuuuuup! —nos llamó gritando a todo pulmón y aplaudiendo con fuerza a un ritmo constante, que casi la hacía parecer que estaba bailando. Cuerpo de veinteañera, cara de cuarentona, pero con más energía que un niño de cuatro años. Mi veredicto: ella era extraterrestre.

—¡Oh, qué calor! —exclamó Joto, mientras nos acercábamos a las colchonetas. No encontré que fuera para tanto, pero al seguir su mirada, me di cuenta de que no se refería precisamente al clima.

El buzo de colegio de las chicas, que en invierno era igual de aburrido y plano que el de los hombres; con el cambio de estación se había transformado en unas calzas azul marino cortas y ajustadas, combinando una polera blanca, de manga corta con el diseño de nuestro colegio. Mientras que algunas aún conservaban los pantalones largos, había quienes sabían llevar muy bien aquellas prendas tan básicas.

—No puedes decir que esta clase no tiene sus lados buenos —comentó, sin disimular su mirada lasciva dirigida al grupo de chicas que ahora empezaban a hacer abdominales.

Joto luchaba por levantarse sin mucho éxito mientras yo sostenía sus piernas. Él no era gordo, pero su condición física dejaba mucho que desear. Por mi parte, yo, aunque no era un atleta, estaba en bastantes mejores condiciones, pero justo hoy todo me estaba costando el doble del esfuerzo normal.

Aunque esto era una dinámica mixta, por lo general las chicas se sostenían las piernas entre ellas y los hombres entre nosotros. Claro que había excepciones, como Mica y su novio Diego, cuyos abdominales consistían en juntar sus labios al llegar hasta arriba, provocando náuseas colectivas. Joto a veces también los hacía con su mejor amiga, Amelia, y bueno, Solae conmigo. Al menos antes era así. Siempre que Trinidad o alguna otra amiga no se lo solicitara, Solae estaba junto a mí, abrazando mis piernas y animándome a dar mi mejor esfuerzo. Lo hacía casi con más

entusiasmo que la misma profesora, que ahora empezaba a trotar enérgicamente sobre su puesto marcando un nuevo ritmo con sus palmas.

—¡Wuuuup, wuuuup! ¡Muévanse, muévanse, que los quiero a todos súper calientes antes de empezar a correr! —dijo la profe y estalló una risotada colectiva. La inconfundible risa de Solae explotó fuerte y claro por sobre las otras, e intentó ahogarla escondiendo su cabeza entre las piernas de Anton.

Sabíamos perfectamente de qué se reía, porque Solae siempre ha sido muy malpensada, pero no podía entender ese nivel de confianza con él. Cualquiera que los viera interpretaría mal también esa escena. Anton le sacudió suavemente la cabeza, regañándola con ternura por su arrebató, mientras que a mí solo me daban ganas de golpearlo.

La señorita Fabiana, que pasó por alto el motivo de las risas, ajustó su cronómetro y nos indicó a todos que ya era hora de levantarnos.

—Me gusta ver que tienen tanta energía. Ahora se me ponen a trotar quince minutos sin detenerse, desde ahora, listos, ¡¡¡wuuuuuup!!! —gritó en una especie de alarido, mientras agitaba las palmas, para luego soplar con fuerza su silbato. El estridente pitido, casi al lado de nuestros tímpanos, bastó para que con Joto nos levantáramos de un solo salto.

—¡Quince minutos! ¿No deberían ser doce? —reclamó Joto, mientras avanzábamos hacia la enorme pista, que hoy se veía más grande que nunca. Amelia, una de las pocas chicas que aún usaba pantalones largos y que casi siempre estaba junto a Joto, se nos unió y los tres comenzamos a trotar sin muchas ganas, seguidos por Anton y Solae que partieron poco después que nosotros.

Se suponía que debíamos mantener un trote suave, porque de lo contrario nadie lograría resistir los quince minutos sin morir en el intento, pero ellos parecían desbordar energía, por lo que no tardaron en adelantarnos. No pude evitar recordar que este circuito siempre lo había realizado junto a Solae, y siempre que la profe no nos veía, disminuíamos la velocidad, conversábamos, nos reíamos y ella, tonteando, zigzagueaba con la intención de empujarme fuera de la pista.

Pero ahora estaba con Anton, delante mío y agitando su cola de caballo con un ritmo hipnotizante. Ambos trotaban en perfecta coordinación, manteniendo un ritmo constante, como intentando, además de cumplir la meta, verse perfectos frente a una cámara imaginaria.

Antes de darme cuenta, yo también había acelerado el ritmo y me esforzaba por darles alcance, a pesar de lo mal que me sentía. No sabía si quería ganarles o solo demostrarles que no les sería tan fácil sacarme del camino, pero algo en mí necesitaba romper esa perfección.

—¡Espéranos, Álex! —me gritaron Joto y Amelia al darse cuenta de que me distanciaba rápidamente de ellos. Pero yo no cedería. Sentir sus voces detrás mío y ver a Anton y Solae alejándose, me daba más combustible para seguir.

Pronto logré alcanzarlos y mantenerme a su ritmo intentando que mi cara no delatara que me estaba muriendo por dentro. Anton y Solae me miraron, pero yo sin despegar la vista del frente, aumenté aún más la velocidad. Sin embargo, a los pocos segundos Anton apareció nuevamente a

mi lado. Solae, que se había quedado atrás, tampoco tardó en unírseos. Al verla de reojo entre nosotros, pude notar que sonreía; y al encontrarme inmediatamente con la mirada de Anton confirmé que él también. Pero nuestra corrida en paralelo duró solo un par de segundos, porque esta vez fue él quien agilizó el paso dramáticamente.

Se me haría difícil alcanzarlo otra vez. Esto estaba ya lejos de ser un trote suave y mis pulmones me imploraban que me detuviera. Pero no me dejaría ganar por este tipo. Me comenzaba a doler el costado y sudaba como si me estuviera desangrando en agua, pero no ceder se había convertido en mi prioridad. Anton, en cambio, a no ser por el suave sudor que perlaba su frente, parecía estar disfrutando de una placentera caminata.

Solae volvió a alcanzarnos por un instante, pero cuando vio que ambos acelerábamos nuevamente, desistió de seguirnos el ritmo y se quedó trotando junto a Joto y Amelia.

No tenía idea de cuántas vueltas llevábamos, pero la señorita Fabiana parecía encantada de vernos participar tan activamente de su clase. La mayoría ya solo caminaba, por lo que deduje que los quince minutos ya habían terminado, sin embargo, Anton no demostraba intenciones de detenerse. Yo ya no procesaba el aire, las pantorillas me ardían horrores y necesitaba con desesperación beberme una fuente completa de agua fresca, pero nuestros compañeros, que ya descansaban a un lado de la pista, nos animaban a seguir compitiendo. No iba a detenerme.

—Ya te lo dije ayer, Álex. Te exiges demasiado —me soltó Anton, sorprendidamente. Había disminuido su velocidad para ponerse nuevamente a mi altura. Quise responderle, pero apenas tenía aire suficiente para mantenerme con vida. Fue un alivio cuando él disminuyó la velocidad hasta quedar caminando tras de mí. No dudé en imitarlo. Al ver que nos deteníamos, Solae corrió hacia nosotros junto con Joto y Amelia, aunque ella no venía precisamente hacia mí.

—¡Wow! ¡Increíble! Deberías ser maratonista —le dijo a Anton con admiración. Parecía evaluar si abrazarlo o no, considerando lo sudado que estaba.

«¿Y yo qué?», reclamé para mis adentros, caminando detrás de ellos, mientras intentaba mantener la dignidad.

—¡Vaya, Álex! ¡Sí que tienes harta resistencia! —me dijeron Joto y Amelia, reconociendo mi esfuerzo con palmaditas en la espalda, aunque nada me sacaría el sentimiento de derrota.

Necesitaba agua, aire, un analgésico para caballos y dormir como mínimo una semana. No me sentía capacitado para seguir con la clase, por lo que la señorita Fabiana me permitió retirarme antes, aún maravillada por el repentino entusiasmo que había puesto en su asignatura.

Antes de irme a los camarines, le eché un último vistazo a Anton y Solae. Ambos reían y tonteaban mientras se alistaban, junto al resto, para la siguiente actividad. Mi intenso dolor al respirar se acrecentaba al verlos. Quizás descansar no sería suficiente para recuperarme.

Capítulo 10

A prueba

La adrenalina aún recorría mi cuerpo, como el agua tibia de la ducha cayendo sobre mí. No comprendía qué me había ocurrido ni por qué había decidido competir de esa manera. Llamar la atención era de las cosas que menos me gustaban. Se suponía que buscaría ser amigo de Anton, pero cada vez que lo veía junto a Solae, algo dentro de mí se activaba. Era imposible ignorar lo que le había hecho, aunque tratar de ganarle no parecía ayudar en nada a recuperar su memoria, ni la memoria de los demás. Ya llevaba una semana sin la intensa compañía de mi ahora ex mejor amiga, y al contrario de lo que hubiese creído, estaba más agotado e irritable que nunca, además de disperso y olvidadizo.

Cerré los ojos bajo el chorro de agua, pero el solo hecho de imaginarlos juntos me hizo apagar el grifo de golpe y poner fin a lo que debía ser un baño relajante.

Me vestí rápido para evitar toparme con algún compañero. No tenía ganas de conversar con nadie. Necesitaba prolongar lo poco que me quedaba de calma. Sabía que pronto me tocaría tragarme el orgullo y todo lo que me impidiera iniciar una potencial amistad con ese imbécil.

Una vez fuera del camarín, fui a nuestra sala a esperar que los demás terminaran la clase de educación física. Mi intención era acercarme a Anton durante el recreo e iniciar alguna especie de conversación, pero como no estaba acostumbrado a socializar, no sabía de qué tema podría hablarle sin que se sintiera totalmente incómodo y forzado.

En la sala, y seguramente no haciendo nada bueno, estaba Bruno, el compañero que siempre se inventaba excusas para evitar hacer ejercicio o cumplir con cualquier deber que se le asignara. Y ahí estaba ahora, sentado anotando algo. Me costó un rato darme cuenta de que iba escribiendo en hojas muy pequeñas los apuntes que sacaba del libro de biología, para luego ocultarlos detrás de la carcasa de su móvil. Me quedé contemplándolo con la mente en blanco, hasta que caí en cuenta de lo que eso significaba.

Sentí cómo mi corazón se hundía hasta mi ombligo devolviéndose en forma de un fuerte escalofrío a través de mi espalda. ¡No, no, mierda, mierda, MIERDA! ¡Había olvidado por completo el examen de biología! Por primera vez en mi vida no me había preparado para una prueba. Nos tocaría en el último módulo de la tarde, pero estudiar en los recreos no sería suficiente para mantener mi récord de buenas calificaciones. Me llevé las manos a la cabeza, reprochándome haber sido tan retrasadamente negligente. ¿Cómo se me podía haber olvidado algo así? ¡¿A mí?! Saqué mis apuntes y el libro para aprovechar el poco tiempo que tenía hasta el

primer recreo, pero no sabía por dónde empezar. No me reconocía a mí mismo, tanto así que ya no veía con tan malos ojos imitar a Bruno y esconder papelititos con la materia para aprobar.

Apenas había revisado un par de páginas (que no fui capaz de retener) cuando mis compañeros regresaron a la sala a dejar sus bolsos de gimnasia. Por más que intenté mantenerme concentrado, al ver a Solae entrar acompañada de Anton, me perdí por completo. Tenía el pelo húmedo, suelto sobre sus hombros, y la falda de su uniforme se apreciaba notablemente más corta de lo normal. ¿Por qué este cambio? ¿Y desde cuándo yo reparaba en ese tipo de detalles acerca de ella?

Sintiendo subir el calor en mi cara, fingí seguir concentrado en el estudio, pero mi actuación no fue necesaria. Luego de dejar sus cosas ambos volvieron a salir sin siquiera mirarme.

«¡A quién le importa!», gruñí. Por ahora tendría que aplazar mi plan de intentar conversar con ellos. Al menos hasta después del examen.

Sonó el timbre del primer recreo, pero las risas y el cotorreo de quienes se quedaron en la sala no me dejaban concentrarme. Tomé mis cosas y fui hasta el patio del Cupido (como le llamaba ahora al patio de los naranjos) a buscar algo de tranquilidad. Pero linda sorpresa me encontré al divisar a Anton y Solae sentados en una de las bancas. Resignado, decidí que lo mejor sería buscar otro lugar.

—¡Álex! —gritó Anton, haciéndome señas para que me acercara.

No muy seguro de sus intenciones, me quedé detenido, sin aún decidir qué debía hacer. Necesitaba estudiar, pero tampoco quería desaprovechar la oportunidad de acercarme a ellos.

—¡Álex, por favor ven! —Esta vez era Solae quien me llamaba agitando sus manos con entusiasmo. Una vez cerca, noté que sobre sus piernas tenían algunos apuntes y, al costado, el libro de biología.

—¡Por favor sálvanos! —Solae solía exagerar las cosas—. Anton me dijo que biología es uno de tus fuertes. ¿Podemos repasar contigo? ¿Pooooorfi?

Miré a Anton con recelo. Era cierto que biología era uno de mis ramos más fuertes, pero no entendía cómo era que él sabía eso. ¡Es que parecía saber todo acerca de mí!

—También venías a estudiar, ¿o no? —preguntó Anton al ver que sostenía los libros bajo mi brazo. ¿En verdad quería ayudarme? Miré a Solae, y ella asintiendo me devolvió una cálida sonrisa, quizás adivinando mi escepticismo.

—No veo por qué no —accedí por fin, no pudiendo creer en mi suerte. Estaba matando dos pájaros de un tiro. Me dispuse a sentarme junto a Solae, pero Anton se adelantó, y apegándose a ella, me hizo espacio para que me sentara a su otro lado. No reclamé. Tenía claro que debía ganármelo primero a él.

Comenzamos el repaso, y quizás por el hecho de estar compartiendo junto a Solae como antes, por fin conseguí relajarme y concentrarme en el estudio. Anton empezó a hacerme preguntas sobre cosas que no les habían quedado muy claras, y me sorprendí de saber más de lo que creía respecto a ciertos temas.

—¿Y entonces cuál es la clasificación de las mutaciones según el tipo celular que afectan? — nos preguntó Anton, aunque su mirada se dirigía a Solae. Ella se mostraba orgullosa de haber podido responder bien la mayoría de sus preguntas, pero esta última parecía escapársele de la memoria.

—A ver. Están las mutaciones somáticas y las mutaciones... —Solae me miró para que la ayudara, pero yo no estaba precisamente concentrado en la respuesta.

Viéndolos interactuar más de cerca, no me cabía duda de que existía química entre ellos dos, y no podía evitar preguntarme si era efecto de la influencia de Anton o si ella siempre había sido así y hasta ahora no lo había notado.

No. Definitivamente Solae se veía diferente a como era cuando estudiaba conmigo. Había algo distinto. Observé cómo su cabello, aún suelto, empezaba a secarse gracias al calor de la mañana y a formar unas ligeras ondas que enmarcaban su rostro de un modo que no lograba describir. Ese detalle de su pelo, que siempre había pasado desapercibido para mí escondido detrás de su aburrida cola de caballo, le sentaba muy bien.

—Y las mutaciones, las mutaciones... ¡Ayúdame un poco, Anton! —le reprochó Solae, juguetona, apoyando su mentón sobre su hombro, con su cara demasiado cerca de la de él.

—¡Las mutaciones germinales! —solté de repente, quizás demasiado fuerte, ya que ambos saltaron al escucharme y se quedaron mirándome fijo—. Esas que afectan a las células que originan gametos... —añadí, bajando el tono de voz, mientras rascaba mi cabeza avergonzado por mi arranque.

—¡Sí, esas! ¡Las tenía en la punta de la lengua! —dijo Solae, apuntándose (literalmente) la punta de su lengua, y mostrándosela a Anton, que otra vez estaba demasiado encima. Como por si fuera poco, él estiró su lengua hacia ella, riéndose de su ocurrencia.

—Falta la clasificación según sus efectos en el fenotipo —carraspeé, para hacer notar que aún seguía ahí. ¿En verdad eran solo amigos? Su extrema familiaridad me hacía sentir que sobraba en la escena. A ratos se veían hasta más empalagosos que Mica y Diego, que eran pareja (y eso ya era decir demasiado). ¿Hasta qué punto su nivel de control sobre la mente podía influir en Solae? ¿Acaso Anton era capaz de hacer que ella... llegara a enamorarse de él?

—¡Ah, sí! Eran tres tipos, ¿verdad? —me preguntó Solae esta vez a mí.

—Sí —respondí vagamente, sin ponerle mucha atención. Pensar en que Anton pudiese forzar a que Solae tuviese sentimientos por él me apretaba el estómago de la impotencia. No podía permitir que la controlara de esa manera.

—¿Entonces cuáles eran? —Solae me miraba esperando que completara la respuesta.

—Las mutaciones perjudiciales, las beneficiosas y las neutras —añadí, sin disimular mi falta de ánimo. A pesar de no haber estudiado, la información había estado siempre ahí, oculta dentro de mi cabeza. No por nada tenía las mejores notas del curso. Pero sentirme más preparado para el examen ya había dejado de ser prioridad.

El sonido del timbre puso fin a la sesión de estudio y empezamos a recoger nuestras cosas para volver a la sala.

—¿Nos juntamos de nuevo el próximo recreo? —me invitó Anton, esbozando una sonrisa que a pesar de parecer sincera no terminaba de convencerme—. Fuiste de mucha ayuda y todavía queda materia por repasar.

—¡Sí, Álex, muchas gracias, nos salvaste! Por favor sigue ayudándonos —me pidió Solae, juntando sus manos e inclinando un poco la cabeza.

«Como si necesitara rogarme», pensé.

—Claro, no hay problema —respondí, aceptando sus agradecimientos.

Antes muerto que admitir que habían sido ellos mis salvadores al invitarme a estudiar. Estos quince minutos habían sido bastante productivos también para mí (y no solo en lo referente al estudio). Tampoco podía permitir dejarlos estudiar a solas. Solae sonrió aliviada y empezó a tararear algo en voz alta mientras regresaban a la sala. Anton, en vez de avergonzarse, se reía y hasta la alentaba a continuar cantando.

No, la personalidad de Solae no había cambiado por influencia mental de Anton. Seguía siendo la misma. Muy a mi pesar, me di cuenta de lo que podía estar ocurriendo. Con Anton ella por fin podía mostrarse con naturalidad, sin que nadie le estuviera diciendo que bajara el volumen o le llamara la atención por ser quien era. Anton no le reclamaba por llegar tarde. Él la aceptaba con todo su histrionismo y le hacía sacar lo mejor de sí misma. ¿Era así como debían comportarse los mejores amigos?

Apresuré el paso hasta alcanzarlos. Solae celebró el verme a su lado, subiendo el volumen de su voz e invitándome a unirme a su canción, poniendo ante mí un micrófono invisible. Aunque no llegué a cantar, muy a mi pesar tuve que admitir que estaba empezando a disfrutar de su animado espectáculo camino a clases.

Cuando terminó el recreo previo al examen, cerramos nuestros libros sintiéndonos bastante preparados, inclusive yo, que nunca había estudiado tan poco.

Pese a su apariencia relajada e irresponsable, Solae siempre había tenido excelentes notas (también estaba entre las mejores). Yo había atribuido sus buenos resultados académicos a que yo la ayudaba con sus estudios, pero ahora me dolía el orgullo pensar que podría estar equivocado. ¿Y si nunca necesitó de mi ayuda para sobresalir? Pensándolo mejor, quizás yo tampoco había necesitado estudiar tanto. Tal vez solo lo hacía por creer que la ayudaba. ¿O acaso siempre fue una excusa inventada para obligarme a estudiar junto a ella?

Anton nos ofreció unas pastillas de menta. Aunque le tenía rencor, no podía evitar plantearme que quizás no era tan mala persona y que incluso hasta podríamos llegar a entendernos. Pero debía tener cuidado. No tenía cómo saber cuándo estaba cayendo directamente en lo que él quería que

hiciera, o si de frentón todas mis acciones estaban siendo controladas por él. Mejor mantendría la guardia en alto.

—Me siento más preparada que nunca. ¡Gracias, Álex! Creo que deberíamos utilizarte más seguido. —Solae me dio un ligero golpe en el brazo, como usualmente hacía al acompañar sus «cumplidos», y por un momento sentí como si nada hubiese cambiado entre nosotros.

—Regresemos antes de que suene el timbre —dijo Anton, alejándose de nosotros. Solae cerró su libreta de apuntes, pero antes de que alcanzara a levantarse, la retuve, sosteniéndola de un brazo.

—Solae —le susurré—. ¿En serio no lo recuerdas? ¿No recuerdas que siempre estudiábamos juntos?

Tenía que intentarlo de nuevo. Necesitaba escuchar de su boca que lo había olvidado por completo. Me miró con seriedad, como procesando mis palabras y su mirada me penetraba como si buscara dentro de mí la respuesta correcta. De pronto vi que separaba levemente sus labios. ¿Se había dado cuenta? Era como si en cualquier momento fuese a decir que lo recordaba. Cada segundo que tardaba en responder alimentaba más mis esperanzas de una respuesta positiva. De lo contrario, ¿por qué simplemente no lo negó apenas le pregunté?

—Ay, Álex, ya no te inventes cosas, que recién nos estamos conociendo. —Se rio nerviosa, levantándose, y se dirigió hacia mí desde una distancia menos íntima—. Pero que no lo hayamos hecho antes no quiere decir que no podamos estudiar juntos de nuevo —dijo dedicándome una sonrisa sincera—. ¡Vamos a ver qué tal nos va ahora! —añadió, para luego darme la espalda y alcanzar a Anton.

Su expresión juguetona, dándome esperanzas de poder ser su amigo (nuevamente), era algo a lo que no sabía muy bien cómo reaccionar, sobre todo después de que siempre había sido yo el que le ponía límites a nuestra relación. Pero ahora sentía crecer un leve calor dentro de mí. Su respuesta no había sido inmediata, lo que me hacía interpretar que ella misma no estaba segura de no recordarme del todo. Definitivamente había dudado y eso me daba ideas para elaborar un nuevo plan de acción.

Capítulo 11

La excusa perfecta

Como siempre, fui de los primeros en terminar el examen. No soportaba quedarme en mi puesto en silencio y sin hacer nada a la espera de que los demás terminaran, así que lo entregué y salí al pasillo, aliviado por lograr darle término a la que sería la última actividad del día y de una perturbadora semana.

Para hacer tiempo, revisé mi celular. Me sorprendí (y quizás emocioné un poco) al ver que tenía una notificación de Solae aceptando mi solicitud de amistad. Entré a su perfil: en su publicación más reciente aparecíamos ella, Anton y yo en una foto llena de filtros, hashtags y emoticonos, deseándonos suerte en el examen. Solo ella miraba a la cámara y hacía el gesto de la victoria con su mano, mientras Anton y yo nos veíamos concentrados estudiando. ¿En qué momento nos había tomado esa foto?

Con pesar recordé que luego de esto ya no me quedaban excusas para seguir manteniendo contacto con ellos. Al menos no hasta el lunes. Durante el fin de semana podían ocurrir demasiadas cosas en mi ausencia.

—¡Álex! Para qué te pregunto cómo te fue, si es obvio. —Joto salía de la sala, seguido de varios otros compañeros que se iban agrupando y comentando las preguntas más complicadas del examen. Por su cara pude imaginar que él no estaba muy seguro de su rendimiento.

—¿No te fue bien? —le pregunté para hacer tiempo hasta que salieran Anton y Solae. «¿Por qué tardaban tanto?»

—Mmm... No estoy seguro, pero al menos creo que aprobé —dijo, quitándole importancia al asunto y cambiando de tema—. Ví que salías con Solae y Anton durante los recreos. ¿Acaso estudiaron juntos? —me preguntó, poniéndole especial énfasis a la palabra «juntos».

—Sí. Más que nada repasamos —admití sin dar mayores detalles, aunque a Joto no eran esos detalles los que le interesaban.

—Es admirable como lo conseguiste tan fácilmente —dijo, ahora con una expresión pícaro, fijando su mirada en mi móvil que aún mostraba la foto de Solae junto a mí y a Anton.

—¿Conseguir qué? —Apagué la pantalla y oculté el celular detrás mío, fingiendo no entender a qué se refería. Justo en ese momento, Solae salía de la sala, dirigiéndose hacia donde estábamos nosotros. Pero Joto, que le daba la espalda a la puerta, no la vio aparecer.

—¡El por fin conseguir llamar la atención de Solae! —dijo con una voz tan fuerte que de seguro

se escuchó hasta en el primer piso. Vi cómo Solae nos miraba y deseé tirarme por el balcón hacia el vacío.

—¿Qué pasa? —me preguntó Joto, dándose la vuelta para ver por qué me había puesto tan rojo. Al darse cuenta hasta dónde había metido la pata, giró su cabeza hacia mí como resorte, con su cara deformada en una mueca de horror.

—¡Así que por fin se terminó esta tortura! —comentó Solae, sonriendo divertida. Fingía muy mal no habernos escuchado, pero igual le agradecí su intención de cambiar de tema.

—¡Sí, por fin! —repitió Joto, nervioso, y al ver que el profesor salía de la sala, se dio permiso para retirarse de la escena.

Anton salió detrás del profe, llamando a Solae para que entrara a buscar sus cosas y pudiesen irse juntos. Aunque no fui incluido en el llamado, ingresé justo detrás de ella a buscar también las mías.

Se quedaron un rato en sus puestos comentando el examen, preguntándome también como me había ido, para luego cambiar de tema y excluirme de su conversación. Yo ya tenía todo listo para irme, mientras que Solae iba guardando sus cosas sin ningún apuro. En un intento desesperado por prolongar mi permanencia en la sala, vacié ruidosamente el contenido de mi mochila sobre el banco, simulando buscar algo que se me había perdido. Eso me daría algo más de tiempo para pensar en alguna excusa que me permitiera estar más tiempo con ellos. Aún no daban señales de lo que harían a continuación.

—Sol, ¿quieres que vayamos a mi departamento? —preguntó Anton, ayudando a Solae para que se apurara en ordenar sus cosas—. Nunca hay nadie y podremos estar más tranquilos.

—No, ya sabes que eso está complicado, y además hoy no hay problema con que estemos en mi casa. Mis papás viajaron a la playa y Tam no nos molestará —respondió con un tono más tímido de lo normal, y yo no pude evitar empezar a imaginarme cosas. Sabía que esta vez no quedaba nada pendiente que estudiar. ¿Por qué necesitaban tanta privacidad?

Dándome cuenta de que me había quedado inmóvil escuchando su conversación, me apresuré a meter de nuevo las cosas dentro de mi mochila, un poco alterado por las imágenes que empezaba a arrojar mi mente. Aunque no era mucho lo que andaba trayendo, me sorprendí al encontrarme con varias chucherías inútiles que no sabía cómo habían llegado hasta ahí. Entre ellas un llavero de una serie de televisión que solía ver con Solae.

—¡Waaaa! ¡Mentira, Álex! ¿También eres fanático de *Before this life*? —A Solae le brillaron los ojos al ver el llavero. Al parecer aún estaba consciente de que seguía a su lado.

Efectivamente esa serie me encantaba. Era una de las cosas que teníamos en común y que compartíamos religiosamente cada vez que salía un nuevo episodio; a veces en su casa, otras en la mía. O al menos era lo que hacíamos cuando aún éramos mejores amigos. Miré el llavero con algo de pesar al recordar esos días.

—¡Yo amo esta serie! —exclamó, quitándome el llavero de la mano y mostrándoselo a Anton,

que lo miró con cara de fastidio—. Nosotros hemos visto todas las temporadas apenas las estrenan. No sabíamos que también eras fan.

Debo admitir que escucharla fue como recibir una estocada en el corazón. Aún recordaba lo mucho que me había insistido y todos los trucos que había utilizado para convencerme de empezar a ver una serie de ese tipo, que mezclaba viajes en el tiempo, futuros distópicos y romance. Pero agradecía sus esfuerzos. *Before this life* se convirtió en una de mis series favoritas, y de solo pensar que Anton la había hecho olvidar que la habíamos visto juntos, me hacía arder en cólera.

—Justo hoy nos vamos a repetir capítulos. Queremos prepararnos para el estreno de la siguiente temporada, que es en unas semanas más. —Solae me devolvió el llavero y se puso su mochila, ya lista para partir junto a Anton.

—¿En serio? —pregunté ilusionado. Esta coincidencia era una excusa demasiado perfecta para ser verdad. ¿Es que acaso...?

—Sí, Álex. ¿Te parece si comentamos los capítulos el lunes? —me dijo Anton despidiéndose de mí, y abrazándose a Solae por la cintura. Esperar que me invitaran solo por haber compartido un par de horas de estudio, era demasiado ingenuo de mi parte. Me había equivocado al creer que Anton me lo estaba dejando fácil. Si no quería que esto quedara hasta aquí, me tocaba a mí ahora tomar la iniciativa.

—¿Es que yo tampoco recuerdo nada! ¿Puedo unirme a su maratón? —pregunté alto y claro, mirando fijamente a Solae. Si las cosas fuesen distintas, hubiese sido ella misma quien lo sugiriera, pero ahora, a pesar de que su cara no parecía poner objeciones, primero miró a Anton buscando conocer su parecer frente a mi descarada autoinvitación.

Anton se acercó a mí, dejando muy poca distancia entre nosotros.

—Pensé que eras del tipo que le gustaba hacer esas cosas en solitario —dijo, clavándome una mirada desafiante.

Solae se rio y yo retrocedí frunciendo el ceño. Efectivamente no me gustaba mucho ver series o películas acompañado. El tener que estar siempre dependiendo de la disponibilidad del otro para ver el siguiente capítulo o sometido a comentarios en voz alta acerca de lo que iba pasando, nunca me había entusiasmado. Pero con Solae ya estaba acostumbrado. Me gustaban los picoteos improvisados pero deliciosos que preparábamos juntos, e incluso me causaban gracia sus hipótesis (casi siempre erradas) de lo que iba a suceder. A veces Solae era tan inocente... Pero ese era uno de sus puntos a favor. Algo que extrañaba compartir con ella.

—Te equivocas. Preferiría mil veces poder verla con ustedes —sostuve, no muy convencido de si sonaba sincero, aunque era lo que quería. Miré nuevamente a Solae, esperando que se pusiera de mi parte.

—Dale, Anton, entre más seamos, mejor, ¿no? —accedió ella, y yo sonreí para mis adentros. ¿Por qué Anton hacía tan solo unas horas había estado tan dispuesto a integrarme y ahora me alejaba? ¿Había interpretado mal sus intenciones? ¿En verdad solo me buscó para estudiar?

—Ok, no veo por qué no. Además, tenemos que agradecerte que nos ayudaras con el examen — dijo avanzando hacia la puerta, lo que interpreté como señal de que debía apresurarme en salir con ellos o me dejarían. Solae me lanzó una sonrisa cómplice y se unió a Anton, bajando junto a él la escalera. Yo los seguí de cerca.

—Pasemos primero a comprar *snacks* y bebidas —sugirió Anton, mientras salíamos del colegio, y Solae aplaudió la idea. Para nosotros, una maratón no estaba completa si no estaba acompañada de comida deliciosa y por lo visto aquello se mantenía igual.

Durante el camino, a pesar de que íbamos los tres juntos, no podía dejar de sentirme excluido. ¿Por qué me estaba exponiendo a esto? ¿A ser su tercera rueda, su violinista? Pero si quería infiltrarme dentro de su amistad y ganarme la confianza de ambos tendría que guardarme el orgullo bien lejos de donde pudiera arruinarlo todo. No me quedaba más alternativa que estar dispuesto a jugar ese patético papel.

Cuando entramos al minimarket, Anton fue directo al sector de bebidas, mientras que Solae se dirigió hacia los *snacks*, como si sus roles estuviesen predeterminados desde siempre o sus pensamientos sincronizados. Como buen autoinvitado, no estaba seguro de qué me tocaba hacer a mí, así que opté por unirme a Solae.

Me la encontré frente a una góndola tratando de decidir entre dos bolsas de chatarras baratas, quizás calculando mentalmente si traía el dinero suficiente para lo que quería comprar. Yo sabía bien que si Solae tuviese una fuente ilimitada de dinero, no estaría debatiéndose entre ese par de baratijas. Sin duda escogería las Súper Golden Premium Papas Fritas Rústicas y Artesanales Salteadas en Sal de Mar durante un Eclipse, esas que arruinan el bolsillo de solo pensar en ellas. Las habíamos comprado solo una vez, para uno de sus cumpleaños y desde ese día se habían convertido en nuestro *snack* platónicamente favorito.

—Llevemos estas, yo las invito —le dije, pasándole la reluciente bolsa de papas artesanales sazonadas con sangre de unicornio. En dos segundos puse fin a su sufrimiento y a mi presupuesto mensual.

Su mirada, como si acabara de salvarle la vida (o como si ese fuese el mejor regalo que alguien podría darle), fue impagable.

—¿Hablas en serio? ¡Muchas gracias, Álex! —dijo y saltó a abrazarme efusivamente. No pude evitar sonrojarme ante su reacción, que por primera vez me pillaba totalmente desprevenido. Me costaba admitirlo: sus muestras de afecto, tan espontáneas, eran algo que extrañaba. Las famosas papas en ese momento valían todo su abusivo precio.

—¿Van a venir o qué? —interrumpió Anton con voz cortante, apareciendo al inicio del pasillo. Solae automáticamente se descolgó de mí, como si de pronto se hubiese dado cuenta de que abrazaba un bote de basura que chorreaba fluidos desagradables. Nunca antes le había importado abrazarme en presencia de otra persona. ¿Por qué ahora sí? ¿Es que sentía algún tipo de compromiso hacia su amistad? ¿O acaso era verdad que sentía algo por él?

Anton me miró de una forma que interpreté como señal de advertencia. Después de todo, me estaba metiendo demasiado en lo que él ahora llamaba su territorio, y probablemente también intuía que sospechaba de él.

Su objetivo con Solae y su actitud de incluirme y excluirme constantemente, seguían intrigándome. Pero cuales fueran sus intenciones, yo no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente.

Capítulo 12

Encuentros cercanos

Pagué las papas fritas (no sin sufrimiento) junto con mi parte de las demás cosas que compramos y retomamos el camino a la casa de Solae, donde veríamos la serie. Mientras caminábamos, le mandé un mensaje a Paula para avisarle que pasaría la tarde en casa de Solae. En general, era a ella a quien le informaba sobre este tipo de cosas, ya que mi madre rara vez estaba en casa o pendiente de mí.

¿¡En serio vas a salir con la chica del otro día!?

me escribió, acompañando su mensaje con un par de caras de sorpresa y otro par de pervertidas. Había olvidado que mi hermana ya no recordaba mi amistad con Solae. Para callarla le aclaré que también estaba Anton con nosotros, pero eso no impidió que siguiera burlándose de mí y mencionara ideas sobre los tres que prefería ni imaginar.

Cuando llegamos a casa de Solae, esperaba ver a su hermana Tamara para saludarla. Estuve a punto de preguntar por ella, cuando me acordé de que no me reconocería y que dadas las nuevas circunstancias, debía fingir no conocerla a ella ni a su hogar.

—Qué linda casa —comenté, simulando asombro. Tampoco era mentira. Solae tenía un hogar muy grande y acogedor.

—¡Gracias, Álex! Me gusta que te guste —respondió.

Sobre el comedor estaba la mochila de su hermana junto a una taza con chocolate caliente a medio tomar.

—¡¡Taaam, llegamos!! —gritó Solae a viva voz. Ella tardó un momento en responder.

—Yaaa. ¡Qué bueeeno! —gritó de vuelta, con un leve dejo de ironía.

—Álex, tendrás que perdonar a mi hermanita. Quizás más tarde se digne a saludarnos y te la presento —dijo, y nos guio hasta la cocina.

Luego de organizar los *snacks* y juntar vasos para las bebidas, subimos a la habitación de Solae en el segundo piso. La pieza de Tam, ubicada al lado, estaba cerrada, pero se escuchaba la televisión desde adentro. ¿Acaso estaba enojada? Cuando con Solae éramos mejores amigos, siempre se daba el tiempo de saludar.

Al entrar a la pieza de Solae, se apoderó de mí un intenso sentimiento de nostalgia. Aunque

había estado ahí hacía un poco más de una semana, ahora me parecían años. Todo se veía igual y tan distinto al mismo tiempo.

—Es cierto, es primera vez que vienes —dijo Anton al verme observar el todo tan atentamente. Su comentario no me causó ninguna gracia.

Sobre el respaldo de su cama seguía colgado el *collage* de fotos que había ido armando con los años, amarrado de hilos y decorado con autoadhesivos, pulpos, unicornios, pulpicornios, por supuesto, y otras chucherías. Entre las múltiples fotos de amigos y amigas, donde antes predominaban selfies de nosotros dos (la mayoría tomadas sin mi consentimiento), ahora estaban otras, incluso mejor tomadas, con Anton en mi lugar. Nuestras fotos juntos se habían esfumado al igual que las del anuario. Desvanecidas como sus recuerdos.

—Mira, hoy nos tomé una foto juntos. ¿Quieres que la ponga en mi mural? —me preguntó al ver mi interés en su *collage*, mostrándome la foto que ya había visto en la mañana. Apenas se apreciaba que era yo quien estaba junto a ellos.

—Como quieras —le respondí sin entusiasmo, no veía cómo mi foto pudiera destacar en lo más mínimo frente a las innumerables en que aparecía la cabeza rubia de Anton. Aún intentaba encontrar algún error, alguna falla entre las nuevas fotos, pero su trabajo de reemplazar cada recuerdo de la vida de Solae había sido tenebrosamente impecable.

Anton, que había terminado de acomodar los cojines donde nos sentaríamos y las bolsas con picoteos sobre la mesita, se levantó a cerrar la puerta. Nunca, en todos los años que conocía a Solae, habíamos estado en su habitación con la puerta cerrada. Sus padres, que eran muy conservadores y estrictos, a pesar de saber que solo éramos amigos, no nos permitían encerrarnos. Incluso estando ausentes, Tam o la misma Solae se encargaban de que eso se cumpliera, pero esta vez nadie dijo nada.

Nos acomodamos encima de su cama, reclinados sobre los miles de cojines y peluches. Siempre me había preguntado dónde encontraba espacio para dormir entre tanto almohadón y animal esponjoso, entre los que predominaban los pulpos, los unicornios y por supuesto su pulpicornio, la abominablemente tierna mezcla de ambos: un pulpo bebé con un cuernito coronándole la cabeza. Y es que Solae amaba todo lo relacionado con cosas tiernas, y qué mejor si estaban combinadas.

Abrimos algunos de los *snacks*, optando (por comodidad, no porque fuésemos unos malditos flojos sin ganas de lavar platos) por mantenerlos dentro de sus bolsas originales, y encendimos la televisión.

—¿Les parece si empezamos desde el capítulo diecinueve? —preguntó Solae, repasando la lista con el control, mientras se sentaba entre nosotros sosteniendo el pulpicornio en su regazo—. Yo creo que alcanzamos a ver cinco capítulos.

—Entre más capítulos, mejor —aprobé con entusiasmo. Aún era relativamente temprano y quería quedarme la mayor cantidad de tiempo posible con ellos.

Empezamos la maratón relajados, comentando lo que recordábamos a medida que pasaban las escenas. Luego el tiempo empezó a volar.

Vimos varios capítulos de corrido, y ya anoecía cuando terminó el tercero. Sin encender la luz, Anton se disculpó para ir al baño, dejándonos a solas, en penumbras y con la puerta semicerrada.

—¡Me encanta la escena de la titulación, pero mi favorita siempre será la del concierto, cuando ella detiene el tiempo y lo salva del accidente! —comentó entusiasmada Solae, que aún tenía su cabeza metida en la trama.

Asentí distraído, y es que para mí, encontrarnos de pronto a solas en su habitación (y además con la puerta cerrada) tomaba un significado totalmente distinto a las otras veces que había estado ahí con ella. En un intento por pensar en otra cosa, recordé que aún no abría las deseadas papas fritas premium. Aunque iluminados tan solo por la pantalla de la televisión, pude apreciar la cara de entusiasmo de Solae cuando se dio cuenta de que estaba a punto de abrir el esperado manjar.

—¡¡Mmm, Álex!! ¡Estas papas sí que son lo mejor que existe en el mundo mundial! —exclamó luego de darle un crujiente mordisco a la primera—. Ni que hubieses sabido que eran mis favoritas —añadió, echándose un par más a la boca.

—Es que sí lo sabía —le dije mirándola con seriedad, procurando hablarle de cerca y en voz baja para que Anton no pudiera oírme. La pantalla del televisor se reflejaba en sus ojos otorgándole un brillo especial a su mirada. En todos nuestros años siendo amigos, sentía que era siempre ella quien tomaba la iniciativa y ponía las reglas a nuestra amistad. Me sentía pasado a llevar y eso me provocaba rechazo cuando estábamos juntos. Pero ahora, aunque sabía que no me recordaba y que era Anton quien tenía el control de nuestra situación, me sentía empoderado. Quería tomar la iniciativa. Quería decidir qué hacer y sorprenderla, y aquel repentino cambio de roles no me estaba molestando.

—¿Y cómo podrías saberlo? Eso no lo sabe nadie más que yo y... —Solae se quedó callada. No estoy seguro si no quería decírmelo o simplemente no lo recordaba con claridad.

—¿Tú y Anton? —pregunté con curiosidad al ver que las palabras no salían de su boca.

—No. Anton tampoco lo sabe —respondió algo contrariada, luego de meditarlo un momento—. Estoy segura de que en algún momento las comí junto a alguien, pero ahora no logro recordar bien con quién.

Se rascaba detrás del cuello, como si romperse la piel le ayudara a recordar mejor.

—No, parece que nadie más lo sabía —concluyó, confundida.

¡Solae estaba dudando! ¡Quizás sus recuerdos junto a mí no estaban totalmente perdidos!

A pesar de no recordar que había comido esas papas conmigo, me aliviaba saber que tampoco lo asociaba a Anton. Quizás aún no me recordaba, pero quería creer que, si insistía un poco más, lograría encontrar la forma de desbloquear su memoria.

—Yo sabía que te gustaban, porque fue conmigo que las probaste por primera vez —me

aventuré a confesarle—. Solae, antes éramos amigos. Es solo que ahora no lo recuerdas —añadí.

«Pero te haré recordarlo», pensé mientras la contemplaba. No era normal verla tan callada. Me quedé mirándola con mayor detención y caí en la cuenta de que nunca antes me había fijado en su pequeño lunar, justo bajo la comisura de sus labios.

Sus ojos estaban atentos en los míos, como si intentaran ver a través de mí a pesar de la oscuridad. Trataban de evocar algo, esta vez más seguros que la vez anterior.

—Álex, ahora que lo dices... —alcanzó a musitar, justo en el momento en que la luz del pasillo nos iluminó, eclipsada por la sombra de Anton que regresaba al dormitorio.

—¿Me perdí de algo? —preguntó desde el umbral de la puerta, en voz bien alta para asegurarse de que lo escuchábamos. Maldije tanto su interrupción, que hubiese tirado todos los peluches y *snacks* al suelo. Al entrar, su vista se fijó en las papas y mi corazón se aceleró de solo pensar que nos hubiese escuchado. ¿Y si Anton modificaba también aquel recuerdo? No podía permitir que se apoderara de otra de nuestras vivencias.

En un acto reflejo, y sin que él se diera cuenta, alcancé la mano de Solae y presioné ligeramente mi dedo pulgar sobre su palma como señal de que guardara silencio. Aquella señal, inventada por mí hacía unos años, la usábamos cada vez que alguno de los dos necesitaba indicarle al otro que por favor fuera discreto respecto a algún tema frente a un tercero, que le siguiera la corriente a alguna mentira o que guardara un secreto.

Era un recurso bastante útil cuando nos encontrábamos entre más gente (sobre todo considerando su personalidad), aunque tenía serias dudas de que fuese a resultar esta vez. Pero enorme fue mi emoción al sentir que Solae me respondía presionando su dedo contra mi mano, de la misma forma, confirmándome así que lo comprendía y que no diría nada. ¿Había sido solo un reflejo involuntario o...?

—Nada importante. Ya estábamos aburridos de esperarte —dijo ella, simulando voz de niña quejumbrosa, mientras se echaba otra de nuestras papas secretas a la boca.

Anton se hizo espacio para sentarse, interponiéndose entre nosotros, que hasta ese momento seguíamos tomados de la mano. Rogaba que no se hubiese dado cuenta de nada. Estaba seguro de que aquello sería provocarlo y arriesgar demasiado.

—Parece que están buenas esas papas —dijo, notando el entusiasmo con que ella las comía. Luego llevó su mano derecha hacia la cara de Solae y con el pulgar comenzó a acariciar suavemente su mejilla hacia sus labios. A pesar de la luz tenue, pude notar cómo ella se sonrojaba ante su repentina expresión de cariño. Los segundos en que quedaron contemplándose se me hicieron eternos y creo que, al igual que yo, Solae imaginaba que lo siguiente que él haría sería besarla.

—Mira, Sol, tenías esto pegado en tu boca —le indicó, mostrándole adherido a su dedo pulgar el pequeño trocito oscuro que había removido de su cara. El mismo que yo estúpidamente había confundido con un lunar.

Solae lo miró y con su propio dedo índice lo tomó para poder verlo mejor, pero Anton no le dio tiempo. A continuación, agarró la mano de Solae e introdujo su dedo directamente en su boca. Lo degustó como si se tratara del manjar más delicioso, con una inequívoca expresión de placer. Solae no se movía de la impresión y yo, aturdido, no sabía dónde esconderme. Sentí como me subía bruscamente la temperatura, en una mezcla de estupor e ira. A pesar de verlos siempre tan unidos, no me había imaginado que su relación fuera así de cercana.

Luego de aquel espectáculo y como si nada hubiese sucedido, Anton soltó la mano de Solae, sacó un par de papas fritas, las untó en salsa y se las comió tranquilamente.

—En verdad están deliciosas. Deberíamos comprarlas de nuevo, Sol —dijo, lamiéndose los dedos. Luego tomó el control remoto y sin siquiera consultarnos, reanudó la serie en donde la habíamos pausado, dejándonos a los dos en estado de shock.

Capítulo 13

Retirada

Luego de aquella intervención el ambiente se enrareció. Me costó mucho concentrarme en los dos capítulos restantes. Me preguntaba si Anton había hecho todo eso solo para molestarme a mí o si en verdad era su conducta habitual con Solae. En cualquier caso, ahora ellos estaban más cerca que antes, y aunque sentía que sobraba más que nunca, resistí como un campeón hasta el final. No iba a permitir que se quedaran solos: ese idiota se iría conmigo.

Cuando terminó el último capítulo y encendimos la luz, algo encandilados vimos lo despatarrados que estábamos sobre los cojines, con las bolsas vacías tiradas por ahí sobre el cubrecama arrugado.

—¡Pero que es buena esta serie! Ya no puedo esperar a la nueva temporada. —Solae se levantó y se estiró ruidosa y exageradamente, con cara de satisfacción. Anton y yo nos incorporamos, sentándonos al borde de la cama.

—¡Ay, pero miren cómo quedé! —reclamó, notando que su ropa estaba llena de migas y restos de comida.

—Nada que no se pueda limpiar —dijo Anton, acercándola hacia él y empezando a sacudir su falda y blusa por más tiempo (y en más lugares) de lo que consideré necesario. Solae se ruborizó.

Yo ya no soportaba las libertades que se estaba tomando con ella. Por mucho que Solae fuera cariñosa, de abrazar y de contacto, yo nunca la habría tocado de esa forma sin pedirle permiso, por muy amiga mía que fuera.

—Ella puede limpiarse sola —Me oí mascullando en tono molesto. Y al ver cómo ambos me miraron, me arrepentí enseguida.

—¿Qué dices? —me preguntó Solae acercándose a mí y bajando bruscamente su mirada hacia mi entrepierna.

—¡Qué cerdo, Álex! —exclamó, tapándose la boca. En un acto reflejo, junté las piernas mientras Solae se me acercaba.

—¿Qu-? ¿Qué haces? —pregunté, quizás demasiado fuerte, al ver que seguía aproximándose. Eso la detuvo.

—¡Ni que te fuera a comer! Solo quería limpiarte un poco, tú también estás lleno de migas.

—Deberían aprender a comer como la gente —dijo Anton, presumiendo cómo él, mágicamente, no tenía ni una partícula de comida sobre él.

Solae se rio y yo seguía avergonzado por mi reacción exagerada. Sabía que ella siempre se

comportaba así, y yo había malinterpretado todo.

—¿Cómo siempre tan perfecto? —le preguntó Solae a Anton, empujándolo juguetona. Yo me preguntaba lo mismo, pero no como un cumplido. Su perfección era sobrenaturalmente irritante.

—Nos tienes que enseñar tu secreto —agregó Solae sentándose de lado sobre su regazo y comenzando a agitar sus piernas animadamente mientras se colgaba de su cuello. Sí, Solae también había hecho eso conmigo a veces, pero visto desde afuera no parecía un gesto tan inocente. Tanta insinuación podía ser malinterpretada por Anton.

—Ya es bastante tarde, ¿no? —carraspeé, comprobando mi celular, con la intención de que Anton se diera cuenta que ya era hora de irnos.

—Es viernes, Álex. ¿En serio te quieres ir a las diez de la noche? —me preguntó, rellenándose el vaso de bebida sin derramar ni una sola gota, a pesar del balanceo de las piernas de Solae.

—No te preocupes, Álex. Si te tienes que ir, te acompaño hasta la puerta —intervino ella, robándole un sorbo de refresco.

Quizás el que interpretaba mal las señales era yo. Y ahora estaba a punto de ser expulsado por mí mismo (¡bravo!). Pero es que Solae, estuvieran o no sus padres, siempre me había despachado antes de las diez de la noche, siempre con miedo a que su hermana la delatara o que sus padres la castigaran, pero hoy no parecía importarle nada de eso. ¿Es que Anton tenía convencida a su hermana Tamara, bajo su influencia? ¿Era por eso que Tam no se aparecía?

—¿Tus papás no dirán nada por estar sola a estas horas, encerrada junto a dos chicos en tu habitación? —pregunté.

¡Agh! Qué mal había sonado eso. Definitivamente, por preguntas de ese tipo mi vida social tenía menos actividad que crayón blanco.

—No sé. ¿Es que acaso tienen pensado hacerme algo? — me preguntó en tono sugerente, ladeando su cabeza hacia mí. Para suerte mía, en ese momento el celular de Solae vibró sobre la cama. Se levantó a tomarlo y luego de leer el mensaje, con fastidio hizo amago de lanzarlo lejos.

—Bueno, Álex, parece que tienes razón. Ya es demasiado tarde y es hora de que se vayan — dijo con desgano.

Anton se veía sorprendido, al parecer no se esperaba esa reacción de su parte.

—¿Pasó algo? ¿Tus papás vienen para acá? —le preguntó, pidiéndole el celular para ver el mensaje.

—No —le respondió, escondiéndolo detrás de ella, sin intenciones de pasárselo—. Es solo que recordé que mañana me tengo que levantar temprano. Ya sabes, por el paseo familiar. —Empezaba a recoger y amontonar las cosas sobre una bandeja. Por lo visto no me iría solo y eso me aliviaba.

Anton se ofreció a llevar la bandeja con las cosas y Solae, aceptando su ayuda, bajó las escaleras detrás de él.

—¡Voy a pasar al baño! —me disculpé y caminé por costumbre al que estaba en ese piso, sin que ellos me vieran. Al acercarme noté que la habitación de Tam tenía la puerta entreabierta.

Una vez dentro del baño, encendí la luz y comencé a limpiar las manchas de salsa de mi pantalón. De pronto recordé la inusual reacción de Solae al recibir el mensaje y luego la de Anton. Por primera vez tuve la impresión de que las cosas no le habían resultado como él esperaba. Al igual que yo, debía sospechar que el repentino cambio de actitud de Solae escondía algo más. Yo tampoco sabía qué le habían escrito ni quién. Solo sabía que a esa persona se lo agradecía enormemente. Esto me daba a entender que quizás Solae no estaba totalmente bajo el control de Anton, después de todo.

Me lavé las manos, apagué la luz y al salir me encontré con el segundo piso en penumbras, a excepción de la franja de luz que se colaba por la puerta semiabierta de Tam. Ahí estaba ella, de pie, observándome mientras sostenía el celular en su mano.

—¡Tam! —la llamé. No respondió y se encerró de un golpe en su pieza, como si acabara de ver un fantasma.

Pensé en llamar a su puerta, pero no tenía sentido. Ella no me recordaba y tendría que dar demasiadas explicaciones. Probablemente no esperaba encontrarse con un desconocido y por eso se asustó. Pero ¿y si había sido ella quien le escribió el mensaje a Solae? Aunque de ser así, ¿por qué no había entrado ella misma a la habitación, haciendo su típica advertencia de que se nos acababa el tiempo?

—Álex, ¿encontraste el baño? —me llamó Solae desde abajo.

Dejando mis pensamientos de lado, me apresuré a bajar las escaleras.

—Sí, ¡ahora voy! —respondí. Tenía que asegurarme de que Anton se fuera conmigo.

Capítulo 14

¿Más que amigos?

Mucho ruido y cosas cayendo. Puertas abriéndose y cerrándose con fuerza.

Me desperté maldiciendo con toda mi alma al demonio que generaba aquel escándalo. Miré mi celular, confirmando que era sábado y demasiado temprano para que me interrumpieran en la mitad del sueño. Golpeé con fuerza el aparato contra el velador y me cubrí con las sábanas intentando retomar el sueño.

—¿¿Dónde dejaron mi maaaat de yogaaa?! —Escuché desde el piso de abajo el vozarrón de mi madre, externalizando a viva voz su tranquilidad y paz interior. Seguramente culpaba a los duendes que solían esconderle todo, porque ¿para qué mierda queríamos nosotros su sudado mat?

Mi madre todos los días se levantaba antes de que el sol saliera y, por lo general, regresaba a casa bastante tarde. Siempre tenía mil actividades agendadas. Muchas veces pasaban semanas completas sin que contáramos con su presencia: porque se iba a algún retiro espiritual, debía asistir a algún ritual satánico de sanación del alma o cualquier otro tipo de actividad de la que prefería no conocer más detalles.

Volví a sentir el ruido de muebles que se abrían y cerraban. Pobres muebles, ¿qué culpa tenían? Pasaron otros largos minutos hasta que por fin volvió la calma. Asumí que había encontrado el famoso mat, porque de rendirse, no, mi madre nunca se rendía.

Aunque el silencio por fin parecía imponerse, fue imposible volver a conciliar el sueño. Tomé mi celular y, aún recostado, empecé a revisar si había algo nuevo en el mundo y en las redes sociales. Ya más de la mitad del curso me había agregado como «amigo», a pesar de que lo único que había compartido hasta ahora era mi foto de perfil.

Ví que Solae había postado una foto de su desayuno, acompañada de un mensaje:

Desayuno para recargar energías. Madrugando en familia.
#galletitas #buenosdias #desayunodelicioso
#paseofamiliar

Aparentemente era cierta su excusa de tener que levantarse temprano. Lo último que nos había dicho era que viajarían con su hermana y sus papás a visitar a unos tíos a la playa. La buena noticia era que Anton no estaba invitado, por lo que sería un fin de semana tranquilo, al menos para mí.

Me levanté de la cama, ya resignado a no seguir durmiendo, y me puse mis pantuflas. Ver la foto

del desayuno que acababa de subir Solae me había abierto el apetito.

—¡Mi pollito! ¿Te desperté, mi amor? —preguntó mi madre apenas me vio entrar a la cocina, recibéndome con un sonoro beso en la mejilla. Aunque mi cara de zombie fastidiado fue mi respuesta, sabía que tampoco esperaba que le dijera nada.

—¡Han pasado tantos días sin verlos! —agregó sin mirarme, mientras dejaba sus cosas en el lavaplatos—. Les serviría desayuno, pero ya me tengo que ir corriendo de nuevo. Tú me entiendes, ¿verdad, mi amor? —se disculpó, chasconeando mi cabello como una extraña muestra de cariño. Luego recogió su bolso deportivo para dirigirse hacia la puerta principal.

—¡Oh! ¡Buenos días, mi niña! —escuché que le decía a Paula, que seguramente había bajado tan resignada como yo. Cómo habrá sido su escándalo que hasta mi hermana, que era capaz de dormir durante un huracán grado 5, se había levantado a esta hora de la mañana un sábado.

—Hola, mamá —le respondió con voz queda.

—Álex les está preparando su desayuno, porque yo ahora tengo que volar. Cualquier cosa me llaman. ¡Nos vemos! —nos recitó rápidamente antes de desaparecer tras la puerta. Y volvió a reinar el silencio. El tan anhelado silencio.

Yo seguía en la cocina repasando en mi pantalla las últimas fotos que había subido Solae. Volví a detenerme en la que estábamos los tres estudiando. De pronto, mi mente recordó la escena de la noche anterior en que Anton acariciaba el rostro de Solae y comenzaba a lamer su dedo depravadamente. «¡Aghhhh! Pero qué tipo más desagradable.»

—¿Vas a moverte de ahí o qué? —Una Paula versión esperpento, en pijama y usando audífonos, me «pedía permiso» para sacar cosas de la despensa que estaba detrás mío.

—Veo que te está quedando rico el desayuno —agregó en tono sarcástico, al ver que aún no había nada servido sobre la mesa. «Ups». Había tenido la intención de poner las cosas para desayunar, pero me había distraído por recordar estupideces.

Mi hermana sacaba y sacaba cosas en modo automático, tarareando alguna canción de moda con los audífonos puestos. Y ahora, además, jugaba con una cuchara de té dentro de su boca. Su capacidad de multitarea a la vez que me desesperaba, me asombraba. Más que a nuestra madre, siempre había tenido la sensación de que muchas de sus actitudes se asemejaban a las de Solae. Quizás por esa razón habían sido tan cercanas. Incluso hubo ocasiones en que ella misma la invitó sin mi permiso. Juntas eran mi perdición. Pero eso ya formaba parte del pasado.

—¿Teoserales? —escuché que me preguntaba modulando como le permitía la cuchara dentro de su boca, mientras iba ordenando las cosas sobre la mesa. Puso bruscamente un individual en mi puesto y empujó mi móvil, dándome a entender que le estorbaban mis cosas (o que quería que la ayudara, pero ignoré lo segundo).

—¿Qué?

—¡¿Que si vas a tomar té o cereales?! —me repitió, esta vez quitándose la cuchara de la boca—. Pero ¿qué es lo que te tiene tan atontado?

—Café —le respondí con intención de molestarla, aunque era lo que en verdad tenía ganas de desayunar. Paula entornó sus ojos en señal de desaprobación.

—Estás así por la tal Solae, ¿verdad? —Mi hermana contaba con un sensor incorporado que lograba detectar a kilómetros la presencia de algún chisme digno de su curiosidad. No dejaba de sorprenderme.

—Claro que no —respondí, sin querer que entráramos en ese tema. También su detector de sentimientos solía ser bastante acertado, razón por la que siempre que podía, trataba de evitar conversar con ella.

—Álex, ayer fuiste a su casa hasta bien tarde y sinceramente no recuerdo la última vez que saliste con alguien más. Ni siquiera con Joto —declaró, mientras ponía bruscamente delante de mí una taza grande, con una bolsa de té adentro—. A mí no me engañas.

—Te dije café... —reclamé al ver que había ignorado mi pedido. Aunque mejor ni discutir.

—¿Pero no que Solae es la novia de Anton? —preguntó mientras se sentaba frente a mí con su pocillo de cereales, tan convencida que casi me quemó con el agua que comencé a verter sobre mi tazón. No por nada Paula era la oficina de informaciones oficial de los más recientes rumores del colegio. Recién se los presentaba y ya sabía más que yo acerca de ellos.

—¿Novios? ¿De dónde sacaste eso? —pregunté intrigado y me miró con cara divertida. Al parecer su intención era descolocarme con la noticia, cosa que estaba logrando. No era que me importaran las relaciones sentimentales de Solae. Solo estaba preocupado porque Anton parecía querer aprovecharse de ella. La situación igual era grave, considerando que quizás era capaz de manipular su mente.

Paula se llenó la boca de cereales y los masticó lentamente. Se estaba tomando todo el tiempo del mundo para responder, disfrutando el dejarme en suspenso y mirar mi creciente cara de ansiedad. Cuando por fin tragó, puso su cuchara boca abajo entre sus labios, inclinándose un poco hacía mí, mientras preparaba sus palabras con detenimiento.

—Lo hemos estado conversando con mi amiga Tam. Anton está todo el tiempo con Solae y, siempre que puede, va a su casa. Esos dos son inseparables.

Con algo de alivio ante esas pruebas tan poco contundentes, solté el aire que había retenido en mis pulmones. Eso no demostraba nada. Cuando éramos amigos también pasábamos todo el tiempo juntos.

Volvió a llenar su boca, y esta vez sin terminar de tragar, prosiguió con el chisme.

—Según Tam, se encierran en su pieza constantemente. Quién sabe qué cosas hacen ahí dentro —añadió—. Igual solo basta observar cómo se comportan frente a todos. Hay que ser estúpido para no darse cuenta que esos dos se tienen ganas.

Otra vez la escena de ayer en mi cabeza. Él acariciando su cara, lamiendo su dedo, sacudiendo su ropa. Ella sentada sobre él... Me subió la temperatura de solo recordarlo.

—Obvio que tú también te has dado cuenta —dijo, enfatizando lo evidente que era. No podía

negarlo, ocurría frente a mis narices. Pero Solae también había sido así de cariñosa conmigo, y nosotros éramos solo amigos. Entonces eso no significaba nada más, ¿verdad?—. Porque, ¿quién no se daría cuenta de todas esas señales? —insistió Paula, echándome sal con limón en la herida—. Los amigos no se comportan así.

—Pero ellos aún no... no me parece que sean pareja —dije, defendiendo mi teoría de que todavía no iban más allá. Quizás eran unos amigos muy cariñosos, pero amigos, a fin de cuentas.

—¿Con no ser pareja te refieres a que todavía no se han beshadoooo? —preguntó con voz infantil, poniendo la boca como patito para darle un énfasis ridículo a esa última palabra—. Eso no lo sé, pero si tanto te interesa puedo averiguarlo —me ofreció, guiñándome un ojo.

—No es lo que tú piensas, Paula —me justifiqué, enojado—. Es que son mis nuevos amigos y no quiero meter la pata.

—Pues si son tus amigos, entonces deberías preguntarles tú mismo —me dijo apuntándome con la cuchara, salpicando un poco de leche.

Touché. Paula se anotaba un punto.

Mi hermana se levantó de la mesa, dando por finalizada nuestra conversación.

—Igual me cae bien tu nueva amiga. No me molestaría que la hicieras tu novia —declaró recogiendo su pocillo y prácticamente lanzándolo dentro del lavaplatos—. Aunque, sinceramente, no te creo capaz.

Sin esperar respuesta, se puso nuevamente sus audífonos y se retiró retomando el tarareo de la canción que había dejado en pausa.

Me quedé pensando en su provocación. Paula no tenía idea de cuánto odiaba perder un desafío.

Capítulo 15

Apariencias

Luego de un fin de semana relativamente tranquilo, otra vez llegaba el lunes y no sabía cómo sentirme al respecto. Ya llevaba una cuadra y media avanzada de los quince minutos que me separaban del colegio, por la ruta que ahora realizaba sin compañía. En todo caso, mejor eso a irme con mi hermana que siempre salía atrasada y contagiando estrés. Irme con ella solo podía terminar en pelea y deseos de cometer fratricidio.

Detenidos en la luz roja del primer semáforo, divisé a la inconfundible pareja. El intenso sol de la mañana se colaba a través de los árboles, resaltando a contraluz el pelo rojizo miel de Solae, que ahora llevaba siempre suelto y le caía hasta más abajo de los hombros. Y a su lado, como siempre, su alta y rubia sombra, Anton, que ahora la acompañaba al colegio como si fuera su escolta personal. ¡Me surgía la sincera duda de si al menos la dejaba ir sola al baño!

Los tenía delante mío, a unos cuantos metros de distancia, pero los observaba en silencio, sin querer revelar mi presencia. Solae se reía aferrada al brazo de Anton y celebraba cualquier cosa que saliera de su boca, mientras que él le respondía con el mismo interés. A su alrededor parecía existir una especie de campo de fuerza que no daba cabida a ninguna interrupción externa.

Me pregunté si cuando éramos mejores amigos y Solae caminaba abrazada a mí, la gente nos confundía con una pareja, como lo hacía yo ahora al verlos desde atrás. ¿Había estado ella tan contenta conmigo como se le veía ahora con Anton? Es que Solae siempre había sido una chica positiva y animada, pero ahora irradiaba un aura diferente. No solo se veía feliz, se veía correspondida. Y si no los conociera mejor, hasta podría jurar que ambos parecían estar enamorados.

Creo que nunca me pregunté si Solae era feliz en mi compañía cuando éramos amigos. A pesar de que siempre me imponía sus gustos y terminábamos haciendo lo que ella decidiera, y aunque jamás lo admitiría, al final siempre terminaba disfrutándolo. Como si Solae supiera de antemano lo que me iba a gustar. Por mi parte, jamás me preocupé por saber qué era lo que ella quería. Nunca me esforcé por ver más allá de su máscara que siempre había aparentado estar bien, ni tampoco me preocupé de comprender sus sentimientos o siquiera saber si estaba contenta conmigo como amigo. Siempre la di por sentada; a ella y su amistad incondicional.

Una sensación de vacío se apoderó de mí, dejándome inmobilizado, detenido en mis pensamientos y en un creciente sentimiento de culpa que me impedía acercarme más.

De pronto, Anton soltó a Solae y se giró para sacar algo de su mochila, y aunque su mirada

nunca se detuvo en mí, tuve la sensación de que se dio cuenta de mi presencia. La luz cambió a verde y, mientras cruzaban, repentinamente acercó a Solae hacia él, abrazándola posesivamente por sobre su hombro. Acto seguido le dijo algo a al oído y ella se rio con timidez.

Ya no me cabía duda de que Anton me había visto y que solo lo hacía para irritarme. Por un instante casi había olvidado de lo que él era capaz. Aquella aparente felicidad de Solae a su lado debía ser efecto de su manipulación, y si no impedía que él siguiera haciendo lo que quisiera con ella, terminaría arrepintiéndome.

Con seguridad renovada y pisando fuerte, aceleré y los sobrepasé simulando no haberlos visto.

—¡Hola, Álex! —me llamó Solae apenas los adelanté.

—Ah, ¡hola! —respondí volviéndome hacia ellos y ofreciendo mi mejor interpretación dramática de no haberlos visto.

—¿También vives por acá cerca? —me preguntó y asentí sin entusiasmo—. ¡Qué increíble que no nos hubiésemos topado antes! —acotó divertida, mirando luego a Anton. Aún no me acostumbraba a estas situaciones en las que Solae me restregaba en la cara que no recordaba nada sobre mí.

—¿Y ustedes siempre se van juntos al colegio? Cualquiera pensaría que son novios —solté para evaluar su reacción, mientras seguía caminando junto a ellos.

—¿En serio crees que por acompañar a Solae al colegio soy su novio? —me preguntó Anton e inmediatamente me arrepentí de haberlo mencionado. Preferí no responder—. Pero no te pongas así. —Se rio, abrazándome ahora a mí también—. Igual es cierto que parecemos novios, ¿verdad, Sol? —Solae lo miró sorprendida y, aunque se había puesto roja, intentó disimular su impresión.

—Es verdad que todos nos lo dicen —agregó ella, en voz baja.

—¿Pero lo son? —pregunté antes de darme cuenta. Últimamente mi lengua iba mucho más rápido que mi capacidad de pensar mis palabras.

Anton se inclinó hacia mí.

—¿Por qué de pronto te importa tanto nuestra relación?

—Es cierto —añadió Solae—. En todos estos años, jamás te vi interesado en acercarte a nosotros o siquiera hacer algún amigo. ¿Por qué el cambio?

«¿Que por qué?», me preguntaba ella. «Porque antes no estaba solo. Nunca necesité buscar amigos porque te tenía a ti. Estaba contigo y contigo me bastaba y me supersobraba, ya que tu amistad valía como la de diez personas. Solae, tú eras mi mejor amiga, pero este idiota hizo que lo olvidaras todo.» Eso le hubiese respondido si hubiera podido. Ya lo había intentado antes, pero para que me creyera no bastaban las palabras ni tampoco podía decírselo frente a Anton. Además, si me ponía en evidencia frente a él, si demostraba abiertamente ponerme en su contra, no solo lo negaría todo sino que también podría borrar ese recuerdo de Solae, o mucho peor, hacer que me olvidara por completo. De tan solo imaginar ese escenario, me daban escalofríos.

Llegamos al último semáforo que cruzaba la avenida principal y nos detuvimos. El cronómetro

indicaba que aún quedaba cerca de un minuto para poder cruzar. Sentí que sus miradas estaban clavadas en mí. Todavía esperaban mi respuesta y yo sabía que ese era el momento de dar el siguiente paso si quería mantenerme junto a ellos.

Tomé aire y me paré frente a ambos. Tenía que sonar convincente y lo que iba a decirles no me resultaría nada fácil.

—Chicos —comencé a decir, mirándolos alternadamente—. Después de pasar estos días junto a ustedes, y aunque siempre había preferido estar solo... —Desvié la mirada hacia el suelo—. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo que era estudiar y compartir con amigos, entonces... yo...

—¿Te nos estás declarando, Álex? —preguntó Anton, burlándose de mí.

—¡Solo estaba diciendo que me gustaría ser su amigo! —concluí por fin, humeando de vergüenza luego de vomitar semejante arcoíris. ¿De dónde había salido tanta cursilería?

—¡Awww, Álex! ¡No te conocía ese lado tan tierno! —exclamó Solae con sus ojos brillantes, como los de quien ve a un cachorrito desamparado que busca cariño.

Yo tampoco me conocía ese lado. Me preguntaba si en verdad lo tenía.

—¿Lo podemos adoptar? —preguntó Solae, pidiéndole permiso a Anton. (¡Agh! ¡Solae sí que me estaba comparando con un animalito!)

—Debo admitir que a mí también me pareces adorable, Álex —dijo ahora él, apretando mis mejillas y acercando su rostro con una sonrisa condescendiente—. No veo por qué no.

No me podía mover del coraje y mi cara hervía al rojo vivo, no sabía si de rabia, vergüenza o impresión.

—No seas egoísta, Anton, que ahora también es mío —reclamó Solae, y aprovechando el impulso, se colgó de mi cuello, abrazándome con energía. Esta vez no se cortó por la presencia de Anton.

Hice amago de retroceder, pero no me quedaban fuerzas para resistirme. Esos dos sí que sabían cómo bajar mis defensas y descolocarme (y tampoco conocían el límite del espacio personal). Fue el pitido del semáforo en verde el que hizo que Solae me soltara y que ambos me invitaran a seguir avanzando, ubicándome entre ellos.

Así fue, como, amarrado por una correa invisible y con mi rabo entre las piernas, fui oficialmente domesticado por ellos. No sabía hasta dónde había caído mi dignidad con mi obsesión de descubrir los planes de Anton y salvar a Solae, pero al menos ya estaba oficialmente infiltrado dentro de su empalagosa relación.

Tenía la sensación de que ahora que me habían convertido en su juguete-mascota, me sería más fácil conseguir tiempo a solas con Solae; y que si insistía lo suficiente en algún recuerdo débil o ambiguo, podría lograr algo. Solo tenía que descubrir qué otras situaciones podría usar para bajar su guardia, contarle toda la verdad y liberarla por fin de este extraño hechizo del que estaba siendo víctima.

Capítulo 16

Tomando la iniciativa

El café de la mañana del jueves tenía un sabor un poco más dulce que de costumbre. Esto de fingir ser amigo de Anton y Solae no se sentía tan mal después de todo. Aunque el tener nuevos amigos no era lo único que me llamaba la atención esta madrugada.

Paula, mi madre y yo desayunábamos todos juntos en el comedor como una familia normal, acontecimiento que ocurría más o menos cada tres alineaciones planetarias. Aunque cada uno estuviera atento a su celular, o en mi caso, a mi libro, se podría decir que era lo más parecido a estar compartiendo en familia.

—Deja en paz ese pobre café —me dijo Paula de pronto—. Si ni siquiera le echas azúcar, no sé para qué lo revuelves tanto. —Sin darme cuenta, llevaba un buen rato abstraído, jugando con la cuchara.

—¿Pasó algo, mis amores? —nos preguntó nuestra madre, sin despegar la vista de su pantalla, mientras escribía a una velocidad inhumana (probablemente a su grupo pachamámico) y luego le daba un sorbo a su té chai.

—Álex está enamorado de una compañera de clases que ya tiene novio —dijo Paula con total tranquilidad, y yo casi doy vuelta la taza sobre mi libro. Asesiné a mi hermana tres veces con la mirada.

Nuestra madre le dio un mordisco a un panecillo, lo acompañó con otro sorbo a su té y a continuación tomó su móvil con ambas manos para escribir con mayor facilidad otro largo mensaje.

—Qué bueno, mi amor —me dijo después de tragar. Estaba claro que no había escuchado nada de lo que había dicho Paula, y mi hermana parecía contar con eso.

Paula se acercó a mi oído y acompañó el gesto usando su mano como para contarme un secreto.

—Le acabo de pedir permiso para ir a una pijamada este sábado. Y aunque le dije que sería con hombres y con alcohol, me acaba de decir que sí. ¡Es tu oportunidad para pedirle algo!

Ella se burlaba de la evidente falta de atención de nuestra progenitora, pero a mí no me causaba tanta gracia. Sobre todo porque sabía que mi hermana hablaba en serio en cuanto a su panorama.

De pronto se escuchó el timbre.

—¿Sonó acá? —preguntó Paula, extrañada—. ¡Yo voy! —dijo zampándose lo que le quedaba de cereales y sorbeteando la leche directo del pocillo.

El timbre volvió a sonar. Hacía más de una semana que nadie llamaba tan temprano.

«¿Podía ser que...?»

—¡Aleeeex! —se escuchó su inconfundible grito desde afuera. Esa sin duda era la voz de Solae. Mi corazón dio un salto.

Paula se asomó desde la puerta y le hizo un saludo con la mano. Luego se dirigió a mí.

—¡Álex, es Solae! Pero no te ilusiones que viene con su novio.

—¡Ya deja de decir eso! —reclamé, girando la cabeza para comprobar si nuestra madre se daba por aludida, pero ni el timbre había sido lo suficientemente digno de su atención.

Me asomé a saludarlos y les pedí que me esperaran mientras iba por mis cosas. Me sentía inusualmente nervioso. Es que a pesar de que todo era fingido y bastante cínico de ambas partes, no podía no emocionarme ante el hecho de tener nuevos amigos, ganados a punta de mi propio esfuerzo.

—¡Chao, má! —me despedí sin esperar que respondiera. Lo que no esperaba era que se levantara a abrazarme.

—Adiós, mi amor —dijo dándome un beso rápido en la mejilla—. Como ya saben, hoy me voy de viaje y este fin de semana no estaré en la casa. Así que por favor pórtense bien, y Álex, no armes ningún disturbio en mi ausencia.

«¿Como ya sabemos?». Entorné los ojos. Primero que nada, recién me enteraba de sus nuevos (y poco originales) planes de abandono por el fin de semana. Y lo segundo, pero incluso más increíble, era que a mis dieciséis años aún no me conociera lo suficiente como para sugerir que yo aprovecharía de organizar una fiesta, cuando para mí era la instancia perfecta para encerrarme en mi habitación a leer, descansar y ver películas, sin que nadie me molestara durante dos días completos. Yo sabía que Paula, con solo catorce, sí era capaz, pero a ella mi madre la tenía por un inocente angelito. Además, mi hermana ya tenía planeada su orgía en pijamas en otro lugar.

El timbre volvió a sonar, recordándome que me esperaban. «¿Desde cuándo era Solae la que me apuraba a mí para ir al colegio?». Me volví a despedir prometiendo «portarme bien» y salí apurado a su encuentro.

Las clases de la mañana transcurrieron lentas, pero soportables, a pesar de que *Big Alicia* fue quien las inauguró.

Cuando llegó la hora de almuerzo, fui con Solae y Anton al comedor que se encontraba cerca del patio principal y nos ubicamos bajo la única mesa que estaba a la sombra de un gran Acer Negundo, un enorme árbol (del que solo conocía el nombre porque lo tenía escrito en un cartel pegado al tronco). Para mi gusto era la mejor ubicación de todo el lugar.

Comenzamos a comer en silencio y, como nadie hablaba, aproveché de abrir mi libro mientras Solae, que estaba sentada frente a mí, le robaba comida a Anton descaradamente. Por estar leyendo no me di cuenta de que también me robaba a mí.

—¡Ey! —La miré molesto, pero que me respondiera con una sonrisa y el hecho de que volviera a tomarse esas confianzas conmigo hicieron que el enojo se me quitara enseguida. Recuperando la posesión de mi comida, retomé la lectura.

—Así no es como consigues amigos —me reclamó Solae quitándome el libro y cerrándolo de golpe. Intentaba parecer enojada, pero sus ojos dejaban en evidencia que disfrutaba molestarme. Anton, que ya casi terminaba su plato, no parecía afectado por nuestra interacción, en la que ahora Solae me regañaba punzando mi nariz como si fuese un niño pequeño.

—¡Me perdiste la página! —mentí.

—¡Te lo mereces! Y da las gracias de que no te dejo sin postre a pesar de ser tan maleducado. A continuación, Solae sacó una bolsa de papel craft y extrajo de su interior dos grandes galletones, decorados con esas salsas duras y coloridas de las pastelerías. Uno tenía forma de estrella y el otro de corazón, que por supuesto era para Anton.

Él lo agradeció con su cortesía habitual, pero sin siquiera detenerse a mirarlo, se lo comió en casi tres mordiscos, mientras empezaban a hablar sobre el concierto que daría un grupo del que no estaba muy seguro de haber oído en mi vida. Yo, por mi parte, aún contemplaba mi estrella en silencio, admirado por el nivel de detalle del decorado. Apenas le di un bocado, mi estómago se puso contento y me pareció recordar que Solae ya me había convidado de estos galletones en alguna otra ocasión.

—¿Los compraste en Starfour? —le pregunté, pensando que quizás los vendían en la cafetería cerca de nuestra casa. Definitivamente tenía que comprar más de estos.

—¡Los preparé yo misma! ¿Qué tal me quedaron? —nos preguntó orgullosa. Ella aún no comía el suyo, que tenía forma de flor. Lo apoyaba sobre su boca, mostrándolo hacia nosotros, presumiendo de su buen trabajo y dedicación.

Le di un nuevo mordisco a mi galleta, esta vez asimilando la nueva información. Y es que Solae nunca cocinaba. Era algo que si podía evitar lo hacía a toda costa, no porque le resultara mal, sino porque odiaba cocinar. Y aún así, recién ahora me enteraba de que estas galletas eran obra suya. De pronto recordé varias ocasiones en que ella me había llevado de estas mismas como colación, con formas de gatos, cerditos, de pulpicornios e incluso de corazón. Y solo para mí. ¿Cómo fui tan idiota de no haberme dado cuenta antes, de nunca haberle preguntado? Ni siquiera estaba seguro de habérselas agradecido apropiadamente. Sentí una mugrecita colarse dentro de mi ojo.

—¿En verdad? —preguntó Anton, sin demostrar la emoción que ameritaban—. ¡Te quedaron muy ricas, Sol!

Quería decirle que, más que ricas, estaban supremas. Necesitaba preguntarle que por qué se había tomado la molestia. El que esta mañana me fueran a buscar y que ahora me ofreciera la galleta solo me sugería que Solae estaba celebrando el nuevo inicio de nuestra amistad. Pero no me salían las palabras. No sabía cómo darle las gracias sin sonar como un tonto. Nunca me acostumbré a hacerlo. Así que, con la boca llena, me limité a levantar mis dos pulgares y sonreírle

en señal de aprobación, reprochándome internamente que siempre me costara tanto comunicar lo que sentía.

—¿Qué están comiendo? ¿Las compraste acá? —preguntó Trinidad, quien acababa de salir del casino junto a Micaela y Diego.

—Son galletas hechas por mí —respondió Solae, sonriendo mientras le ofrecía una—. Pero te advierto que engordan un montón.

—*Thank you, Soli!* pero yo no engordo —dijo sacando una con una sonrisa que mostraba todos sus dientes. Me quedé mirando la bolsa con ojos largos, preguntándome si podría comerme otra. Pero detrás de ella, Mica y Diego aparecían como buitres. Solae los miró haciendo un puchero.

—Me queda la última. Tendrán que compartirla —les dijo resignada, pasándoles la bolsa. Diego y Mica no protestaron. Definitivamente lo suyo era compartirlo todo, incluyendo comida y fluidos corporales.

—Anton, ¿me acompañas al quiosco? *Pleaaase?* —le preguntó Trinidad, reclamándolo de un brazo, mientras miraba a Solae que asintió como si le diera su consentimiento. Por su parte, Mica y Diego, agradeciendo la galleta, fueron a compartirla a una banca contigua, dejándome a solas con Solae.

—Estamos muy lejos. Mejor ponte aquí —me dijo, indicando el asiento vacío que quedó junto a ella. Miré hacia atrás, comprobando que Anton y Trinidad ya se habían ido y me levanté. No sabía por qué se sentía tan extraño quedarme a solas con Solae, cuando ya debería estar acostumbrado. Una vez sentado, noté que entre su cabello tenía atrapada una hoja de árbol.

—¿De qué se trata? —me preguntó, empezando a hojear el libro que me había quitado—. Este no es el que nos toca leer para el examen.

—Habla de la historia de la humanidad y la evolución de las especies —le dije, sin lograr despegar mi vista de la hoja que tenía en el pelo. Mi personalidad obsesiva necesitaba quitársela para poder hablar con tranquilidad. Mientras ella seguía concentrada en mi libro, hice amago de estirar la mano hacia la altura de su oreja, pero no me animé a seguir avanzando.

—¿Qué pasa? —me preguntó retrocediendo y mirando mi mano con extrañeza.

—Eh, ¿puedo recuperar mi libro? —pregunté, intentando disimular el gesto, apuntando con mi mano hacia él de una manera muy poco natural.

—Ah, claro. Se ve interesante —me respondió, devolviéndomelo—. ¿Me lo prestas cuando lo termines?

¿Por qué de pronto me estaba costando tanto acercarme a ella físicamente? Anton no había ni pestañado antes de tocar sus labios y sacarle una pequeña miga de la boca, mientras que yo no era capaz de quitarle una condenada hoja del pelo. Solo tenía que mentalizarme en cómo era antes nuestra relación, cuando era rutina diaria que se me colgara al cuello, y en estas mismas circunstancias, seguramente le hubiese arrancado la hoja sin pensarlo dos veces además de regañarla por sucia o despistada.

—¿Por qué me miras así? Ya te devolví tu libro —me preguntó, trayéndome de vuelta a la Tierra.

Avergonzado, giré mi cara buscando con urgencia un cambio de tema. Mica y Diego seguían en la banca compartiendo el último trozo de galleta antes de comenzar a besarse con bastante más pasión de lo que permitían las reglas del colegio. Volví a Solae para ver su reacción, pero más que mirarlos con reprobación o con asco, parecía envidiarlos.

—¿Tú y Anton ya se han... besado? —pregunté, antes de darme cuenta de que estaba siendo demasiado indiscreto. Solae me miró con los ojos bien abiertos.

—¿Cómo me preguntas eso? ¡Con Anton solo somos amigos! —me respondió roja y tal vez demasiado fuerte, pero ni eso interrumpió el candente beso de nuestros compañeros.

—Lo siento, necesitaba saberlo para no meter la pata —dije en voz baja, mientras sentía que se alivianaba un peso en mi interior. Solae empezaba a jugar con las puntas de su pelo.

—Él solo me ve como su amiga —dijo, ahora suspirando—. Somos amigos desde siempre y parece que así va a seguir siendo —añadió con resignación, apoyando el mentón sobre sus puños.

No era necesario que lo dijera para leer entre líneas que Solae quería algo más con Anton. Lo decía como si llevara años esperando a que él tomara la iniciativa para que su relación pasara al siguiente nivel, cuando apenas se conocían hacía unas semanas. Era increíble cómo había alterado sus recuerdos. ¿Pero entonces por qué la hacía esperar? ¿Por qué si su objetivo era enamorarla, simplemente no la hacía su novia? No es que quisiera que lo hiciera, pero no entendía qué era lo que él estaba buscando al hacerla sufrir así.

Solae ya comenzaba a hacerme confidencias, y a pesar de que hubiese preferido que no me diera a entender que le gustaba Anton, de pronto empecé a recuperar esa seguridad perdida. Yo ya había sido su mejor amigo una vez, por lo que no debería resultarme difícil volver a acercarme a ella, ¿verdad?

—Yo también quiero ser tu amigo —solté en un acto de sinceridad inesperado. Solae me miró, recuperando la sonrisa.

—Álex, pero si ya somos amigos.

—Pero y si entonces fuéramos... —dije y sin pensarlo más, levanté mi mano hasta detrás de su oreja. Solae permaneció quieta y expectante, pero esta vez no retrocedió.

—¿Si fuéramos...? —repitió sin dejar de mirarme. Sin apuro giré mi mano y suavemente desprendí la hoja que estaba atrapada en su cabello. Solae parecía contener su respiración.

—¿Si fuéramos mejores amigos? —completé, alcanzándole la hoja, pero Solae aún me miraba perpleja. Al sentirla en su mano y ver de lo que se trataba, relajó su postura y comenzó a reír.

—¡Oh! Gracias, no me había dado cuenta —dijo tanteando con sus dedos entre su pelo en busca de alguna otra cosa que estuviera enredada, mientras miraba hacia arriba el árbol bajo el que estábamos.

—Parece que no tienes nada más —dije ayudándola a explorar por detrás de su cabeza con mi

mano. Su cabello era muy suave y me descubrí no queriendo dejar de tocarlo (a Solae tampoco parecía molestarle), pero ya no tenía excusa para seguir haciéndolo.

—Es muy linda —dijo mirándola con inusual timidez. No sabía si lo hacía por evitar mi mirada o porque en verdad lo creía, ya que la hoja en sí no tenía nada de especial. Me la alcanzó y ambos nos quedamos sosteniéndola por un par de segundos, sin decirnos nada, hasta que de pronto Solae agarró mi mano y puso la hoja sobre mi palma.

—Guárdala, será mi primer regalo como tu amiga —dijo mientras la encerraba en mi mano, envolviéndola entre las suyas. Ante el contacto, sentí un extraño hormigueo ascender por mi brazo.

—¿Y para qué quiero yo una hoja? —dije, sintiendo los colores subirme al rostro, sin lograr que me soltara (aunque tampoco me estaba esforzando mucho por conseguirlo).

—¡Qué poca imaginación! —gruñó, quitándomela y colocándola asomada dentro de mi libro—. Tienes que esforzarte un poco más si quieres reemplazar a Anton como mi mejor amigo —me dijo, pasándome el libro de vuelta con mi nuevo marcapáginas.

—Pff, qué regalo más corriente —resoplé, intentando parecer serio—. Ni siquiera lo pusiste en la página correcta —agregué. Me contuve de reírme, mientras la reemplazaba por el pedazo mugroso de servilleta que tenía antes como marcador.

—Si no la quieres, ¡entonces devuélvemela! —dijo ahora levantándose para tratar de quitarme el libro—. ¡No sabes apreciar lo bueno! —Sabía que no estaba enojada porque se le escapaba una sonrisa. En el fondo, ella también sabía que la hoja no tenía ninguna gracia y yo no podía dejar de reírme ante su reacción. Era como si todo volviera a ser como antes. O mejor que antes.

De pronto divisé a Anton, que regresaba a nuestra mesa junto con Trinidad, ambos comiendo helado. Solae también se dio cuenta y desistió de quitarme la hoja. Su expresión había cambiado.

—¿Todavía siguen aquí? —preguntó Trinidad, relamiendo su helado, que comenzaba a derretirse sobre sus dedos. Las manos de Anton, a pesar de sostener uno de chocolate, por supuesto se mantenían inmaculadas.

—A ustedes les trajimos esto —dijo él, lanzándonos una barra de cereal a cada uno. Atrapé la mía en el aire con inesperada destreza. ¿En serio había comprado una para mí también?

—Gracias... —dije sorprendido y Anton, sonriendo, me levantó su pulgar. Solae se cruzó de brazos.

—¡Claro! ¡A Anton sí le das las gracias por esa tontería! —Su reacción volvió a causarme risa y un extraño calor comenzó a crecer en mi interior. Solae volvía a comportarse como ella misma conmigo, ¿y Anton me hacía un regalo? ¿Acaso era posible que los tres nos convirtiéramos realmente en amigos? No quería que esto se acabara. Quería prolongar esta sensación de pertenencia, aunque fuese falsa, y de pronto mis planes de pasar un fin de semana tranquilo y solitario fueron violentamente reemplazados en mi cabeza.

—¡Los invito a mi casa este sábado en la noche! —exclamé, levantándome en un impulso,

apoyando las palmas contra la mesa.

—¿Vas a dar una fiesta? —preguntó Trinidad, levantando una ceja mientras chupeteaba el palito de su helado. Había olvidado por completo que seguía junto a nosotros. Miré alrededor, por si había invitado a más gente sin darme cuenta, pero por suerte Mica y Diego ya se habían ido.

—Nunca dije una fiesta. Pensaba en algo más tranquilo, como una película...

La idea de algo masivo ni siquiera se había cruzado por mi mente. (además de que las fiestas nunca han sido lo mío). Mi intención era que estuviera Solae y asumía que por defecto eso incluía a Anton, pero no tenía ningún interés en incluir a más personas.

—Ah, qué lástima, porque yo ya tengo planes —respondió Trinidad, dándose importancia. Aunque para mí obviamente resultaba un alivio.

—Yo sí me apunto. ¿Vamos, Anton? —le preguntó Solae con entusiasmo.

—Suena bien —respondió él, sin sorprenderme en lo absoluto. Por supuesto que no iba a permitir que Solae fuera sola a mi casa.

Y así nuestro improvisado panorama de sábado por la noche quedó agendado, y aunque de novedoso no tenía mucho, yo lo sentía como un gran paso adelante.

Capítulo 17

Persona non grata

La semana transcurrió sin mayores novedades ni progresos, hasta que finalmente llegó el sábado. El gran día que, aunque me negaba a admitirlo, había estado esperando como un niño la Navidad.

Mi madre seguía lejos de la civilización en alguna de sus sectas introspectivas y mi hermana ya iba en camino a su juerga en pijamas. ¿Y yo? Teniendo la casa vacía y disponible para mí solo, había organizado un evento (si se le podía llamar evento), que consistía en una inocente noche de películas para tres personas, donde lo más transgresor era la comida poco sana. ¡Uh! ¡Cuánta rebeldía! Cualquier otro compañero en mi situación hubiese improvisado una fiesta digna de película gringa, llena de drogas, sexo y alcohol. Sí. Admitía lo triste que era esto de invitar a una chica y a su casi pareja a mi casa. Bordeaba en lo patético, pero había que aceptar que eran un paquete y que las piezas no se vendían por separado.

Las horas pasaban con extrema lentitud, y lo que podría haber sido una espera relajada y provechosa, terminó siendo más bien una tortuosa agonía. Para peor, fijé como hora de llegada las siete y media, olvidando por completo que en la zona horaria del planeta de Solae, eso significaba una hora más tarde, pero ya siendo las nueve de la noche, aún no había señales de ellos.

¿Y si les había pasado algo? ¿Y si no llegaban? Cualquiera que fuese el motivo, me negaba a llamarlos y exponerles mi necesidad de que aparecieran. Pero afortunadamente no hizo falta. A las nueve y cuarto sonó el timbre, y ahí estaban ambos parados frente a la reja, con cara de despreocupación absoluta. Al menos pudieron siquiera intentar simular un poco de vergüenza por el retraso.

—¡Qué grande tu casa! ¡Me encanta! —dijo Solae entrando apresurada, sin mostrar la prudencia que se acostumbra al visitar por primera vez una casa ajena. Es más. Sin dudarlo se sentó en el mullido sillón del living, saltando sentada sobre él como una niña pequeña. Lo interpreté como una buena señal. Solae siempre había sido parte de mi casa y siempre le había gustado ese sillón, y aunque esa actitud me había molestado en más de una ocasión en el pasado, ahora me resultaba hasta divertida.

—Está bastante bien —comentó Anton, que por su parte, entró con más cautela. Más que por modales, parecía que todo lo observaba con detenimiento, como si hiciera inventario a cada rincón en busca de alguna evidencia o recuerdo que debiese eliminar de la escena. De todos modos no encontraría mucho. Ya había revisado que no hubiera nada que pudiese tener relación

con Solae, y no había sido muy difícil, ya que no tenía fotos con ella, ni en la casa ni en mi habitación.

—¿Dónde está la cocina? —preguntó luego, levantando las bolsas que venía cargando.

—¡Compramos cosas ricas! —añadió Solae, ya más quieta, pero no menos curiosa. Ahora intruseaba dentro de una caja metálica que estaba en la mesa de centro y revisaba las fotos que adornaban ciertos muebles.

—La cocina está por esa puerta —le indiqué sin mirarlo, pero Anton no se movió. Al igual que yo, se había quedado observando cómo Solae se dirigía al equipo de sonido que estaba bajo el mueble de la televisión. Lo había encontrado a pesar de que estaba escondido detrás de una puerta de vidrio opaco. A continuación lo encendió y lo conectó a su celular sin dificultad.

Lo recordaba. Quizás no de forma consciente, pero cada paso de Solae desde que había llegado a mi casa evidenciaba que recordaba haber estado aquí. Su confianza, el saber dónde estaba la radio, saber cómo conectarla. Quizás hoy sí conseguiría que me recordara, si es que Anton no reparaba en la importancia de estas pequeñas señales.

Música alegre y a todo volumen inundó la sala y Solae comenzó a moverse a un ritmo que de un leve contoneo no tardó en convertirse en baile. Era increíble cómo siempre encontraba la forma de apropiarse de los ambientes y animarlos, y es que Solae amaba la música, vivía conectada a ella. La bailaba y la cantaba aunque estuviese solo dentro de su cabeza. Para ella todo tenía un ritmo, un *soundtrack*. En cambio yo, por el contrario, siempre había preferido el silencio. Cuando éramos amigos, apenas tenía un momento de libertad lo aprovechaba especialmente para leer. Y no es que no me gustara la música, también la disfrutaba, pero siempre había considerado el silencio como un bien muy preciado y escaso (y con una amiga como Solae, lo valoraba hasta casi como un privilegio).

—¿Por qué siguen ahí parados? ¡Bailen! —nos ordenó, quitándose el chaleco y lanzándolo al sillón, mientras se movía rítmicamente al son de la música. Se acercaba y alejaba de nosotros, girando con los ojos cerrados. Su largo cabello suelto y semiondulado se movía al ritmo de su vestido claro, mientras que revelaba y escondía entre vaivenes sus hombros descubiertos. Pero su inocente baile tenía un propósito más que evidente.

Solae se acercó a Anton y tomó sus manos, obligándolo a abandonar las bolsas que cargaba en la mitad del pasillo y él no se hizo de rogar. Ambos se pusieron a bailar y a tontear, sin recordar que yo también estaba ahí (y ardía de rabia por dentro). Llevé las bolsas olvidadas a la cocina, aprovechándolas como excusa para desaparecer por un rato. Sabía que debía actuar, que se me agotaba el tiempo, pero no sería fácil interponerme entre ellos. Guardé las bebidas en el refrigerador, preparé palomitas en el microondas y serví los *snacks* en platos pequeños. Luego volví lo más rápido que pude, cruzándome a propósito entre ellos para servir las cosas sobre la mesa de centro que estaba entre el sillón y la tele.

—Solae, ¿me acompañas? Aún me quedan algunas cosas en la cocina —le pedí como pretexto

para separarlos un rato.

—Yo te ayudo, Álex —se ofreció Anton, antes de que ella tuviera la oportunidad de responder. Puso su mano en mi espalda y él mismo comenzó a llevarme hacia la cocina sin dejar que se me ocurriera una razón para protestar.

—¿Necesitan que yo también vaya? —preguntó Solae, mientras revisaba la lista de canciones en su móvil.

—No te preocupes, Sol, lo tenemos cubierto —respondió Anton, cerrando la puerta de la cocina tras nosotros y fijando su mirada en mí, como si esperara que le dijera algo.

Sin ganas de entablar conversación con él, me dirigí al refrigerador y saqué un par de bebidas, mientras sentía su mirada clavada en mi nuca.

—¿Qué necesitas que haga? —me preguntó cuando por fin me volteé hacia él. «No sé, ¿qué tal desaparecer un buen rato?», fue la primera respuesta que se me vino a la cabeza. No sabía si podía leerme la mente, pero me aseguré de que mi expresión al menos lo dejara claro.

—Anton, ¿a qué viniste? —le pregunté sin querer sonar demasiado agresivo, mientras le alcanzaba unos vasos y una botella de Coca-Cola. Quizás ya era hora de hablar con él en serio.

—Tú me invitaste, Álex. —Sonrió haciéndose el tonto, mientras ponía los vasos sobre una bandeja.

—Sabes que no me refiero a mi casa. —Lo miré fijamente. «Sabes que hablo de Solae y de cómo me la quitaste». Trataba de pensar alto y claro, como poniendo a prueba su lectura mental. Hubo una pausa, hasta que por fin se volvió hacia mí.

—Solo quiero ayudarte.

—¿Ayudarme? —le pregunté confundido. ¿Qué quería decir? ¿Ayudarme con Solae? ¿Acaso a borrarle la memoria y separarla de mí le llamaba ayudarme?

—Sí, a traer las cosas. Necesitabas ayuda en la cocina, ¿no? —respondió con una sonrisa que ya de inocente no tenía nada y tomó la bandeja en sus manos. ¿Por qué se empeñaba en tomarme el pelo? ¿Quería hacerse el gracioso? Además yo nunca pedí su ayuda.

—¿Por qué cerraron la puerta? —preguntó Solae, apareciendo sorprendentemente en la cocina—. ¿Estaban hablando de mí?

—Sí, Álex decía que tu música era terrible y que necesitaba silencio —dijo Anton, con voz seria.

—¿Verdad? —me preguntó, simulando estar ofendida.

—¡Mentira, él cerró la puerta! Tu música está bien... —respondí no completamente convencido, pero Solae sonrió ante mi respuesta.

—Ok, los perdono, pero apuren el asunto o veré la película yo sola —sentenció, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Te gusta su música? —me preguntó Anton, levantando una ceja.

—¡Sí, me encanta! —respondí, quitándole la bandeja de las manos, no tan seguro de si era del

todo mentira. Sí, estaba defendiendo los gustos de Solae. Dándole la espalda, me dirigí a la puerta.

—Y también te gusta Solae, ¿no? —me preguntó con voz fuerte y clara, justo cuando ya estaba casi afuera de la cocina.

Volteé automáticamente haciendo un esfuerzo para no botar los vasos, no sin primero comprobar que Solae no hubiese escuchado. ¿Por qué me preguntaba eso tan de repente? Si le respondía que no, ¿me creería? ¿Estaba leyendo mi mente ahora?

—Ay, Álex, es tan divertido ponerte incómodo. —Se rio envolviéndome con su brazo por sobre mis hombros, mientras me acompañaba fuera de la cocina—. Solo te estaba molestando. Además tú prefieres estar solo, ¿no?

¿Qué mierda le importaba a Anton lo que yo prefería?

—¡Apuren la caaaausa, que ya empezó la película! —gritó Solae impaciente, acomodándose frente a la pantalla.

—¡Si aún no decidimos qué vamos a ver! ¿Qué película pusiste? —reclamé, dejando los vasos sobre la mesa de centro. En la pantalla empezaban a aparecer los créditos iniciales. Solae, sin responderme, se echó un par de palomitas a la boca, se cruzó de piernas y apagó la única luz que estaba encendida, tan repentinamente que al intentar ubicarme en mi sitio, sin poder ver por dónde iba, tropecé con sus pies.

No. No fue un tropiezo en el que caí sobre ella a escasos centímetros de su rostro y nos quedamos contemplando expectantes y sin saber qué hacer (aún más difícil si no había ni luz). Más bien fue un porrazo muy poco elegante, en que me tambaleé cayendo dolorosamente sobre mi culo en el piso. Para peor, en mi torpe esfuerzo por mantener el equilibrio, pateé el pocillo con palomitas pegotemente caramelizadas, justo sobre el vestido blanco y floreado de Solae. Ante el estruendo, alguien volvió a encender la luz.

—¡Álex! —exclamó Solae, y al darme cuenta de cómo había dejado su vestido, temí por mi vida (y me sentí horrible).

—¿Estás bien? ¿Te hiciste daño? —me preguntó ayudándome a levantarme.

—Sí, estoy bien, pero tu vestido... —dije avergonzado. Sí, me dolía un montón ahí atrás, pero más fuerte era la culpa de haber arruinado su ropa. Solae se miró e intentó inútilmente limpiarse con una servilleta de papel, que solo se le pegaba en la tela.

—No te preocupes, se puede lavar —me dijo intentando sonreír.

—Con esto quizás se quite —dijo Anton trayendo una toalla del baño. Levantando un poco su vestido, y con la punta humedecida de jabón y agua, comenzó a removerle las manchas.

—¡Oh, qué buena idea! Muchas gracias —le dijo Solae recuperando la sonrisa. Pude ver como Anton se anotaba un punto, mientras que yo perdía unos diez de golpe (literalmente).

Fui a la cocina recordando que mi madre siempre guardaba un quitamanchas instantáneo dentro de alguno de los muebles «para cuando hubieran accidentes con la comida». En su búsqueda

comencé a abrir y cerrar cajones y puertas, cuando me encontré con un gabinete repleto de licores. Había bebidas alcohólicas para todos los gustos: ron, pisco, whisky, vino, tequila, ¿mamajuana? y otros brebajes más extravagantes que no sabía ni cómo se consumían; eso sumado a varios packs de cerveza en el refrigerador. Estos parecían ser parte de los gustos saludables que compartía mi mamá con sus amigas.

No es que no supiera de la existencia de alcohol en nuestra casa, pero por nuestra edad, las características de la invitación (y lo que opinaba de la gente que bebía), ni siquiera lo había considerado. Hasta ahora. Necesitaba de una ayuda extra para conseguir que Solae recordara, para bajar la guardia de Anton y para darme el valor suficiente para lo que viniera. La situación lo ameritaba y si quería ganarle a este tipo, debía sobrepasar algunos límites autoimpuestos. Esperaba que mi madre no extrañara una, dos, o bueno, quizás tres botellas.

—¡Wooo, Álex! ¡Qué buena idea! —gritó Solae emocionada al verme regresar con un ron y un pack de cerveza en las manos. Al parecer empezaba a recuperar mis puntos perdidos, y quizás hasta incluso lograba posicionarme un poco más arriba de Anton.

—¡Esto se está poniendo bueno! —agregó saltando del sillón y dirigiéndose a la cocina para ayudarme a buscar más bebidas y vasos. Al parecer el incidente con el vestido había quedado en el olvido.

—Debo admitir que no esperaba esto de ti, Álex —dijo Anton impresionado. Yo temía incluso estar más sorprendido de mí mismo que él, pero no iba a confesarle que nunca antes había probado el alcohol. Este era el tipo de cosas que alguna vez Solae me había propuesto hacer juntos y yo me había negado, no sabía si por cobardía, rigidez o por miedo a perder el control. Me gustaba pensar que era porque simplemente no lo consideraba correcto, ni necesario. Pero ahora me movía un tipo distinto de motivación, como si ya estuviera embriagado de energía por no dejar que Anton me siguiera alejando de ella.

Capítulo 18

Leña al fuego

Partimos abriendo unas cervezas e hicimos un enérgico primer brindis, como juramentando así nuestra nueva (y algo cínica) relación de amistad. Tomé un generoso primer trago que casi termino escupiendo a chorros. «¿Qué es esta mierda? ¿Cómo algo tan amargo podía ser tan popular?». Por la reacción de Solae, deduje que también era su primera vez probándola. Por su parte, Anton ni se arrugó al beberse la lata completa al seco. Luego de tragarla en cinco sorbos largos, la golpeó contra la mesa y limpió su boca con el dorso de su mano como queriendo demostrar ser un bebedor experto frente a nosotros.

Yo seguía sintiendo cada una de sus acciones como un desafío, pero de solo intentar imitarlo, fallé estrepitosamente, atorándome en el acto y botando cerveza hasta por la nariz, lo que provocó la risa de ambos.

—Dejamos la película para más tarde, ¿no? —sugirió Solae, terminando su primera lata, adivinando el deseo de todos (o al menos el mío). Yo por mi parte aún no había podido acabar la primera mitad de la mía, que sabía realmente asquerosa. Quizás no era un hombre de cerveza, pero de todas formas me terminé el contenido para no desentonar. Bastó solo con esa pequeña dosis, combinada con mi estómago vacío, para empezar a sentirme mareado y más «motivado» de lo normal.

—¿Propones algo, Sol? —preguntó Anton, igual de interesado que yo en el giro de los acontecimientos.

—No sé, pero al menos empecemos poniendo algo de música. —Solae apagó la tele, bajó la intensidad de la iluminación de la sala (también sabía cómo hacerlo) y a continuación puso nuevamente su música. Esta vez era una lista de reproducción distinta, igual de animada pero más ambiental y provocativa.

—Esta es mi *playlist* favorita —dijo ella antes de darle un trago a su segunda cerveza, que para endulzarla mezcló con Fanta en un vaso, y comenzar a bailar. Pero ahora sus movimientos eran muy distintos a los de un rato atrás.

El que a su llegada había sido un baile animado e incluso algo ingenuo, ahora se volvía bastante más sugerente y sensual. Tanto así, que recién me daba cuenta de que el escote de su vestido era mucho más revelador de lo que había notado al principio. Intenté desviar la mirada, pero no lo logré. Este era definitivamente uno de los aspectos de Solae que no conocía o que quizás no había querido ver por estar demasiado preocupado de alejarla de mí. Al percatarme de cómo Anton la

contemplaba, me pareció que para él también era una nada de despreciable nueva faceta, y me molestó que la mirara de esa forma. Solae se veía como una inocente (y algo sexy) ovejita observada por un lobo hambriento, que además era capaz de controlarla mentalmente.

Esta vez no hizo falta que Solae invitara a Anton para que él se uniera a su baile. Ahora más cerca, más íntimo que antes, la tomó por la cintura a pesar de que la canción no lo ameritaba. Era increíble lo que un poco de alcohol podía provocar en nuestras inexpertas bocas escolares. Era increíble lo que estaba provocando en mí. De pronto el ambiente estaba más caluroso y no tuve reparos en interponerme en su baile como si perteneciera a él tanto como ellos, haciendo valer mi lugar entre ambos.

Solae celebró mi atrevimiento chasqueando sus dedos al ritmo de la música y dirigiendo sus pies y movimientos ahora hacia mí. De pronto levantó sus brazos en el aire, para luego envolverme con ellos alrededor del cuello. Sentí mi cabeza enrojecer y subir bruscamente la temperatura de mi cuerpo. ¿Cuánta de esta sensación era efecto del alcohol? ¿O acaso se debía a su proximidad? Puse mis manos en su cintura, siguiendo sus movimientos, para ver qué haría a continuación, pero no me esperaba que se pegara a mí en un efusivo abrazo. Por primera vez de forma consciente comprobé al tacto de qué modo su cuerpo, su pecho, había dejado de ser el de una niña y por un instante me olvidé de cómo respirar. No podía pensar con claridad y esto definitivamente se me estaba yendo de las manos. Pero antes de lo que hubiera querido, Solae me soltó y fue el turno de Anton, quien la reclamó tomándola de la mano.

Aproveché la pausa para escapar a la cocina y recuperar un poco el aliento, con la excusa de ir a buscar hielo para el ron con Coca-Cola y alguna otra cosa más. Aunque ya no estaba muy seguro de si era buena idea añadirle más carbón a algo que ya claramente ardía.

—No sabía que te gustaba bailar.

Di un respingo. Solae me había seguido hasta la cocina sin que me diera cuenta.

—Yo tampoco —confesé, aún dándole la espalda, mientras sobrecargaba de hielos un pobre vaso que ya no aguantaba más. ¿Se vería muy mal si metiera mi cabeza dentro del congelador?

A pesar de nuestros años de amistad, no recordaba haber pasado por una situación así con Solae. Nunca antes la había visto como algo más que como una molesta amiga, que solo me provocaba tanto interés como el que me produciría el ver una piedra pómez secándose al sol. O al menos eso era lo que quería creer.

—Ahora sí te vengo a ayudar —dijo acercándose a donde yo estaba, mientras yo me alejaba, abriendo cajones y buscando algo que pudiese servirme de excusa para no mirarla. No me reconocía en lo absoluto.

—Eh.. ¡Sí, gracias! Por favor saca unas copas —dije, soltando lo primero que se me ocurrió. En el cajón que abrí a continuación encontré un descorchador—. Y si sabes usar esto, también sería muy útil —añadí, pasándoselo no muy seguro de si realmente era lo que parecía.

Solae lo tomó y examinó con cuidado, como si temiera que de pronto el aparato fuese a atacarla

sin previo aviso.

—¿Es para abrir ese vino? —preguntó, apuntando la botella que tenía cerca mío.

—Sí, ese mismo. Pero no te preocupes si no sabes usarlo — le contesté, tendiéndole la mano para que me lo devolviera—. Creo que ya sé cómo... —añadí mientras ella pasaba a mi lado, ignorando mi mano extendida. En cambio, Solae dejó el sacacorchos sobre la mesa y procedió a abrir la botella directamente con sus manos y sin requerir de mucha fuerza.

—Mira, Álex, esta es doña tapa rosca. Tapa rosca, él es Álex —dijo presentándose cortésmente la tapa de la botella de vino que ahora sostenía entre sus dedos. Comenzó a reírse a mis expensas, cada vez con más fuerza.

Totalmente humillado, intenté quitarle la tapa de las manos, mientras ella jugueteaba y retrocedía tratando de esquivarme y no paraba de reírse. Hasta que, ya acorralada contra uno de los muebles, alcancé su mano y ella dejó de oponer resistencia. La tapa había quedado encerrada entre las manos de ambos, mientras nuestros dedos se habían entrelazado en su encuentro.

—¿A esto te referías con que en otra vida fuimos mejores amigos? —preguntó mirándome cálidamente con sus ojos castaños miel, mientras yo sentía una extraña sensación de electricidad en el estómago.

—No en otra vida —dije sin poder moverme, cerrando mis dedos entrelazados sobre su mano—. Siempre lo has sido, solo que ahora no lo recuerdas.

Las palabras brotaban de mi boca antes de pensarlas. No sabía qué estaba haciendo, pero al parecer ahora era ella quien se mostraba nerviosa ante mi proximidad. Repentinamente me soltó la mano y se giró sobre sus pies hacia el mueble, dándome la espalda. Su cabeza estaba a pocos centímetros de la mía y su cabello me rozaba suavemente la nariz, haciéndome cosquillas. Su aroma era muy agradable.

—¡Las copas! Cierto que me habías pedido las copas —dijo de pronto, poniéndose de puntillas para intentar alcanzarlas, ya que justamente estaban colgadas sobre nuestras cabezas. Verla esforzándose por llegar, cuando estaba claro que no le daba la altura, me produjo entre ternura y unos inexplicables deseos de abrazarla. Estábamos tan cerca, que con solo estirar los brazos ya lo estaría haciendo, pero antes de decidirme, Solae se agachó y se escabulló fuera de mi alcance.

—Mejor sácalas tú y yo llevo esto mientras —dijo con una sonrisa nerviosa, tomando la botella de vino y el vaso lleno de hielo, huyendo rápidamente de la cocina, mientras yo intentaba recobrar el aliento.

Capítulo 19

Efectos secundarios

Juntos, o más bien, yo detrás de ella, volvimos al living donde Anton nos esperaba con una improvisada pista de baile que había estado despejando al acomodar algunos muebles. Luego de servirnos un ron con Coca-Cola, propusimos un nuevo brindis y Anton volvió a beber al seco. Sin esperar a que nos uniéramos, comenzó a bailar en solitario y a desabotonarse la camisa que llevaba puesta. Solae lo contemplaba con una mezcla de admiración y ensoñación, sin poder disimular lo loca que estaba por él.

No quise quedarme esperando a que ella decidiera unirse a su baile, así que como dosis extra de combustible para lo que iba a hacer, me terminé de un solo trago lo que quedaba en mi vaso y me eché un puñado de maní a la boca para hacerle peso al alcohol. A continuación, tomé a Solae de la mano y la invité a bailar conmigo, mientras la acercaba hacia mí y la alejaba de Anton.

Noté su sorpresa, pero para mi alivio no parecía molesta. Incluso daba la impresión de disfrutar nuestra troglodita competencia por su atención.

Al comienzo intenté imitar los movimientos de Anton, que parecía saber exactamente qué músculo mover para acompañar cada compás. Al darme cuenta de que era imposible seguirle el ritmo y que por cada una de mis improvisaciones, sacaba risas de Solae, me dejé llevar por mi repentina desinhibición y logré que mi nula coordinación jugara a mi favor. Estaba ganándome la atención de Solae y a ella no parecía importarle que no siguiera la coreografía oficial. Estaba junto a mí, imitándome, y yo con solo verla sonreír me daba por satisfecho.

Anton, que al parecer no tenía el poder de hacer el ridículo, no se veía tan contento con mi cambio de estrategia y prefirió atacar quitándose la camisa para quedar en musculosa. Bastó ese infame contraataque para que Solae volviera su atención hacia él. Ahora era yo quien no tenía cómo competir contra el tonificado cuerpo de Anton, y derrotado en un nuevo round, preferí sentarme un momento y ponerme a comer, a ver si me salían músculos de grasa, o algo.

Mientras masticaba molesto un par de papas fritas y probaba un poco de vino que me resultó casi tan repulsivo como la cerveza, pensaba en que ya no se me ocurría una mejor estrategia para competir contra él. No sabía cuánto más iba a aguantar ponerme en este tipo de situaciones en las que claramente salía siempre perdiendo.

De pronto comenzó a reproducirse una canción lenta y melancólica, tan fuera de lugar como me sentía yo en ese momento. La identifiqué de inmediato, aunque era una versión distinta a la que yo conocía.

*...But I'm a creep, I'm a weirdo.
What am I doing here?
I don't belong here.*

—*¡Qué deprimente!* —dijo Solae, luego de escucharla por menos de un minuto, recostada boca abajo sobre su cama—. *¿En serio esta es tu canción favorita?*

—*Así es la música de verdad* —le respondí fastidiado, mientras iba dando vueltas sobre la silla giratoria de su escritorio.

—*Pues tu música de verdad es deprimente* —sentenció, acomodándose sobre la cama para poder mirarme, botando uno de sus peluches con el movimiento. Como vestía el uniforme, reacomodó su falda ante el nuevo cambio de posición—. *¿No tienes nada más alegre?* —preguntó desplazando con sus dedos sobre la pantalla la lista de otras canciones de mi playlist.

—*Al menos escúchala completa* —reclamé levantándome con la intención de recuperar mi móvil, pero Solae me lo alejó y se giró sobre su costado derecho, ahora dándome la espalda.

—*¡Escúchala!* Me lo debes después de hacerme sufrir más de media hora con tu música pop —gruñí, intentando alcanzar su mano, luego de lanzarle uno de sus miles de peluches.

—*Necesitas más felicidad en tu vida, Álex* —dijo, aún revisando mi lista de canciones con su pulgar. Tenía su brazo extendido lejos de mi alcance mientras yo ya estaba sobre mis rodillas encima de la cama, intentando quitárselo desde atrás.

—*¡Ah!, ¿y tú crees que tu música sí me haría feliz?* —pregunté en tono irónico, mientras la agarraba por la muñeca. En respuesta, Solae se giró bruscamente sobre la cama, quedando boca arriba. Aquel movimiento me hizo perder el equilibrio y caí sobre mis brazos extendidos, justo encima de ella.

*I want you to notice
When I'm not around
You're so special
I wish I was special*

—*Yo podría hacerte feliz* —me dijo, mirándome directamente a los ojos, mientras la canción seguía reproduciéndose. Su respuesta me tomó totalmente desprevenido. Tardé un momento en saber si le estaba dando la interpretación correcta.

—*Lo siento...* —respondí soltando su muñeca, disculpándome por estar sobre ella y sin saber qué más decir. Comencé a enderezarme, pero Solae me sostuvo de la mano para evitar que me levantara. Me miraba con un brillo especial en sus ojos que me suplicaban una respuesta diferente. Me quedé en blanco, contemplándola mientras seguía escuchando la letra de la canción. Realmente no sabía cómo reaccionar.

Cuando Solae se dio cuenta de que no diría nada más, me soltó la mano y desvió su mirada. Y

con eso me dio a entender que quería que me alejara.

*She's running out again,
She's running out
She's run run run run*

—¿Estás bien, Sol? —le preguntó Anton a Solae, interrumpiendo de golpe mis recuerdos. Aquello había ocurrido hacía tan solo un par de semanas, y aunque en ese momento Solae pareció enojarse conmigo, al día siguiente se había comportado como si nada hubiese ocurrido, por lo que ya lo había olvidado.

Lo que me llamaba la atención era que esa canción que tanto decía desagradarle estaba ahora reproduciéndose desde su lista de canciones favoritas. En retrospectiva, me daba cuenta de que quizás la había herido. Sería mentira si dijera que no había sospechado lo que Solae me estaba proponiendo, pero en ese momento no quería entenderlo ni tampoco creí que fuese tan en serio. Y es que no estaba preparado para hacerme cargo de sus sentimientos. Definitivamente era más fácil huir y que todo siguiera como siempre entre nosotros. Sentía que estábamos muy bien así.

—¿Sol? —repitió Anton al ver que Solae no le respondía. Ambos habían dejado de bailar.

—¡Sí, todo bien! Espera, que mejor cambio la canción —dijo ella desviando la mirada para buscar su celular. Si no la conociera mejor, hasta podría jurar que su voz había sonado quebrada, pero no recordaba haberla visto llorar alguna vez.

Noté que su teléfono estaba sobre la mesa, justo a mi alcance, y al ver que ella lo divisaba al mismo tiempo que yo, me apresuré a agarrarlo.

—Álex —me dijo con la palma de su mano extendida hacia mí, exigiendo que se lo devolviera. Pero esta vez era yo quien tenía el control sobre la canción. Y no, no lo cedería.

Me levanté del sillón y me puse frente a ella. Sus ojos tenían un brillo distinto, como si se esforzara por no romper a llorar en cualquier momento.

—Por lo menos escúchala completa esta vez —le dije apostando a que sabía de lo que le estaba hablando, mientras con cuidado me acercaba a ella. Al ver que no retrocedía, continué y guardándome su celular en mi bolsillo, puse mis manos sobre su cintura con la intención de guiarla para que pudiéramos bailar como un lento—. Es mi canción favorita, ¿recuerdas? —le susurré al oído.

Solae dócilmente accedió a dejarse llevar por el ritmo de mis pies. Evitando mirarme, apoyó tímidamente su cabeza sobre mí, cuando me pareció escuchar un leve sollozo, acompañado de una sensación cálida y húmeda sobre mi pecho.

¿Toda esa tristeza era porque estaba recordando aquel día? ¿Tanto había herido sus sentimientos? No estaba acostumbrado a verla triste, tan vulnerable, sobre todo cuando era ella

quien siempre me daba ánimos, siempre la chica fuerte. No pude evitar rodearla con mis brazos, mientras seguía marcando el ritmo con mis pies y la mecía para darle contención.

—¿Segura que estás bien? —le pregunté, separándola un poco de mí para poder mirarla mejor. Y ahí estaba, con su rostro sonrojado, ojos brillantes y cabello con su característico y dulce aroma a champú, mezclado con un olor frutal a mango de la colonia que le gustaba siempre usar y que ahora me tenía embriagado.

—Sí, Álex. Estoy perfecto —dijo limpiándose la cara y luego mirándome para demostrarme que no estaba llorando en lo absoluto. Pero apenas establecimos contacto visual, algo cambió repentinamente en su mirada.

—Es solo que... —Solae dijo algo más, pero la música no me dejó escucharla bien.

—¿Qué? —Bajé la vista hacia sus labios para tratar de entender lo que quería decirme y observé que brillaban en un tenue color rosa, que le sentaba muy bien. ¿Siempre se los había pintado o era la primera vez?

—Tus labios se ven... muy bien —me escuché diciendo como un idiota. No sabía de dónde habían salido esas palabras, pero al menos le causó gracia y su cara volvía a iluminarse en una suave sonrisa. Noté mi boca y mis labios secos y tuve que humedecerlos con mi lengua para que no me dolieran. Solae repitió el gesto mirando los míos; ignoraba si como efecto de un reflejo similar al bostezo o invitándome a algo más. Y yo ya no lograba despegar la vista de su boca, ni de ella. Ya no tenía inhibiciones. Estábamos tan cerca que lograba sentir su respiración y su suave aliento dulcemente alcoholizado de Fanta y cerveza. Solae cerró sus ojos y yo también.

De pronto sentí su mano tomando la mía. Tardé en darme cuenta de que no era la suya sino la de Anton, separándome bruscamente de Solae y tomando su lugar frente a mí. Su irrupción me despertó de golpe de mi embriaguez.

—No creas que te será tan fácil —me amenazó acercándose a mi oído antes de que yo alcanzara a echarme hacia atrás.

—¿¡Qué mierda te pasa!?! —pregunté, soltando su mano con brusquedad y anteponiendo ambos brazos para que guardara distancia. Sin intimidarse en absoluto, comenzó a avanzar hacia mí, lo que me obligó a retroceder hasta que terminó por acorralarme contra una pared.

—Recién me negabas que sintieras algo por ella —me dijo al oído, para que Solae, que nos miraba atentamente, no nos escuchara. Sentir su aliento en mi oreja me produjo un escalofrío que me hizo sentir vulnerable y contrariado—. ¿Tan rápido cambiaste de opinión?

Lo que yo sintiera por Solae no le incumbía. Además, ni yo mismo estaba seguro de lo que me pasaba. Traté de poner mi mente en blanco y de apartar mis pensamientos por si era verdad que podía leer mi mente, pero esta insistía en traicionarme. No podía evitar pensar en Solae. En lo que acababa de suceder y en cuáles podrían ser las consecuencias de responderle algo que él no quisiera escuchar.

—Mmm. —Sonrió—. Lo imaginaba.

¿Qué era lo que imaginaba? ¡Yo no le había dicho nada! ¿Qué mierda era lo que había concluido?

—¡Piensa lo que quieras, no tengo por qué responderte! —dije firmemente, intentando aparentar que no me intimidaba. Evitaba hacer cualquier movimiento en falso para prevenir un accidente contra su rostro, que a esas alturas estaba más cerca de lo que había llegado a estar con Solae. Me preguntaba qué estaría pensando ella de todo esto. Yo mismo no sabía cómo interpretarlo.

—¡Qué lástima! Yo solo quería ayudarte —me dijo separándose de mí, con una sonrisa que contenía tanta hipocresía como malas intenciones. Yo aproveché de recobrar un poco el aliento.

—¿Ayudarme? ¿A esto le llamas ayudarme? —le rebatí, ya harto de que otra vez me viniera con esa estupidez sin sentido. Simplemente no podía creerle, sobre todo cuando cada cosa que hacía iba en contra de lo que yo quería. Pero no me respondió.

Dándome la espalda, se dirigió hacia donde estaba Solae y lo seguí de cerca, cogiendo un vaso de bebida que estaba servido sobre la mesa. Aunque ella no dijo nada, su cara nos exigía una explicación. Anton me miró con complicidad, al parecer queriendo tomar la palabra. A continuación se giró hacia ella y sin más preámbulo que colocar su mano detrás de su cuello para acercarla, la besó apasionadamente en la boca.

Solae, con los ojos muy abiertos y luego de un instante de estupor, finalmente se entregó a él en un abrazo caluroso, mientras correspondía con pasión aquel beso que yo ya no era capaz de seguir contemplando.

Dejé caer los brazos y, con ellos, el vaso que sostenía en mis manos. No me quedaban fuerzas para moverme ni para seguir de pie. Apoyándome en la mesa, alcancé a agarrar otro vaso de lo que fuese que tuviese servido y lo bebí por completo, como si se tratara de agua. Repetí lo mismo con otros dos vasos, copas, latas... ya daba igual. Me dolía la cabeza, el orgullo y un gran rincón dentro de mi pecho que no me permitía respirar. Anton había ganado, y no conforme con haberme dejado tirado sangrando inconsciente en el piso, había seguido pateándome en el estómago, sin piedad. Y lo peor es que Solae parecía disfrutar tanto como él. Como si ya no recordara lo que estuvo a punto de pasar entre nosotros hacía tan solo unos minutos.

Capítulo 20

Desolación

Después de lo sucedido ya era hora de que la fiesta terminara. Alegué que me sentía mal por culpa del alcohol y añadí a la mentira (que no era tan mentira) que mi madre me había avisado que llegaría antes de lo previsto. Así lograría echarlos de la forma más civilizada posible, ordenar todo, esconder la evidencia y recoger los pedazos de mí que habían quedado esparcidos y destrozados por el suelo.

Si se creyeron mi explicación o no, me importaba tres carajos. Luego de ese beso su relación había escalado a un nivel totalmente distinto del que yo estaba. Que siguieran en mi casa o en otro lado no haría gran diferencia, pero yo no quería quedarme ahí como testigo de eso.

Una vez que se fueron, el silencio volvió a invadir mi casa y con él, una intensa sensación de vacío y soledad nada agradables. No lograba comparar este nuevo sentimiento con algo que hubiese experimentado antes. Lo que menos quería en ese momento era estar conmigo mismo y conectarme con mis malditos pensamientos: limpiar, ordenar, guardar, cualquier cosa que lograra distraerme era bienvenida, por lo que luego de un par de horas, cual Ceniciento, dejé la casa reluciente; tan impecable, que parecía piloto de inmobiliaria.

Me costó mucho conciliar el sueño (si es que acaso logré dormir algo) y la mañana no tardó en llegar. La resaca que sentía era épica, suficiente como para desear alejarme del alcohol de por vida. No sabía en qué mierda había estado pensando la noche anterior. No sabía en qué estaba pensando ahora. Estaba tan enojado y me sentía tan impotente, tan confundido, tan... estúpido.

Me di vuelta en la cama y bloqueé la luz con lo primero que encontré: necesitaba dormir, dejar de pensar. Necesitaba escapar de la realidad. Volví a recordar la sensación de tener a Solae tan cerca creyendo que había recordado algo. Su mirada, el aroma de su pelo, el contacto con su cuerpo, sus labios, y que casi... Pero Anton...

—¡Aaagh! —Sacudí mi cabeza intentando olvidar. Era demasiado vergonzoso. Claramente había bebido demasiado.

«Solo quería ayudarme», me había dicho él. ¡Por supuesto! Qué gran ayuda fue quitarme a mi mejor amiga y borrarle la memoria a todos, incluida mi hermana. ¡Qué gesto de enorme caridad fue interponerse entre nosotros! ¡Qué gran ayuda, hijo de la gran puta!

No lograba recordar un solo momento en que ese idiota me hubiese ayudado con algo desde que se entrometió en nuestras vidas. Estaba tan contrariado que no sabía si lo que más me molestaba era su presencia y cada una de sus acciones o que se atreviera a besar a Solae.

Me voltee en la cama y quedé mirando al techo.

¿Y si su objetivo era realmente «ayudarme» a cumplir lo que tanto había estado pidiendo? ¿Si había alejado a Solae para que por fin me dejara en paz? Aunque lo había sospechado antes, sonaba demasiado descabellado. Demasiado ridículo para ser verdad.

¿Existía acaso alguien capaz de cumplir deseos? ¿Y por qué mierda iba a poner tanto esfuerzo en cumplir algo así? Pero también, ¿cómo demonios se explicaba que alguien tuviese el poder de modificar recuerdos, borrar fotografías y manipular mentes? Eso sonaba aún más inconcebible y, sin embargo, estaba sucediendo. Y eso también explicaba que yo fuese el único que se daba cuenta de todo y el único que no había sido afectado por sus poderes. Maldita la hora en que deseé alejar a Solae de mi vida.

Como por si fuera poco, me torturaba la idea de que Solae sintiera cosas por él. Yo nunca pedí que se enamorara de alguien más. Ya ni siquiera recordaba cómo se sentía querer alejarla. Y Anton... ¿Qué sentía él por ella? ¿La quería de verdad o solo la estaba utilizando para «ayudarme»? Mi cuerpo nuevamente ardía, pero esta vez de rabia y malestar general. Necesitaba un vaso con agua, un jarrón, o mejor sumergirme en una piscina muy profunda y abarrotada de hielo para bebérmela completa. Porque por la mierda, ¡qué sed tenía!

Calculaba que ya era cerca de la una de la tarde cuando sentí a mi hermana llegar. Yo seguía en pijama (al menos en short) y acostado sobre mi cama sin querer ningún tipo de contacto con otro ser humano o la luz del sol. El sol. ¡Sol! Cómo odiaba que Anton llamara así a Solae.

Al sentir pasos rápidos subir las escaleras y acercarse directamente a mi habitación, me cubrí con la sábana y una almohada. Eso no impidió en lo absoluto que Paula invadiera mi privacidad. Se sentó en la cama junto a mí y me destapó de golpe.

—Parece que estuvo buena la fiesta anoche. ¿Sabes qué hora es? —me preguntó mientras tomaba en sus manos la tira de paracetamol que tenía en mi velador y olía dentro de mi vaso de agua.

—Déjame en paz. —Me giré en redondo, dándole la espalda, y me cubrí de nuevo con la sábana y la almohada, sosteniéndola ahora con ambas manos.

—Si no quieres que la mamá se dé cuenta de tu juerga de anoche, deberías deshacerte de las botellas y envases de una manera más elegante. Dejaste evidencia por todas partes.

—Las boté al basurero —gruñí bajo la almohada.

—Ay, Álexito. ¿Si mataras a alguien también desearías la evidencia en el basurero de tu propia casa?

Harto de su interrogatorio, me destapé bruscamente y la miré con hastío. Debí haber tenido una cara horrible, ya que al verme se calló de improviso.

—No conozco a nadie tan entrometida como tú para ponerse a trajinar hasta en la basura de la

casa —le reclamé. Según yo, había desechado y escondido muy bien todas las sobras. En el basurero de afuera no quedaban a simple vista, pero con Paula, al parecer ninguna precaución era suficiente.

—Eso sí, no encontré condones. ¿Se protegieron? —agregó, ignorando mi comentario.

—¡Paula! —exclamé lanzándole la almohada con fuerza. Tenía una manera muy particular de intentar subirme el ánimo. Pero no podía evitar escandalizarme, ya que en el fondo seguía siendo mi hermana pequeña de solo catorce años.

—Dale, parece que no lo pasaste tan bien —concluyó, poniendo la almohada sobre su regazo y acomodándose para escucharme. Su voz ahora era más seria y un poco más empática—. ¿Pasó algo anoche?

Mi expresión me delataba, pero no tenía ganas de conversar acerca de eso (a pesar de que me carcomía por dentro mucho más de lo que quería admitir). Sin embargo, ya había decidido que Paula no estaba calificada para ser mi confidente, por mucho que necesitara sacar todo para afuera.

—No. Solo tomé demasiado y tengo una resaca horrible —contesté, saldando el asunto para que no insistiera.

—Mmm... Veo que no estás de ánimo para hablar. Te daré algo que te ayudará a sentirte mejor —dijo, antes de cerrar la puerta y devolverme la privacidad.

Cuando por fin miré el reloj, comprobé que mis cálculos habían fallado estrepitosamente en unas tres horas. Ya eran pasadas las cuatro, por lo que decidí que era (la vergonzosa) hora de bajar a almorzar algo. En el comedor, Paula me estaba esperando con un brebaje antirresaca que a pesar de aparentar no ser apto para el consumo humano, me rejuró que me haría sentir mejor. Lo probé de mala gana y, en efecto, su sabor era tan asqueroso como su aspecto indicaba, pero después de un rato comencé a sentir menos deseos suicidas. Había olvidado que Paula tenía un doctorado en «Alcohol, sus efectos secundarios y tratamientos paliativos».

—Deberías darte una ducha, te ves fatal —me aconsejó, mientras calentaba lo que parecía ser mi almuerzo en el microondas. Podíamos no ser los mejores hermanos, pero ahora me daba cuenta de cuánto se preocupaba por mí. Tanto ella como Solae.

Recordé la última vez que me enfermé y mi amiga había venido a visitarme con galletones, que ahora sabía que había preparado ella misma. Solae y mi hermana me habían hecho una ruidosa y no solicitada compañía, ofreciéndome junto con los dulces, un té caliente con limón y miel. Por mucho que reclamé que quería dormir y dije odiarlas en el momento, su intervención había dado resultado. Al día siguiente, a pesar de no haberme mejorado por completo (tampoco habían descubierto la cura instantánea a la gripe), me sentía bastante mejor. Y yo ni siquiera se los había agradecido.

—Provecho —dijo Paula colocando frente a mí un rebosante plato de fideos con salsa de carne. Incluso le había añadido queso rallado y decorado encima con una hoja de laurel. No tenía nada

de hambre, pero no podía evitar conmoverme con su gesto. Sin protestar, tragué una porción generosa y me bebí un vaso completo de refresco.

—¡Arriba ese ánimo! Estás creciendo y recién aprendiendo cómo es el mundo —dijo, risueña, mientras sobrecargaba su boca con una gran cucharada de fideos que había robado de mi plato.

—¿Por qué no te sirves tu propio almuerzo? —reclamé, simulando enojo al ver que seguía sacándose comida.

—Yo almorcé hace horas. Solo estaba comprobando que el queso rancio que encontré en el refrigerador no fuera tóxico —dijo, tomando otra cucharada.

Paula demostraba tener tanta hambre como yo tenía de sed, y bastaba con ver el pote vacío sobre el lavaplatos para concluir que me había servido toda la porción de fideos que quedaba. Sin querer admitir cuán agradecido estaba, al menos le permití que siguiera robando de mi plato todo lo que quisiera.

«Solo quería ayudarte.» Las palabras de Anton volvían a mi cabeza como un martillazo certero en medio del cráneo.

Me di cuenta de que solo me había estado engañando al creer que quería estar solo. Al pedir que Solae, Paula o cualquiera que intentara invadir mi espacio personal me dejaran tranquilo. Pero ya era demasiado tarde.

El maldito de Anton lo había conseguido: había cumplido mi deseo de alejar a Solae de mi lado sin importarle si me había arrepentido, y lo peor de todo era que, al parecer, ya no había marcha atrás.

Capítulo 21

Elefante en la habitación

Cuando llegó el lunes, me levanté más temprano para evitar encontrarme con Anton y Solae. Ignoraba si después de lo sucedido vendrían a buscarme como de costumbre, pero no tenía intenciones de averiguarlo. Ya era suficiente con tener que verlos todo el día en el colegio.

No sabía qué esperar de esta nueva situación, pero de lo que sí estaba seguro era de que no quería encontrarme con Solae. De solo pensar en mirarla a los ojos me daban ganas de enterrarme bajo siete metros de concreto coronados por un enorme monumento a la estupidez. Era muy probable que ya fuera oficialmente novia de Anton y que yo hubiese sido expulsado y destinado a ser abandonado en una caja, como un cachorrito en la cuneta.

¡Maldición! Lo había echado todo a perder por ponerme a beber estupideces que me hacían pensar con otras partes del cuerpo.

Al llegar al colegio, vi que nuestra sala de clases estaba igual que siempre, pero vacía y agradable. Y es que nadie en su sano juicio llegaría tan temprano sin tener un motivo tan idiota como el mío.

Caminar por la sala desocupada me generó un extraño efecto de tranquilidad, pero como ser optimista no es lo mío, pronosticaba que esa paz no duraría demasiado.

Recorrí con mis dedos los pupitres y me detuve un momento frente al de Solae. Mirando la superficie rayada con dibujos hechos en lápiz mina, me llamó la atención un pequeño corazón esculpado en la madera que tenía dentro las letras S A y una «y» minúscula. Sin duda correspondían a sus iniciales, Solae Ariella, pero no logré distinguir lo demás porque estaba cubierto con corrector blanco. Con la uña comencé a raspar la cobertura, como si con hacerlo fuera a ganar algún premio, cuando descubrí que debajo aparecían las letras «A» y «R». Mi corazón dio un brinco.

«A. R... ¿Álex Romandi? ¿Lo había escrito Solae?» Pero había algo que me incomodaba. Seguí raspando, ensimismado, hasta que de pronto recordé a mi querido némesis. «Anton. ¿Anton Riskey? ¡¿Cómo mierda no había notado que compartíamos hasta las putas iniciales?!». Estuve a punto de lanzar la mesa por los aires, cuando me di cuenta de que dos compañeras entraban al salón, mirándome como quien observa a un loco peligroso del cual es mejor alejarse. Carraspeé, fui a sentarme y a continuación saqué mi libro. Leer haría que el tiempo pasara más rápido y a la vez me serviría como escudo para evadir tanto la realidad como las preguntas indeseadas. Pero no

esperaba que al abrirlo cayera sobre mis piernas la pequeña hoja marcapáginas que me había regalado Solae.

La tomé y me quedé contemplándola en silencio mientras la giraba por el tallo entre mis dedos. No era simétrica, ni siquiera su color era parejo, pero algo tenía que la hacía particularmente atractiva. Pensé otra vez en Solae. ¡Maldición! ¿Desde cuándo todo me recordaba a ella?

—Hola, Álex —me saludó Joto, manifestándose como un fantasma y para variar haciéndome saltar del susto.

—¿Por qué siempre te apareces así? —le grité, fastidiado, y cerré el libro de golpe con la hoja dentro de él.

—¿Estabas viendo porno que te asusté tanto? —preguntó intentando quitármelo. Que me hubiese pillado viendo porno *hentai furry* hubiese sido menos vergonzoso que admitir que suspiraba por una estúpida hoja de un árbol.

—¡No! Tú eres el pervertido aquí —me defendí, alejando el libro de su alcance.

Estábamos en eso, cuando de repente el ambiente empezó a sentirse denso y un escalofrío recorrió mi espalda. Un aura brillante comenzó a introducirse a través del umbral de la entrada, donde, rodeados de un coro de ángeles y una empalagosa nube de azucarado (y vomitivo) amor, hacían su aparición Anton y Solae tomados de la mano.

Veloz, desvié la vista y volví a abrir mi libro para aparentar que no había notado el enorme elefante rosado con alas que acababa de entrar, pero Joto, sin entender mis intenciones, me seguía remeciendo, insistente. Le pisé con fuerza el pie para que dejara de molestar y me recosté sobre mi libro.

—¡Ooh, comprendo! —exclamó por fin, sin quitarles los ojos de encima.

Fingí quedarme dormido para que nadie más me preguntara nada. Quizás estaban tan absortos en su mundo que pasaría desapercibido. Quizás Solae también estaba avergonzada y quería evitarme tanto como yo a ella. Crucé mentalmente los dedos porque así fuera.

—¡Es hora de levantarse! —Al abrir los ojos me encontré con la entusiasta cara de Solae agachada frente a mí. Me enderecé de un solo salto.

—Ho- hola —balbuceé. Si es que Solae sentía vergüenza, no se le notaba en lo absoluto. Detrás de ella apareció Anton, apoyando su mano sobre su cintura, saludándome y la vez marcando territorio.

—Hoy saliste más temprano. No estabas cuando pasamos por tu casa —señaló.

—¿Por qué no nos esperaste? —preguntó Solae, haciendo un puchero.

—Necesitaba preguntarle algo a miss Alba antes de clases. Y ustedes, ¿cómo están? —No sabía de dónde había surgido tan fácilmente esa mentira.

—¡Mejor que nunca! —enfaticó Solae, mostrándome sus manos unidas, como si nadie lo hubiese notado. Su afirmación me resultó hasta cruel. Si es que ella... si en verdad Solae recordaba lo que casi había pasado entre nosotros, no me lo estaría restregando en la cara. No es

que ahora sintiera algo romántico por ella; esa situación había sido provocada por culpa del alcohol, pero alguien sensato tendría más delicadeza antes de hacer un comentario así.

—¡Soli! —gritó Trinidad, sin disimular una mueca al ver que la pareja tenía las manos tomadas. La empalagosa presencia de los nuevos novios provocaba diabetes, pero a la vez invitaba a todos los curiosos a unirse y pedir más detalles—. ¡Cuéntenmelo todo! —exigió, acercándose, y otro par de gritos chillones se le unieron, mientras varios de sus amigos los iban rodeando.

—¡Ya era hora! —exclamó Mica—. ¿Por qué se demoraron tanto en darse cuenta?

—¿Quién se le declaró a quién? —preguntó otra voz chillona.

Ambos se reían complacidos de ser el centro de atención, mientras yo cada vez me sentía más invisible y arrinconado en el olvido. Toda esta situación parecía ser una extensión de la resaca que había adquirido por culpa de tanto trago, señalándome qué tan adentro había metido la pata esta vez. Solo mi cabeza sobresalía de entre aquellas arenas movedizas.

Por suerte la llegada de *Big Alicia* puso momentáneo fin a mi tortura. Automáticamente, y por miedo a su severidad, todos volvieron a sus asientos, no sin antes prometerse retomar el relato en el siguiente recreo.

Deseé como nunca antes que la clase de miss Alicia no terminara jamás (y en su honor, debo admitir que hizo su mejor esfuerzo por conseguirlo, porque fue en extremo aburrida), pero el recreo inevitablemente llegó y todos salieron al patio. Me quedé en mi puesto, enterrado sobre mi cuaderno, que no tenía más apuntes que un garabato ininteligible que representaba gran parte de mi frustración.

—Qué mala cara, Alex —me dijo Joto, preocupado—. Es por lo de Anton y Solae, ¿verdad?

Enderecé mi postura. No había estado consciente del espectáculo que estaba dando, aunque por suerte solo tenía un espectador. O dos, porque Amelia también se acercaba a ver mi deprimente representación.

—Después de todos estos años, ya era hora que admitieran lo que sentían —comentó ella, mordiéndose una uña—. Todos nos dábamos cuenta, menos ellos.

Lo decía la eterna amiga (y claramente enamorada) de Joto, que tampoco se percataba de lo que este sentía por ella. Supongo que todo siempre se ve más claro desde afuera.

—Nosotros vamos al quiosco, ¿nos acompañas? —me invitó Joto. No tenía muchas ganas de nada, pero pensé que tomar algo de aire podía ser de ayuda.

—Voy —dije, invocando una fuerza sobrenatural que me ayudara a levantar mi ahora pesado cuerpo, junto con mi ánimo, que también se resistía a salir de la inercia. Luego de un lastimero quejido, logré despegarme del asiento y sumarme a ellos.

—¡Buena, Alex! —dijo él, ubicándome entremedio de ambos y dándome un empujón que me prometía avanzar hacia un futuro mejor, tres minutos más adelante, en el que estaría con una barra de chocolate en la mano y sintiéndome un poco más relajado.

Hablamos de cosas triviales, como las series del momento, un videojuego que estaba jugando

Joto y uno que otro rumor sobre algunos compañeros de curso. Al parecer estaban siendo cuidadosos de no mencionar a los nuevos novios frente a mí, hasta que se agotaron los temas.

—Y pensar que ya no queda nada para el «Tri», y todo hace presagiar que otra vez no seremos invitados —comentó Joto con pesar cuando la conversación se desvió a hablar del acontecimiento que, para muchos, era el más esperado del año.

La renombrada fiesta de cumpleaños de Trinidad, también conocida como el «Tri», se celebraba en su mansión por todo lo alto. Tenía fama de ser *el megaevento*; casi comparable con el baile de graduación combinado con un matrimonio y una despedida de soltero.

Al evento solo se podía asistir con invitación y, gracias a que yo antes era el mejor amigo de Solae, Trinidad siempre había estado dispuesta a sumarme. Pero desde el primer año les dejé claro que no estaba interesado, siendo quizás el único que se había dado el lujo de despreciar semejante panorama. Y es que los comentarios sobre lo que sucedía cada año no dejaban a nadie indiferente. Drogas suaves, alto consumo de alcohol, virginidades perdidas (o al menos eso es lo que había escuchado). Una fiesta demasiado reventada para mi gusto, por lo que a pesar de que igual me provocaba curiosidad, nunca me entusiasmé por ir.

Solae, por ser la mejor amiga de Trinidad, había ido a todas, y era ella la que me contaba los chismes y escándalos que ocurrían (algunos bastante inolvidables). De hecho, fue en el último Tri que Mica y Diego se hicieron novios, y ya para nadie era secreto que habían llegado a tercera base esa misma noche en una de las habitaciones de la mansión.

—Ahora que Anton y Solae por fin están juntos, será su oportunidad perfecta para que... —dijo Joto juntando sus manos por las palmas y moviéndolas rítmicamente, provocando un sonido tan vulgar como lo que representaba.

—¡Qué ordinario, Joto! —le reclamó Amelia poniéndose colorada.

—Si es que aún no lo han hecho —continuó él.

—¡Claro que no lo han hecho! —les rebatí—. Solae no es así. —Ante mi reacción, ninguno de los dos pudo disimular una mueca burlona.

—¿Desde cuándo te gusta tanto Solae? —preguntó Joto sin darle más vueltas al asunto. Él solía ser así de directo.

—¡No por defenderla significa que me guste! —alegué.

Recibí dos carcajadas en estéreo.

—Pero Álex, si se te nota a diez kilómetros. No sé a quién quieres engañar. —Me levanté molesto. No entendía por qué todos daban por hecho que sentía algo por Solae.

—¡Tranquilo, solo era una broma! —dijo Amelia bajándole el perfil. Pero sabía que no era una broma. Todo esto me pasaba por intentar socializar.

—En todo caso, mejor así, Álex. Porque ellos hacen mucho mejor pareja de lo que probablemente harías tú con ella —concluyó Joto y su comentario me pateó aún más fuerte. ¿En verdad era yo tan indigno de Solae?

Durante nuestra amistad nunca me pregunté si había sentido alguna vez algo más por mí. Desde que la conocía, ella había tenido varios (quizás demasiados) pretendientes, y de esos, uno o dos novios bastante inofensivos. A pesar de eso, yo siempre me mantuve como su amigo y supe aprovechar (y hasta agradecer) cuando Solae, por estar con ellos, me dejaba más tiempo para mí. Después de todo, no se iba a ir a ninguna parte. Seguíamos siendo amigos y así estaba bien. Así estábamos muy bien.

Siempre me contaba el tipo de chicos que le gustaban y su *crush* de turno. Muchas veces me recalco cuánto odiaba a los chicos rubios o demasiado perfectos (¡Oh, la ironía!) y me pedía mi opinión de hombre respecto a dar o no el siguiente paso en una relación.

Pese a lo incómodo que resultaba el tema, varias veces compartimos ciertas intimidades, pero no sé cómo fue que, mientras estudiábamos para un examen de biología y sentados sobre mi cama, le terminé confesando que yo seguía siendo virgen. Y Solae se rio.

—¡No sé qué es tan gracioso! —le reclamé—. Tú ya me conoces. No ando preocupado de esas cosas, ni tampoco es como si me llovieran las interesadas...

—Dudo que sea porque no quieras. A mí más bien me parece que tienes miedo a mostrarte vulnerable —dijo acusadora—. Si es que aún no estás con nadie, es porque temes entender tus propios sentimientos y que alguien te rechace.

—Piensa lo que quieras —refunfuñé. No sabía con qué derecho se creía para analizarme, aunque también era probable que tuviera algo de razón—. Siento mucho no ser tan experto como tú.

—Yo no soy experta, Álex. Yo... también soy virgen —dijo de pronto, en voz baja y sin mirarme. Su repentina confesión me tomó por sorpresa. Siempre imaginé que debido a su forma de ser tan cariñosa ya habría tenido esa experiencia con alguno de sus ex novios.

—¡Oh! ¿es acaso porque tus padres...? —le pregunté, recordando lo estrictos que eran con ella y la falta de privacidad que tenía en su casa.

—¡Claro que no! —me dijo frunciendo el ceño mientras jugaba con sus dedos—. Ese no sería un problema importante... —añadió y me miró nerviosa—. Sé que te sonará algo cliché, pero quiero que esa ocasión sea especial... y con alguien de quien me sienta realmente enamorada.

—Pero si ya has tenido dos novios. ¿Aún no te has enamorado?

—No... no de ellos —dijo mirando sus pies. Al parecer el tema la avergonzaba bastante, porque le costaba continuar hablando.

—Ah... —musité, sin saber qué más decir. Me quedé junto a ella en silencio, hasta que luego de un momento, volvimos a retomar el estudio.

Luego de ese día, Solae nunca más me mencionó a algún otro enamorado, ni tampoco volvió a salir el tema, lo que me hacía suponer que simplemente no había alguien más o le daba vergüenza conversarlo conmigo. De todos modos, de alguna forma estaba seguro de que seguía siendo tan virgen como yo. Hasta ahora. Conociendo a Solae me inclinaba a pensar que era probable que aún

no hubiese pasado nada entre ellos, pero también estábamos hablando de Anton, y con él ya no se podía estar seguro de nada.

Capítulo 22

Reacción química

Las clases siguieron avanzando y para química, la última del día, fuimos al laboratorio donde nos hicieron sentarnos en grupos de a tres. Miré a Solae, que por supuesto ya se había agrupado con Anton, pero parecía demasiado concentrada en su nueva relación como para reparar en mí y recordar que aún éramos amigos. Trinidad se unió a su equipo, mientras que yo me fui con Joto y Amelia.

El laboratorio consistía en cuatro mesas anchas y alargadas, donde cabían alrededor de seis a nueve personas por lado. Y para mi mala suerte nuestro grupo fue ubicado junto a la nueva pareja, quedando yo justo al lado de Solae. Su atención ahora solo se concentraba en Anton y cualquier cosa que él dijera, hiciera o dejara de hacer.

—¡Álex! ¿Terminaste ya con eso? —me preguntó Amelia, haciendo un puchero infantil que le restaba severidad. Teníamos que extraer muestras de ADN de unas criminales hojas de espinaca, pero sin querer, yo ya había sobrepasado por lejos la cuota de hojas picadas que necesitábamos para avanzar a la siguiente instrucción.

—Parece que alguien está muy distraído pensando en otras cosas —canturreó Joto, mientras iba anotando observaciones. Sin ánimo de discutir, les pasé el frasco con hojas en silencio.

Anton ya colocaba sus muestras procesadas en los tubos de ensayo, mientras que Trinidad y Solae conversaban en voz baja, sin ayudarlo demasiado. Al notar mi mirada sobre ellos, Anton bajó su mano y comenzó a tocar la de Solae, que reposaba apoyada encima de una de sus piernas. A continuación, y procurando que yo siguiera atento a sus movimientos, pasó de acariciar su mano, a rozar levemente el interior de su muslo, sin despegar la vista de mí.

Mi sangre comenzó a hervir. No podía seguir permitiendo que las cosas continuaran así. Anton era un tipo peligroso y era probable que fuese debido a su influencia que Solae estuviera tan cegada respecto a él. Iba directo hacia su trampa y yo, él único que sabía lo que sucedía, se la entregaba al lobo en bandeja y hasta con una manzanita en la boca.

Me levanté bruscamente de mi asiento, golpeando la mesa con furia. Con eso atraje la atención de toda la clase que, luego de un incómodo silencio, no tardó en llenarse de risas.

—¿Algo que compartir con nosotros, señor Romandi? —Nuestro profesor de química me llamaba la atención. Últimamente ya eran demasiadas las veces en las que quería desaparecer desintegrado por combustión espontánea.

—No. Disculpe, señor —dije volviendo a mi asiento, intentando esconder mi cabeza entre los

hombros, por supuesto que sin éxito.

Cuando estuve sentado, Solae posó suavemente su mano sobre mi brazo.

—¿Todo bien? —me preguntó en voz tan baja que tuve que leer sus labios para entenderla. Levanté mi pulgar en respuesta afirmativa y su sonrisa me devolvió la compostura. Lo único que deseaba ahora era que todo volviera a la normalidad. Que todo regresara a ser como antes.

Cuando la clase se dio por finalizada, y antes de que Anton saliera, lo retuve por el brazo, dándole a entender que necesitaba hablar con él. Se disculpó con Solae y Trinidad y, luego de que todos se retiraran de la sala, se quedó conmigo esperando a que le hablara.

—¿Qué es lo que pretendes con tus provocaciones? —le pregunté, yendo directo al grano.

—¿Provocaciones? —repitió, como si le estuviese hablando en chino.

—Es obvio que manoseas a Solae solo para hacerme enfadar. ¡No te hagas el idiota! —dije, golpeando nuevamente una mesa.

—¿Desde cuándo mi relación con Solae se trata de ti?, ¿por qué tendría que darte explicaciones al acariciar a mi novia, que por cierto no he oído que se haya quejado? ¿En qué siglo naciste?

—¡Deja de hacerte el imbécil, si sabes a lo que me refiero! —le grité—. Qué coincidencia que justo cuando apareciste, Solae me olvidó y dejó de ser mi amiga. Si es que alguna vez deseé que me dejara en paz, ya no es algo que siga queriendo. ¡Así que regresa todo de una puta vez a como estaba antes!

—Wow, Álex —dijo levantando sus manos como para que me detuviera—. ¿En serio estás sugiriendo que soy una especie de genio de los deseos que vino a alejar a Solae de ti? ¿Te estás escuchando a ti mismo? —soltó una risotada que evidenciaba cuánto disfrutaba martirizarme. Oyéndolo de su boca, mi hipótesis sonaba aún más tonta de lo que pensaba y me arrepentí de inmediato de haberla mencionado.

—Y, además, acabas de admitir que no la querías cerca. ¿Y tienes el descaro de echarme a mí la culpa? ¿Sabes cuál es tu problema, Álex? Es que hablas como si todo se tratara de ti. Si tanto deseabas que Solae te dejara tranquilo, entonces deberías agradecerme y permitirle hacer lo que ella quiera. ¿O es que acaso ahora sí admitirás que te gusta mi novia?

—Ella no es tu novia, es mi mejor amiga —escupí con rabia. Anton se acercó violentamente hacia mí. Ya no se reía.

—Déjame ser claro contigo, Álex. Solae nunca ha sido tu mejor amiga —dijo en un tono amenazante que jamás le había escuchado y otorgándole especial énfasis a la palabra «nunca»—. Yo soy su mejor amigo y ahora, además, soy su novio. —Me punzaba con su dedo índice contra mi cabeza—. Supéralo y ya déjanos en paz —cerró la frase con un último empujón de su dedo, que me obligó a dar un paso hacia atrás para no perder el equilibrio.

La puerta del laboratorio se abrió de pronto.

—¿Ya vienes, Anton? —preguntó Solae asomándose desde la entrada.

—Ya voy, mi Sol —respondió él, cambiando por completo tanto su actitud como el tono de su

voz, mientras le guiñaba un ojo.

—Ah, antes que se me olvide... —dijo, ahora volviendo a dirigirse hacia mí y susurrándome al oído—. Este sábado perderás a Solae para siempre.

Dicho esto, retrocedió lentamente como para poder deleitarse mejor con mi cara de desconcierto. Sin darme oportunidad de responder, Solae entró y se colgó cariñosamente de su brazo.

—¿Ya terminaron? ¿Me lo devuelves, Álex? —preguntó, quejándose como niña pequeña y remató su interrupción dándole un piquito en la boca.

—Sí, ya quedó todo claro. ¿Verdad que sí, Álex? —respondió él en mi lugar.

Asentí mientras apretaba mis puños dolorosamente. No tuve más opción que dejarlos ir. Una vez que me quedé solo, noté cómo mis pies comenzaban a temblar. Al parecer me había salido el tiro por la culata. No estaba seguro aún de a qué se refería, pero el sábado era la gran fiesta de Trinidad, y si quería evitar que Solae sufriera las consecuencias, debía partir pensando en una forma de poder asistir.

Capítulo 23

Trinidad

—¿Qué posibilidades hay de que Trinidad nos invite a su cumpleaños este año? —les pregunté a Amelia y Joto, justo antes de que se iniciaran las clases. Ya era martes y no me quedaba mucho tiempo.

Don Aurelio, nuestro profesor de historia, llegaba atrasado como siempre y nos solicitaba muy calmado que tomáramos asiento. Un dulce abuelito, que también por ser medio sordo y corto de vista, hacía que conversar durante sus lecciones no significara riesgo alguno.

—¿Preguntas en serio? ¿Tú quieres ir al Tri? —dijo Joto, asombrado, y en voz baja, ya que la clase había comenzado.

De tan solo pensar en repetir una experiencia similar a la del sábado pasado, pero tres mil veces más intensa, se me revolvía el estómago. No, definitivamente no moría de ganas de ir, sobre todo luego de haber comprobado lo que el alcohol me había hecho experimentar, pero era lo único que se me ocurría para proteger a Solae de lo que fuese que Anton estuviese planeando. Tendría que ser más cuidadoso esta vez.

Don Aurelio subió la voz para indicarnos que pusiéramos especial atención a lo que nos relataría. Empecé a tomar apuntes en forma automática, mientras él dibujaba unos esquemas tiritones en la pizarra, de unos animales muy extraños.

—Podríamos intentar colarnos. Siempre he querido ir —propuso Joto, pero entrar por la mala no era algo que yo estuviera muy dispuesto a hacer. Ni siquiera sabía si era factible.

—No es posible —confirmó Amelia—. He visto las invitaciones y están seriadas con un código que te solicitan al ingreso. La seguridad de ese lugar se toma muy en serio y cada año es más estricta. Si no apareces en la lista y además no llevas la invitación contigo, incluso son capaces de echarte con la policía.

Volví mi atención a la pizarra y seguí escribiendo por inercia lo que iba dictando el viejo Aurelio, pensando en que la única opción que me quedaba era hablar directamente con Trinidad.

A pesar de ser una de las mejores amigas de Solae, nunca traté mucho con ella. Tampoco era que nos lleváramos mal, solo que nunca habíamos tenido algún tema en común que no fuese Solae, y ahora ni siquiera estaba eso. No tenía muy claro cómo debía abordarla.

—Entonces se lo pediré a Trinidad. ¿Tienen su contacto? —les pregunté, luego de darme cuenta de que yo no lo tenía, pero ambos negaron con la cabeza, sorprendidos por mi determinación.

Volteé hacia el puesto de Trinidad a ver si se me ocurría algo. Ella, que tampoco le prestaba

mucha atención a la clase, notó mi mirada y no fui lo suficientemente rápido ni elegante para disimular. Me giré con brusquedad.

Con la vista fija en la pizarra, sentí vibrar mi celular y lo saqué lo más escondido que pude. La notificación en la pantalla indicaba que Joto me había mandado una foto. Lo miré con recelo, antes de atreverme a revisarla.

No es lo que estás pensando ¬_¬

y luego agregó:

Amelia tiene una teoría que puede serte útil

La fotografía mostraba a Trinidad dándole helado a Anton en la boca. Era una foto bastante inocente del día en que almorzamos juntos bajo el árbol y Trinidad se fue un rato con él. A continuación recibí otro par más de imágenes que los incluían a ellos dos, igual de inofensivas. Los miré hacia atrás esperando que se explicaran.

Puede que Trini le tenga ganas a Anton. Solo mírale la cara

escribió Amelia, acompañando el mensaje con un emoticono sonrojado. Hasta para chatear se ponía nerviosa.

Pero Trinidad es la mejor amiga de Solae

puse, aunque de inmediato me di cuenta que eso no significaba mucho. Trinidad tampoco se veía como la chica más fiel a sus amigas.

Pero también es humana

añadió Joto.

Y Anton está muy bueno

agregó Amelia y ambos nos volteamos a mirarla, provocando que se volviera a poner roja.

Confía en mí, Álex

escribió nuevamente enterrando la cara en su celular.

No lo digo solo por las fotos

«¿Trinidad interesada en Anton?». A pesar de su popularidad, su aire de chica resuelta que sabía cómo pasarlo bien y el nivel de fiestas que organizaba, Trini no tenía novio conocido, y por alguna razón yo tenía la ligera sospecha de que le atraían más las chicas que los chicos. Al menos con Solae era de acercarse y tocarla demasiado, incluso para ser su amiga. Pero también podían ser solo ideas mías.

—¡Ustedes allá atrás! —nos apuntó don Aurelio, con una voz que no parecía ya la de un abuelo indefenso. Los tres nos cuadramos en shock—. Primera y última advertencia —vociferó severo, para luego retomar la clase con su pasividad característica.

Guardé mi celular y, fingiendo poner atención al resto de la clase, me quedé pensando en si era verdad que Trinidad sentía algo por Anton, aunque no sabía si esta nueva información me serviría de algo para conseguir que me invitara a su cumpleaños.

Nuevo receso y al contrario de lo que esperaba, Trinidad no se acercó al grupo que estaba con Anton y Solae. Se había quedado en su puesto, escribiendo algo en su celular.

—¿Trinidad? —le pregunté, acercándome a ella. Antes de mirarme, inspeccionó hacia los lados, no sé si pensando que era otro quien le hablaba o para comprobar que nadie más nos observaba, y se acomodó uno de sus largos mechones castaños claro detrás de su oreja. Su actitud me transmitía que lo que fuera que estaba haciendo, era mucho más importante que prestarme atención a mí.

—*What?* —me preguntó volviendo a su móvil. Le encantaba usar palabras en inglés para

hacerse la interesante. Como toda la atención de los que quedaban en la sala estaba concentrada en Anton y Solae, que iban saliendo, consideré que había suficiente privacidad para hablar con ella ahí mismo.

—¿Puedo ir a tu cumpleaños? —solté, sin rodeos. Trinidad volvió a mirarme, esta vez como si no estuviera segura de haber escuchado bien. Al ver que me mantenía serio, ahogó una risa que contuvo con su mano.

—*Really?*

—Ni te darás cuenta de que estoy ahí —dije, intentando no enojarme. Le encantaba mostrarse superior frente a los demás, pero conmigo nunca le había funcionado. Para mí, que fuese amiga de Solae, le quitaba ese aire intimidante (y algo *jerky*) que tenía frente a la mayoría. Y aunque ahora ella no se acordaba que también habíamos sido amigos, no dejaría que me tratara como a uno más del montón—. Y te regalaré algo lindo —continué, sentándome a horcajadas en la silla frente a ella.

—Ah, hablas en serio —concluyó, poniéndome por fin atención—. ¿Desde cuándo te pusiste tan sociable? La semana pasada me invitabas a una fiesta en tu casa y ahora quieres ir a mi cumpleaños? —dijo, con cara de sospecha.

—¿Por qué tendría que haber algún motivo?

—Nadie pide ir al Tri si no está interesado en uno de los invitados. Y menos alguien como tú. —Se enderezó y de pronto puso su mano sobre la mía—. Confíesalo, Álex, quieres ir por mí, ¿verdad?

Retiré mi mano tan sorprendido como confundido y Trinidad se rio divertida.

—Broma, Álex. Si ya sé que lo tuyo es por Solae.

Mi cara de incomodidad se hizo aún más evidente. No se suponía que fuese yo el cuestionado.

—¡No es eso! Solo estoy preocupado por ella —dije, intentando sonar convincente—. Porque creo que Solae no es tan feliz con Anton. Tan feliz como quizás lo serías ... ¿tú con él?

—*What?* ¿De dónde sacaste esa idea? —preguntó, ahora poniéndose ella a la defensiva.

—Solo opinaba que quizás ustedes se verían bien juntos.

—Anton es el novio de mi mejor amiga, Álex. No sé qué clase de persona crees que soy —respondió ofendida. «Mierda», parecía que acababa de meter la pata a fondo y con eso había arruinado la única oportunidad que tenía de convencerla.

—Perdona, no quise insinuar que tú...

—Pero lo dijiste, Álex. ¿Y así me vas a decir que esta «opinión tuya» no tiene nada que ver con tus repentinas ganas de ir a mi cumpleaños? Porque así como lo veo, que Anton y yo estemos juntos solo te beneficiaría a ti para quedarte con Solae.

—¡Que no es eso! —le refuté, tragándome las ganas de gritarle. ¿Por qué había llegado tan rápido a esa conclusión? Ni siquiera la estaba atacando.

—*Fine!* Porque con o sin Anton, no veo como tú podrías llegar a conquistarla. ¡Ni a ella ni a

nadie! —dijo fastidiada, levantándose de su puesto. Sin saber qué más decirle, a lo único que atiné fue a intentar impedir que se fuera, tomándola del brazo.

—Espera, Trini...

—*Sorry*, Álex, pero te equivocaste conmigo. —Rechazó mi pedido y salió de la sala.

Ya no hacía falta preguntar si me invitaría. Estaba claro que la había cagado. ¿Pero en verdad había sido tan terrible mencionar que le gustaba Anton? ¿No estaba siendo demasiado exagerada? ¿O todo esto tenía que ver con Solae?

Joto y Amelia se habían quedado ocultos y atentos a toda nuestra conversación. En vez de restregarme mi error en la cara, me trataron de valiente por intentarlo, acompañándolo de palmadas de apoyo en el hombro de parte de Joto y un par de dulces ofrendas comestibles de Amelia, que agradecí en silencio.

—¡Perdóname, Álex! —dijo Amelia, poniendo sus palmas a modo de súplica frente a su cara—. Parece que me equivoqué respecto a Trinidad.

—No te preocupes, Ame. Yo fui el idiota que no debió mencionarlo.

—¿Ame? —preguntó Joto levantando una ceja. No me había dado cuenta del nuevo apodo que le había puesto a Amelia, pero a ambos nos causó gracia que Joto le diera tanta importancia—. En fin —carraspeó, cruzándose de brazos—. En efecto no fue buena idea sugerir lo de Anton. Además que Trinidad al final parecía más interesada en Álex que en el susodicho.

—¿Qué? —exclamamos Amelia y yo al unísono—. ¿Qué demonios estás hablando ahora? —agregué yo.

—Ay, olvídenlo —dijo Joto—. Bueno, Álex, quizás el próximo año te va mejor.

—Sí. ¿Quién necesita ir a su estúpido cumpleaños? —añadió Amelia, dándome ánimos.

Pero a mí no me servía el próximo año. Ya no me quedaba tiempo, ni nuevas ideas.

Capítulo 24

Reacción física

Cuando terminaron las clases, fui caminando junto a Joto y Amelia hacia la salida del colegio. En la puerta estaban Anton y Solae haciéndose *selfies* y riendo fuerte junto a Trinidad, Mica y Diego. Al parecer esperaban turnos para sacarse fotos junto a la nueva pareja. Solae, que era la fotógrafa, parecía querer salir junto a todo el mundo.

—¿Álex, ustedes se pelearon o es que ya no soportas verlos juntos? —me preguntó Joto, pero Amelia le pellizcó el brazo para que se callara.

—¡Ouch! ¿Qué te pasa, «Ame»? —dijo, burlándose de su nuevo sobrenombre, mientras se sobaba el brazo.

—No. Es solo que no me gusta andar de violinista —respondí.

No, no habíamos peleado, pero con Anton ya no podía seguir haciéndome el que no sabía nada. Y acercarme a Solae era necesariamente estar con él, lo que no me causaba ninguna gracia.

Cuando avanzamos para salir, Solae, que me daba la espalda, me vio a través de la cámara y se giró directo hacia mí. Joto y Amelia se hicieron a un lado y me levantaron sus pulgares con disimulo. Les negué con la cabeza. No necesitaba ánimos, ¡necesitaba que me socorrieran!

—¿Adónde crees que vas, Álex? Casi no tenemos fotos juntos y eso hay que solucionarlo —dijo bloqueándome el paso. A continuación se ubicó a mi lado—. ¡Mira a la cámara y di «pulpo bebé»! —dijo levantando su móvil para sacarnos una foto. La pantalla me devolvió mi cara de incomodidad.

—¡Pero sonrío! —dijo chocándome suavemente con su cadera y rodeando mi torso con su brazo para acercarme más hacia ella. A continuación presionó el botón, inmortalizando mi turbado rostro que se había tornado rojo furioso.

—Ahora te acordaste de que seguimos siendo amigos —reclamé ofendido.

—¡Pero si eres tú el que nos anda evitando! Y Anton me dijo que preferías que te dejáramos tranquilo. —Miré a Anton, que me devolvió una mirada impasible. Por supuesto que había sido él.

Solae intentaba encuadrarnos para tomar otra foto, pero le quité el móvil y acomodé la cámara para disparar desde una altura mayor. Al no encontrar el ángulo deseado, la guié con mi mano y por su cintura la giré en la otra dirección.

—¿Cuándo aprenderás a sacar fotos? Este ángulo y con este fondo están mucho mejor —dije, poniéndonos delante del muro con flores a la entrada del colegio—. ¡Pulpicornio bebé! —pronuncié con vergüenza y tomé la foto antes de esperar que Solae estuviera lista, junto a un par

de fotos más. Pero Solae ya no miraba la pantalla. Me miraba a mí, con una expresión que no sabía cómo descifrar.

—Hacia la cámara —le pedí devolviéndole la mirada. Y sin querer me quedé contemplándola y conteniendo la respiración.

—Ya nos habíamos tomado esta foto antes, ¿verdad? —me preguntó con los ojos bien abiertos.

«¿Lo recordaba? ¿En verdad estaba recordándolo?». Me emocioné. Pero antes de que pudiera responderle, Anton apareció quitándome el móvil de Solae de la mano.

—Es una foto bastante común —intervino, sin que nadie le preguntara su opinión—. Quizás se parece a alguna que nos tomamos nosotros dos.

—Quizás, pero no sé por qué tengo la sensación de habérmela tomado junto a Álex. Deja revisar mi celular —dijo, pidiéndoselo de vuelta, y él se lo devolvió mirándome a mí. Ya sabía qué esperar de esta situación, por lo que no me sorprendió en absoluto cuando Solae encontró una foto de ella en este mismo lugar, pero junto a Anton.

—¡Bah! ¡Tenías razón! —admitió disculpándose—. ¡Cosas que pasan! —Se rio.

—¿Podemos hablar un momento? —le pregunté a Anton de la forma más diplomática que pude, para que no se notaran mis ganas de romperle la cara.

—¿Otra vez? ¿Qué tanto andan conversando ustedes dos? —interrumpió Solae.

—Pregúntale a Anton —respondí mirándolo con odio.

—Danos cinco minutos, mi Sol. No tardo —dijo, dándole un beso en la frente que a ella la convenció al instante, mientras que a mí me provocó urticaria. Cuando Solae se alejó lo suficiente, me dirigí de nuevo a él.

—¿Notaste que Solae acaba de recordar que nos tomamos esa foto?

—¿Sabes cuántas fotos guarda Sol en su celular? Entre las diez mil que debe tener, seguro que en alguna sales, y la confundió con esta.

—¿En serio seguirás fingiendo que no le borraste la memoria?

—Es que además de ser un genio de los deseos, ahora tengo la capacidad de borrar recuerdos. Vaya, Álex, no pensé que me creyeras tan superpoderoso.

—¡¿Por qué mierda sigues negándolo si ya sabes que lo descubrí todo?! Y además me amenazas con perderla el sábado para siempre. ¡Ya déjanos tranquilos de una puta vez! —le grité. Parece que había elevado demasiado el volumen de mi voz, porque empecé a notar que estaba llamando la atención de más gente.

—¿Sabes lo ridículo que sueñas? Lo único que veo, Álex, es que estás buscando culpables para justificar que Solae no está interesada en ti. Asume que ya perdiste tu oportunidad. Solae está enamorada de mí porque yo sí la trato bien y yo sí la hago feliz.

—¡Feliz y qué mierda! ¡Ella cree que te quiere solo porque la estás manipulando! —No pude evitar empujarlo, pero mi fuerza no bastó para que retrocediera tanto como hubiese querido.

—¿Manipulándola? —Me miró extrañado—. Piensa lo que quieras, pero nada va a impedir que

la pierdas. Con Solae seguiremos juntos y haciendo lo que queramos. Y sí, Álex, también la haré mía —susurró esto último en mi oído, disfrutando el sonido de cada palabra que pronunciaba.

—¡No le tocarás un pelo! —grité, esta vez embistiéndolo con más fuerza, pero él regresó a mí, empujándome contra la pared.

—Créeme que le tocaré mucho más que eso —dijo, con una sonrisa triunfante.

El golpe que le encajó en la cara fue inevitable.

Mi puño había actuado mucho más rápido que mi mente. «¡Ella nunca se acostaría con un hijo de puta como tú!» habría querido gritarle, pero mi agresión ya había dicho más que mil palabras.

A pesar de la sangre que comenzaba a brotar de sus labios, Anton apenas se inmutó. Se limpió con el revés de su mano dejando a su paso una sonrisa en su rostro. ¡Por Dios! Este idiota era un cliché de película. Hasta herido emanaba superioridad. Miré mi mano, que comenzaba a doler y definitivamente se veía más afectada que su rostro. ¡Por la puta que dolía! ¿Es que este imbécil tenía la mandíbula de piedra?

—¡Anton! —Solae corrió hacia él, preocupada.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien? —le preguntó, poniendo su mano sobre su mejilla y de inmediato se giró furiosa hacia mí.

—¿Qué mierda fue eso, Álex? —dijo empujándome, más como reproche que con intención de hacerme daño. Su mirada contenía una mezcla de rechazo y decepción. También parecía confundida, y verla así fue mil veces más doloroso que si Anton me hubiese devuelto el golpe.

Yo era el chico violento que no podía controlar sus impulsos, y él era la pobre víctima de la situación, por lo que naturalmente todos estaban de su lado. ¿Cómo podía justificarme bajo esas circunstancias?

Solae seguía esperando una respuesta que no era capaz de darle. Permanecí inmóvil, con la mano hecha mierda; y solo frente a la pareja favorita de todos. Nos rodeaba una audiencia compuesta por compañeros de curso, chicos de otros niveles, además de gente que pasaba por la calle y no tenía nada mejor que hacer.

—No, Solae, yo... —musité sin saber como continuar.

Ignoraba cuánto había escuchado de nuestra conversación, pero sabía que en ese momento no entendería razones. Menos si intentaba decirle la verdad.

Miré a mi alrededor, sin sentir el apoyo de nadie. Ni yo mismo entendía qué me había pasado, pero al darme cuenta de que no era capaz de mirar a Solae a los ojos ni seguir soportando tanta atención, opté por huir. Por irme sin dar explicaciones, sin disculparme, y correr como el cobarde que era y que siempre había sido.

Capítulo 25

Día cero

Solae

(Tres semanas atrás)

Todo acerca de Álex me cabrea, me emputece. ¡Es que ya no lo soporto! Que siempre se haga el sordo cuando le hablo, que sea tan cuadrado y apegado a las reglas; que nunca se arriesgue a nada.

Siempre se estresa si nos atrasamos, como si llegar un día tarde al colegio fuera el fin del mundo. Y ni hablar de pedirle hacer algo que llame un poco la atención. Eso sería como exigirle que se tire de un puente, desnudo y bailando k-pop.

No sé qué mierda veía en él, ni cómo es que lo he aguantado tanto tiempo como mi amigo; pero ahora estoy más convencida que nunca de que él no es para mí, que no somos compatibles. Ya estoy aburrida de ser la única interesada en mantener nuestra amistad en pie. O quizás decepcionada es la palabra.

Hace unos días, por fin me atreví a confesarle mis sentimientos, pero el muy imbécil ¿qué fue lo que hizo? Obvio, hacerse el idiota. Se alejó como si no hubiese entendido lo que le estaba proponiendo, y desde entonces se comporta como si eso nunca hubiese ocurrido.

Está bien. Quizás no fui taaan, tan directa. Y quizás él sí es medio lerdo con estos temas; pero es que tampoco ha hecho nunca nada por mí que me dé a entender que me estima.

«Ya, acéptalo, Solae, él no te quiere y no hay vuelta atrás.»

A pesar de que he tratado mil veces de convencerme de lo contrario, de creer que podré cambiarlo y hacerlo feliz, me di cuenta de que él no quiere serlo. Al menos no a mi lado. Es por eso que ya me decidí y hoy le daré una última oportunidad. Aunque no se la merece, será en honor a los años que llevamos juntos siendo «amigos».

Es viernes y vamos caminando de vuelta del colegio. Como de costumbre, voy aferrada a su brazo, tragándome mis sentimientos y fingiendo que todo está bien. Sé que no debería, que no es algo que merezca tolerar y es por eso mismo que esta será la última vez que lo haga.

—¿En qué piensas? —le pregunto algo sobreactuada y noto cómo mi consulta lo irrita. Mantener mi máscara positiva en estas condiciones me está resultando mucho más difícil que de costumbre.

No me responde y no insisto. Avanzamos en silencio otro tramo mientras pienso en que quizás sea la última vez que caminaré abrazada a él. Respiro profundo y, dejando ir su brazo, con

determinación me pongo al frente para que esta vez no se atreva a ignorarme. Ahora es cuando me dispongo a darle esa última oportunidad.

—¿Vas a hacer algo hoy? —le pregunto intentando sonar animada. No quiero que aún se dé cuenta de que nuestra amistad depende de lo que me responda a continuación.

—No creo. Estoy cansado —me responde evasivo.

—Ok, pero el domingo sí, ¿verdad? Recuerda que tenemos que estudiar para el examen del próximo viernes.

—¡No, Solae, el domingo tampoco puedo! —me responde cortante y siento como se empieza a formar un nudo en mi garganta. Él sabe que el domingo es mi cumpleaños. Se lo estuve recordando toda la semana (aunque un amigo que te conoce desde que aprendiste a escribir esa palabra debería recordarlo). Pero no. Él no lo recuerda y está claro que no lo recordará. Ni hoy ni el domingo ni nunca más. Y ya no sé qué ocurre conmigo. No soy de llorar, pero estoy a punto de hacerlo.

Me detengo y Álex sigue avanzando sin mí. Por un momento deseo que no se dé cuenta de que no sigo junto a él, pero se voltea a mirarme. Antes que me diga nada, tomo yo la palabra.

—No importa, creo que es mejor así —digo seria, retomando el paso hasta alcanzarlo. Lo contemplo de reojo y noto su desinterés. ¿Tan obvio es que no quiere estar conmigo? ¿Qué he estado haciendo todo este tiempo al lado de este idiota?

Continuamos caminando en silencio hasta llegar al último semáforo de nuestra ruta y nos detenemos en la luz roja. Pese a que probablemente será la última vez que compartamos esta espera, decido que ya no aguanto más y cruzo la calle antes que dé la verde.

—¡Solae! —Escucho que me llama, pero no doy vuelta atrás. También sé que ese cobarde no se atreverá a cruzar detrás de mí.

Idiota, idiota, ¡idiota! Ojalá se dé cuenta de lo que se perdió. Si tan solo hubiese demostrado algo de interés, de aprecio, de gratitud, pero nunca se dio cuenta de mis sentimientos. Nunca se dio cuenta de nada.

En silencio pido olvidarlo para siempre. No quiero sufrir más por alguien a quien no le intereso ni admite que soy importante en su vida. Y si es que alguna vez voy a estar con alguien, por favor que sí sepa apreciarme como me merezco.

—¡Solae! —me grita nuevamente y me giro a la vez que siento a alguien chocar contra mi hombro.

Irritada, volteo hacia el responsable de empeorar aún más mi día y me encuentro con un chico rubio, tan alto que tengo que mirarlo hacia arriba y tan guapo que me llegan a arder los ojos. Los rubios nunca han sido mi tipo, pero ¡Oh-DiosMío que está bueno! Sin darme cuenta me pierdo en sus ojos claros que parecen contener un mar de respuestas; un mundo completo ahí dentro.

Nos quedamos contemplando por lo que parecía una vida, y de solo estar así surge un sentimiento de calidez en mi interior. Como si sin necesidad de palabras me transmitiera que todo

va a estar bien, que él se encargará de eso, y me entrego a esa esperanza. Luego de ese instante, el chico sigue su camino y yo retomo el mío en la dirección opuesta, pero eso no me preocupa. Siento que volveremos a encontrarnos.

Pienso en Álex por última vez, mientras él me sigue gritando que lo espere. Le digo que ya lo veré luego. El lunes, o no sé... Acelero el paso mientras me invade un renovado sentimiento de tranquilidad, de liviandad. Algo estoy dejando atrás y, sea lo que sea, ese algo ya no me importa.

Capítulo 26

Levántate (y anda)

Alex

Llegué a casa, la que al parecer estaba vacía, y fui directo a encerrarme a mi habitación. Luego de desplomarme sobre la cama, comencé a redactar y reescribir mil veces un mensaje para Solae. Pero nada parecía adecuado. Toda excusa sonaba demasiado idiota o ingenua, hasta que luego de varios minutos, por fin conseguí enviar algo.

¿Podemos hablar? Necesito explicarte qué pasó...

Me quedé viendo la pantalla, pendiente de cualquier cambio. Pero los minutos pasaban y el mensaje seguía sin aparecer como leído.

Me acomodé boca arriba y, resignado, solté el celular sobre la cama. Aunque Solae leyera mi mensaje, nada me aseguraba que me fuese a responder.

Cinco minutos después, la vibración de un mensaje entrante me hizo sentarme de golpe.

¿Y qué vas a decir?

El mensaje no era de Solae, había sido enviado desde el celular de Anton por lo que supuse que aún estaba con ella.

Me encendí de rabia. ¿Cómo era posible que se metiera hasta en sus mensajes privados?

iNo te hablaba a ti!

¿Vas a seguir insistiendo en que eres su mejor amigo?

Voy a decirle la verdad.

Ahh, entonces le dirás lo agotadora que la encuentras. ¿O le confesarás que nunca has sentido nada por ella, como me dijiste ayer?

Anton me estaba golpeando de vuelta, sin darme tiempo de responder.

No te molestes, que ya no puedes hacer nada. El sábado la pierdes y no es opcional.

¡Deja de hacerte el misterioso y aclara de una vez a qué mierda te refieres con eso!

Pasaron los minutos y no hubo respuesta. Quería ir adonde fuese que estuviera y agarrarlo de nuevo a trompadas.

Pero llegó otra notificación, esta vez enviada desde el teléfono de Solae.

Lo siento Álex, pero ya no quiero hablar contigo.

Y ahí estaba. El golpe final.

Con impotencia lancé el móvil contra la pared y me tumbé boca abajo en la cama. Hundí la cabeza en la almohada mientras empuñaba mis manos con fuerza. Nunca creí ser capaz de sentir tanta rabia. Nunca antes había sentido la necesidad de golpear a alguien, pero Anton me provocaba esa aversión, aunque parecía que en este momento con quien más furioso estaba, era conmigo mismo.

Pero cómo no odiarlo, cuando él la había hecho olvidarme, y no conforme con eso, la había enamorado y besado frente a mis narices. Yo creía ya haber hecho todo lo posible por recuperarla. Había intentado ser nuevamente su amigo, había intentado que me recordara. Había enfrentado a Anton e incluso le había pedido a Trinidad que me invitara a su estúpido cumpleaños. Llegué

hasta a utilizar la violencia, ¿y todo para qué? Para estar cada vez más lejos de ella. Cada vez más cerca de perderla. Ya no sabía qué más me quedaba por hacer.

Sentí la puerta de la entrada abrirse y cerrarse de golpe, y luego pasos rápidos de Paula subiendo las escaleras. Ni me moví. No tenía energías suficientes para evitar que el monstruo chismoso que poseía a mi hermana alcanzara mi habitación.

—¡Acá estás, Álex! —exclamó Paula abriendo mi puerta de golpe, sin siquiera tocar. Se mostraba excitada—. ¿Qué fue todo eso? ¡Y frente a toda la escuela! ¿Ya viste cómo le dejaste la cara a Anton? —Paula me bombardeaba de comentarios y preguntas, sin esperar respuesta. Hasta mi hermana había presenciado mi acto público de suicidio social—. ¡Y la reacción de Solae! —continuó.

Me enderecé con lentitud, llevando mis dedos hacia mi sien y me senté en el borde de la cama, sin mirar a Paula. No tenía ganas de discutir con ella, ni siquiera de decirle que se metiera en sus asuntos.

—¡Pero mira cómo quedó tu mano! ¡Oh, dolor! —exclamó al notar que tenía los nudillos enrojecidos—. ¿Quién hubiera pensado que mi tranquilo hermanito era un buscapleitos? —sentenció casi con orgullo, mientras tomaba mi mano entre las suyas.

—No es buen momento, Paula.

—¡Ay, Álex! Hablas como si hubieras sido tú el que perdió la pelea.

—¿Es que no estabas ahí? —le espeté—. No me habrá pegado de vuelta, pero solo conseguí que él quedara como la víctima y...

—¿Y qué?

Suspiré resignado y luego de recoger mi móvil, le mostré mi conversación con Anton. No sabía si era buena idea volver a involucrar a Paula en todo esto, pero así de desesperado y confundido me sentía.

—¿Están hablando de Solae? ¿A qué se refiere con eso de perderla? —me preguntó, releiendo la conversación, para intentar entenderla mejor.

—No sé. Según Anton, «perderé a Solae para siempre» este sábado —dije enfatizando eso último con comillas aéreas, por lo ridículo que sonaba—. Y supongo que con sábado se refiere al Tri.

—¿Que la perderás para siempre? ¿Qué diablos es eso, una amenaza?

—Eso mismo es lo que yo quisiera saber. Ya ves que no me respondió.

—A ver, Álex, pero aclárame algo. Que yo sepa, Anton es novio de Solae y lo único que me repites es que Solae no te gusta. Entonces ¿cuál es tu problema con él? ¿Y cómo vas a perderla si ni siquiera es ni ha sido tuya?

Miré hacia la nada, buscando cómo responderle. ¿Cómo volver a explicarle a mi hermana que Anton le borró la memoria? ¿Que yo solo quería recuperar a mi amiga de vuelta y que todo volviera a ser como antes?

—¿Vas a seguir negándote a admitir que te gusta Solae? —continuó sin esperar mi respuesta—. Porque al parecer, ni tú mismo tienes claro lo que sientes por ella.

Contrariado, clavé mi mirada en el piso. Su acusación la sentí como un ataque, pero por primera vez consideré que quizás podría no estar tan equivocada.

Paula se sentó a mi lado, mirando probablemente hacia el mismo punto imaginario que yo, y puso su mano sobre la mía.

—¿Y sería tan terrible perderla? Digo, no es que la vaya a matar, ¿o sí? Son compañeros de curso, la seguirás viendo. —Hizo una pausa y me sonrió—. Quizás se acueste con ella o le pida matrimonio —se rio—, pero en ningún caso es el fin del mundo. Las parejas van y vuelven. Ya tendrás tu oportunidad con ella.

—No lo entenderías, Paula. ¡No es tan simple! —le grité.

—Yo creo que es mucho más simple de lo que crees, Álex. Si quieres que ella te vuelva a hablar, deberías partir por pedirle disculpas. Sé que se te da pésimo y que la palabra «perdón» no está en tu vocabulario, pero ya es hora de que te tragues tu maldito orgullo —me advirtió regañándome.

—Ya intenté mandarle un mensaje y me mandó a la mierda —dije mostrándoselo.

—Yo no veo la palabra «perdón» por ningún lado. Y no seas tan mala clase de decírselo por mensaje. No la culparía por no querer hablarte más.

—¿Y cómo más se lo diría? ¡Si Anton no se despega nunca de ella! Ya ves que le mandé el mensaje a ella y me respondió él.

—¡Deja de poner excusas idiotas! Si no puedes en el colegio, anda a su casa. Después de las nueve ya no está con Anton, así que ahí apareces y se lo dices.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Paula miró hacia el lado, con cara de culpabilidad.

—Tam me mantiene informada.

—¿Tam? ¿La hermana de Solae, Tamara?

—Sí... Bueno, es que a veces conversamos sobre ustedes tres... —dijo sin saber hacia dónde mirar—. ¡Pero ese no es el punto! —continuó, volviendo hacia mí—. Solo sé que los padres de ellas son muy conservadores, así que pasada esa hora no verás a ningún chico en su casa. Además, estos últimos días tienen a Solae aún más controlada que de costumbre. Prueba ir hoy mismo. Pasadas las nueve ya no podrá estar con Anton.

Era verdad. Ni a mí, que me conocían desde toda la vida me habían permitido estar en su casa hasta muy tarde un día de semana. Igual me extrañaba que Anton no hubiese influido en la mente de los padres de Solae para solucionar ese inconveniente.

—Vas a ir, ¿verdad? —me preguntó, con interés.

Miré a Paula mientras me preguntaba si sería buena idea, o si sería siquiera capaz de hacerlo, pero Paula tenía razón. Aquello era algo que no había probado.

—Lo intentaré... —le concedí. Había sido buena idea conversar con ella, después de todo.

—¡Perfecto, entonces! —dijo empuñando la mano en señal de ánimos, y a continuación me dio un abrazo rápido, de esos que me daba para fastidiarme. Pero mi sorpresa fue cuando, en un impulso muy impropio de mí, me encontré abrazándola de vuelta. Últimamente Paula lo único que hacía era ayudarme y darme buenos consejos, y yo no recordaba haberle dado las gracias o haberme disculpado por comportarme siempre como un idiota con ella. Pero es que pronunciar ese tipo de palabras en voz alta era algo superior a mí, como si con ello admitiera una gran derrota.

—¿Qué... haces? —Se sorprendió Paula, tensa ante lo inesperado de mi gesto. Estuve a punto de soltarla pero, al darse cuenta de mi intención, no me lo permitió.

—De nada, bobo —dijo devolviéndome el abrazo con fuerza (demasiada en mi opinión). Luego de un breve instante que no sabría si describir como incómodo o fraternal, pero más agradable de lo que admitiría jamás, Paula fue la que se separó de mí—. Suficiente demostración de cariño por todo lo que nos queda viviendo juntos. Creo que me van a dar nauseas. —Se rio fingiendo una mueca de disgusto, y yo me reí también, avergonzado—. Mejor será que aproveches toda esta emotividad para ir hoy mismo a rogarle a Solae que te perdone. Creo que estarás bien.

Capítulo 27

Punto ciego

Haciéndole caso a la recomendación de Paula, fui alrededor de las ocho y media a esperar a Solae afuera de su casa. Me quedé agazapado en la plaza que estaba frente a su entrada, cual *creepy* acosador, pendiente de cualquier llegada, salida o movimiento. Sabía que estaban juntos cuando recibieron mi mensaje, por lo que aposté a que Anton estaría con ella el máximo tiempo posible. O saldrían de su casa o llegarían a ella antes de su toque de queda.

Emocionado, pero también conteniendo un irresistible deseo de abortar misión, comprobé que mi hermana no se equivocaba. Diez minutos después, divisé como se acercaban desde la esquina hasta la reja de la casa. La despidió con un apasionado beso que tuve que tragarme completo, pero que por suerte fue bastante más breve de lo que esperaba.

Aunque desde donde yo estaba no podía escuchar con claridad, pude observar que Solae llevaba su mano hacia los labios de Anton. Seguramente su beso había sido interrumpido a causa de la herida que le provoqué. Secretamente celebraba haberles podido arruinar el momento de alguna manera. El imbécil se lo merecía.

Cuando me aseguré de que Anton se había alejado lo suficiente, y antes de que Solae alcanzara a traspasar la reja, me acerqué a ella por detrás y la llamé tocándole el hombro. Fue evidente que no esperaba encontrarme ahí, porque, sobresaltada y en un acto reflejo, me pegó hacia atrás tal codazo en el estómago que tuve que ahogar el grito de dolor para que no me escuchara toda la cuadra.

—¡Álex! ¡Eras tú! —dijo cubriendo su boca, sorprendida, mientras que yo, encorvado, intentaba recuperar la capacidad de respirar. Pero en un instante, su actitud se ensombreció—. No es como que no te lo merecieras. ¿Qué haces acá?

—Necesitaba hablar contigo, pero Anton no te deja sola ni un minuto —dije, un poco más recuperado.

—Y yo ya te dije que no quería —sentenció mientras abría la reja. La tomé de la mano para impedir que se fuera, pero bruscamente intentó zafarse. ¿Por qué me lo estaba haciendo tan difícil?

—Suéltame, que ya tengo que entrar —dijo, cerciorándose de que nadie estuviera viéndonos desde su casa.

—Dame solo un par de minutos, por favor —le pedí, intentando deslizar mi pulgar sobre la palma de su mano, para ver si nuestra seña secreta lograba calmarla.

—¿Qué estás haciendo? —dijo, retirando su mano y no pude hacer nada más que apartarme. Su

reacción era mucho más hosca de lo esperado. ¿Acaso ya era demasiado tarde? ¿Era esta la consecuencia de haberme metido con Anton?

—Lo siento, pero no es no. —Solae entró y cerró la reja desde adentro.

—¡Solae! —la llamé mientras se alejaba, pero ella ni se inmutó. «¿Cómo esperaba disculpas, si se ponía así?!»

Me quedé inmóvil, observando la entrada hasta que vi cómo la luz de la recepción se apagaba unos momentos después. Cuando me di cuenta de que Solae no volvería, me fui a sentar al banco de la plaza de enfrente.

«Maldición, ¿y ahora qué?», me pregunté. Estaba claro que Solae no regresaría y todo indicaba que volvía a cero. Me puse a revisar mi móvil, encontrándolo lleno de notificaciones recientes que me etiquetaban en videos y fotos de mi pelea con Anton. De solo pensar en abrirlos se me retorció el estómago. No quería verlos. No quería saber nada al respecto.

Ingresé al perfil de Solae para ver si se me ocurría alguna idea para abordarla y vi que había cambiado su foto principal por una de esta tarde, de ella junto a Anton en la entrada del colegio.

Al meterme a ver sus nuevas publicaciones, me encontré con que la más reciente era una foto de nosotros dos frente al muro de flores. Debía de haberla subido poco antes de iniciar la pelea. Me quedé contemplándola idiotizado, agradeciendo que todavía no la hubiese eliminado y solo por si acaso, la guardé en mi celular.

—Se ven bonitos juntos. —Salté de la banca, dejando caer mi celular sobre la arenilla al escuchar aquella voz femenina y familiar. La hermana de Solae estaba detrás mío, mirando por sobre mi hombro. No esperaba encontrarme con ella. La verdad no esperaba encontrarme con nadie.

—¡Tam... Tamara! —exclamé recogiendo mi celular y limpiándolo mientras revisaba que no se hubiese dañado. —¿Qué haces aquí tan tarde? —le pregunté, pero al ver que vestía buzo y que además cargaba un bolso de gimnasia, deduje que recién llegaba de sus clases de vóleibol.

—Eso mismo te pregunto. ¿Tú eres el hermano de Paula, verdad? Recién te vi intentando hablar con Solae. ¿Qué querías decirle? —me preguntó sentándose ahora a mi lado.

—Nada.

—Oh, ¡qué pesado! Y yo que pensé que podía ayudarte. Pero, bueno, si no te interesa... —dijo sonriendo y luego volteando hacia el otro lado.

—Espera. ¿Tú crees que podrías convencerla?

—Solo si me dices qué querías decirle —me sonrió con picardía, y dudé un momento si responderle.

—Solo quería pedirle disculpas por algo que hice hoy.

—Ah, por pegarle a Anton —señaló algo desilusionada. Al parecer ya todo el colegio estaba

enterado—. ¿Y por qué no se lo puedes decir mañana en clases?

—Quiero decírselo en persona cuando no esté con él. No me he portado muy bien con ella últimamente.

—¿Últimamente? —ahogó una risa—. Has sido el peor mejor amigo que alguien podría tener —exclamó divertida, mientras le echaba un vistazo a su teléfono.

Sus palabras quedaron resonando en mis oídos, mientras el silencio iba creciendo entre nosotros. Al notar mi expresión, se cubrió la boca, como si recién se diera cuenta de que la había pillado en falta.

—¿Qué dijiste? —le pregunté atónito—. ¿Dijiste «mejor amigo»?

—¿Dije eso? —Tam esquivó mi mirada.

—Tam, acaso tú... ¿Tú te acuerdas que yo era el mejor amigo de Solae? ¿Te acuerdas de mí?

Tamara me miró en silencio, despegó sus labios como para decirme algo, pero los cerró de inmediato. Parecía arrepentirse de cada frase que comenzaba a formular en su cabeza.

—Álex —dijo por fin, mirándome con los ojos bien abiertos de emoción—. ¿Entonces tú también... ?

—¿¡Que si yo también!? ¡Creía que era el único en la Tierra que lo recordaba! —dije, sin poder creerlo y quizás tan emocionado como ella—. ¿Pero cómo es posible que tú...?

—Es algo difícil de olvidar viéndote casi todos los días en mi casa y con mi hermana hablando y quejándose de ti todo el día...

—¿Entonces por qué fingiste no recordarme?

—Tenía que estar segura de que tú también sabías lo que estaba sucediendo.

—Pero entonces ya sabes que Solae olvidó todo sobre mí. ¿No te extrañó que de un día para otro apareciera Anton? No quería abrumarla con preguntas, pero ella parecía tan feliz como yo de encontrar a alguien con quien hablar sobre todo este enredo.

—¡Sí! Me extrañó mucho que Solae te olvidara de un momento a otro. Le pregunté por qué no habías venido a la casa durante los últimos días, pero me hablaba de ti como si apenas te conociera. Al principio pensé que se estaba haciendo la tonta o que se había peleado contigo por lo del cumpleaños. ¡Hasta pensé que se había golpeado en la cabeza y tenía amnesia como en las telenovelas! Todo era demasiado bizarro. —Hablabla rápido y sus palabras se agolpaban. Quise corregirle que la palabra correcta en español no era «bizarro», pero dejé que continuara con su historia—. Todo era tan raro que intenté recordarle lo muy seguido que se juntaban, pero cuando fuimos a su habitación para mostrarle sus fotos, me di cuenta de que en todas, en vez de ti, salía junto a un chico rubio que tenía nuestro mismo uniforme y ahí mismo me comencé a urgir. Yo he estado llegando tarde casi todos estos días por vóleibol y ni me había enterado de que había un compañero nuevo, así que no lo conocía. Eso provocó una discusión, porque ella me preguntaba que cómo era posible que no conociera a su mejor amigo de toda la vida y yo ahí mismo pensé que estaba loca. —Tam hizo una pausa y me miró de reojo—. Yo también tenía varias fotos impresas

donde salían ustedes dos juntos... —dijo en voz más baja y mirando hacia el frente—. ¡No por ti, por si acaso! Por mi hermana —aclaró veloz y noté que se sonrojaba—. La cosa es que tomé una de esas fotos, se la fui a mostrar, pero su cara de no entender ni mierda fue épica. Y la mía debe haber quedado igual o peor.

—¿Pero qué te dijo Solae cuando vio la foto?

—Me pidió que le contara acerca de ti, ya que para ella solo eras un compañero de curso con el que rara vez hablaba. Le mostré más fotos, le conté algunas anécdotas y por un momento pareció recordarte, o al menos dudar, pero le empezó a doler la cabeza y no quiso hablar más del tema. Aunque igual se quedó con la foto —dijo Tam casi sin tomar aire—. La cosa es que al día siguiente cuando le pregunté si se la había mostrado a Anton, me la devolvió, diciendo que sí, sin darle mayor importancia; y lo más bizarro —volvió a decir— es que la fotografía era exactamente igual a la que le pasé, pero ¡ahora salía junto a Anton! Ahí mismo pensé «*crestamimadre*, este tipo es un dios del retoque digital o esto es obra paranormal del demonio y los Illuminatis». Te juro que me comencé a asustar demasiado, Álex. No era retoque. ¡Te juro que era una copia exacta! Atrás aún tenía la anotación con mi letra y la misma punta doblada.

—¿Y Solae no recordaba la foto original?

—¡Eso es lo peor! Cuando le pregunté si no le parecía raro que en la foto ya no estuvieras tú, me miró extrañada, diciéndome que en la foto siempre había estado junto a Anton y que tú eras solo un compañero de curso con el que no hablaba mucho. Como por arte de magia olvidó todo lo que le conté sobre esa foto y sobre ti —dijo, por fin dándose un momento para respirar.

Así que no era el único. Tam también había descubierto que Anton estaba detrás de todo esto, y también había intentado hacer recordar a Solae.

—Pero entonces ¿cómo es que Anton no te ha borrado la memoria a ti también?

—Sí me la borró —me aclaró como si nada. Me quedé de piedra, esperando una explicación.

—Obvio que no recuerdo cómo, ni cuándo lo hizo, ya que eso también debo haberlo olvidado. —Se rio, sin darse cuenta de lo extraño que sonaba eso—. Pero él no contaba con que yo también mantenía escondido un diario de vida en donde anoto con lujo de detalles todo lo que me ocurre, sin guardarme nada. Un diario del que nadie conoce su existencia —dijo, haciendo una pausa para mirarme con repentina seriedad—. Bueno, ahora que tú lo sabes, si valoras lo que te queda de vida, debes jurar que no se lo dirás a nadie —me exigió en tono amenazante y me encontré asintiendo, algo intimidado. No podía evitar admirarme por lo astuta y reservada que era esta niña. Me preguntaba qué tipo de secretos podría estar escondiendo alguien de su edad para necesitar de tantas precauciones.

—La cosa es que fue releendo mi diario que poco a poco comencé a recordarlo todo, y fue así que caí en cuenta de que Anton nos había borrado la memoria a mi hermana y a mí, y que todas las fotos que tenía de ustedes ya estaban alteradas, así que pensé que lo mejor sería fingir frente a todos que no recordaba nada por temor a que volviera a desmemoriarme. Y al parecer hasta ahora

ha dado resultado. Alex, te juro que le tengo mucho miedo. No sé qué pretende con mi hermana, pero tampoco me atrevo a enfrentarlo por temor a que me descubra.

—Pero, Tam, ¿te das cuenta que descubriste la forma de evitar que Anton te borre la memoria? ¡Encontraste su punto débil! —Me miró un poco confundida.

—Supongo que sí. Pero hasta ahora no me ha funcionado con Solae, porque esos dos están siempre juntos y ella ya no quería escucharme hablar del tema. Por un momento hasta creí que me volvía loca y no sabía a quién más recurrir. Pero fue luego de observarte a ti, tan cambiado y tan empeinado en acercarte a mi hermana, logrando incluso que te invitara a la casa, que me surgió la duda. Pensé que quizás también estabas intentando hacerla recordar. Pero sin estar segura no podía preguntarte. —Hizo una pausa—. Cuando me enteré que le pegaste a Anton a la salida del colegio, ahí supe que tenía que hablar contigo. No tengo idea por qué estaban peleando, pero me imagino que fue por Solae, ¿no?

Me sonrojé agradeciendo que la escasa iluminación de la plaza lo ocultara.

—Algo así... —admití—. La verdad es que estaba sacándole en cara que sabía todo sobre él.

—¿¡Que hiciste qué!? ¿Estás loco? ¿Y cómo es que no te borró la memoria de nuevo después de eso? —me preguntó sorprendida, y ahí me di cuenta de que yo había omitido un detalle importante.

—Es que a mí nunca me borró la memoria —le aclaré.

—¿Que qué? ¿Pero cómo? —me miró sin poder dar crédito.

—No sé si él lo decidió así, o si es que soy inmune a sus poderes. Me gustaría creer que es lo segundo.

—¿Y por qué tú, de todas las personas? —preguntó haciendo luego una pausa—. ¡Claro! ¡Porque ustedes... Porque tú eras el mejor amigo de Solae! —añadió, respondiéndose sola—. Que él tomara tu lugar, y que solo tú recuerdes todo. Algo debe haber...

—Yo también creo que todo esto tiene que ver conmigo. Que quizás... —dije, pero me arrepentí enseguida. No podía confesarle a Tam que había deseado alejar a su hermana de mi vida.

—¿Qué cosa?

—Ehm... que quizás yo sí pueda ayudar a Solae a recuperar su memoria, ya que soy su mejor amigo.

—¡Ya era hora de que empezaras a hacer algo por mi hermana! Yo creo que no te has dado cuenta de todas las veces que la has hecho sufrir. Sobre todo hace un par de semanas. Y yo que nunca había visto llorar a Solae. Al menos no así.

—¿Llorar?

—¡Ay, no! Es un decir —dijo poniéndose nerviosa—. No estaba llorando llorando. Solo estaba un poco muy enojada contigo —se desdijo al darse cuenta de que no debió habérmelo dicho. Tamara debía de estar refiriendo a la vez que estuve en su casa y que Solae me dijo aquello acerca de querer hacerme feliz. ¡¿Entonces en verdad se me estaba declarando?!

—De todas formas, creo que es buena idea que te disculpes con ella. Te recuerde o no. Quizás

todo esto que está pasando es tu culpa y tenga que ver con lo mal que la has tratado y Anton te esté castigando por eso. ¡Porque te juro que si no hubiese aparecido este tipo, hubiese sido yo la que te iba a pegar por ser tan idiota! Aunque veo que ahora has cambiado. Un poco. ¡Pero da por hecho que si no demuestras ser digno de mi hermana, voy a ser yo misma la que se encargue de que no vuelvas a verla y te pegaré en la cabeza hasta que te olvides totalmente de ella y de mí, y de todo esto! —dijo, empezando a pegarme sobre la coronilla con enojo espontáneo. Me protegí con mi brazo sobre la cabeza.

—¡Ok, Ok! ¡ya entendí! No necesitas repetírmelo. Además mis intenciones con ella son que recupere su memoria y todo vuelva a ser como antes.

—¡Mejor que antes! —recalcó, con un nuevo golpe.

—Bueno, mejor que antes. Pero para eso necesito que me ayudes a convencerla de que hable conmigo. ¿Crees que puedas?

—Si me prometes ser un buen cuñado, claro que sí —dijo, ya sin agredirme, aunque tardé en procesar lo que había dicho.

—¿Cuñado? ¡Si yo solo quiero recuperarla como amiga!

—Sí, claro que sí —contestó, extendiéndome su celular con una sonrisa cómplice en su rostro, para que intercambiáramos contactos. Anoté el mío y luego registré el de ella—. ¡*Porlacresta!* ¡Si no entro ahora estoy frita! —exclamó al ver la hora en su móvil, luego que se lo devolviera—. Quedamos en eso, Álex. ¡Cuento contigo! —dijo, mientras se dirigía hacia su casa. Me levanté con la intención de acompañarla.

—¡No, no me sigas! Peor a que me vean afuera tan tarde, es que me pillen junto a un chico y más encima mayor.

Estaba por entrar, cuando de pronto se devolvió corriendo y acto seguido se me colgó, dándome un beso en la mejilla para despedirse. No pude evitar recordar a Solae. Al parecer los ataques repentinos de cariño venían de familia.

Capítulo 28

Verdad o consecuencias

A la mañana siguiente me levanté, aunque algo abatido emocionalmente, con la ligera convicción de que podrían mejorar las cosas entre Solae y yo. ¿Qué tan difícil podía ser disculparme? Los enojos nunca le duraban demasiado y con un poco de suerte quizás ya ni se acordaba de lo ocurrido ayer. Mirándolo en retrospectiva, tal vez era gracias a eso que nuestra amistad había durado tantos años, ya que por mi parte no recordaba haberme disculpado nunca con ella. Aunque ahora no me sentía muy orgulloso de eso.

Ya en el colegio, entré a mi sala aún albergando esa esperanza, cuando una avalancha de miradas me opacó el espíritu de golpe. Cargaban una mezcla de curiosidad, sorpresa, ¿admiración? No. Dudaba mucho de que se tratara de admiración. Probablemente era lástima, ya que me había metido con Anton, y Anton era el favorito de todos, mientras que yo estaba ubicado abajo, muy abajo; digamos que casi aplastado por la base del último escalón de la pirámide social que componía nuestra clase.

Me dirigí a mi puesto en silencio, procurando no cruzar miradas con nadie. Anton y Solae ya habían llegado, pero evité también mirarlos a ellos. No me acostumbraba a que todos estuvieran tan atentos a mi existencia, así que agradecí enormemente que llegara *Big Alicia*, desviando por fin la atención hacia su clase. Pero no pasaron ni diez minutos, cuando alguien interrumpió aquella tranquilidad llamando a la puerta.

—Los señores Álex Romandi, Anton Riskey y la señorita Solae Ariella, hagan el favor de acompañarme —dijo asomándose uno de los inspectores del colegio, con cara de pocos amigos. Y un murmullo acusador inundó el salón.

Los tres nos sorprendimos de escuchar también el nombre de Solae, y comprobé por su mirada que no se sentía nada complacida. Por su lado, Anton se veía imperturbable como siempre y le tomó la mano, murmurándole algo al oído. Quizás la tranquilizaba diciéndole que ellos dos no tenían nada que temer.

Me levanté de mi asiento con la misma determinación con la que se dirigiría un acusado a la horca y salí detrás de ellos, resignado. No sabía cómo no había considerado siquiera la posibilidad de un castigo a mi estupidez.

Una vez en la inspectoría, quien nos llevó nos indicó que nos sentáramos a esperar y nos dejó solos. Por supuesto que yo sabía la razón por la que estaba ahí, y lo de Anton también lo entendía, pero no podía evitar culparme por haber involucrado a Solae.

Sentimos abrirse la puerta detrás nuestro y vimos aparecer a la inspectora Alba, que se ubicó frente a nosotros, apoyada sobre su escritorio. Al principio sentí un gran alivio al ver que era ella quien nos sermonearía, pero bastó con ver su cara para darme cuenta de que estaba siendo demasiado ingenuo. Su actitud distaba muchísimo de lo amable que había sido conmigo la vez anterior. Ajustó sus anteojos y nos miró por turnos, para luego abrir una botella de agua y tomar un trago de ella.

—Me imagino que ya saben la razón por la cual han sido citados aquí —nos dijo con semblante estricto, dejando ahora su botella de lado.

Sin pensarlo, asentí con culpabilidad, mientras que Solae alzó su mano pidiendo la palabra.

—¿Sí, señorita Ariella? —dijo miss Alba, permitiéndole que hablara.

—¿Yo también estoy siendo acusada de algo? —preguntó, con un tono que más que fastidio reflejaba preocupación.

—Eso lo vamos a decidir ahora. Todo depende de qué tengan que decir los caballeros aquí presentes —contestó dirigiendo la mirada hacia mí y luego hacia Anton.

—Pero si Solae no hizo nada —solté sin darme cuenta, y la mirada de la inspectora se volvió hacia mí como un látigo. También sentí la de Solae, pero no me atreví a devolvérsela. Anton, por su parte, parecía totalmente despreocupado de lo que ocurría.

—¿Le di a usted la palabra? —me preguntó cortante, volviendo a ajustar sus lentes y agarrando un lápiz con el que comenzó a jugar en su mano—. Si tiene tantas ganas de hablar, por favor explíqueme qué fue lo que sucedió ayer en la tarde.

Mi boca se secó. Era la primera vez que me llamaban a la inspectoría y no sabía muy bien qué debía decir, ni qué tipo de castigo me correspondía. Pero tampoco tenía ninguna prisa por averiguarlo.

—Pues...

—Un grave acto de violencia hacia su compañero de clase en la entrada del colegio y a vista y paciencia de alumnos de otros cursos e incluso de niños pequeños. —Me interrumpió antes de que yo pudiera explicar. Ahora nos miraba a los tres y cruzaba sus piernas—. Demostraciones de celos e intolerancia frente a apoderados y peatones, usando el uniforme de nuestro colegio. ¿Qué imagen están dando de Tempus, nuestra institución? ¿Qué tipo de ejemplo quieren darles a nuestras futuras generaciones? —preguntó mirándonos casi con desprecio, y sin esperar a que respondiéramos, prosiguió—. ¿Y a usted, señorita Ariella? ¿Le parece bonito que estos dos compañeros anden peleándose a combos por usted?

Solae y yo hicimos amago de protestar. No podía creer que fuese tan machista de culpar a Solae por lo que había sucedido, pero la inspectora Alba golpeó la mesa con ambas manos, levantándose con el impulso, para no permitir que la interrumpiéramos.

—¡No me vengan con tonterías, que no nací ayer! —respondió sin siquiera darnos la oportunidad de hablar, paseándose frente a nosotros—. Esta historia me la conozco al revés y al

derecho y su sopa de hormonas disparadas no es excusa para andar provocando estas situaciones. —Ahora apuntaba a Anton con su lápiz.

—¿Y usted, señor Riskey, que lo veo tan relajado? No crea que se irá sin castigo solo por no haberse defendido. —Pude apreciar cómo a Anton se le borraba la sonrisa de su rostro y ahora los tres nos miramos extrañados—. Acá nadie llega a los golpes sin provocaciones de por medio y a ustedes tres los tengo bastante identificados.

Anton se veía tan sorprendido como yo. Y me preguntaba por qué aún no le modificaba la memoria a miss Alba o simplemente la manipulaba para que yo fuera el único culpable de todo. Incluso sin recurrir a sus poderes podía argumentar inocencia. Los tres levantamos nuestras manos para que se nos diera la palabra.

—¿Quién de ustedes no va a intentar convencerme de que es inocente?

Anton y Solae bajaron sus manos, yo fui el único tonto que se quedó con la suya levantada. Nunca había visto a miss Alba tan odiosa ni a Anton tan sumiso. ¿Acaso le tenía miedo o es que estaba fingiendo timidez?

—Álex Romandi. Ya que está admitiendo su culpa, quiero oír lo que me tiene que decir. Pero necesito que ustedes dos —dijo refiriéndose ahora a Anton y Solae— me esperen afuera.

Ambos salieron a regañadientes, no sin antes dedicarme una mirada hostil.

¿Era esta la misma miss Alba comprensiva y bromista con la que había hablado anteriormente? No nos había dejado decir ni una sola palabra en todo el encuentro.

—¿Y bien, Álex? —dijo mirándome con expectación, una vez que ellos se retiraron—. Dime qué tanto pasa entre ustedes dos y su amiguita Solae. ¿Estaban peleándose por ella, no es cierto? —Me sorprendía la claridad que tenía sobre todo el asunto. ¿Habría estado allí observando todo, o tenía fuentes muy confiables de información?

—No es lo que parece...

—Nada es lo que parece, Álex —dijo cruzándose de brazos—. Sé que no me admitirás bajo estas circunstancias tus celos hacia Anton, a pesar de lo evidente que resulta. Sobre todo después de analizar las razones por las que acudiste a mí la vez pasada. —Se sentó sobre su escritorio y luego me sonrió—. Relájate, Álex, sé que Anton tampoco es un santo. Te estoy dando la oportunidad de que me digas lo que realmente ocurrió.

Por razones obvias no podía decirle la verdad. Tampoco era tan descarado como para tratar de exculparme en el asunto. ¿Era esto acaso una especie de prueba?

—Sé que quizás me excedí, pero es que Anton estaba insinuando... —me detuve para reformular mi explicación—. Tengo mis motivos para pensar que Anton no tiene buenas intenciones con Solae, mi mejor amiga.

—Detente ahí mismo, Álex, porque es justo ahí donde quería llegar —dijo bajándose del escritorio y ahora acercándose a mí—. Tu mejor amiga, dices. Lo mismo que me señalaste la última vez. Pero resulta que yo ya corroboré toda esa información el mismo día que viniste

pidiendo datos de Anton. Supongo que ya adivinas que estoy al tanto de tu mentira. De que Solae y Anton ni siquiera hablaban contigo. Así que dime, Álex. ¿Si le pregunto a Solae si en verdad eres su mejor amigo, qué crees que me respondería?

Maldición. No contaba con que miss Alba se pusiera a investigarme. No le había mentado, pero desde su punto de vista estaba claro que todo lo que le había dicho era una farsa. ¿Cómo explicarle? Abrí la boca para hablar, pero al parecer, cada vez que lo hacía, era para ella una señal para interrumpirme.

—Yo también tuve tu edad, Álex. Que ahora tenga treinta y tres años no me hace olvidarlo.

¿Qué? ¿¡Treinta y tres!? ¡Pero si no aparentaba más de veinte! Ahora entendía la fotografía que tenía al lado de su escritorio. ¿Acaso ese niño pequeño era su hijo?

—¡Ponme atención! —dijo, trayéndome de vuelta—. Puedo entender que me mintieras para acercarte a Solae. ¿Pero recurrir a la violencia? Es que no me calza con tu récord de excelencia académica y puntualidad impecable. Ni tampoco con el de Anton. —Hizo una pausa y retrocedió a su escritorio girando su monitor hacia mí. Parecía mostrar nuestros antecedentes—. Acá se indica que no han llegado un solo día tarde. ¿Es que acaso no son humanos? ¿Se dedican a competir por quién tiene la hoja de vida más perfecta? Es como si te dedicaras a imitar todo lo que él hace. —Miss Alba se enderezó y abrió su boca como si acabara de comprender algo—. ¿Es que quieres estar con Solae solo porque él está ahora con ella? ¿Vas a arruinar todos tus logros por una chica?

—¡No es eso! —repliqué—. Es algo difícil de explicar, pero puedo jurarle que no le miento.

—Pues inténtalo —me desafió—. Pero si no me dices la verdad, créeme que lo sabré y bien puedo reportar esto a la dirección, haciendo que sus intachables antecedentes queden manchados para siempre.

Yo no sabía mentir y miss Alba ya había demostrado ser un detector de mentiras infalible. Así que decidí averiguar su reacción, haciendo exactamente lo que me pedía.

—Lo que pasa es que Anton es un impostor —solté, intentando hacerme el ánimo de continuar hasta el final—. Hace como un mes que apareció haciéndose pasar por alumno de este colegio, modificándole la memoria a todos menos a mí. Les está haciendo creer a todos que siempre ha sido el mejor amigo de Solae, cuando ese mejor amigo era yo. Es por eso que vine buscando información sobre él. Y es por eso que estoy tratando de encontrar la forma de que Solae me recuerde y que todos recuperen su memoria, incluida usted. Es él el que me está suplantando a mí y no yo a él.

Miss Alba se quedó contemplándome inmóvil, tal vez no muy segura de si ya había terminado mi declaración. Quizás esperaba la parte en que le decía que todo era una broma y me ponía a reír. Pero cuando se dio cuenta de que no añadiría nada más, cerró los ojos, inspiró profundo y retuvo el aire, para luego expirarlo del todo y repetir el proceso. Parecía buscar aclarar su mente para procesarlo. Mi madre también solía ocupar la respiración en sus ejercicios pachamámicos de relajación.

—Comprendo... —dijo finalmente, llevándose una mano hacia su sien.

¿Qué? No me esperaba aquello. ¿Es que acaso lo estaba considerando? Su cara estaba inexpresiva. No me dejaba adivinar qué pasaba por su cabeza.

—Tus acusaciones son bastante serias, Álex. ¿Tienes pruebas? —me preguntó.

¿En verdad pretendía que se lo demostrara? Empecé a repasar mentalmente las cosas que había intentado hacer y también lo que había conversado con Tam, a ver si ella aún tenía material que pudiese...

Una explosión de risa interrumpió de golpe mis pensamientos.

—Lo siento, Álex, ya no podía seguir aguantando —exclamó sosteniéndose el estómago, sin poder parar de reír—. Debo admitir que superaste mis expectativas. —Hacía esfuerzos por calmarse golpeando el borde de la mesa detrás suyo mientras emitía raros sonidos por la nariz. Mi cara se encendió de humillación y molestia. Había caído por completo en su actuación.

—¡Cuánta imaginación! —dijo ya un poco más tranquila. Inspiró una nueva bocanada de aire, la que disparó con estruendo en una nueva carcajada. Yo esperaba con paciencia, intentando ocultar mi evidente irritación. Tampoco podía culparla por no creerme—. Está bien, Álex, por esta vez lo dejaré pasar. Su historial de buen comportamiento será lo que los salve en esta ocasión. De todas formas a Solae solo la llamé para ponerles a ustedes mayor presión y no porque en verdad creyera que ella había hecho algo malo. —Su respiración se había regularizado y volvía a hablar con normalidad—. Eso sí, debes comprender que tampoco puedo hacer la vista gorda a este asunto. Igual me veo en la obligación de darles a ustedes dos al menos un castigo simbólico —añadió, ahora volviendo a beber de su botella de agua, ya con seguridad de que no la escupiría en un nuevo acceso de risa.

—¿Y no tendremos ninguna anotación? —pregunté esperanzado.

—Mmm, lo siento, Álex, pero no puedes esperar que no haya ningún tipo de consecuencia luego de lo que hicieron. Al menos una pequeña anotación tengo que dejar. El daño ya está hecho y ahora solo te queda aprender de ello. Ya verás que hay cosas peores de las que preocuparse y que no se acabará el mundo por un pequeño llamado de atención.

A pesar de su actitud tan particular (y contradictoria), de haber involucrado innecesariamente a Solae y de que ahora mi hoja de vida no volvería a ser la misma, igual estaba agradecido de que se hubiese tomado todo de manera tan relajada.

Miss Alba cerró el tema conmigo y a continuación volvió a llamar a Solae y Anton para indicarnos a todos en qué consistiría nuestro castigo.

—Luego de haber llegado a un acuerdo con el señor Romandí, he decidido que las acciones disciplinarias que tomaré contra ustedes serán las siguientes—. Miss Alba volvía a tomar su actuación seria.

—Señorita Ariella, usted queda libre de castigo. La culpa de que estos dos compañeros no sean

capaces de controlar sus impulsos adolescentes no tiene nada que ver con usted. —Noté como Solae dejaba de contener su respiración, pero ni aun después de eso me devolvía la mirada.

—Y en lo que respecta al comportamiento de ustedes dos... —dijo ahora dirigiéndose a Anton y a mí—. Como castigo tendrán que limpiar su salón todas las tardes después de clases, desde hoy mismo hasta la tarde del viernes. ¿Alguna consulta?

Anton no demostró emoción alguna, ni tampoco objetó su castigo. Era Solae la que parecía más disconforme con la sentencia. Se dirigió a Anton como hablándole con la mirada, mientras que él parecía disculparse con ella.

Yo me limité a quedarme sentado. La había sacado barata y, después de todo, Solae no había sido castigada. No tenía nada que rebatir.

—Bien. De más está decirles que si esta actitud se llega a repetir, se ganarán una suspensión segura. Ahora pueden retirarse.

Asentimos obedientes y salimos formando una fila. A pesar de que había quedado con un castigo que implicaría estar con Anton durante tres tardes seguidas, al menos me sentía un poco más liviano de espíritu que antes de llegar.

Capítulo 29

Número desconocido

Después de dejar la inspectoría, Solae no se dirigió a mí ni una sola vez. Creí que ahora que la habían absuelto del castigo estaría más comunicativa conmigo, pero no. Al parecer el solo hecho de que la llamaran ya había empeorado nuestra situación.

Al regresar a nuestra sala, todas las miradas se detuvieron en nosotros. La clase de *Big Alicia* aún no había concluido y la interrupción nos significó varias maldiciones silenciosas. Una vez en mi puesto, saqué mi cuaderno sin hacer caso a las notificaciones que vibraban en mi bolsillo. *Big Alicia* me tenía bajo especial vigilancia, así que no podía arriesgarme a leerlas, mientras que Joto me levantaba las cejas, exigiéndome que lo pusiera al corriente de todo.

Ya comenzando el primer recreo se formó un grupo de curiosos alrededor de Solae y Anton, y juntos bajaron al patio, no sin antes mirarme de reojo, mientras cuchicheaban sobre lo ocurrido.

Por mi parte, salí junto a Joto y Ame y los actualicé respecto a todo (o casi todo), ya que por razones obvias, omití la verdad de la que tanto se había reído miss Alba. Me trataban como a un héroe, a pesar de que mi comportamiento había sido por lo bajo estúpido. Y aunque sabía que todo este asunto iba a dejar una pequeña huella en mi expediente, al menos me sentía tranquilo de que Solae hubiese salido impune.

Pasé el segundo recreo y el almuerzo también junto a ellos, mientras que el resto de las clases transcurrieron con normalidad. Solae seguía sin hablarme (ni mirarme) y con Anton parecían aún más compenetrados de lo normal (si es que aquello era posible).

Ya en el penúltimo módulo de la tarde, sentí mi celular vibrar de nuevo y vi una notificación en la pantalla bloqueada.

Necesito hablar contigo

Sin esperararlo, aquel mensaje me emocionó, pero apenas me di cuenta de que el remitente era un número desconocido y que Solae no parecía tener su celular a mano, quedé confundido. Anton tampoco daba señales de haber sido el autor. Podía ser cualquiera. Hice una inspección rápida del salón y sin conseguir ninguna pista, intenté volver mi atención a la clase.

¿Quién eres?

escribí, sin obtener respuesta y escondí el móvil, ya que nuestro profesor de lenguaje comenzaba a hacernos preguntas. Cuando por fin se volteó a anotar un esquema en la pizarra, volví a revisar mi celular, que tenía un nuevo mensaje.

Juntémonos en el patio de los naranjos, en la banca frente a la fuente de agua

¿Quién quería hablar conmigo? Tamara fue la primera persona que me vino a la cabeza, pero yo ya tenía registrado su contacto. En un nuevo intento por averiguar más, presioné sobre el número y sobre el avatar se actualizó la foto de una chica con pechos enormes a la que apenas se le distinguía la cara. Cerré la foto por instinto y escondí el celular bajo mi mesa.

Por el ángulo de la imagen resultaba difícil distinguir de quién se trataba. Se apreciaba su boca haciendo el gesto de lanzar un beso, pero su cabello o era muy corto o lo llevaba recogido, porque no se veía en la imagen. Claramente era una chica bastante atrevida (y atractiva). ¿Pero quién? ¿Era alguien de mi clase? Barrí el salón nuevamente con mi mirada, para ver si alguna de mis compañeras se atribuía el mensaje, pero ninguna se daba por aludida.

Repasé una lista mental de mis compañeras de curso, para ver si alguna de ellas podía ser la poseedora de semejante escote y que además tuviese el interés de conversar conmigo. Mi primer reflejo fue mirar hacia Solae y me ruboricé de solo pensar en ella sacándose una foto de ese tipo.

Idiota. No soy Solae

recibí como mensaje mientras la miraba, por lo que quedó de inmediato descartada. Ok, de todas formas parecía que la que me escribía tampoco tenía intenciones muy románticas conmigo y a la vez me acababa de confirmar que sí estaba en la sala.

Comencé a descartar. Nunca hablaba ni con Francisca, ni con Daniela, que se sentaban más atrás, así que no tendrían motivos. Mica no podía haber sido, sus pechos eran bastante más pequeños y a Diego, su novio, tampoco le causaría mucha gracia. Trinidad tampoco. Se veía atenta a la pizarra, y luego de nuestra última conversación estaba seguro de que me despreciaba. Miré a

Amelia y me sorprendí al notar que escondía su móvil bajo la mesa. Al mirarme, me sonrió incómoda y roja, desvió su vista hacia la ventana. No. No podía haber sido Amelia. ¿O sí?

Ya deja de mirar hacia acá

me respondió nuevamente el número desconocido. ¿Pero dónde mierda era acá? Volví a pensar en Amelia y volví a descartarla enseguida. Al parecer, la única forma de lograr averiguarlo sería yendo al lugar que me habían indicado, ya que la misteriosa remitente por ahora no tenía intenciones de salir de su anonimato.

Al recreo todos salieron con normalidad de la sala. Nadie en particular me miraba si no era para comentar algo sobre mí con otra persona. Resignado, me dirigí entonces al famoso patio del Cupido.

Cuando llegué no vi a nadie en la banca indicada y, aún desconfiado, me senté a leer mi libro para pasar desapercibido en caso de que resultara ser todo una broma. Alrededor no había demasiada gente, salvo algunos grupos de otros cursos que se sentaban a «estudiar» o compartir su colación. Mirando ahora la piletta, recordé cómo Solae había malinterpretado mis intenciones cuando la había citado ahí mismo unas semanas atrás. Pero ahora era yo quien estaba imaginando cosas. No sabía qué esperar, pero por suerte no pasó mucho tiempo antes de divisar a lo lejos cómo aparecía la misteriosa remitente del mensaje.

Trinidad venía sola, caminando hacia mí con su seguridad y contoneo característico. Sin decirme nada, se sentó a mi lado y se quedó mirando la fuente.

—¿Tú me citaste acá? —le pregunté incrédulo, al verla tan tranquila a mi lado.

—No es una cita, así que no te hagas ilusiones —me dijo, mientras comenzaba a sacar algo de una pequeña cartera que traía consigo. No pude evitar desviar brevemente mi mirada hacia sus pechos, solo para comprobar si se veían tan grandes como en la foto de su perfil (y... pues sí).

—Toma —dijo extendiéndome un sobre blanco y alargado. Cualquiera que nos estuviera viendo, pensaría que intercambiábamos algún tipo de sustancia ilegal y que Trinidad era mi *dealer*. Pero en serio, con tanto secretismo, ahora solo faltaba que me exigiera el dinero por la mercancía.

—¿Esto es...? —pregunté, tomando el sobre que tenía escrito en tinta dorada y con letra manuscrita muy cuidada «Álex Romandi». Una caligrafía tan pulcra y elegante que estaba para ser enmarcada. Dentro había un tarjetón en papel texturado blanco (seguramente existía un término para describir qué tonalidad de blanco era) y un escudo grabado en relieve y tinta oro, que

básicamente rezaba que estaba cordialmente invitado a su fiesta. Aunque más que invitación a un cumpleaños, lo que sostenía parecía un sofisticado parte de matrimonio de la realeza.

—¿Es en serio? —le pregunté, mirándola con genuina sorpresa. Ya había perdido las esperanzas de que me invitara. Trinidad señaló en dirección al sobre. Al revisar de nuevo, me percaté de que en su interior también venía una tarjeta dorada tipo bancaria, grabada con mi nombre completo, un chip de seguridad y con el mismo escudo que el tarjetón, pero ahora como holograma.

—Antes de que lo preguntes, no, no es una tarjeta de crédito —me dijo, no pudiendo ocultar una sonrisa. Trinidad parecía disfrutar mi desconcierto admirativo hacia su excesiva producción—. *Keep it*. La necesitarás para poder entrar a la fiesta.

—Pero ¿no que estabas enfadada conmigo? ¿Qué te hizo cambiar de opinión? —pregunté intrigado.

—¡Duh! Después del trompazo que le estampaste a Anton, ahora eres tema obligado de conversación —señaló, estirando las piernas y sosteniendo su cartera sobre sus muslos—. Y también me di cuenta de que ibas mucho más en serio de lo que creía.

La miré, no muy seguro de comprender.

—Respecto a Solae —aclaró.

—¡Ya te dije que no siento nada por ella!

—Sí, y yo ya te dije que no siento nada por Anton. No tiene sentido seguir discutiéndolo. *Forget it*. ¿Quieres ir o no? —me preguntó, extendiendo su mano, como solicitándome la invitación de regreso.

—Claro que quiero ir —dije, alejando el sobre de su alcance—. Pero... es que aún me extraña. Solo quiero saber si aceptar tu invitación viene con alguna condición de la que debería estar enterado. —Comencé a buscar dentro del sobre si quedaba alguna especie de contrato que dijera en letra chica que debía aceptar las condiciones del servicio y luego firmar en alguna parte con sangre.

—No seas idiota —dijo deteniendo mi mano para que dejara de revisar—. Solo quiero hacerte un favor y ayudarte con Solae.

—¿Entonces sí estás admitiendo que sientes algo por Anton? —No iba a permitir que Trinidad desviara la conversación en mi contra.

—No estoy admitiendo nada —saltó. Quizás solo estoy de acuerdo contigo en que Anton y Solae no son la pareja ideal —dijo, cruzándose de piernas hacia el otro lado.

—No tan linda como serían Anton y tú, ¿verdad? —insistí.

—*Shut the mess up!* ¡No puedes juzgarme, Álex! ¡Tú menos que nadie! —dijo volviéndose hacia mí, mientras presionaba un dedo acusador contra mi pecho—. Estoy convencida de tus intenciones con Solae, lo niegues o no.

—¡Bah! Creí que te excusarías diciendo que estabas preocupada de que Anton pudiese

aprovecharse de tu amiga. Pero parece que la que se quiere aprovechar de él eres tú — repliqué sonriendo, y casi pude asegurar que se sonrojó.

—¿No estás tentando demasiado tu suerte, Álex? ¿Sabes que aún puedo bloquear tu tarjeta de ingreso, *right*?

—¡No, no, no! —Gesticulé con mis manos—. Está bien, te ayudaré en lo que necesites.

—Ya te dije que soy yo la que te ayudará a ti. ¿Sabes que Anton ya reservó una de las suites para «*you know what*» con Solae? —Resaltó este «ya sabes qué» con sus manos.

—¿Que qué? —pregunté exaltado. Debí haberlo sospechado desde el día de la pelea, pero no esperaba que además fuera tan descarado de planificarlo con reserva—. ¿Es que tu casa es una especie de motel? —reclamé.

—Álex, ¿estás seguro de que sabes a qué vas a mi fiesta? Algo me dice que eres demasiado mojigato para ir. —Me sonrojé, molesto. No era un santurrón. Solo algo reservado.

—Claro que lo sé. Solo que me confirmes lo que ya me imaginaba es un poco...

—No te preocupes. Trataremos de hacer lo necesario para que no llegue a suceder. Quedamos de acuerdo con que el plan es mantenerlos separados, ¿no?

Si Solae se enteraba de que asistía al Tri solo en plan de separarlos, seguramente se enojaría más de lo que ya estaba. Quizás debía dejarle a Trinidad lo de mantener alejado a Anton, mientras yo me concentraría en hacerla recordar. Y para eso necesitaba alguna prueba contundente e irrefutable de que Anton era un fraude. De pronto tuve una idea.

—¿A quiénes más invitaste? —pregunté optimista. Quizás si alguno de los invitados que aún no conocían a Anton...

—Los mismos de siempre —me dijo, pasando a enumerar la lista de quienes asistirían del curso (entre los cuales no se encontraban ni José Tomás ni Amelia) y luego de gente externa que ni conocía.

—¿Y de casualidad no habrás invitado también a Natalia? —pregunté ilusionado.

—¿Natalia Cerett? Sí. Cierto que ella también viene —me confirmó y sentí un gran alivio interior—. Pero que yo sepa, ustedes no eran amigos, ¿o sí?

Natalia había sido nuestra compañera de curso hasta el año anterior, cuando por causa del trabajo de sus padres tuvo que mudarse al norte del país. Al ser junto con Trinidad otra gran amiga de Solae, por defecto también habíamos logrado tener bastante cercanía. Por Solae me había ido enterando de cómo se adaptaba a su nuevo colegio y de cómo vivía en su nueva ciudad; pero de a poco se fueron distanciando y dejé de escuchar sobre ella. Si no me equivocaba, existían altas probabilidades de que Natalia aún no supiera sobre Anton y de que todavía me recordara como amigo de Solae.

—¿Álex? —me preguntó Trinidad, intrigada al verme sumido en mis cavilaciones.

—¿Podrías pedirle a Natalia que sea de las primeras personas en llegar a tu cumpleaños? ¿Y a Solae también? —dije casi rogándole. Me miró sumamente extrañada.

—*Well*, creo que podría. Igual es probable que llegue temprano, por la hora de su vuelo. Pero a Solae... —Hizo una pausa para reírse irónicamente—. No me pidas imposibles. Ya sabes cómo es ella con los horarios, así que lo de convencerla a ella te lo dejo a ti. ¿Pero no me vas a explicar de qué va todo esto?

—¿Y podrías invitar también a José Tomás y Amelia? —le pregunté, aprovechando el impulso e intentando desviar el tema.

—*Of course!* Por supuesto. Salen dos entrada VIP para ellos también —soltó con ironía—. ¿Algo más que se te ofrezca? ¿Quizás una estadía *all inclusive* en mi casa?

—Por favor, todo tiene que ver con nuestro plan. Ya lo verás —agregué suplicándole con exageración. Joto y Amelia no tenían nada que ver con eso, pero era algo que les debía. Al menos tenía que intentarlo. Trinidad me miró, quizás arrepintiéndose de haberme invitado a mí en primer lugar.

—Mmmm... No sé qué pretendes, pero si dices que es importante para el plan, al menos lo pensaré —dijo, levantando una ceja—. Aunque es extraño... —agregó acercándose a mí y mirándome de arriba a abajo—. No sé por qué siquiera considero todo esto que me estás pidiendo. —Giró su cuerpo hacia delante y fijó su vista en un punto lejano—. *There's something...* Hay algo acerca de ti que me hace sentir como si ya hubiésemos sido cercanos.

Miré a Trinidad ilusionado ante la posibilidad de que me estuviese recordando.

—Es cierto que eres algo taimado y poco sociable... —continuó, ya no haciéndome tanta gracia—. También algo aburrido y bastante predecible. Pero estos últimos días sí que me has sorprendido. Además tienes todo un aire intelectual y físicamente tampoco estás nada de mal. Quizás si no sigieras siendo tan ingenuo ni estuvieras tan interesado en Solae, hasta podría haberme llegado a fijar en ti —dijo sin siquiera ruborizarse, como si estuviera hablando casualmente del clima—. Claro, y si Anton no existiera, *of course* —aclaró, mirando distraída hacia ningún punto en concreto, como si eso último atenuara en algo la especie de confesión que acababa de hacerme. Y es que en ninguna realidad alternativa, ni antes ni después de Anton, me calzaba la idea de que Trinidad pudiese estar o haber estado interesada en mí.

—¿Te puse incómodo? —me preguntó, con la cara llena de risa. Había estado presenciando atenta toda mi reacción—. ¿No te lo habrás tomado en serio, verdad? *You are so cute!* —me dijo apretando mi mejilla, ya levantándose de la banca—. Aunque eso también me agrada de ti —remató dándome la espalda para irse.

No sabía muy bien qué pretendía Trinidad al lanzarme semejante bomba, pero ahora no tenía tiempo para meter más líos en mi cabeza. Debía concentrarme en pensar una forma de lograr que Solae accediera siquiera a escucharme, y el desafío no se venía nada de fácil.

Capítulo 30

Café con leche

Terminaba el último módulo del día y aún miraba mi invitación sin convencerme de que la había conseguido. ¡Podría ir al Tri y además tenía un plan con posibilidades de funcionar! Ahora solo me restaba resolver un pequeñísimo detalle: lograr que Solae me escuchara, me perdonara, creyera en mí y además que accediera a llegar temprano a la fiesta, y sin Anton.

«*Harass!*»

Guardé la invitación y comencé a recoger mis cosas. Joto y Ame me esperaban y hacían señas desde la puerta para que me fuera con ellos.

—¿A dónde vas tan apurado, Álex? —me preguntó Anton, aún sentado en su puesto, al ver que me dirigía hacia la puerta—. ¿No estarás pensando en escaparte, cierto?

«Doble *harass.*» ¡El castigo! Lo había olvidado por completo.

Me tuve que despedir de mis amigos y me arrastré de vuelta hacia mi asiento a esperar que todos los demás se fueran. No pasó mucho tiempo hasta que quedamos los dos solos en la sala.

Uno de los conserjes pasó a darnos instrucciones y los implementos necesarios para limpiar. Tuve que recibirlos yo, ya que el príncipe Anton estaba muy cómodo reclinado en su asiento, piernas sobre la mesa y sin intenciones de moverse.

—¿Por qué no sacas tu varita mágica para hacer que todo quede reluciente y así nos ahorramos esta estupidez? —le reproché lanzándole un trapo para que se pusiera a trabajar. Lo único que se dignó a mover después de mi ataque, fue su brazo para atajar el paño, diestramente, en el aire.

—¿Otra vez buscas pelea? Te advierto que esta vez no seré tan amable —dijo tocándose el labio con el pulgar. Su herida ya no se percibía tan terrible.

—Claro, porque acá no hay nadie con quien puedas hacerte el inocente —le contesté apoyándome sobre su puesto para hablarle de frente, pero el imbécil ni me miraba. Sus ojos me atravesaban, como si el muro detrás mío fuera mucho más interesante que mi presencia.

—Por más que lo desees, Solae jamás se acostaría contigo —soltó de pronto, a título de nada y sonriendo satisfecho.

—¿Que qué? ¿Cuándo dije que? —pregunté tardando demasiado en darme cuenta de que Solae había entrado a la sala y se encontraba justo detrás mío. Caminaba hacia nosotros, cargando dos latas de refresco. Anton tenía su propia forma de atacar.

—¡Solae! ¡Yo nunca dije eso! Él empezó a...

—Da igual, Álex —me dijo pasándole a él una de las bebidas—. Además Anton tiene razón —

añadió cortante. Luego se sentó sobre su mesa, abrió la otra lata y le dio un sorbo largo. Su expresión traslucía cuán enojada seguía aún conmigo. Con eso también estaba claro que no habría un refresco para mí.

—Tampoco es como que me interesara —alegué.

—Por supuesto que no, Álex —replicó Anton, presionando contra mi estómago el trapo que le había lanzado—. Mejor terminemos rápido con esto —añadió, por fin dignándose a levantarse e ir a buscar una escoba, momento que aproveché para acercarme a Solae.

—¿Por qué te quedaste con nosotros si no estás castigada? —le pregunté mientras ella buscaba algo dentro de su mochila.

—Porque por tu culpa se arruinó el panorama que teníamos hoy con Anton —reclamó, y acto seguido puso sobre la mesa una bola rosada con cara tierna y orejas sobresalientes. A continuación presionó la nariz del aparato, que emitió un particular sonido de encendido. Era su parlante inalámbrico con forma de cerdito que solía usar para conectar la música de su móvil.

—¿Trajiste a *Piggy B-pod*? —pregunté extrañado y Solae se volteó de golpe hacia mí.

—¿Cómo sabes que se llama así? —me preguntó sorprendida.

—Porque...

—Porque yo se lo comenté cuando estuvimos en tu casa —intervino Anton, ubicándose delante de mí.

—¡Mentira! —ataqué, quitándomelo de enfrente—. ¡Yo estaba con Solae cuando ella le puso ese nombre! —dije desafiante. Ya estaba harto de que Anton me pasara a llevar cada vez que podía. Solae nos quedó mirando a ambos, que parecíamos a punto de iniciar otra pelea.

—Tranquilo, Álex. ¿Por qué no mejor te vas a tu casa y nosotros terminamos de limpiar por ti? —propuso Anton, poniendo sus manos sobre mis hombros, haciendo amago de masajearlos. Hirviendo en coraje, lo rechacé de un codazo y me aparté. No podía entender cómo lograba sacarme tan fácilmente de quicio. Yo que antes no manoteaba ni a las moscas, ahora lo único que quería era golpearlo de nuevo. Pero esta vez me contuve. Más que nada porque el ventanal que daba hacia el pasillo nos dejaba bastante expuestos ante quienes aún transitaban por ese piso, y justo en ese instante pasaba por ahí un inspector.

Mordiéndome el interior de mis mejillas y tragándome las ganas de rebatirle, agarré el trapo y me fui a limpiar las mesas del fondo, mientras Anton tomaba la escoba para barrer adelante. Por su parte Solae conectó su música y, asignándose las ventanas, se puso a limpiarlas moviéndose armónicamente al ritmo de la letra que comenzó a cantar con ayuda de un micrófono imaginario.

*Ask me no questions, I will tell you no lies
Careful what you wish for
We're looking for angels in the darkest of skies
Saying that we wanted more*

La canción no la conocía, pero el inglés de Solae como siempre era perfecto. Y su voz... su voz estaba bastante bien. Suspiré. Okey, quizás estaba mejor que bien...

*... And I need you to know, I'm not askin' for a miracle
But if love is enough, could you let it show?
If you feel it could you let me know?*

Verla tan relajada y feliz de alguna forma me tranquilizó. A pesar de todo, Solae seguía siendo la misma. La que le sacaba provecho hasta a las peores situaciones, y es que solo ella era capaz de transformar un castigo en algo entretenido. Quizás había necesitado tomar distancia para apreciar que todas sus cosas que antes percibía como negativas, eran ahora las que más extrañaba de ella. Las que más me agradaban.

Al sentir la mirada de Anton clavada en mí, me percaté de que seguía pegado limpiando la misma mesa hacía más de cinco minutos. Carraspeé y pasé a la siguiente intentando concentrarme. Sin darme cuenta, la música animada de Solae me contagió y comencé a avanzar con más entusiasmo, y el tiempo empezó a volar.

Luego de terminar de limpiar mi sector, fui en busca de mi mochila. Al levantarla, noté que junto a ella había una lata sellada de café con leche. Me volteé sorprendido. Anton iba saliendo de la sala a vaciar los basureros, mientras Solae seguía cantando y limpiando las últimas ventanas. Cuando reparó en que yo la estaba mirando, se giró con brusquedad para evitarme. Estaba claro que intentaba fingir que no había sido ella quien dejó la lata ahí, cuando resultaba más que evidente.

Cogí el café y lo examiné, desconcertado. Antes de perder la memoria, Solae siempre me compraba ese refresco porque sabía que era mi favorito, pero ahora que no me recordaba, aquello no tenía sentido. Sobre todo porque se suponía que estaba enojada conmigo. Entonces ¿qué significaba todo esto?

—¿Tú me trajiste este café? —le pregunté acercándome a ella que seguía limpiando como si yo no estuviera ahí—. ¿Me lo compraste porque me recuerdas? —insistí, buscando sus ojos, pero Solae para evadirme se giró a limpiar una de las mesas que tenía detrás.

—¡Solae! —le insistí, ahora poniéndome frente a ella y reteniendo su mano con la mía.

—¿Qué? —me preguntó, mirándome por fin. Se veía más confundida que enojada.

—Gracias. Ya sabes cuánto me encanta este café. —Le sonreí. Solae bajó la cabeza, al mismo tiempo que quitaba su mano de debajo de la mía.

—Aún sigo enojada contigo —dijo dándome la espalda y se fue a buscar algo al balde con productos de limpieza.

Había bajado la guardia y hasta podría jurar que se puso nerviosa. Sonreí en dirección a ella,

cuando advertí que Anton otra vez estaba en la sala. No sabía desde qué momento había estado observándolo todo, pero por su expresión deduje que había oído lo suficiente.

Mirándolo fijo y sin amilanarme, abrí mi lata de café y la bebí con ganas, casi con lujuria frente a él. Por suerte Anton decidió no decir nada y seguir en lo suyo. Fuese como fuese, después de haber recibido aquel regalo de Solae, ni siquiera Anton sería capaz de afectar mi buen humor.

Capítulo 31

Beneficio de la duda

Solae

No alcancé ni a abrir la puerta de la casa cuando sentí a Tam correr escaleras arriba. Ni que trajera una enfermedad contagiosa conmigo. Evitarme era su estúpida costumbre desde hacía ya algunas semanas.

—¡También me da gusto verte! —grité sarcástica hacia el segundo piso, mientras me quitaba los audífonos y dejaba mis cosas sobre la silla de la entrada. Fui a servirme un vaso de refresco pensando que hacía mucho tiempo no regresaba del colegio sin Anton. Tuve que decirle que estaba agotada luego de tanto limpiar, y aunque no era mentira, lo cierto es que además necesitaba algo de espacio para aclarar mi cabeza. Suspiré con ganas. Al parecer Tam no estaba tan equivocada respecto a Álex, después de todo.

No había querido escucharla. A Tam le encantaba inventarse cosas, hechos paranormales, fantasmas; y su última teoría me resultaba de lo más ridícula. Tanto así que pensé en hablar con los papás para que la llevaran a un psicólogo. Eso de que de un día para otro empezara a evitar a Anton encerrándose en su pieza, no era nada normal. Primero pensé que era solo una actitud de niña mimada, pero al ver que no se le quitaba comencé a tomarlo como algo personal y hasta temí que se tratara de algo patológico. ¡Y esa repentina obsesión por Álex! ¡Incluso se había puesto a defenderlo después de pegarle a mi Anton!

Cada vez que entraba en el tema, se daba mil vueltas para explicarse, pero la conversación siempre concluía en lo mismo: que tuviera cuidado con Anton y que Álex había sido mi mejor amigo. Y yo no podía evitar reírme en su cara.

Fue fácil ignorarla cuando era solo ella la demente, pero luego al ver también a Álex intentando acercarse y decirme las mismas locuras que Tam, empecé a *paniquear* un poco. ¡Es que no tenía sentido! ¿En verdad esperaban que les creyera tanta estupidez junta?

Dejé el vaso sobre la mesa sin decidirme a si quería beber más. Ya era hora del té, pero no quería comer sola. Tampoco tenía tanta hambre y abajo había demasiado silencio. En un impulso, me serví más bebida y subí directo a mi habitación.

Haciéndome espacio sobre mi cama que rebalsaba de peluches, me acurruqué junto a mi pulpicornio. Con mis audífonos puestos, cerré los ojos intentando relajarme; pero lo cierto era que nada lograba despejar mi cabeza que hervía en preguntas y especulaciones.

La noche anterior, después de la pelea y de que tuviera que echar a Álex, Tam se había aparecido en mi pieza intentando justificarlo y pidiéndome que lo escuchara. Aunque fue motivo de discusión, Tam me sugirió que pusiera a Álex a prueba. Pero ¿para qué quería yo ponerlo a prueba?

—*Cómprale un café con leche en lata, de esos de la máquina expendedora del colegio. Siempre le comprabas de esos cuando eran amigos y querías conseguir algo de él* —me dijo.

—*Claro. Cuando éramos amiiiigos, en esa realidad paralela de la que tanto hablas. ¿Y qué voy a probar con darle un café?*

—*Si se emociona, es porque creará que algo recuerdas. Una vez me dijiste que ese café era importante para ustedes. Que luego de una pelea, le regalaste una lata para disculparte con él, y que desde ese día él lo declaró su refresco favorito.*

—*Pero yo no tengo cómo recordar algo que jamás ha sucedido. Además tampoco quiero regalarle nada. Golpeó a mi novio, ¿recuerdas? ¿Viste cómo le dejó su carita perfecta de dios del Olimpo?*

—*Bueno, entonces haz lo que quieras* —me dijo antes de irse de mi pieza, dejándome aún más confundida.

Después de esa conversación, yo había estado determinada a no hacerle caso a Tam. ¿Es que acaso iba a premiar a Álex por su actitud? Pero, a pesar de no haber conseguido escuchar con claridad su discusión durante la pelea, y a pesar de que le había pegado a Anton, una parte de mí sentía que Álex no tenía toda la culpa. Anton algo le había dicho al oído. ¿Pero qué? Hundí mi cara en una de las almohadas y abracé con fuerza a pulpicornio.

—*¿Será que Anton me está ocultando algo?* —le pregunté a mi peluche.

Había decidido acompañarlos al castigo para ver si averiguaba alguna cosa y pensé que sería buena idea pasar antes a comprar algo para beber. Unos refrescos para mí y Anton. Nada más. Pero, para variar, mi cabezota me traicionó y terminé también comprando el condenado café.

Aún en negación, lo guardé en mi mochila. Igual no se lo daría, y es que en serio lo dudé hasta el último minuto; hasta el instante en que Álex reconoció mi parlante y pronunció su nombre: *Piggy B-Pod*. Aquel instante en que me súper mató.

Saqué al cerdito de mi mochila y lo miré deseando que me respondiera.

Anton había intervenido diciendo que él le había dicho a Álex cómo se llamaba, pero eso no era posible. La única vez que Álex vino a mi casa, yo lo tenía guardado. Anton no había tenido la ocasión de mostrárselo, ni menos aún razones para mencionárselo.

¿Pero por qué me mentiría? *Piggy B-Pod* no era precisamente un nombre sencillo y ni siquiera estaba segura de que Anton lo recordara correctamente. ¿Es que entonces Álex me estaba diciendo la verdad?

Me giré boca arriba y comencé a agitar mis piernas enérgicamente contra la cama, generando un caos de peluches saltarines.

¿Era por eso que, no habiendo hablado nunca antes con Álex hasta hacía solo un par de semanas, lo sentía ahora tan... cercano? Tomé mi móvil y observé la foto que él nos había tomado frente a la entrada del colegio, minutos antes de la pelea. Él aparecía sonriéndole a la cámara. No era normal verlo sonreír. Pinché sobre la pantalla para verlo más de cerca y junto con notar cómo sus ojos pardos se veían más claros gracias a la luz del sol, mis mejillas se encendieron al reconocer que también se veía bastante guapo.

—¡¡Ahhh!! ¡Solae, ¿en qué estás pensando cuando ya tienes novio?! —me reprendí en voz alta, tapándome la cara con pulpicornio. Apenas volteé vi a Tam mirándome desde la puerta.

—¿Qué miras?! —le pregunté enderezándome de un salto mientras le lanzaba mi muñeco sin pensarlo.

—¿Y este milagro de que no estés con Anton?

—¿Y este milagro que hayas salido de tu cueva? —contrapregunté, fastidiada—. No vine con Anton porque no tengo por qué estar con él todo el tiempo.

—¡Me alegra mucho, porque justo necesitaba hablar contigo! —dijo, esta vez sonriendo, haciéndose espacio a mi lado.

—¿Otra vez es sobre Álex? —pregunté.

—¿Le diste el café?

—Otra vez es sobre Álex... —repetí, simulando hastío.

—¡Sí se lo diste! ¿Cómo reaccionó? —me preguntó inclinándose hacia mí como si tuviera que contarle algo en verdad interesante.

—Normal, creo. Aunque la forma en que me dio las gracias...

—¿Álex te dio las gracias?! —preguntó Tam tomándome las manos con emoción—. ¿Y qué sentiste?

—¿Que qué sentí? ¡Solo me dio las gracias, Tam! ¿Por qué es eso importante? ¿Y por qué insistes en acercarme a él cuando estoy con Anton?

—Es que siempre te quejabas de que Álex nunca te agradecía nada —acotó, y recordé cómo me había impresionado su sonrisa al agradecerme el café. Es que Álex parecía todo el tiempo tan reservado, tan serio. Pero luego de haberlo conocido más a fondo durante estos días, me daba cuenta de que dentro de él se escondía alguien totalmente distinto a lo que aparentaba. ¡Si esta misma tarde lo había sorprendido bailando al ritmo de mi música mientras limpiaba! Sonreí al recordarlo y Tam me miró, alzando una ceja.

—Tam, ¿te acuerdas de *Piggy B-pod*? —le pregunté.

—¿Piggibi-qué? —me preguntó extrañada, lo que incrementó todavía más mi desconcierto. Ni mi propia hermana se acordaba del nombre de mi parlante. Se lo mostré para que supiera a lo que me refería.

—Ahh, tu cerdo ese. No sé cómo pretendes que recuerde el nombre que le pones a cada una de tus cosas. ¿Qué pasa con eso?

—¡Que Álex sabía cómo se llamaba! Pensé que tú podrías haberle dicho el nombre para convencerme, pero ya veo que no.

—¡Pero viste?! ¿Qué más pruebas necesitas? —me reprendió exaltada. De pronto su celular sonó por un mensaje entrante, y se volteó para revisarlo sin dejarme ver de quién era.

—¿Es de tu novio? —le pregunté en broma, aprovechando de cambiar el tema.

—No. Es de Álex —dijo aún concentrada en el mensaje, mientras comenzaba a leerlo en voz baja, para sí misma—. «Por favor ayúdame a convencerla de que me deje hablar con ella esta noche...» —murmuró, pero apenas se dio cuenta de que la había escuchado, se tapó la boca—. ¡Aaay, no se supone que...! Agh. Bueno, supongo que ya no hace falta que te diga.

—¿Qué tanto conversas con Álex? —le pregunté, arrebatándole el celular antes de que pudiera reaccionar y revisé su conversación. Apenas habían dos mensajes y en el último efectivamente le pedía convencerme de hablar con él.

—Ya te dije que no estamos tramando nada. Si recién ayer lo agregué a mis contactos —me explicó Tam, mientras yo comenzaba a escribirle una respuesta a Álex.

—¡¿Qué haces?! —me preguntó intentando recuperar su móvil para evitarlo. Pero el daño ya estaba hecho.

Ok Álex. Si tanto quieres hablar con Solae, espérala esta noche a las 9 en la plaza. Y si pretendes que te perdone,

tráele un regalo

—Y dices que soy yo la infantil —refunfuñó Tam, inclinándose hacia mí para leer mejor el mensaje. Luego ambas vimos que Álex comenzaba a escribir una respuesta.

Eso ya lo sé. Ya conozco a Solae. Igual no se lo digas para no arruinar la sorpresa

Eso no lo esperaba.

¿Es porque te gustaaa?

le escribí a continuación, acompañándolo de un emoticono de corazón y una carita de sospecha. Tam ya no intentaba quitarme el móvil. Estaba igual de interesada en saber cómo respondería a eso. Vimos que Álex tardaba en escribir. ¿Lo estaba meditando de alguna manera?

¿Por qué tanto interés? Pensé que seguías enojada conmigo,
Solae

respondió por fin y solté el aparato como si de pronto quemara. Tam se rio.

—Te lo advertí. Te conoce desde siempre —me dijo mi hermana, triunfante, recogiendo su celular.

—¡Ponle que no fui yo! —le exigí una vez que recuperó su teléfono, pero al parecer Tam tenía otros planes.

Mejor apúrate con el regalo, que Solae se muere de
ganas de verte...

vi que alcanzó a escribir, mientras no conseguía quitarle el maldito aparato. Tam logró salir de mi habitación riéndose a mis expensas, para encerrarse luego en la suya y sin permitirme borrar el mensaje. No tenía idea si había alcanzado a enviárselo.

—¡Te odio, Tam! —le grité desde afuera, queriendo asesinarla.

—¡Te quedan solo dos horas! —me gritó de vuelta y eso me puso aún más nerviosa. «*Trash.*» Recién caía en cuenta de que solo en un rato me reuniría con Álex a escondidas de mis padres y también de Anton.

Y eso me hizo sentir inesperadamente culpable.

Capítulo 32

A escondidas

Solae

Bajé de nuevo a la cocina. Nuestros papás llegarían tarde y Tam no parecía tener intenciones de salir de su habitación a tomar té conmigo. Como no me gustaba comer sola, me acompañé de mi celular.

Tenía mensajes de Anton y de Trinidad. Anton me preguntaba si me sentía bien y si quería que viniera a acompañarme. «¡Noooo!» pensé mientras rápidamente le respondía que estaba cansada y que mejor nos viéramos mañana. Es que si Anton se llegaba a encontrar con Álex, nadie sería capaz de evitar el apocalipsis.

¿Cómo te fue en el castigo de tu novio?

me preguntaba Trinidad, por la otra ventana de chat.

Nada especial. Además llevé música,
así que no fue tan terrible

le respondí mientras echaba leche sobre mi té y revolvía el azúcar esperando su respuesta.

Eso es taaan tú. ¿Y qué tal Anton y Álex? ¿Volvieron a pelear?

Casi. Cuando entré a la sala parecían estar
discutiendo de nuevo. Supongo que Álex
no esperaba que yo apareciera

le escribí recordando la cara que había puesto cuando me vio aparecer detrás de él. Su reacción fue épica. Era evidente que Anton solo lo estaba molestando con lo de querer acostarse conmigo, y no lo culpaba, era muy divertido ver sus reacciones.

Por ahí dicen que la primera pelea fue por ti

No me extrañaría que ahora discutieran por lo mismo

No creo. Puede ser por mil razones

No estaba muy convencida, pero no quería ser yo quien alimentara los rumores.

Ah, ojalá, porque, guess what? Invité a Álex al Tri

¿Y eso? Nunca antes lo habías invitado

Él me lo pidió. Y como soy buena persona accedí

Resoplé al leerlo. Eso de ser buena persona no se lo creía ni ella.

Jojojo, sí claro. Dime de qué me perdí, porque tú no lo invitarías solo por la buena onda

I know, right? Pero, qué le voy a hacer. Creo que Álex se merece una oportunidad

¿Una oportunidad con quién?

¡Una oportunidad de ir al Tri! ¿Por qué tiene que ser con alguien?

No sé por qué siquiera asumí que era con alguien. Me pegué en la cabeza, por boba.

No habrás pensado que me refería a ti, ¿verdad? ¬¬

¡No seas tonta!

Good. Porque tú ya tienes a Anton, así que deja a Álex libre para alguien más

Casi me atraganto con el panecillo que me estaba echando a la boca al leer eso.

No me vas a decir que ahora te bajó el interés

por Álex, ¿verdad?

Ya había terminado de tomarme el té y Trinidad aún no respondía. Al volver a chequear su mensaje, reparé en lo tarde que era y que apenas me quedaba media hora para que llegara Álex.

Lancé las cosas dentro del lavaplatos y subí saltándome de a dos los escalones hasta mi habitación. Aún estaba de uniforme y necesitaba al menos darme una ducha. No porque viniera Álex, sino porque después de limpiar la sala era lo que correspondía. «Por supuesto que no era por Álex», me repetí.

—¿En serio piensas ducharte ahora? —me preguntó Tam al ver que entraba al baño con un vestido en el brazo—. ¡Álex debe estar por llegar! Ya sabes lo puntual que es.

—¡No, no lo sé, y sí, lo necesito! —dije encerrándome dentro. Podía escuchar a través de la puerta cómo Tam se burlaba de mí, pero tampoco tenía por qué darle explicaciones. Si me bañaba era solo por mi propia comodidad.

Apenas alcancé a salir de la ducha cuando mi hermana me avisó que Álex ya estaba afuera. Mi pelo aún estaba mojado, pero como era verano daba igual. De todas formas me tomé mi tiempo para arreglarme. Álex tendría que esperarme si quería hablar conmigo.

—Trata de no tardar mucho y quédate atenta a tu móvil. Te avisaré si tengo cualquier noticia de los papás —me dijo Tam, despidiéndome desde la puerta. Y se lo agradecí.

Me dirigí a la plaza, algo saltona. Entre que mis padres podían llegar de repente, que Anton podía enterarse de este extraño encuentro y el solo hecho de que Álex quisiera hablar conmigo a solas me tenían histérica. Lo divisé sentado en una banca jugando con el asa de su mochila que tenía apoyada sobre su regazo. Apliqué la mejor cara de póker que pude y me acerqué a su lado.

—Qué insistente eres —le dije lo más seria que pude, para que supiera que aún estaba molesta con él.

Álex seguía vistiendo su uniforme. Si es que era verdad que había pasado a comprarme algo después de salir, era esperable. También noté que no cargaba ninguna bolsa de compra en las manos. ¿Y si lo del regalo era mentira? ¿O si se había arrepentido? Quizás no era tan grande y lo tenía guardado en la mochila. Pero se suponía que yo no sabía nada, así que debía evitar pensar en eso y parecer sorprendida cuando me lo entregara. Me senté en uno de los columpios de la plaza y comencé a balancearme, sin despegar mis pies del piso. No conseguía mantenerme quieta.

Álex se acercó y se sentó en el columpio de al lado.

—Sí —se limitó a responder mientras miraba sus pies en silencio—. Pero es que necesitaba hablar contigo a solas —añadió. Y de nuevo hubo silencio. Noté que le costaba continuar y pensé en cómo a través del chat se le veía mucho más confiado que ahora.

Ya me había equivocado una vez al suponer que Álex se me había querido declarar, y en esa ocasión lo rechacé antes de dejarlo siquiera hablar. Aunque esta vez me imaginaba que solo venía a pedirme disculpas, toda su actitud parecía indicar que quería decirme algo más que eso. Pero no saltaría a conclusiones de nuevo. No tendría ni la más mínima idea de cómo reaccionar si esta vez se me declaraba de verdad. Para aliviar mi impaciencia, me di un impulso y comencé a columpiarme un poco.

—Quería... pedirte perdón por haber sido un idiota —dijo por fin, sin atreverse a mirarme. Se notaba que decir aquellas palabras le había costado un montón, como si fuese estético en disculpas y esta fuese su primera vez soltando una en años. Pero yo todavía estaba enojada, tenía todo el derecho a estarlo. Decidí que no era suficiente y bajé los pies a la arena para frenar.

—¿Solo por ser un idiota? —le pregunté clavando mi mirada en él. Se mostró fastidiado, pero

se tragó la queja tosiendo.

—Bueno, y también por pegarle a tu novio —agregó, casi sin modular. Yo seguía mirándolo seria y se dio cuenta de que aún esperaba algo más—. Ok, y también por hacer que casi te castigaran.

—¿Y me dirás entonces por qué discutían? —le pregunté sin quitarle los ojos de encima—. No es que no me diera cuenta de que Anton también te estaba provocando. Y no es que yo te odie, Álex... —añadí para tranquilizarlo—, pero necesito entender qué es lo que tienes contra mi novio.

Álex permaneció en silencio, parecía dudar su respuesta.

—Discutíamos por ti... —confesó aún sin mirarme. Sin darme cuenta, contuve la respiración.

A pesar de que miss Alba lo había sugerido, no creí que fuera a reconocer algo así. Anton me había convencido de que era por otra razón y por eso había tenido mis dudas. Para disimular mi impresión, revisé si tenía algún mensaje de Tam y chequeé la hora. No me quedaba mucho tiempo.

—Discutíamos porque Anton se empeña en hacerte creer que siempre ha estado a tu lado, cuando en verdad yo era tu mejor amigo...

—¿Vas a empezar de nuevo con eso? ¿Cómo esperas que crea algo así de absurdo? —lo interrumpí.

—Sé que es imposible de creer, pero es verdad. Anton borró tus recuerdos conmigo y modificó tu memoria para alejarte de mí.

Y ahí estaba ahora Álex, dándome el mismo discurso inverosímil que constantemente me repetía Tam.

—¿Alejarme de ti? ¿Borró la memoria de todo el colegio y de todos los que conocemos, solo para alejarte de mí? —enfaticé irónica. Álex se sonrojó y yo me reí ante lo tonto que sonaba aquello.

—Tú querías saber por qué peleábamos y ya te lo dije —replicó ofendido y cruzándose de brazos—. Le pegué porque sé que Anton está tramando algo y no quiero que te haga daño.

—Awww. ¿Así que estás preocupado por mí? —le pregunté con voz infantil, mientras tirándolo de la cadena de su columpio, lo atraje hacia mí con ánimo de incomodarlo. Apenas me miró, rojo de la impresión, lo solté sin previo aviso, haciendo que perdiera el equilibrio y casi se cayera de culo al piso. No podía parar de reírme, mientras conseguía solo reproches de su parte. Era muy divertido sacarlo de su zona de confort. Si fuese su amiga creo que lo molestaría todo el tiempo solo para ver sus reacciones. ¿Era acaso este mismo Álex tierno y tímido el que le había aforrado un golpe en la cara a Anton, que mide como diez centímetros más que él, frente a todo el colegio?

—Al parecer, por el que debería estar preocupado es por Anton —se burló de mí luego de recuperar la compostura y tuve la tentación de volver a empujarlo. Álex por su parte, ignorando mis intenciones, se bajó del columpio a coger su mochila—. De todos modos, eso no es todo lo que venía a decirte... —añadió, mientras comenzaba a abrirla.

«¿Es que acaso iba a sacar mi regalo?»

Justo en ese momento mi celular vibró y di un salto en advertencia de solo pensar que podían ser mis padres. Pero no era Tam. Era Trinidad.

Harass. Puede que tengas razón, Soli

apareció en mi pantalla la notificación de su nuevo mensaje, pero tardé un momento en recordar qué era lo habíamos estado hablando, hasta que luego de un instante, me llegó uno nuevo.

No estaba segura, pero hoy, después de conversar con Álex, creo que sí me pasan cosas con él

—*What!?* —exclamé en voz alta en un inglés digno de ella, para luego tipear lo mismo como respuesta. No podía creerlo.

—¿Qué pasó? —me preguntó Álex intentando ver mi pantalla, pero no podía permitírselo. Por un instante me había olvidado que estaba junto a mí.

—¡No! Nada importante —dije ocultando el celular boca abajo sobre mi regazo. Lo cubrí con mis manos, mientras sentía que vibraba de nuevo.

—Hoy hablé con Trinidad. Me citó en el patio del Cupido —comenzó a relatarme Álex, como si supiera que era ella justamente quien me hablaba, y dejando de lado su mochila, se sentó de nuevo a mi lado. «¿Y el regalo?», pensé decepcionada.

¿Acaso Trini ya le había dicho a Álex lo que sentía por él? Ella era muy capaz de eso. ¿Era eso lo que quería conversar Álex conmigo? ¿Me iba a pedir ayuda con ella? Mi celular vibraba insistentemente.

—¿No vas a revisarlo? —me preguntó con sus ojos fijos en mis manos. Yo tampoco lograba concentrarme con tanta interrupción.

—No, después lo veo —dije guardándolo dentro de una carterita que traía conmigo. —¿Y qué te dijo Trini? —le pregunté. Era probable que la respuesta ya estuviera en la pantalla de mi móvil, pero no podía concentrarme en ambas cosas a la vez. O quizás era solo que no quería saber.

—Me invitó a su cumpleaños. Tu vas a ir, ¿cierto? ¿Con Anton?

—Sí. Iremos juntos.

¿Qué clase de pregunta era esa?

—Claro...

—Álex, ¿por qué no me dices de una vez qué es lo que quieres? —dije perdiendo un poco la paciencia—. ¿Qué es eso otro que me querías decir?

—¡Ay, qué impaciente! —dijo esta vez sonriendo—. Cierto que te mueres por saber qué te regalaré.

—¿Eh..? ¿Qué? ¿Me tienes un regalo? —pregunté rascándome detrás del cuello.

—Te conozco más de lo que quieres creer, Solae —dijo Álex y a continuación se levantó nuevamente del columpio. Arrodillado frente a mí, comenzó a hurgar dentro de su mochila, hasta que extrajo de ella una pequeña cajita de su interior.

«¿Qué estaba haciendo? ¿Y qué clase de regalo venía en una caja tan pequeña si no...?» Me puse estúpida y extremadamente nerviosa.

Álex se levantó (menos mal) y a continuación y sin mirarme la puso sobre mi mano. Era una caja simple pero bonita, de color oscuro, envuelta en una delicada cinta plateada de género. Incluso sin abrirla podía intuir que se trataba de algo costoso o quizás de una broma muy rebuscada.

—Feliz cumpleaños atrasado, Solae —dijo en voz baja, ahora intentando mantener sus ojos fijos en mí—. Siento haberlo olvidado. Aunque en mi defensa, tú me olvidaste a mí primero —añadió sonriendo ante su chiste. Hice una mueca intentando disimular que a mí no me había causado gracia—. Tómalo también como agradecimiento por el café de esta tarde.

Sin responder nada, y aún con desconfianza, abrí lentamente la caja hasta que lo que vi dentro me detuvo el corazón.

Era un collar de plata con un colgante con forma de pulpo. De su cabeza sobresalía un discreto e inconfundible cuernito de unicornio. No creí que nadie supiera cuánto deseaba ese collar, cuántas veces lo había visto en esa tienda y cómo a primera vista me había enamorado de él. Por el precio me había resignado a tener que observarlo siempre desde lejos, hasta que ahorrara lo suficiente para poder comprármelo.

No podía... ¡Es que no podía creer que Álex me estaba regalando este colgante que tanto quería! ¡Maldito Álex! Lo había conseguido. Otra vez me súper mataba. De entre todas las cosas que podría haberme regalado, esto era por lejos lo mejor que se me ocurría. Estaba teniendo serias dificultades intentando disimular mi felicidad (y ni hablar de mantener mi cara de enojo).

—Lo compré pensando en las tres cosas que más te gustan en el mundo: los pulpos, los unicornios y por supuesto, los pulpicornios —dijo. Y era verdad—. Y también porque yo estaba contigo cuando viste ese collar por primera vez —agregó.

Álex sonreía, probablemente deleitándose con mi cara de sorpresa. Nunca lo había visto sonreír tanto. «Solae, disimulaaaaaa.» Sin querer mirarlo, volví a fijar mi vista en el colgante y con mucho cuidado lo saqué de la caja. El solo contacto de la cadena entre mis dedos me puso eufórica. Sin lograr contener más mi emoción, de un impulso me bajé del columpio y prácticamente salté sobre él a abrazarlo.

—Gracias, gracias, gracias —musité velozmente contra su pecho, y noté su desconcierto por lo tenso que se puso de pronto. Al darme cuenta, lo solté, avergonzada; pero antes de lograr

alejarme, Álex me atrajo de nuevo hacia él y me devolvió el abrazo. Me sonrojé con furia, mientras mi corazón se aceleraba a mil.

¿Qué estaba haciendo? ¿¡Qué estábamos haciendo!?! Sentía que ninguno de los dos lo tenía claro, pero decidí que por ahora no importaba y dejándome llevar, volví a rodearlo con mis brazos y hundí mi cabeza en su pecho para que no pudiera ver mi cara.

—¿Esto significa que sí me perdonas? —me preguntó hundiendo su nariz en mi cabello que aún estaba húmedo. Podía sentir su respiración sobre mí. Asentí, murmurando un tímido «sí» contra él, no queriendo pensar en lo familiar que me resultaba su aroma y su calor. Giré mi cabeza hacia el costado, y mi oído quedó pegado contra su pecho. Podía sentir cómo su corazón latía con fuerza, aunque por lo cerca que estábamos no estaba tan segura de si eran solo sus latidos, o si los míos se sumaban sincronizándose a los suyos.

«Esto no está bien. Esto no está nada de bien.» ¿Por qué a pesar de ser un abrazo totalmente inocente...? ¿Por qué a pesar de no sentir nada por Álex y de que él no se me estuviera declarando ni nada...? ¿Por qué sentía como si estuviera engañando a Anton? ¡No! Álex solo me estaba pidiendo disculpas y yo solo se las estaba aceptando. Pero entonces ¿por qué él había encontrado necesario comprar algo tan costoso solo para pedirle perdón a una amiga por la que no sentía nada más que amistad? ¿Y por qué yo no era capaz de soltarlo?

—¿Recordaste algo? —me preguntó casi en un susurro que sentí sobre mí como una cálida vibración sobre mi cabello.

Quería recordarlo. Necesitaba hacerlo, pero a pesar de todas las pruebas y por más que me esforzaba, no lo conseguía. Todas esas anécdotas que me contaban mi hermana o él no tenían mucho sentido para mí. Me las imaginaba vívidamente y por instantes incluso creía que sí estaba lográndolo. Quería que se sintieran como un recuerdo, pero al final resultaban ser solo una mera reconstrucción de mi imaginación.

Me separé de él lo suficiente como para poder mirarlo. Aun contemplándolo bajo la tenue luz que bañaba la plaza podía notar que se veía casi tan confundido y vulnerable como yo. Me dolía tener que decepcionarlo.

—Lo siento —negué, bajando mi mirada, nerviosa al tenerlo tan cerca. Inevitablemente recordé el momento en que estuvimos en su casa en una situación muy similar. Podría jurar que en esa ocasión Álex había estado a punto de besarme. Con todo el alcohol que yo había consumido esa noche, estaba bastante segura de que también se lo habría permitido. Mi cabeza ardió de solo recordarlo. Inmediatamente recordé también cómo Anton había intervenido. Gracias a Álex, Anton por fin se había decidido y me había besado. Después de todos estos años, por fin había actuado.

Retrocedí.

Álex podía darme todas las pruebas que quisiera, pero la realidad era que yo estaba, y siempre había estado, enamorada de Anton. Solo pensar en la posibilidad de que Anton fuese una mala persona o me estuviera engañando, no me cabía en la cabeza y me partía el corazón. Álex solo era

un compañero de curso al que recién comenzaba a conocer como amigo. ¿Le iba a creer a él antes que a mi novio? Y además ahora mi mejor amiga comenzaba a interesarse por él. Tenía que alejarme de Álex. Por Anton, por Trini... y quizás también por mí.

—Está bien si aún no recuerdas nada. Sabía que no sería fácil —me dijo como si buscara tranquilizarme—. Pero antes de irme, necesito pedirte un favor.

Lo miré con curiosidad y asentí para que prosiguiera. Sus ojos me obligaban a mirarlo de nuevo.

—Si es que en ti existe la más mínima duda de que Anton no es la persona que dice ser, o hay algo que te haga sentir que nosotros sí fuimos mejores amigos, por favor necesito que el sábado llegues más temprano y sola al Tri.

Lo miré confundida. Y mientras pensaba qué responderle, sentí mi celular vibrar nuevamente en mi bolsillo.

—No te estoy pidiendo que vayas sin Anton. Pero por favor confía en mí y llega tú primero y sola. Consígueme algo de tiempo convenciéndolo para que llegue más tarde.

—Pero ¿para qué? —pregunté oprimiendo la cadena dentro de mi mano. Una nueva vibración y una luz proveniente de mi casa, me alertaron que ya debía entrar. Mi hermana también se había asomado a la puerta de entrada haciéndome señas. Miré mi celular y, en efecto, tenía muchos mensajes no leídos de ella advirtiéndome que mis papás estaban por llegar—. Tengo que irme, Álex, si no estaré en problemas —me disculpé, urgida y llevando el collar hacia mi pecho—. No puedo prometerte nada, solo que lo pensaré —le dije, despidiéndome de él con un beso rápido en su mejilla.

Nuevamente había actuado por impulso. Avergonzada, y sin quedarme a ver su reacción, volteé y entré corriendo a mi casa. Antes muerta a que mis papás me pillaran en la mitad de la calle conversando con un chico al que no conocían, y al que quizás sería mejor no conocer más allá de lo necesario.

Capítulo 33

Deseos ocultos

Solae

Después de lo ocurrido esa noche, al día siguiente procuré alejarme lo máximo que pude de Álex. Era cierto que lo había perdonado, pero eso Anton no lo sabía, ni tampoco tenía por qué saberlo. Después de un día sin mayores novedades en el colegio, Anton fue a mi casa como de costumbre.

Cuando llegamos, nos recibió un inesperado silencio que me recordó que aquel era de esos días en que Tam tenía vóleibol y que no llegaría hasta pasadas las ocho de la noche.

—¿Quieres comer algo? —le pregunté a Anton, mientras lanzaba mi mochila sobre el asiento de la entrada y luego iba directo a la cocina a encender el hervidor.

—¿Hoy tampoco están tus papás? —me preguntó entrando a la cocina tras de mí y sacando una galleta de un paquete que se encontraba abierto sobre la encimera.

—Parece que no —dije deteniéndome un momento a pensarlo, luego de sacar un par de tazas. Era raro que coincidiera que ni Tam ni mis padres estuvieran en la casa—. Ahora que lo mencionas, creo que tenían una reunión o algo así.

Antes de alcanzar a voltear para preguntarle qué quería de beber, me encontré rodeada por sus brazos en torno a mi cintura, a la vez que sentí su barbilla apoyarse sobre mi hombro. Me quedé inmóvil y roja de la impresión.

—¿Y sabes a qué hora van a llegar? —me susurró al oído, en un tono bastante sugerente, y mi corazón se aceleró. Por más que me esforzaba, no había otra forma de interpretar sus intenciones.

—No me has dicho aún si quieres té, café... jugo... —empecé a balbucear sin poder disimular mi nerviosismo, mientras sentía su cálida respiración sobre mí.

—¿Qué crees tú que quiero?

—Anton, no creo que... —dije, girándome hacia él, pero la presión suave de sus labios contra mi boca me interrumpió (y es que tampoco hice mayor esfuerzo por impedirlo). Mientras me besaba, sus manos fueron bajando hacia mis caderas y de pronto me sentí alzada sobre uno de los mesones de la cocina. Luego de reacomodarse frente a mí, su boca comenzó a descender por mi cuello.

—Anton, mis papás pueden llegar en cualquier momento y yo no... —dije deteniendo sus manos que ahora comenzaban a subir lentamente por debajo de mi blusa.

—Si prefieres, vamos a tu habitación —propuso, sin dejar de besarme. Y no es que no me

gustara lo que estaba haciendo, pero el solo hecho de pensar que mis papás pudiesen aparecer, o Tam... ¡Ay, no! Tampoco sabía si estaba preparada para algo más.

—Sí, subamos —me escuché decir, traicionando por completo mi voluntad. ¡Maldición! Sabía que no era buena idea, pero tampoco podía mentirme, gran parte de mí se moría por estar con él.

Una vez en mi habitación Anton cerró la puerta detrás de él con pestillo.

—No te preocupes, Sol. No haré nada que tú no quieras —dijo, sentándose detrás de mí sobre la cama y comenzó a masajear mis hombros con una destreza demasiado placentera—. Solo relájate.

La manera en que presionaba sus dedos sobre mi cuerpo lo hacía parecer todo un experto, por lo que me resultaba difícil no dejarme llevar por su contacto. Sus manos comenzaron a bajar por la línea de mi espalda y al llegar hasta mi cintura, en un suave movimiento me giró para tumbarme boca arriba, debajo de él. No lograba pensar con claridad ante la mirada profunda de sus ojos claros, que me contemplaban como si yo fuera la persona más importante del planeta. Lentamente comenzó a acercar su rostro a mí, para volver a besarme.

—Espera, creo que hay algo que deberías saber... —murmuré girando mi cara y volteándome hacia mi costado. Anton al verme insegura, se detuvo. A continuación se recostó detrás de mí y me abrazó por la cintura. Estaba tan apegado a mí, que lograba sentir físicamente cuánto deseaba estar conmigo.

—Ya lo sé. No te preocupes por eso... —me respondió, mientras su mano acariciaba el inicio de mi cuello. No me di cuenta en qué momento sus dedos aflojaron la corbata de mi uniforme, soltándola por completo, para luego comenzar a desabotonar lentamente mi blusa—. También es mi primera vez, ¿recuerdas? —me susurró al oído, hasta que de pronto las yemas de sus dedos se encontraron con mi nueva cadena de plata. Contuve la respiración.

—Veo que te gustó mi regalo —dijo jugando con él entre sus dedos y acto seguido, giró mi rostro hacia el suyo. Mi corazón dio un brinco. Ya no era Anton quien estaba detrás de mí, era Álex. Sus ojos pardos me miraban sugerentes y su cabello castaño oscuro, ahora alborotado, le otorgaba un aire condenadamente sensual. Sin detenerme a analizar lo que estaba sucediendo, giré mi cuerpo hacia él y lo besé con intensidad. Álex me correspondió sin dudarle, con una pasión que no esperaba de él. Sus manos comenzaban a explorar ávidas por debajo de mi ropa, mientras yo se lo permitía y comenzaba a imitarlo, ya decidida a entregarme a su deseo.

El sonido de la maldita alarma de mi celular fue tan inoportuno en ese instante, que luego de golpearlo contra la mesa, aún medio dormida y sin la destreza necesaria para atinarle al botón de apagado, lo lancé hacia el otro extremo de la habitación. Balbuceando un par de improperios, me cubrí con una almohada para intentar retomar el sueño.

—¡Solae, por la cresta! —escuché que me gritaba Tam, enfurecida, al entrar a mi habitación—. ¡Apaga esa alarma del demonio! —reclamó, consiguiendo despertarme por completo, cuando yo aún no quería aceptar que todo había sido un sueño—. ¿Cómo logras seguir durmiendo con esa

cosa chillando hace más de diez minutos? ¿Para qué programas como diez alarmas seguidas si nunca te sirven de nada? —dijo recogiendo el aparato.

—¡Déjame en paz! —le grité lanzándole violentamente el primer peluche que encontré. Mi corazón seguía acelerado y mi temperatura en fiebre.

—Estás atrasada —dijo apagando la alarma y luego arrojando mi celular sobre mi cama. A continuación, cerró de un portazo tal que casi se lleva la manilla, con puerta incluida.

Me estaba costando volver a la realidad. Enterré mi cara sobre un cojín, intentado apagar mis emociones, pero las sensaciones del sueño revivían una y otra vez. ¿Qué significaba todo esto?

Abrí el cajón de mi velador y saqué la cajita donde había guardado mi collar de pulpicornio. No creía que fuese buena idea estrenarlo aún, sobre todo después de ese sueño tan... vivido.

Suspiré.

Además, si Anton lo notaba, no tendría cómo explicarle de dónde lo había sacado. Seguramente Trini también intentaría averiguar. ¿Y Álex? ¿Si él me lo veía puesto se pondría feliz? ¿Malinterpretaría mis sentimientos?

Un mensaje de Anton en mi celular, avisándome que ya pronto partiría a buscarme, me recordó cuán atrasada estaba. Sin pensarlo más, antes de correr al baño, tomé la caja con mi collar y la guardé dentro de mi mochila. Si no lo llevaba puesto, no estaría cometiendo ningún pecado.

¿Verdad?

Capítulo 34

Despertando sospechas

Solae

Salí corriendo de mi casa, esperando una buena reprimenda de parte de Anton, pero él, inmutable, me esperaba pacientemente fuera de la reja e incluso se veía alegre de verme.

—Buenos días, mi Sol —me saludó cariñoso y me dio un beso en los labios un poco más apasionado que de costumbre. Involuntariamente recordé el sueño e imaginé que mis papás podrían estar observándome desde la ventana, por lo que lo interrumpí casi de inmediato animándolo a iniciar la caminata hacia el colegio.

—¿Te sientes bien, Sol? Te noto extraña desde ayer en la tarde, pero ahora aún más. —Anton era experto detectando mis cambios anímicos y especialmente hoy yo era un desastre disimulando—. ¿Acaso no dormiste bien? —me preguntó mientras caminaba a mi lado.

—¡Eh, no! Digo, ¡sí! ¡Dormí muy bien! —solté atropelladamente y de inmediato me arrepentí de haber dicho eso.

—Ah, qué bien. Soñaste con los angelitos —agregó, sin mirarme y ante su comentario me atoré internamente.

—¿Qué? Ah... Sí —dije intentando ocultar mi incomodidad.

—¿Y entonces? ¿Pasa algo?

—No... es solo que quedé algo agotada después del castigo. Eso es todo.

—Un castigo que no tenías por qué haber tomado, Solcito —dijo desordenando mi cabello con cariño. Me lo volví a arreglar, sonriendo nerviosa y me quedé jugando con un mechón, mientras miraba mis zapatos al avanzar.

—Solo quería estar contigo —admití—. Y al final tampoco fue tan terrible...

—Igual me alegró que me acompañaras —dijo dedicándome una amplia y perfecta sonrisa, apenas surcada por el pequeño corte, ya casi inexistente, que le había quedado en el labio, pero me pareció que sus ojos no se apreciaban igual de sinceros... ¿O estaba siendo un poco paranoica?

Cuando se acercaba para besarme, sentimos pasos de alguien correr desde atrás nuestro. Instantes después apareció Álex, quien de inmediato nos adelantó apresurado. Sin siquiera mirarnos, nos hizo un rápido ademán de saludo, para luego acelerar y dejarnos atrás. Al ritmo que iba, alcanzó a cruzar justo el semáforo al que nosotros no conseguimos llegar en verde. «¿También iba atrasado?»

—¿Sigues enfadada con Álex? —me preguntó Anton, mirando como se alejaba, cuando nos detuvimos frente a la luz roja.

—Mmm... —murmuré bajando la mirada—. ¿Acaso tú no?

—No realmente —dijo todavía con la vista fija adelante.

Recién me daba cuenta de que, a pesar de la pelea, no había visto a Anton molesto con Álex. Su actitud de provocación del otro día era solo como se comportaban con normalidad. ¿Tenía sentido entonces seguir fingiendo estar enojada con él frente a Anton?

—Así que no sigas enojada con él —sugirió como si hubiese leído mis pensamientos. Sentía que eso era algo que Anton hacía a menudo, y quería creer que era gracias a nuestra conexión especial, pero en momentos como este temía que en verdad supiera lo que estaba pasando por mi cabeza.

—Ok, si tú lo dices —asentí retomando el paso con el cambio a luz verde. Por alguna razón no me sentía como siempre junto a él, ni tampoco muy cómoda ocultándole que la noche anterior había estado conversando a solas con Álex. Y no es que hubiésemos hecho nada malo, pero si a eso le sumaba el sueño que había tenido, la culpa comenzaba a carcomerme.

Ambos continuábamos caminando más rápido que de costumbre, tomados de la mano. Sin embargo, él no parecía preocupado en absoluto por llegar atrasado.

—Amor, ¿tú sabes qué es lo que más me gusta? —le pregunté de pronto.

—Por supuesto que sí. Yo —sentenció con seguridad, riéndose.

Le pegué un codazo suave como respuesta.

—¡Ay, Sol! Los pulpos, las cosas tiernas. ¿Te refieres a eso, verdad? —añadió aún riendo, para dejarme tranquila, aunque me extrañó que no mencionara los pulpicornios.

—Sí. Es bastante obvio, ¿no?

—¿Y por qué lo preguntas? ¿Quieres que te regale algo en especial?

—No. No es eso. Solo quería saber si tú lo sabías —forcé una sonrisa mientras seguíamos caminando, pero Anton se detuvo en seco y, soltando mi mano, me hizo parar a mí también.

—¿Me estás poniendo a prueba? —inquirió, poniéndose serio de repente. Su expresión me sobresaltó. Nunca antes lo había visto así conmigo.

—No, claro que no, amor. Solo quería saber qué tan obvio era para los demás saber las cosas que me gustan —respondí apresurada, y su rostro serio volvió a ablandarse.

—Solo bromeaba, Sol, si te conozco desde siempre. Nunca me pondrías en aprietos con una pregunta así —añadió volviendo a avanzar junto a mí—. Deberías hacérsela a alguien a quien apenas conozcas. Por ejemplo a alguien como Álex —comentó, ahora mirándome fijo, y nuevamente me sentí perseguida. Como si Anton de repente lo supiera todo y ahora estuviera poniéndome a prueba a mí.

—Tienes razón —dije intentando sonreír con naturalidad—. Él no sabría sobre *Piggy Cute Pod*, si no es porque tú le dices su nombre —agregué. Mencioné mal el nombre a propósito, a

pesar de saber que me estaba arriesgando a una discusión mayor. Luego de largos segundos de silencio, su única respuesta fue acariciarme la cabeza como si fuera una niña pequeña.

—Vamos, Sol —dijo tomándome de nuevo de la mano, para que juntos alcanzáramos a cruzar el último semáforo que estaba a punto de cambiar a luz roja, mientras yo solo pensaba en cómo no me había corregido. Afortunadamente conseguimos llegar al colegio sin que el guardia, que estaba muy concentrado en su teléfono, lo notara.

—Sol, tú sabes que puedes contarme lo que sea —me dijo luego de entrar y antes de subir a nuestra sala—. Cualquier cosa, excepto que quieres terminar conmigo —agregó, ahora hablándome más de cerca. Pero de inmediato se rio para aclararme que se trataba de una broma. A continuación, me besó la frente y me pidió que me adelantara a la sala y se fue.

Quedé perpleja, detenida al pie de la escalera intentando procesar lo que acababa de decirme. Tampoco comprendía por qué, si ya estábamos atrasados, se mostraba tan tranquilo y además no subía de inmediato a clases conmigo.

—¡Soli! —me saludó Trini que llegaba corriendo, abrazándome por la espalda. —¿Pasó algo con Anton? —me preguntó, preocupada al ver que él se alejaba.

Negué con la cabeza.

—No, nada. Solo fue al baño —dije restándole importancia.

«Sí, probablemente solo era eso.»

—Ah, okey, pero no sigas ahí parada como tonta. *Hurry up!* —ordenó tironeando de mi mano para que nos apresuráramos a subir. Y corrimos escaleras arriba hacia nuestra sala.

Capítulo 35

Miradas indiscretas

Alex

Mientras aún me recuperaba por el esfuerzo de subir corriendo a la sala, vi entrar a Solae, también apresurada y de la mano de Trinidad.

¿Por qué ya no venía junto a Anton?

Apenas había conseguido conciliar el sueño la noche anterior y, por no sentir la alarma, casi llego atrasado. Después de su repentina muestra de cariño, de ese abrazo que por un instante me hizo creer que por fin me había recordado, me sorprendí a mí mismo abrazándola de vuelta, con temor de dejarla ir, con miedo a que me confirmara que incluso así no me recordaría. Hasta que finalmente retrocedió. En ese momento pude sentir cómo su expresión corporal había cambiado en tan solo un instante. Más tensa, más lejana, como cuidándose de mi presencia. Y me dolió darme cuenta que, a pesar de todo, ella todavía parecía desconfiar de mí.

Solae se sentó a mi lado, como siempre, y aunque no nos saludamos, por un microsegundo nuestros ojos se encontraron. No sé por qué, lo único que atiné a hacer fue desviar la mirada, pero cuando volví a mirarla ella también me evitó de inmediato. Tuve que tomar una bocanada de aire para disminuir mis pulsaciones, seguro que mi corazón aún estaba agitado por la carrera hacia el colegio.

Ya habían pasado unos minutos desde el toque del timbre que iniciaba las clases, pero no había rastro del señor Milla. En su lugar, fue Anton quien apareció por la puerta con su tranquilidad característica, como si supiera de antemano que nuestro profesor de matemáticas aún no había llegado. Se sentó junto a Solae y la saludó brevemente. No sabía si era solo mi impresión o se veían menos cariñosos que de costumbre.

—¡Perdón por el retraso! —se disculpó el señor Milla—. Tuve un pequeño inconveniente justo cuando venía de camino —agregó, antes de comenzar a pasar lista y dar comienzo a la clase, que transcurrió con normalidad, seguida por un recreo sin mayores novedades, hasta el módulo siguiente.

—*Good morning* —nos saludó mister Jonathan Summer, nuestro profesor de inglés, la segunda clase del día. Como era de esperarse, esta era una de las materias favoritas de Trinidad, y no es que lo supiera por su conocida obsesión por introducir palabras en inglés en casi todas sus frases,

sino porque tampoco se esforzaba por ocultar su interés por nuestro profesor, un gringo que de físico estaba listo para correr una maratón y realizar una escena de acción sin camisa, pero que de actitud más bien parecía un guardia de la realza británica de lo circunspecto y serio que siempre estaba.

Mister Summer nos indicó, en su perfecto inglés británico, que repasaríamos en voz alta algunos capítulos del libro que estábamos leyendo. Luego de solicitar voluntarios para comenzar a leer (Trinidad fue la primera en saltar), comenzó a llamar a varios de nosotros al azar, hasta que, de las últimas personas, nombró a Solae.

—*Miss Ariella, would you please read the next paragraph from chapter 58?*

Solae no hizo ningún amago por levantarse, por lo que nuestro profesor tuvo que llamarla de nuevo para que prestara atención, ayudado por Anton que tuvo que recordarla un poco para que se diera por aludida. Luego del sobresalto, se disculpó y pasó adelante, frente a nosotros. Se notaba particularmente distraída y nerviosa, muy inusual en alguien que casi no conocía el pánico escénico y que además poseía la mejor pronunciación en inglés de toda la clase. Incluso mejor que la de Trinidad y la mía. Lo sabía porque juntos veíamos muchas películas en inglés sin subtítulos y nos encantaba repetir en voz alta las escenas o frases que nos parecían más divertidas, y siempre me había admirado de lo bien que le salían sus representaciones.

—*If you will thank me, he replied, let it be for yourself alone. That's the wish of giving happiness to you might add force to the other...* —comenzó a leer Solae, deteniéndose de vez en cuando y alternando su mirada hacia el profesor y la nada.

Aprovechando que estaba frente a toda la clase, me quedé observándola fijo, con intenciones de llamar su atención para molestarla, como si solo con mi mirada pudiese alcanzarla físicamente. Ella solía hacerme eso cuando yo disertaba al frente, y ahora entendía por qué le resultaba divertido incomodarme. Pero a pesar de mis esfuerzos, sus ojos no se detenían en mí. Entre las pausas que generaban las intervenciones de Summer, su mirada recorría la sala, pero parecía esquivar intencionalmente. Quizás no quería que Anton se enterara de que la noche anterior nos habíamos visto a escondidas. Era una precaución bastante sensata, yo tampoco quería que él lo supiera. Ya nos daba suficientes problemas así como estábamos.

—*If your feelings are still what they were last April, tell me so at once. My affections and wishes are unchanged; but one word from you will silence me on this subject forever.* —seguía leyendo.

De su actitud evasiva, aún no lograba predecir si Solae llegaría sin Anton a la fiesta o siquiera si estaba considerándolo. Cualquiera podría pensar que nuestra pequeña tregua había sido solo un sueño y que en verdad todo seguía igual que antes entre nosotros o incluso peor. Por suerte contaba con la prueba irrefutable de que nuestro encuentro en verdad tuvo lugar, y era el hecho de que aún dolía en mis bolsillos la desaparición de parte importante de mis ahorros.

Bajé la vista hacia el inicio de su cuello preguntándome si estaría usando el collar. Si en verdad

le había gustado tanto, era esperable, ¿no? La corbata de nuestro uniforme no permitía adivinarlo. Incluso si se la quitaba era difícil de apreciar, ya que su blusa también lo impedía. Sin darme cuenta mi mirada viajó un poco más abajo y noté como tenuemente, a través de su blusa se dejaba traslucir su ropa interior, y me encontré sosteniendo la respiración. ¿Era roja? ¿O fucsia quizás? No lograba distinguirlo. ¿Desde cuándo Solae usaba lencería de colores tan llamativos? ¿Era acaso por Anton? De haberlo hecho antes seguro que me habría fijado. Ahora era difícil no darse cuenta, no solo del color que resaltaba bajo su ropa, sino también de las prominentes formas que se adivinaban. No en vano había considerado que la foto de Trinidad bien podría haber sido también la de su escote...

Repentinamente Solae titubeó, deteniendo la lectura de golpe y dejando la clase en completo silencio. Había perdido el hilo de su lectura, justo después de escuchar el sonido de un mensaje que había entrado en mi celular, que estúpidamente no había silenciado. Despacio y con miedo, subí la vista hacia su cara, dándome cuenta de que me miraba directamente a mí. Apenas nos encontramos, retiró su vista, veloz, intentando sin éxito retomar la lectura. Mientras lo hacía, subía el libro de una forma que parecía como si intentara cubrirse con él a la altura de su pecho. Poco tardé en darme cuenta de que no había sido precisamente mi teléfono el que la había distraído así de su lectura.

¡Mierda! ¡No! ¡No era lo que estaba imaginando! Y sin embargo, sí, sí que lo era. No tenía cómo ocultar el hecho de que mi vista había estado un largo tiempo fija y concentrada en sus pechos.

¡¡Lo siento!!

escribió Joto en un nuevo mensaje, disculpándose de que hubiera sido su primera notificación la que había llamado la atención de Solae hacia mí. Y era que quería advertirme que me concentrara en la clase y no tanto en los «ojos» de Solae. Que estaba siendo demasiado obvio.

—*Miss Ariella? Feeling all the more than common...* —remarcó nuestro profesor en un tono cansado, para ayudarla a encontrar dónde había quedado.

—...*feeling all the more than common awkwardness and anxiety of his situation, now forced herself to speak; and immediately, though not very fluently, gave him to understand that her sentiments had undergone...* —continuó Solae, por fin retomando el ritmo de la lectura, con el libro a una altura poco natural y en apariencia incómoda, pero que prevendría que pervertidos como yo volvieran a interrumpir su concentración.

—*Excellent, Miss Ariella, thank you* —dijo mister Summer, cuando Solae terminó, indicándole que podía regresar a su puesto. No hacía falta decir que luego de aquello evitó mirarme incluso

más que antes. Summer terminó de hacer unas cuantas preguntas y nos indicó que el examen sobre el libro sería la semana siguiente, dando por finalizada la clase justo antes de que sonara el timbre para el recreo.

Sentía la necesidad de darle una explicación a Solae, así que antes de que pudiera salir, estiré mi brazo para tocar su hombro, pero justo cuando se volteaba, Trinidad se interpuso entre nosotros, solo que en vez de dirigirse a ella como de costumbre, se giró hacia mí.

—Álex, ¿tienes un minuto? —me preguntó, con ambas manos apoyadas sobre mi mesa, inclinándose (demasiado) hacia mí. Me eché hacia atrás intentando ver por su costado si Solae estaba mirando, pero se había vuelto hacia Anton. Trinidad volvió a bloquearme la vista, esta vez con su rostro. Todavía esperaba mi respuesta—. *I'm sorry*, ¿acaso interrumpí algo?

—¿Qué quieres? —le pregunté cortante y me frunció el ceño.

—¿Así me tratas ahora, Romandi? —preguntó cubriéndose la boca con el dorso de su mano, simulando estar ofendida—. ¿Ahora que conseguiste todo lo que querías de mí?

—No, no. Disculpa —me apresuré en responder, dándome cuenta de que no me convenía tenerla en mi contra estando tan cerca del Tri—. ¿En qué te puedo ayudar? —le pregunté, ahora con voz más sumisa y forzando una sonrisa.

Sin decir nada más, Trinidad me tomó de la mano y me arrastró hasta su puesto. Solae, que se sentaba delante de ella, me dedicó una mirada de odio tan intensa, que podía jurar que ahora estaba más enfadada conmigo de lo que había estado después de la pelea. Luego de eso, salió de la sala junto a Anton, abrazándose a él como de costumbre.

—¡Álex! —Trinidad chasqueó sus dedos frente a mi rostro para que me girara nuevamente hacia ella—. *Here!* —dijo enseñándome dos sobres similares al de mi invitación, con la diferencia que estos tenían escrito un «+1 J» y un «+1 A» en vez de un nombre.

—Para tus amigos José Tomás y Amalia —dijo agitando los sobres frente a mí.

—Amelia —la corregí, y Trinidad entornó los ojos.

—Amalia, Amelia, *whatever*. Si es que aún te interesan, claro —añadió ahora alejándolos de mí, pero no lo suficiente, ya que se los arrebaté de un tirón y ella me sonrió, satisfecha.

—¡Estarán muy agradecidos! —exclamé. Ya había perdido las esperanzas de que Trinidad hubiese considerado también esa petición.

—Ya tendrás oportunidad de agradecermelo después —dijo, alcanzando mi mano y cerrando la suya sobre ella. Aunque mi primera reacción debiera haber sido rechazarla, no lo hice, e incluso logré sonreír fingiendo no estar absolutamente incómodo y perplejo. No quería arriesgarme a ofenderla. No ahora.

Luego de una mirada suya que no supe cómo interpretar, agradecí profundamente cuando Mica y Diego la llamaron al recreo y ella aceptó unírseles, disculpándose conmigo y saliendo junto a ellos de la sala.

—¿Primero Solae y ahora también Trinidad? —escuché a Joto burlándose detrás mío luego de

que ella se retirara. De un solo impulso me giré hacia ellos. Amelia estaba a su lado también con una sonrisa divertida marcada en sus labios—. Pero si lo que buscas es comparar, yo creo que Trinidad supera a Solae en *pechonalidad*. —Amelia lo pellizcó con fuerza. A su cara se le había borrado la sonrisa.

—Si me siguen molestando, entonces no les entrego esto —dije levantando en alto los dos sobres que contenían sus invitaciones al Tri, agitándolos tentadoramente frente a ellos. Ambos los miraron intrigados, como dos gatos hipnotizados siguiendo la luz de un láser. Al parecer aún no se enteraban de qué se trataba, así que se los extendí.

Joto miraba aquel «+1 J» del sobre como si para descifrarlo se requiriera resolver algún enigma o código secreto. Ame, por su parte, abrazó el suyo con euforia, seguramente ya adivinando de qué se trataba.

—¿Cómo es que las conseguiste, Álex? —me preguntó ella, mientras intentaba abrir el sobre con extremo cuidado para no romperlo.

—¿¡Son... son para el Tri!?! —preguntó Joto, recién cayendo en cuenta y abrió el suyo con entusiasmo. Ambos admiraron tanto la invitación como la tarjeta con sus respectivos nombres grabados en ellas.

—¿Son tan sofisticadas y hermosas! —exclamaron casi al unísono—. ¿Eso quiere decir que tú también podrás ir?

Con todo lo que había pasado, no había tenido tiempo de contarles, pero ahora que ellos también habían sido invitados, me sentía más tranquilo de actualizarlos.

—¡Eres un maldito héroe, Álex! —me felicitó Joto, golpeándome la espalda—. Ya sabía yo que no eras como los demás. ¿Pero no afectará a tu creciente nivel de popularidad que nos hayas conseguido esto a nosotros?

—No seas idiota. Sigo y seguiré siendo el mismo ser invisible de siempre.

Amelia resopló.

—Ay, Álex. Si tú siempre has sido bastante popular en nuestra clase. Es verdad que quizás nunca llegues a ser tan deseado o reconocido como Anton o Diego, ya que tú clasificas en un nivel distinto...

—¿Nivel distinto? —interrumpí, completamente anonadado.

—Sí. Tú eres de los chicos que llaman la atención por ser callados y engreídos; solo que antes apenas nos hablabas, pero ahora ¡hasta nos conseguiste entradas para el Tri! —Me costaba distinguir si lo que decía Amelia era un cumplido o una ofensa peor a ser invisible. Me inclinaba más por creer que simplemente me estaban tomando el pelo.

—Pero de ahí a decir que soy popular...

—¿Como si no lo supieras! —protestó Amelia cruzándose de brazos—. Álex, el chico misterioso, serio e intelectual. El que nos supera a todos con sus calificaciones y que no encuentra

a nadie digno de su atención o amistad. El que pretende no estar interesado en hacer deporte, cuando es de los mejores en educación física, y que además está entre los más guapos del curso...

—Sí, sí, si ya entendió —la interrumpió Joto, irritado—. Solo te faltó decirle que tú eres su fan número uno, o declararte...

—No, yo no —se sonrojó Amelia—. A mí no me gustan los chicos así... —dijo mirando a Joto de reajo con la cabeza gacha—. Sin ofender, Álex.

De ofendido nada, lo que estaba era de piedra.

—Lo importante es que cambiaste —continuó ahora Joto—. Que ahora, a pesar de tu creciente fama, sí te preocupas por nosotros, los más necesitados y olvidados —añadió para saldar el tema.

«¿Qué mierda?»

Era cierto que a pesar de casi no interactuar con nadie, nunca fui el típico blanco de bullying de nuestra clase. Y, además, tanto ahora como «A.A.» (antes de Anton), me juntaba con dos de las chicas más populares: Solae y Trinidad... ¿Pero de ahí a ser yo llamado popular? ¿Qué clase de estándares tenían las chicas? ¿Quién se encargaba de clasificar y hacer estos rankings donde comportarse como un perfecto idiota era digno de admiración? De todas formas, procesar esta nueva información era casi tan extraño como lo aceptar que Solae sí me había olvidado. Perteneían a una realidad paralela que nunca terminaría de comprender, y de la que aún no concebía ser parte.

Capítulo 36

Pensamiento recurrente

Solae

Con Trinidad entramos agitadas a la sala luego de haber subido corriendo los tres pisos de un tirón. Llevábamos unos cinco minutos de retraso, pero con alivio comprobamos que nuestro profe aún no había llegado.

Me fui a sentar a mi puesto y mientras sacaba mis cosas, con disimulo, desvié la mirada hacia Álex. No contaba con que él hiciera lo mismo. Al verme descubierta, me giré con brusquedad. Quizás demasiada.

¿Desde cuándo no sabía cómo comportarme frente a él? ¿Era acaso desde nuestro encuentro de la noche anterior? ¿Desde el castigo? ¿Desde después de la primera junta en su casa? ¿O me sentía así solo por culpa de ese maldito sueño que volvía a mi mente en repetición automática cada cinco minutos, como una canción pegada que no lograba apagar por más que intentara pensar en otra cosa?

De pronto se abrió la puerta de la sala y entró Anton saludándome como si nada, sentándose con toda la tranquilidad del mundo. El profe de matemáticas llegó justo después. No sabía si Anton siempre tenía mucha suerte o si se había encargado de que el profe no pudiera llegar antes que él. Me reí de lo ridículo de mi ocurrencia. Ya casi estaba pensando como Álex.

La primera clase y el recreo transcurrieron lentos y sin mayor novedad, salvo porque sentía a Anton un poco más distante y Álex se mostraba algo evasivo. La clase de inglés tampoco prometía ser la excepción. Ya era jueves. Se venía el Tri y era primera vez que asistiría con Anton, que siempre había tenido alguna buena excusa para no acompañarme. También era la primera vez que iría Álex y nada bueno se esperaba de esa combinación. Era obvio que esos dos no se llevaban bien, y de solo saber que la principal razón era yo, entre que se me disparaba el ego y se me intensificaba el pánico. Todos sabíamos que el Tri no se caracterizaba por ser una fiesta inocente y que sería muuy diferente asistir esta vez teniendo novio. Me revolví en mi asiento, volviendo a recordar el sueño: cómo Anton me insistía en subir a mi habitación, cómo me tocaba... ¡Aghh! Ahora que estábamos juntos era bastante probable que Anton esperara que pasara algo más entre nosotros. Era cierto que nos conocíamos desde siempre, pero como novios apenas llevábamos unos días, ni siquiera una semana. No era lo mismo, y esperaba que él lo comprendiera. Lo quería mucho, pero necesitaba más tiempo para algo así.

Y también estaba Álex. Álex poniendo en duda todo lo que sabía acerca de Anton. Álex sabiendo cosas que creía que nadie más conocía sobre mí. Álex entrometiéndose hasta en mis sueños y provocando que yo... Me agarré el cabello intentando volver mi atención al pizarrón.

—*Miss Ariella? Would you please?* —me sobresaltó la voz de *Mr. Perfect* (apodo de Trini a nuestro profe de inglés), a quien solo escuché luego de que Anton me remeciera un par de veces. Al parecer me había estado llamando a leer el libro que repasábamos. Me disculpé avergonzada y pasé al pizarrón mientras aún intentaba encontrar la página que me indicaba. Quizás por culpa del sueño algo se había desconectado dentro de mi cabeza. «Concéntrate, Solae. Concéntrate», repetía como un mantra mientras tomaba aire y me enfocaba en localizar el inicio del texto, «lo más importante es que no mires ni pienses en Anton o Álex. Así estarás a salvo».

Comencé a leer en modo automático, haciendo ligeras pausas en las que procuraba no mirar a nadie y todo fluyó bastante bien. Sí. Todo parecía ir perfecto hasta que por culpa de un celular no pude evitar mirar en dirección a Álex, a quien sorprendí muy concentrado en el acto de estudiar mis pechos con descaro.

De golpe sentí nuevamente sus manos acariciándome bajo la ropa, tal como lo había soñado la noche anterior. Inmediatamente intenté sacar de mi mente ese recuerdo, pero ya era demasiado tarde, mi cara debía brillar de todos los colores, mientras acudían muchos *flashbacks* inapropiados, poniéndome en evidencia ¡frente a toda la clase! «¡Que alguien me mate por favor!» Miré hacia mi novio esperando que no se hubiese dado cuenta o las cosas se pondrían aún más raras entre nosotros, pero para mi suerte, estaba con los ojos sobre su libro.

¿En serio? ¿O solo estaba disimulando? Igual era extraño que justo él entre todos mis compañeros fuese el único que no se diera por aludido de mi bochorno. Todos los demás me miraban en completo silencio. Para escapar, enterré mi mirada entre las letras, que ahora parecían estar escritas en chino.

«¡Ayuda!»

—*Miss Ariella? Feeling all the more than common...* —señaló Mister Perfect intentando ayudarme, y luego de un gran esfuerzo de concentración, logré por fin retomar y concluir la lectura.

Apenas el profe me excusó, regresé a mi puesto caminando casi de lado para no cruzar mi mirada con Álex. Me senté vuelta hacia Anton, quien no dio señales de haber notado lo sucedido, y así me quedé hasta que sonó el timbre del recreo. De pronto sentí como si alguien tocara mi hombro. Pensé que era Álex, pero al girarme vi a Trinidad, o mejor dicho, su trasero apuntando hacia mí, mientras su pecho se inclinaba exageradamente sobre el puesto de Álex. Para rematar, lo tomó de la mano y lo llevó como un monito entrenado a su puesto.

—¡Genial! —resoplé entre dientes, levantándome de un solo movimiento. Miré a Álex con desprecio y le pedí a Anton que saliéramos juntos al patio. Cuando a Trinidad se le metía alguien

en la cabeza, no lo soltaba hasta que fuese totalmente suyo. «Genial», repetí en mi cabeza cuando bajábamos las escaleras, mientras Anton me preguntaba si estaba todo bien.

—Sí, estoy perfecto —respondí. «¡Perfecto!» Así Álex por fin dejaría de insistir con eso de ser mi mejor amigo y todo podría volver a la normalidad.

—¿Tienes sed? —me preguntó Anton de pronto. Sin darme cuenta, habíamos llegado frente a la máquina expendedora de refrescos del primer piso.

—No, gracias, estoy bien.

—Yo te invito —dijo mientras introducía monedas en la máquina y luego de meditarlo unos segundos, seleccionaba el mismo café con leche que yo le había comprado a Álex el día anterior. Tragué saliva. ¿En serio? ¿Se había dado cuenta? ¿Desde cuándo él compraba ese café? Despreocupado y ajeno a mis pensamientos, Anton abrió la lata y comenzó a beber de ella con ganas—. ¿Segura que no quieres nada? —insistió sonriendo.

—¿Y si me das a probar? —le pedí, resignada, con voz de niña. Sin quejarse, Anton me acercó la lata. Bastó con beber un poco para confirmar que no era de mi agrado, aunque de pronto, y como si de una revelación se tratara, recordé que a Anton siempre le había gustado ese café y que yo siempre le robaba un trago solo por si alguna vez a mí también me empezaba a gustar. Bueno, por eso y porque además era la excusa perfecta para beber de su misma lata. Pero ¿por qué había olvidado algo así?

En el patio principal, divisé a Trini compartiendo junto a Mica y Diego. Sin pretenderlo, me descubrí aliviada al advertir que Álex ya no estaba junto a ella, y es que yo quería mucho a Trini, pero francamente no se la deseaba a Álex como pareja. ¡No tenían nada en común! Era seguro que ella se aburriría rápido de él y terminaría haciéndole daño.

«¿Y por qué tendría que importarme?», me reprendí. No tenía por qué preocuparme por Álex. Que terminara saliendo con ella o con quien le diera la real gana, no era de mi incumbencia. Ya estaba grandecito para cuidarse solo.

Trini, notando que la miraba de lejos, comenzó a llamarme a señas. Me disculpé con Anton para ir un rato con mi amiga.

—¡Contigo quería hablar! —me dijo colgándose de mi brazo una vez que llegué a su lado—. ¿Estás muy nerviosa? —Trini comía un helado de chocolate y me dio a probar, lo que a su manera se traducía en embutírmelo en la boca a la fuerza, sin siquiera preguntar—. Vamos, ¡mierde! —me ordenó, para luego quitármelo tan sorpresivamente como lo introdujo.

—¿Nerviosa por qué? —pregunté luego de conseguir despejar mi boca para poder hablar.

—*Oh! Come on!* ¡Por el sábado! ¡Por fin, luego de todos estos años, Anton va a asistir al Tri! ¿Eso no te dice nada? —resopló con entusiasmo.

—Sí, ¿que será mi primera vez en el Tri asistiendo con novio?

—¿Que será tu primera vez para todo, Soli! *If you know what I mean* —agregó, pícara, mientras lamía su helado—. No te hagas la tonta, que sé que lo has estado pensando.

«Si supiera...»

—No quiero pensar en eso. No sé si estoy lista —me sinceré.

—Una nunca está lista, pero ante cualquier cosa estaré yo para apoyarte. ¿O es que estás teniendo dudas respecto a Anton?

Me demoré más de lo que pretendía en responder, por lo que Trinidad tomó mi silencio como afirmación.

—*Sunny*... —Trini a veces me llamaba así cuando quería hablar de algo delicado—. Sabes que puedes contarme lo que sea —añadió sentándose conmigo en la banca que estaba detrás nuestro.

¿Había algo que contarle? No podía mencionarle los disparates sobre Anton que Álex intentaba meterme en la cabeza, y menos acerca de aquel... extraño (sí, dejémoslo en extraño) sueño que había tenido con ellos dos. No me dejaría en paz el resto de mi vida. Lo único que me aliviaba de que ahora ella estuviera interesada en Álex era que mis sospechas acerca de que le gustaba Anton se habían disipado.

—Sí, puede que esté nerviosa —concedí—. ¿Y si hablaras con Anton a la salida de clases? ¿Podrías preguntarle por qué de pronto está interesado en ir al Tri y qué intenciones tiene conmigo?

—*Of course, Sunny!* —asintió emocionada—. Déjame a mí.

Las últimas clases pasaron igual de lentas y tras el timbre que puso punto final a nuestro día escolar, Trinidad se acercó a Anton, tal como habíamos quedado, llevándose al patio. Mientras yo recogía mis cosas, vi que Álex guardaba las suyas con prisa mientras conversaba algo con José Tomás y Amelia. Los tres parecían listos para salir corriendo a algún lado.

—Álex —dije interceptándolo. Necesitaba hablar con él, aprovechando que Anton estaba abajo. A sus amigos pareció causarles gracia mi intervención y se despidieron de él con guiños y palmadas en la espalda, diciéndole algo que no escuché, pero que Álex no pareció tomar demasiado bien. Luego me miró casi con terror.

—Lo de la clase de inglés... no es lo que te estás imaginando —saltó a la defensiva y de solo recordarlo me sonrojé. No sabía qué excusa podía inventarse para ocultar lo obvio.

—No es acerca de tu interés en mis pechos de lo que quería hablarte —respondí, intentando no mostrarme avergonzada, pero al decirlo crucé mis brazos más arriba de lo que pretendía.

—No estaba mirando tus... solo intentaba... —Me miró a los ojos, para evaluar si le creía algo—. Solo quería saber si te habías puesto el collar que te regalé... —admitió en voz baja. Instintivamente me llevé la mano al cuello.

—Ah. No, lo siento —me disculpé, sintiéndome más culpable de lo que debiera. Por un momento consideré decirle que lo andaba trayendo en mi mochila, pero al final solo lo omití.

—Ya —dijo él. Parecía decepcionado, y nos quedamos callados durante un momento bastante incómodo.

—Álex... —retomé, recordando lo que quería preguntarle—. Ayer, durante el castigo

mencionaste a mi *Piggy Cute Pod*...

—*Piggy B-Pod* —me corrigió de inmediato—. ¿O es que le cambiaste el nombre?

Mi corazón dio un salto e intenté reprimir una sonrisa.

—No. Sigue llamándose así —respondí. Que me corrigiera tan seguro me había puesto inesperadamente feliz, aun cuando estaba esperando que lo hiciera. Álex me miró con cara de sospecha.

—¿Me estabas probando? —me preguntó acercándose—. Ya te dije que estábamos juntos cuando le pusiste ese nombre. ¿Qué más tengo que hacer para que me creas?

—Y entonces ¿qué significa la letra «B»? —lo desafié.

—Le pusiste *Piggy Butta Pod*. *Butta* por cerdo en japonés, pero yo te sugerí que lo abreviaras a «B» porque sonaba demasiado largo y ñoño. Y le pusiste ese nombre porque te encanta bautizar todas tus cosas. Si hasta tus cepillos de dientes tienen un maldito apodo: *Barón Cepi-Red*... ¿*Tercero*? creo que se llamaba el último que usabas. No me pillarás con algo tan fácil —concluyó desafiante, arreglando un mechón castaño que caía sobre su cara. Esa respuesta, acompañada de su expresión de seguridad y ese movimiento de cabello, me pilló tan desprevenida que tuve que hacer un esfuerzo consciente para no pensar por *enesimovigésima* vez en el sueño de la noche anterior.

—Mmm... ¿Mi comida favorita? —le pregunté cruzándome nuevamente de brazos, intentando no mostrarme impresionada.

—La pizza —dijo sin siquiera pensarlo—. Y el sushi —agregó—. Pero eso lo comes menos, porque es más caro.

—Esa era demasiado fácil. ¿A quién no le gusta la pizza y el sushi? —reclamé.

—A mí no me gustan.

—¿En serio?

—Sí, me gustan. —Se rio—. Solo te molestaba.

Me giré para que no viera que me había causado gracia.

—¿Café Mocca o Latte?

—No te gusta mucho el café, eres más de tomar té con leche —respondió sin siquiera meditarlo.

«Maldición. Es demasiado bueno.»

—¿Color de ropa interior que traigo puesta ahora?

—Fucsia.

—¿Qué?!

—¿O roja?

—¿No que no estabas mirando?! —pregunté incrédula ante su desfachatez.

—¿Para qué me preguntas si no quieres que te responda? —dijo sonrojado, mientras se rascaba de manera adorable detrás de la oreja—. Aunque en serio, no pretendía mirar...

—Si es que sabes tanto sobre mí y suponiendo que lo que dices es cierto, ¿qué clase de relación teníamos? ¿Qué tan amigos llegamos a ser?

—¿A qué te refieres? —me preguntó ahora ya sin tanta seguridad—. Éramos mejores amigos. ¿Se puede ser más que eso? Digo, ¿sin dejar de ser amigos?

—¿Éramos de esos que nos confiábamos todo? ¿Sabes entonces quién me gustaba? —Álex me miró aproblemado. Aunque no dijo nada, adiviné un «¿qué?» en su cabeza.

—Eso. Si me dices que no conocía a Anton y por lo tanto no podía ser mi mejor amigo y menos gustarme, entonces quién... —comencé a decir, pero me arrepentí enseguida al darme cuenta de que me estaba respondiendo yo misma la pregunta. Si es que en esta realidad alternativa que me proponía Álex, él era mi mejor amigo desde la infancia, entonces yo... ¿Yo tenía sentimientos por él?!

—¿Y qué voy a saber yo quién te gustaba? Nunca me lo dijiste —me respondió sin mirarme y agradecí que no se diera cuenta de las ideas locas que estaban navegando por mi mente.

—¿Qué clase de mejor amigo eras si no sabías eso? —lo reprendí—. Por lo que te conozco, te apuesto a que eras tú el que siempre me perseguía buscando ser mi amigo y que yo no te daba ni bola.

—¿Yo? —bufó Álex, y comenzó a reírse con ganas—. ¡Si eras tú la que me acosaba a mí! ¡Eras una verdadera piedra en el zapato!

—¿Ah sí? ¿Entonces para qué quieres volver a ser mi amigo? —rebatí fingiendo irritación, mientras me acercaba a él con la intención de incomodarlo (y, con eso, descubriendo que me gustaba ponerlo nervioso). Pero por la cara que puso, comprendí que era otra cosa la que lo había desconcertado aún más.

—Veo que ya se reconciliaron —escuché a Anton detrás de mí y sentí mi cuerpo tensarse. Se acercó a nosotros, aún acompañado por Trini. Por la forma en que nos miró, me di cuenta de que no era cierto que no estuviera enemistado con Álex.

—Sí... y también necesitaba preguntarle algo a Álex —dije sonriéndole con suavidad. Trini nos miraba en silencio, quizás queriendo escapar de lo tenso que se había puesto el ambiente.

Anton se me acercó cariñoso, como si quisiera besarme, pero en vez de eso, me susurró: —¿Y era necesario que yo no estuviera aquí para hablar con él? —Sentí su voz como un escalofrío y volví a recrear esa sensación similar al miedo que había sentido esa mañana. Anton retrocedió, dedicándome una cálida sonrisa que en cualquier otro momento me hubiese derretido de amor, pero que ahora me dejaba perpleja.

—No es eso... —murmuré, más bajo de lo que pretendía.

—Bueno, Álex, supongo que de nuevo nos toca a los dos limpiar este chiquero —dijo ignorando mi respuesta e ignorándome a mí. ¿Es que no me iba a preguntar si yo también me quedaría con ellos?

Sin responder, Álex regresó a su puesto a dejar sus cosas. Al parecer se le había olvidado que

le tocaba nuevamente limpiar el salón.

—¿Te quedas con nosotros, Solae? —me preguntó Álex, invitándome. Miré a Anton de reojo, molesta porque no fuera él quien lo preguntaba.

—No, muchas gracias. Tengo planes bastante más atractivos que quedarme castigada con ustedes. ¿Cierto, Trini? —le dije suplicándole con la mirada, mientras la tomaba del brazo.

—¡Sí! Iremos al mall a prepararnos para el sábado —dijo tan segura, que hasta yo me convencí de que lo habíamos acordado.

Siguiéndole la corriente, me despedí de ambos y salimos con prisa. A pesar de que había traído todas mis cosas para quedarme con ellos, luego de esa extraña actitud de Anton, lo que menos quería era estar cerca de él.

Capítulo 37

Opuestos equivalentes

Solae

Salí con Trinidad casi arrastrándola conmigo fuera del colegio. En ningún momento le dirigí la mirada, ni ella tampoco me hizo preguntas. Tácitamente las dos asumimos que el plan de ir juntas al mall se mantenía. No tenía ganas de estar sola y por suerte ella parecía animada a acompañarme.

Ya instaladas arriba del autobús que nos llevaría al centro comercial y luego de sentarnos, Trinidad rompió el silencio.

—Estás extraña, *Sunny*. *Something happened?* —me preguntó intrigada. Yo quería desahogarme, pero no se me ocurría cómo abordar el tema sin tener que contarle todo lo que estaba en mi cabeza.

—¿Qué es lo que te gusta de Álex? —le contrapregunté luego de un silencio, mirando por la ventana hacia afuera.

—¿De Álex? Pensé que me preguntarías sobre mi conversación con Anton —me respondió confundida—. No lo sé, solo me gusta. ¿Por?

—¿Podrías por favor ser más específica? —le pedí mirándola a los ojos—. ¿Por qué, luego de todos estos años, recién ahora te fijas en él?

—Definitivamente estás muy rara —repitió—. *Who cares?* Tú también, después de ser amiga de Anton durante toda una vida, recién ahora lo tienes de novio.

—¿Verdad que sí? ¿Por qué recién ahora está pasando todo esto? Siento que algo muy extraño sucede entre ellos dos.

—¿Algo extraño entre Anton y Álex? —me preguntó.

—Sí. Como si hubiese una especie de conexión entre ellos.

—¿Acaso estás sugiriendo que ellos... —Se acercó a mi oído antes de continuar hablando— ...son gay? —susurró.

—¡Nooo Trini, no así! —reclamé riéndome y empujándola por boba—. No sé cómo explicarlo, pero es como si tuvieran varias cosas en común. Es como si ellos dos fueran... —No me atrevía a mencionar la idea en voz alta, ya en mi mente sonaba demasiado ridícula.

—¿Como si fueran la misma persona? —me preguntó casual y la miré desconcertada. ¿Acaso estaba de acuerdo?

—¡No me mires así, como si pudiera ser cierto! —me dijo riéndose de lo seria que me había puesto y me frotó la cara con suavidad—. Pero no te niego que a pesar de que aparentan ser totalmente opuestos, sí he sentido algunas de esas similitudes. Estoy convencida de que ambos emanan el mismo tipo de feromonas.

—¿Feromonas? ¿En serio me vas a hablar de feromonas? —pregunté alucinada. Trinidad era increíble.

—Soli... digo *Sunny* —comenzó, reacomodándose en su asiento y aclarando su garganta—. Ya que estamos sincerándonos y que tú eres *my BFF*, mejores amigas *forever and ever* y todo eso... —Hizo una pausa mirando hacia afuera para comprobar en dónde íbamos y continuó—. Antes. No ahora, sino antes de que fueras novia de Anton... yo también sentía cosas por él.

Trini me miró para comprobar mi reacción, pero al ver que no hice amagos de querer asesinarla, continuó:

—Pero como te respeto mucho, y ahora que Anton está oficialmente ocupado por ti, comencé a sentir que Álex reemplazó ese lugar rápidamente en mi corazoncito. No sé cómo ni cuándo ocurrió exactamente, pero es como si todo lo que sentía por Anton lo hubiese traspasado a Álex. Es como si Álex...

—Como si Álex fuese equivalente a Anton... —completé envuelta en una especie de trance, y Trinidad quedó mirándome, con recelo.

—No. Bueno, sí. Algo así —dijo levantando una ceja mientras lo evaluaba, no sé si convencida del todo—. Pero, Soli, ¿ahora sí me vas a explicar a qué vas con todas estas ideas raras? Cualquiera diría que ahora te interesa Álex...

—¡No seas tonta, Trini! Yo estoy con Anton —le respondí de inmediato.

—Eso no contesta mi pregunta. ¿Te gusta o no? —insistió.

—¡Señor, pare aquíiii! —le grité al chofer con energía, levantándome de golpe del asiento al darme cuenta de que nos pasábamos de nuestra parada—. ¡Y no, Trini, no me interesa Álex! —le grité luego sin querer. Acto seguido, y al ver que Trini no se movía, me crucé por sobre su asiento haciéndome camino hacia el pasillo.

—Sabes que existen los timbres para anunciar el paradero, ¿no? —me reclamó, levantándose detrás de mí con la cabeza gacha, avergonzada de que todos se nos quedaran mirando.

El autobús se detuvo y antes de bajarnos, le di a gritos las gracias al chofer, cosa que Trini también reprobó, y nos devolvimos caminando hasta la entrada del centro comercial.

—Soli —me llamó ella luego de algunos minutos de silencio—. ¿Te molestó lo que te confesé acerca de Anton? —En su voz había un dejo de preocupación.

—No, para nada, Trini —le respondí sonriéndole para tranquilizarla. En cierta forma me había aliviado que fuese sincera conmigo acerca de algo que ya sospechaba. Luego desvié mi mirada hacia las vitrinas, sin ponerle atención a nada en particular.

—Bueno. A mí también me deja más tranquila que no te interese Álex. Es que últimamente

pareces muy unida a él —me dijo de pronto y la miré sorprendida y sin saber qué decir. Al ver mi cara continuó.

—De eso hablamos también con Anton. Él me dijo que te notaba muy cercana a Álex y me preguntó si sabía algo al respecto.

—Ah... ¿Dices que por eso que estaba tan raro conmigo hoy? ¿Era porque estaba preocupado?

—Álex le pegó a tu novio y sin embargo hoy hablabas con él como si fueran los mejores amigos. No puedes culpar a Anton por estar celoso o, cuando menos, raro —me respondió.

«¿Anton celoso de Álex?», pensé mientras pasaba mi mano por entre una fila de ropa colgada en una de las tiendas a la que habíamos entrado al azar.

—Anton me dijo que no tenía sentido seguir peleada con él. Además es Álex el que insiste en hablar conmigo. A veces puede ser muy persistente... —respondí mientras simulaba estar interesada en buscar el precio de una de las prendas, pero apenas lo encontré, solté la etiqueta como si quemara. Era una cifra con bastantes más dígitos de los que podría llegar a pagar.

—Ahá. ¿Y qué tanto quiere hablar contigo Álex? —me preguntó buscando mi mirada.

¿Era acaso el momento de contarle todo a Trinidad? La guié fuera de la tienda, para volver a los pasillos principales del centro comercial, donde se escucharía menos nuestra conversación.

—Álex me dice que desconfíe de Anton. Que puede que me esté ocultando algo —le dije en voz baja.

—¿Que desconfíes? ¿Y por qué le harías caso a él antes que a tu novio? A Álex apenas lo conocemos...

«Apenas lo conocemos y tú ya estás prendada de él», me hubiera gustado reprocharle. Hasta que recordé nuevamente mi sueño y luego de ponerme roja, opté por quedarme callada.

Me di cuenta de que seguir insistiendo o profundizar en las teorías de Tam y Álex era una pésima idea y además me arriesgaba a ser tildada de loca por mi mejor amiga. Yo misma no terminaba de convencerme de que Álex no tuviera algún problema de contacto con la realidad y mi hermana un coágulo atorado en su cabeza.

—Tienes razón. Y no es que desconfíe de Anton —aclaré—. Es solo que su actitud hoy conmigo igual me hizo sospechar que podría estar ocultándome algo...

—¿Qué cosa te podría ocultar? Son amigos de toda la vida y ahora que por fin están saliendo comienzas a sospechar cosas raras de él.

Asentí pensativa.

—Lo que a ti te pasa, Soli, es que te mueres de nervios por lo del sábado y por eso andas buscando excusas para no acostarte con Anton —dijo sin rodeos, apoyando su mano sobre mi hombro—. Pero, *Sunny*, siempre puedes contar conmigo. Puedo decirle que la suite que reservé para el Tri ya no está disponible.

—¿La suite? —pregunté confundida.

—Sí, la suite... *Dang!* —exclamó llevándose una mano a la boca—. Anton me pidió que no te

dijera nada para que fuera una sorpresa, pero te veía tan preocupada al respecto que creí que debías saberlo. *Sorry, Sunny*, parece que te hice *spoilers*.

—¿Qué? ¡Pero es que ni siquiera hemos conversado sobre el tema! —exclamé molesta y con ganas de quebrar algo. Si Anton quería sorprenderme, ¡vaya que lo consiguió! ¿Así que él planeaba llevar todo al siguiente nivel sin siquiera consultarlo antes conmigo? ¿Pero quién se creía!?

Agarré mi móvil con furia y marqué a Anton a pesar de los esfuerzos de Trini por impedírmelo. Me suplicaba que por favor no le dijera nada. Él no tardó en contestar.

—¿Sí, mi Sol? —respondió al otro lado de la línea, con su voz dulce y cariñosa. Escucharlo siempre me bajaba las revoluciones y esta vez me pilló desprevenida. De pronto sentí que ya no era tan buena idea discutir este tema por teléfono, sobre todo considerando que él aún estaba con Álex.

—¿Les queda mucho para terminar, amor? —me oí preguntándole en un tono inesperadamente calmado y empalagoso. Trinidad me miró con desconcierto, gesticulando un *What the heck?*

—No diría que nos queda mucho, pero si me necesitas junto a ti, puedo encargarme de que Álex termine solo —me respondió.

«No, ¡no te necesito!», quería decirle. En ese momento no quería nada con él. Pero no podía decírselo por teléfono, no quería que Álex se enterase.

—No es necesario. Mejor avísame cuando terminen y de ahí hablamos —dije y colgué sin esperar su respuesta.

—¿Qué vas a decirle, Soli? No creo que Anton haya querido pasarte a llevar, ni que planeara hacer nada sin tu consentimiento —intentó calmarme Trinidad—. Tampoco es que sea algo tan grave...

No era solo el hecho de reservar una suite sin consultarlo antes conmigo lo que me enfurecía. Estaba convencida de que algo más me estaba ocultando, y eso no podía sacármelo de la cabeza. Intenté recordar más o menos lo que me había dicho Álex:

Si tienes la más mínima duda de que Anton oculta algo o de que nosotros dos fuimos amigos, por favor dame tiempo. Intenta hacer que él llegue más tarde e intentaré convencerte de que tengo razón.

Las palabras de Álex, las advertencias de Tam. Ambos me pedían desconfiar de Anton. Mi instinto también me sugería ir con cautela, y ahora también Trini me revelaba algo que lo bajaba de su pedestal.

—¿Qué crees que debería hacer? —le pregunté, abatida.

—Yo creo que debes relajarte un poco y escoger algo bien sexy que ponerte para mi fiesta. No por Anton sino por ti. Y por supuesto debes ayudarme a escoger qué me pondré yo para conquistar

a Álex. ¿Sabes qué tipo de cosas le gustan? —dijo rodeándome con su brazo y llevándome con ella a una de sus tiendas favoritas de ropa.

A pesar de que Álex parecía conocer todo sobre mí, me daba cuenta de que no era mucho lo que yo sabía sobre él. Sabía que le gustaba leer, que no le gustaba la cerveza, que le gustaba el mismo café que a Anton, la misma serie de TV que veíamos juntos; al parecer también la pizza, el sushi y... mis pechos. Se me escapó una leve risa nerviosa al recordarlo.

—¿De qué te ríes? —me preguntó curiosa—. Sí sabes lo que le gusta, ¿verdad? Y no me quieres decir.

—Yo creo que para variar podrías probar usar algo no tan provocativo —le dije examinando la ropa que estaba a mi alrededor. A continuación agarré un vestido estampado con cuello cerrado y se lo pasé. Trinidad lo tomó con recelo y sin mirarlo lo lanzó, casi con asco, encima de uno de los percheros.

—Parece que soy yo la que debe ayudarte a ti a vestirte. No pensarás ponerte uno de tus atuendos de niña buena, ¿verdad? Eso podría calentar a algún viejo verde en una plaza, pero no te servirá para el Tri —dijo mientras me guiaba hacia ropa que claramente brillaba mucho más y tapaba mucho menos—. No te preocupes, que yo te lo pago.

«¿Qué tenían de malo mis vestidos?». Igual me reí de su comentario y de imaginarla vistiéndose con mi estilo y yo sus transparencias y escotes. Como teníamos bastante tiempo y ella se ofreció a regalármelo, dejé que me recomendara lo que ella quisiera, incluidas sus indecencias, lo que también me sirvió para distraer mi loca cabezota.

Luego de una relajante sesión de compras que logró disminuir mis preocupaciones, fuimos a tomarnos un helado que esta vez invité yo como agradecimiento simbólico, ya que mi amiga millonaria no tendría problemas en pagarse la heladería completa si ella quisiera. Estaba feliz terminando de comerme mi barquillo, cuando sentí que alguien me abrazaba repentinamente por la espalda.

—¿Anton?! —Me giré sorprendida al verlo detrás de mí—. ¿¿Qué haces acá!? ¿Y el castigo? ¿¿Y Álex?», me hubiera gustado agregar, pero preferí omitirlo.

—No te preocupes, está todo en orden —dijo calmado, aún abrazándome cariñoso.

—¿Pero ya terminaron? —pregunté mirando la hora—. Ayer a estas alturas todavía estábamos limpiando y éramos tres...

—Está todo bien, Sol. No te preocupes que ya quedó todo listo y no dejé a Álex abandonado —susurró ahora en mi oído, abrazándome con más fuerza. Me sonrojé.

—No estaba preocupada por Álex —salté a la defensiva.

—Claro que no —me dijo besando mi mejilla. Volví a recordar el sueño. No me podía concentrar en mantenerme enojada. «¿Por qué eres así, Solae?»

—Estoy molesta contigo —mascullé, corriendo mi cara hacia el lado opuesto, intentando soltarme de su abrazo.

—Sí, muy molesta —repitió él, sonriendo.

—¡Hablo en serio! —rebatí girándome hacia él.

—Lo sé, amor. Por eso vine —me dijo ahora hablándome de forma paternal. Me sorprendí al verme domada por una mirada comprensiva y su rostro perfecto que tanto me gustaba.

—Perdóname, Sol. Sé que en el fondo te hubiese gustado quedarte a ayudarnos, pero no quería que te cansaras innecesariamente como ayer. ¿Quieres que vayamos juntos a comprarte algo lindo? Además creo que hay algo que tenemos que conversar...

De pronto ya no me sentía tan segura de mi enojo. Trini tenía razón, Anton no había hecho nada malo y seguramente quería hablarme sobre eso. ¿Por qué sabía siempre cómo desarmarme? Maldición.

Miré a Trinidad dándome cuenta de que la había dejado de lado. Pero ella me sonrió.

—No se preocupen por mí, estoy segura de que tienen «mucho que comprar». —Se despidió de nosotros con un beso en la mejilla, me susurró un «hablamos luego» acompañándolo de un gesto con su mano y se alejó, dejándonos solos.

Volví mi mirada a Anton y me vi sumergida en sus profundos ojos claros, preguntándome a dónde me llevaría esta conversación con él.

Capítulo 38

Gran hermano

Alex

Hoy era uno de esos días en que mi madre estaba en la casa y se levantaba temprano, haciendo que conseguir seguir durmiendo resultara toda una proeza. Eran las 7.38 de la mañana de un sábado que prometía ser muy largo, así que me preparé mentalmente y bajé a la cocina a servirme un buen desayuno, para ver si luego podía seguir durmiendo.

—¡Álex! ¡Estás despierto! ¿Vas a desayunar conmigo, mi pollito? —me preguntó mi madre mientras sacaba cosas del refrigerador. Parecía estar tan contenta de verme, que reprimí un reproche por lo del sobrenombre.

—Claro —respondí encogiéndome de hombros. Y bastó con eso para que pusiera un puesto extra en la mesa, metiera más pan a tostar y fuera entusiasmada a buscar algo al mueble de arriba de la despensa. Al ver que no conseguía alcanzarlo, me acerqué a ayudarla. Aunque no dijo nada, me miró con cara de sorpresa, llevando su mano hacia el pecho en incredulidad. Preferí no hacer comentarios.

—Es el paquete que está ahí al fondo. Sí, ese —me iba indicando. Hasta que alcancé un envase de galletas importadas, bañadas en chocolate que se veían bastante apetitosas—. Las compré para alguna ocasión especial —me dijo sonriente—. Compartámoslas.

—Pensé que no comías cosas tan calóricas —dije, interpretando que por ocasión especial se refería al curioso hecho de que tomaríamos desayuno juntos.

—Que sea profesora de yoga no significa que haya hecho un pacto de celibato con la comida, amor —aclaró preparando algo en el mesón y cortando unas rebanadas de queque. Mientras tanto, me senté en la mesa y comencé a revisar mi celular (costumbre que había adquirido desde que tenía redes sociales), pero por la hora y el día, aún no había mucha actividad.

—Y bien, ¿qué tienes para contarme? —me preguntó dejando el pan caliente y el queque sobre la mesa, mientras trataba de mirar de reojo hacia mi móvil, justo cuando revisaba el perfil de Solae.

—Nada especial. Todo bien —mentí poniendo la pantalla boca abajo y levantándome para servirme café de la máquina—. ¿Café? —le ofrecí.

No eran muchas las ocasiones que pasaba con mi madre, y menos en las que ella se interesaba

realmente en saber sobre mí. Al ver su celular cargando sobre el mesón, sospeché el motivo. Ya me habían extrañado sus repentinas ganas de interactuar conmigo.

—Has estado llegando más tarde —me comentó, luego de aceptar mi ofrecimiento de café. ¿Se había dado cuenta? Maldita Paula y su bocota. Seguramente ella le había contado sobre el castigo.

—Hmm... —gruñí. No sabía qué tanta información manejaba.

Mi madre solo se limitó a mirarme como si me estuviera analizando. Saqué una galleta de chocolate para hacer algo con mis manos y tener una excusa para no poder hablar.

—Entonces no hay nada que quieras contarme... —continuó, sin perder el buen ánimo, dándole un sorbo a su café.

—Hoy iré a una fiesta —solté sin darme cuenta y me arrepentí enseguida. Explicarle lo que era el Tri podría ser un problema peor que lo del castigo.

—¡Una fiesta! ¡Pero qué maravilloso! ¿Irás con tu amiga Solae? —preguntó con real entusiasmo y me quedé de piedra. ¿¡Qué!?! ¿Mi mamá aún recordaba a Solae? Ni se me había ocurrido preguntarle, pero tenía todo el sentido del mundo si no había visto a Anton. Ni siquiera creí que estuviera pendiente o le interesara con quién me juntaba en absoluto.

—Recuerdas a Solae?

—¿A Solae? Pero por supuesto que sí, pollito, si es tu mejor amiga de la vida —afirmó con seguridad, sorprendiéndose por mi pregunta. Luego, como si recordara algo, comenzó a reírse—. Cuando ustedes eran pequeños, te pasabas persiguiéndola y acariciando su cabello. Me decías que ella te gustaba mucho. —Sonrió—. Claro, después te llegó la edad del pavo, en la que sigues ahora, comenzaste a hacerte el tonto interesante y me negabas que te siguiera gustando. Pero es bien difícil creerte cuando la sigues viendo casi todos los días después del colegio, ya sea acá o visitándola en su casa.

—¿¡Que yo qué?! ¿¡Que le acariciaba el pelo?! —pregunté muriendo internamente de la vergüenza. No recordaba haber hecho algo así, en absoluto.

—¡Ay, sí! Ojalá te hubiese grabado haciéndolo, ¡eras tan tierno! Y hasta le decías que lo tenía muy lindo. Pero después, quién sabe por qué, empezó a llevarlo siempre amarrado —dijo pensativa, echándole mermelada a su pan tostado.

Definitivamente no recordaba andarle tocando el pelo a Solae, pero sí de golpe tuve el recuerdo de haberle dicho en más de una oportunidad que su cabello estaba siempre muy desordenado y que mi comentario no le agradara demasiado.

—Me alegro que de nuevo decidiera llevarlo suelto. Lo tiene hermoso y le viene perfecto a su *look* tan femenino. Me gustó mucho también su último vestido floreado... —agregó.

Escupí un chorro de café.

—¿¡Cómo es que la viste!?! —pregunté sobresaltado. Sabía que mi madre hacía bastante tiempo no se encontraba con Solae y eso debió haber sido antes de que Anton le borrara la memoria, y la única vez que la vi con vestido floreado recientemente, fue durante la fiesta que hice a escondidas

en la casa. La miré con sospecha, pero se limitó a darle un sorbo a su tazón de café, girando su cara hacia otro lado. Con temor comencé a revisar las paredes y hacia el techo en busca de alguna cámara oculta.

—Que no esté presente no significa que no me preocupe por la seguridad de mis hijos. —Me sonrió, encogiéndose de hombros a modo de disculpa.

—¿¡Acaso pusiste cámaras!?! —pregunté incrédulo y totalmente aturdido.

—¿Pues qué esperabas, pollito? ¿Me crees tan mala madre como para dejarlos solos en la casa sin seguridad alguna? Tengo una aplicación muy buena para monitorear los sectores más vulnerables de la casa...

¡No podía creerle a mi madre! Recordé la junta y todo el alcohol que había sacado sin su permiso... haber bailado con Solae y haber estado a punto de...

Rubbish! ¡Quería matarme! Estaba seguro de que ni Paula sospechaba de que estábamos siendo espiados en nuestra casa ¡por nuestra propia progenitora!

—Entonces... —pregunté con miedo, ocultando la cara entre mis manos.

—Sip. Lo vi todo —admitió sin ninguna vergüenza—. Y también vi cómo ese otro chico rubio te arruinó el momento con Solae, en la pequeña e inocente reunión que organizaste en mi ausencia.

Comencé a hundirme lentamente en mi asiento sin saber qué responder. No quería ni imaginar qué otras cosas había visto mi madre. *Oh-my-God*. Si Paula era chismosa, ahora sabía de quién lo había heredado.

—No te sientas tan mal. No estoy enojada por lo que hiciste. Además fui yo quien procuró que tuvieras hartos de alcohol para atender bien a tus amigos. Aunque debo admitir que pensé que serían más. Me alegro que mordieras la carnada de «no vayas a hacer ninguna fiesta en mi ausencia». Siempre funciona —dijo riéndose.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Paula aún medio dormida uniéndose de pronto a la conversación. Nunca supe en qué momento había entrado a la cocina. No esperaba verla tan temprano.

—¡Absolutamente nada! —gruñí hundido en mi asiento. «Es solo que nuestra madre nos ha estado espiando a través de cámaras ocultas por toda la casa», me hubiera gustado decirle, pero rápidamente comprendí que era el tipo de información que me convenía mantener en secreto para usarla en mi favor si resultaba necesario.

—Aún no me respondes si irás a la fiesta con Solae, pollito —insistió mi madre, luego de saludar a mi hermana, quien tras buscar un plato y tazas para ella, se sentó con nosotros.

—¿Qué fiesta? ¿¡No me digas que finalmente te invitaron al Tri!?! —saltó Paula incrédula, pero apenas miró a mi mamá bajó sus revoluciones—. Digo... ¿Vas a ir al cumpleaños de Tri... Trinidad? —carraspeó, más calmada, sacando unas cuantas galletas de chocolate.

—¡Sí! Eso me estaba contando. Y al parecer irá con su «amiga» Solae. —Paula se abstuvo de

vociferar su sorpresa, mirándome con los ojos y la boca bien abiertos. Sacudí mi mano a modo de señal para que no hiciera comentarios.

—Sí, Solae irá a la fiesta. Pero eso no significa que yo vaya con ella como pareja —aclaré.

—Detalles —comentó mi madre—. Lo importante es que esta vez te espables y la beses antes de que ese otro chico te la termine de quitar por completo. —Los ojos de Paula parecían hacer esfuerzos por abrirse más allá de lo humanamente posible. Hasta podía escuchar «Exijo que me cuentes de qué mierda están hablando».

—Demasiado tarde para tus consejos... Anton ya es el novio de Solae —dije sin mirarlas.

—Detalles —repitió, sonriendo complacida, y Paula ya no se aguantó más.

—¿¡Le admitiste a la mamá que te gusta Solae, pero a mí no!?! —preguntó mi hermana, ofendida.

—¡No he admitido nada y ya basta de Solae! —Me levanté golpeando la mesa, intentando no mostrarme nervioso. Cogí la taza para tomarme mi resto de café y me dirigí hacia el lavaplatos.

—Paulita, ¿por qué no acompañas a tu hermano a comprarse ropa para la fiesta? Un corte de pelo de esos que están de moda tampoco le vendría mal. Les dejaré dinero para que tú también te compres alguna cosita. —Al girarme vi cómo el rostro de mi hermana se iluminaba, para volver a ensombrecerse de manera casi instantánea.

—Mamá, ¿realmente crees que Álex va a aceptar ir de compras conmigo? —comentó abatida.

Recordé la mención de Joto y Ame sobre que yo era algo popular, pero definitivamente aquello no aplicaba a mi estilo en el vestir, ya que en el colegio todos usábamos el mismo uniforme. Ir a una fiesta sería algo totalmente distinto y no recordaba tener nada que me sirviera para la ocasión. Recordé la ropa de Anton y en cómo Solae se había quedado mirándolo embobada.

—No me vendría mal comprarme algo de ropa —admití con la cabeza gacha, después de terminar de lavar mi taza.

—¿¡En serio!?! —me preguntó Paula sorprendida. Pude ver cómo mi madre sonreía mientras juntaba ambas manos ilusionada, como si por fin se le acabara de cumplir un deseo. Yo, por mi parte, asentía resignado.

Terminamos el desayuno familiar, que a pesar de todas esas recriminaciones y revelaciones que hubiese preferido no recibir, fue el más agradable que había tenido en años. Mi mamá recordaba a Solae y a pesar de sus ausencias eternas y su aparente descuido, sí estaba preocupada (a su manera muy especial) por nosotros dos. Tan en armonía estábamos, que hasta me ofrecí para recoger y lavar las cosas, lo que provocó que las dos me hicieran bromas.

—Yo ahora me tengo que ir, mis amores —nos dijo mi mamá ya camino a la puerta y luego se acercó a darme uno de sus abrazos efusivos que incluían besos hostigosos, de esos que le dan las abuelas a sus nietos—. Espero que todo salga bien en tu fiesta. Juégatela por esa niña, que siempre me ha gustado para ti —agregó apretándome contra ella. Esta vez, en lugar de rechazarla, decidí dejarla ser.

—Gracias, Ma... —le dije, abrazándola brevemente de vuelta, esperando sinceramente que sus

buenas vibras y deseos me ayudaran a superar el gran día que se venía por delante.

Capítulo 39

Fashion Emergency

Álex

—¡Lo siento, Álex, pero no puedo permitir que te pongas eso! —me dijo Paula quitando de mis manos las prendas que había escogido y tirándolas (sin ninguna consideración por las vendedoras) encima de otra ropa que estaba en exposición—. Si quieres conquistar a Solae, no puedes ir vestido con cualquier cosa.

—¡No son cualquier cosa! ¡Y deja de decir que hago esto por Solae! —reclamé mientras intentaba recuperar una de las camisetas que me habían gustado, pero Paula me bloqueó el paso.

—Si aceptaste que te ayudara, debes confiar en mí —dijo mirándome enojada, con ambas manos en su cintura—. ¿O es que ya no te gusta el corte de cabello que te escogí?

Con Paula habíamos tenido una discusión similar un poco antes, en la peluquería, cuando intentó convencerme de escoger entre varios cortes de ídolos pop como referencia para la estilista. Fui afortunado de que la chica escuchara mis súplicas y lograra una interpretación no tan literal y más sobria del estilo elegido. El resultado nos dejó satisfechos a todos, lo que mi hermana tomó como evidencia de que tenía que dejar las decisiones estilísticas en sus manos.

Suspiré con resignación y Paula sonrió, guiándome con entusiasmo hacia otro sector de la tienda.

Allí me tuvo un rato de pie, mientras comenzaba a cargarme con varias prendas que ella iba escogiendo. Estuve tentado de devolver algunas mientras ella no miraba, pero bastó con un solo intento para ser descubierto y ganarme una reprimenda.

Luego de negociar un par de tenidas, hasta (por fin) ponernos de acuerdo, Paula me acompañó al probador y se quedó esperándome afuera, exigiéndome que se las modelara.

Mientras intentaba embutirme un pantalón ultra ajustado, pero que decía ser de mi talla, fue que noté que Paula deseaba vestirme como uno de sus actores de telenovela coreana que tanto le gustaban. Estuve a punto de abortar misión, pero respiré profundo, dándole una oportunidad a la tenida completa. Luego de terminar de ponerme todo, salí a mostrarle el resultado.

Paula me quedó mirando con la boca abierta y tan sonriente que pensé que en cualquier momento se echaría a reír a carcajadas.

—¡Wow! ¡Álex! ¿En verdad eres tú? —exclamó, impactada. La tenida consistía en un pantalón negro ajustado, una polera con cuello en v, también oscura, encima una chaqueta delgada negra y

zapatos a juego—. ¡Es que pareces un modelo! ¡No puedo creer que nunca antes te hubieras sacado provecho! —añadió, cubriéndose la boca y sin poder contener una risa.

—Si vas a burlarte, mejor dejémoslo hasta aquí —me quejé, haciendo amago de regresar al probador, pero Paula me detuvo, reteniéndome del brazo.

—No seas idiota, Álex. ¡Te ves muy bien! Hasta te diría que estoy lamentando que seas mi hermano —dijo tirándome de la chaqueta para atraerme hacia ella y me miró con picardía.

—¡Ewww! —exclamé retrocediendo. Paula se rio fuerte y me soltó. También me reí con ella. En el fondo, agradecí que lo de verme bien no fuera broma, porque tenía que admitir que igual me gustaba como me quedaba el atuendo.

—¿Tienes hambre? —le pregunté de pronto, mientras hacíamos la cola para pagar en la caja—. Si quieres, después de que compremos algo para ti, te invito a almorzar... —dije tratando de sonar lo más casual posible.

Paula me quedó mirando como si estuviera ante un fantasma, paralizada y sin responder. ¿Por qué tenía que ser siempre tan sobreactuada para sus cosas?

—La oferta expira en diez... nueve... ocho... —comencé a contar.

—¡Sí, sí, quiero! —dijo dando un salto con genuino entusiasmo. No creí que la hiciera tan feliz algo así de básico, pero igual me hizo sonreír, mientras llegaba nuestro turno para pagar.

Contrario a lo que suponía, Paula fue mucho más rápida que yo en elegir algo para ella, y luego de habérse nos agotado el dinero para las compras, nos dirigimos al patio de comidas del centro comercial.

—¿Seguro que te sientes bien? —me preguntó por tercera vez, mientras ponía su bandeja de comida sobre la mesa—. ¿Seguro que no te vas a morir pronto y estás enmendando cosas y aprovechando tus últimos días de vida?

—No, Paula. Y si me preguntas de nuevo, nunca más te invito a nada —refunfuñé, mordiendo una papa frita.

—Es que no me refiero solo a tu generosidad. ¿Tú yendo a una fiesta? ¿Al Tri!? ¡Y por Solae! —Hizo una pausa para darle un sonoro sorbo a su refresco.

—Nunca dije que fuera por Solae...

—¡Es que me matas de la envidia, Álex! —continuó, ignorando por completo mi reproche—. Tienes que prometerme que participarás de al menos una actividad. Que no te quedarás parado en una esquina como un *creepy* asocial —añadía mientras atacaba a mordiscos su pollo frito.

Si a «actividad» le llamaba a emborracharme o drogarme hasta perder el control o ir liándome con gente extraña, no estaba muy seguro de querer hacerle caso. Mi pensamiento debió verse reflejado en mi cara, ya que me devolvió una expresión de reproche.

—¡Ay, Álex! Por una vez en tu vida intenta divertirte. Hazlo por mí, que yo no puedo ir —me pidió. Paula hacía pausas para tragar, pero no esperaba a tener la boca vacía para continuar hablando—. Nadie va a juzgarte si por fin dejas de sobreanalizarlo todo y te dejas llevar un poco

por tus impulsos más primitivos —añadió sugerente, apuntándome con el hueso a medio comer. Sabía perfecto a lo que se estaba refiriendo.

Le hice una mueca de negación y me concentré en terminar de comer, pensando en que no tenía nada de malo planificar bien las cosas antes de actuar. Por otro lado, seguía sin saber si Solae siquiera consideraría mi petición. Que llegara más temprano y sin Anton evitaría que él tuviera tiempo de borrarle la memoria a todos, incluyendo a Natalia, quien era ahora mi único y último recurso para hacerla recordar. No. Yo no iba al Tri a divertirme, iba a impedir que Anton cumpliera su amenaza de quitarme a Solae, y como no tenía ni la más mínima pista de cómo pensaba conseguirlo, al menos debía conservar la cabeza fría para averiguarlo.

Finalizado nuestro almuerzo, y luego de comer un helado, decidimos volver a la casa a descansar. Yo aún tenía algo de sueño por haber madrugado y estaba claro que con el Tri no habrían posibilidades de volver temprano a la cama. Antes de irnos, Paula me pidió que me detuviera un momento y con su celular comenzó a hacernos un video.

—Hoy, mi hermano favorito me invitó a almorzar —comenzó a decir, riéndose—. Me dejó vestirlo ¡y hasta se veía guapo! Quiero que quede registro de que esto en verdad sucedió.

—Soy tu único hermano, Paula —protesté—. ¿Y a quién piensas enviarle eso?

—A nadie. Es para mí —dijo revisando cómo había quedado la grabación. Me lo mostró complacida—. Esto no pasa muy seguido —añadió sonriente y de alguna forma me sentí conmovido. Luego de meditarlo un momento, yo también saqué mi móvil y acerqué a Paula a mi lado.

—Sonríe —le indiqué encuadrándonos en mi pantalla para tomar un par de selfies de nosotros dos.

—¡Porfa, envíamelas! —me pidió emocionada.

—Después —le prometí.

—¡No! Tiene que ser ahora —me insistió—. Para comprobar que es real. Seguro que si espero hasta mañana, luego te arrepientes, se te olvida o se te borran y será como si esto nunca hubiese sucedido —se explicó, riéndose.

Más que molestarme la ironía en su comentario, su observación me provocó un repentino escalofrío. Mientras bajábamos en silencio las escaleras mecánicas hacia la salida, y revisaba las fotos, no pude evitar tener un mal presentimiento de lo que me esperaba esa noche.

Capítulo 40

El Tri

Alex

—¡Woooo! —exclamó Joto, pasmado y con la boca abierta frente al portal de Trinidad, sin animarse aún a tocar el timbre—. Había escuchado que esto sería enorme, pero es...

—... Impresionante —completó Amelia y yo solo asentí, sintiéndome algo intimidado ante tan descomunal residencia. Quizás el hecho de que fuera de noche hacía aún más potente la sensación de que la propiedad parecía no tener fin.

Luego de identificarnos en la reja de ingreso con nuestra cédula de identidad, invitación y tarjeta frente a un imponente guardia de seguridad —que estoy seguro verificó hasta nuestro historial de navegación en internet—, finalmente se nos permitió ingresar.

El antejardín rodeado de árboles y vegetación era asombroso. La mansión de Trinidad se divisaba a lo lejos, al final de un sendero de piedra que se abría ante nosotros y que estaba tenuemente iluminado a los costados por pequeñas lámparas de papel.

—¡Esto es demasiado romántico! —exclamó Amelia adelantándosenos, y se emocionó aún más al notar que a nuestra derecha aparecía una gran fuente de agua con cascadas multicolores que iban iluminando los setos vivos que la rodeaban.

Nos detuvimos un momento para contemplarla. El espectáculo era realmente sobrecogedor. Le di un codazo disimulado a Joto para que aprovechara la oportunidad de acercarse a Amelia, a lo que respondió con timidez, disminuyendo apenas un par de centímetros la distancia entre ellos.

«Claro —pensé—, Joto se las daba de *playboy* para dar consejos de conquista a los demás, pero cuando se trataba de él, se comportaba como un pobre cachorrito asustado.»

Mientras retomábamos nuestra caminata, imaginé a Solae esperándome al final del camino, de brazos cruzados y reclamando por haber llegado más tarde que ella. Sonreí ante la imagen en mi mente, pero al llegar al final, la realidad me restregó de golpe que Solae no solo no estaba ahí, sino que además era muy probable que tampoco estuviera dentro. De solo pensar en que llegaría tarde como siempre o abrazada de Anton, sentí una fuerte sensación de angustia.

—Buenas noches —nos saludó ya en la puerta una mujer muy amable—. Sus tarjetas, por favor.

Mientras revisaba nuestros documentos, otro guardia de aspecto amenazante nos hizo pasar por un detector de metales, supongo que para asegurarse de que no lleváramos algún revólver, machete, una motosierra... no sé, ese tipo de cosas que uno suele llevar a un cumpleaños escolar.

Luego de convencerse de que solo representábamos riesgo de ser demasiado aburridos, nos pusieron los brazaletes y —por fin— nos permitieron ingresar a la casa.

Cruzar el umbral de la puerta de entrada fue como entrar en otra dimensión. Música a todo volumen y bajos vibrando por debajo de nuestros pies. Casi podía sentir a través de mi piel cómo atravesábamos el sonido, las risas y las luces parpadeantes de colores que iban alternadamente iluminando los rostros de la gente.

A pesar de nuestra puntualidad —debido a mi insistencia, ya que mi plan requería asegurarme de llegar antes que Solae, Natalia y Anton—, era sorprendente la gran cantidad de gente que había llegado ya, y lo ridículamente «bellos» que eran todos, como si hubiesen sido seleccionados mediante un casting. A pesar de ir más arreglado que nunca, no pude evitar sentirme algo fuera de lugar.

No fue necesario recorrer demasiado para darnos cuenta de que no pasaríamos hambre ni sed esa noche. Solo en los primeros escasos metros recorridos ya se apreciaban mesones ostentosamente abastecidos con todo tipo de licores y delicados bocadillos gourmet.

No podía imaginar qué clase de padres tenía Trinidad que le permitían organizar una fiesta de este nivel, en donde no se tomaba en cuenta que la mayoría éramos menores de edad. Quedaba claro que ellos no estaban presentes y que habían contratado personal para que se encargara de todos los preparativos, sin escatimar en gastos ni preocuparse por nimiedades legales. Quizás esta era una forma de compensar su constante ausencia en la vida de su hija, o quizás ni siquiera estaban enterados de los detalles acerca del evento y solo aprobaban a ciegas su presupuesto cada año.

—¡¡Álex!! —gritó Trinidad, apareciendo entre la gente e intentando hacerse escuchar por sobre la música. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta, con mechones cayendo por sus costados y vestía una ajustada minifalda plateada y un escotado top blanco de tirantes que no dejaba demasiado a la imaginación. Los ojos de Joto la recorrían con descaro, pero no podía culparlo, realmente era muy difícil quitarle los ojos de encima. ¡Es que hasta Amelia la miraba!

—*Welcome!* Bienvenidos —dijo saludando a Joto y Amelia con indiferencia y luego se dirigió hacia mí, poniendo sus manos sobre mis hombros y mirándome con mayor detención de lo normal.

—*Woah, Álex!* Te ves... *So hot!* ¡Gracias por venir! —dijo, y a continuación me envolvió en un apretado abrazo, acompañado de un beso en la mejilla que me rozó la comisura de los labios. Intenté no mostrarme afectado por aquel roce accidental, ni por su halago, ni por su extrema proximidad con tan poca vestimenta, pero estaba resultando realmente difícil.

—Tú también te ves muy bien... —musité, intentando no pensar mucho en eso, y le extendí mi regalo, mientras Joto y Ame hacían lo mismo. Nos agradeció con falsa modestia y, mientras nos guiaba hacia el salón principal, escaneé a mi alrededor en busca de alguna señal de Solae.

—Me llevaré sus obsequios para abrirlos más tarde. Mientras tanto coman y beban todo lo que quieran. Siéntanse como en su casa —nos dijo, como si aquello fuera posible, y volteó para irse.

Antes de que se alejara, la llamé tomándola del brazo. Al contacto se detuvo, pero no se giró hacia mí.

—Solae aún no ha llegado —me dijo seria, adivinando lo que le iba a preguntar—. Ustedes son los primeros de nuestro curso.

—¿Y has sabido algo de Natalia? —le pregunté ahora más de cerca, intentando que me mirara. La ansiedad de que ninguna de las dos apareciera me tenía con el estómago apretado.

—Tranquilo, Álex, seguro que ya viene en camino —me respondió mirándome por fin—. Aunque aún no entiendo qué quieres de Natalia. Pensé que solo te gustaba Solae.

—¡Nunca te he dicho que me guste Solae! —repliqué.

—Nunca me lo has negado tampoco —precisó e intenté hacer memoria para recordar si eso era verdad—. ¿Ves? ahora tampoco lo estás negando —agregó al ver que me había quedado en silencio—. E incluso sabiendo que ella está con Anton y totalmente enamorada de él, no pierdes las esperanzas. —Luego de una pausa, soltó un largo suspiro—. No te preocupes, Álex. No te culpo, porque yo tampoco pierdo las mías —dijo sonriéndome con complicidad y se disculpó nuevamente para irse. Por un momento tuve la extraña sensación de que se refería a mí, pero luego recordé que debía referirse al hecho de que su querido Anton estaba enamorado de su mejor amiga.

—¿Problemas en el paraíso? —me preguntó Joto luego de espiar nuestra conversación. En su mano tenía un *shot* con un líquido azulado, que parecía ser bastante potente—. Quizás deberías enfocar más tus esfuerzos en Trini. Está como quiere, es millonaria, está soltera y se ve mucho más interesada en ti que Solae.

—Y quizás tú deberías fijarte más en la chica que te gusta, en vez de preocuparte por intentar emparejarme a mí —le repliqué, fastidiado. José Tomás me quedó mirando perplejo y rojo de vergüenza.

—¿La chica que te gusta? —nos preguntó Amelia, a mi parecer, fingiendo indiferencia, mientras comía una especie de crustáceo apanado, bañado en alguna salsa exótica que había sacado de un mesón cercano—. No sabía que te gustaba alguien... ¿La conozco? ¿Vino a esta fiesta?

—Te sorprenderías, Ame —le dije, cruzándome de brazos. Joto estaba de piedra y de los puros nervios se tomó al seco el *shot* que tenía en la mano. Ahora entendía por qué él disfrutaba molestarme con Solae.

—¡Sí! ¡Sí vino, sí la conoces y ya déjenme en paz! —dijo Joto dándose la vuelta y golpeando su vaso vacío sobre un gran mesón, tan fuerte que puso en riesgo una frágil pirámide de copas burbujeantes. A continuación sacó un nuevo trago al azar.

Me sorprendí, pensando en cómo aquello había sido prácticamente una declaración de amor, ya que los únicos que habíamos llegado de nuestra clase éramos nosotros. Pero al parecer para Amelia no había resultado tan obvio ya que no se dio por aludida y probablemente ni él mismo se

había dado cuenta de lo directo que fue. Hice un *facepalm* mental mientras me dirigía con Amelia a un mesón contiguo.

—¿Y tú no sospechas quién le gusta a Joto? —le pregunté a Ame, mientras intentábamos decidírnos entre las millones de opciones de bocadillos que había frente a nosotros. Terminé optando por un rollo de sushi envuelto en atún sellado, mientras que Ame sacó una brocheta de carne macerada en reducción de vino. Cada bocado de esta fiesta parecía costar más que un almuerzo completo de la cafetería de nuestra escuela.

—Yo creo que le gusta Trini... —dijo cabizbaja, mientras iba comiendo su brocheta con desgano, y continuó—: Todo el tiempo se pasa hablándote de ella.

—¿Estás segura de eso? —le pregunté, mirándola a los ojos.

—¿Y quién más, si no? —respondió confundida, mientras se limpiaba los dedos llenos de salsa en una servilleta. Luego de pestañear un instante y ver que yo seguía con mi mirada fija en ella, se sonrojó como si recién cayera en cuenta de que ella también era una opción viable.

—Tomen, chicos, esto les va a gustar —nos dijo Joto, regresando con nosotros y pasándonos a cada uno un pequeño bocado de bizcocho de un sospechoso color verde—. El efecto no será inmediato, pero les ayudará para más tarde.

—¡Gra- Gracias! —dijo Ame, enderezándose de un salto y sin siquiera meditarlo, se lo zampó de un solo trago.

—Ehh, por ahora yo paso —dije rechazando el mío. Bastaba con ver el estado de muchos que ya habían llegado a la fiesta, para decidir que lo mejor sería probar con pinzas cualquier cosa que me echara a la boca. Mi prioridad era hacer recordar a Solae y para eso debía mantenerme lo más alerta posible ante cualquier movida de Anton. Ya había aprendido de mi experiencia anterior.

—Relájate un poco, Álex. ¡Estamos de fiesta! —me dijo Joto, luego de terminar también de comerse el suyo. Ame, callada y aún intentando tragar, ahora miraba a José Tomás de reojo con un nerviosismo que hacía un momento no tenía.

Decidiendo que quizás lo mejor sería darles un poco de privacidad, volteé con la intención de regresar hacia la entrada a ver si aparecía Solae, pero fue la misma Ame la que de pronto se colgó de mi brazo para retenerme. Con su mirada me suplicaba que no la dejara a solas con Joto y no tuve más alternativa que quedarme con ellos. Con Solae y Anton ya me había ganado un doctorado en tocar el violín. Al parecer, mi reputación me precedía.

—¡Miren! ¡Una cabina fotográfica! —dijo de pronto Amelia y se fue corriendo a hacer la fila. Con Joto nos miramos y concordamos en seguirla. Solo había una pareja esperando antes que nosotros.

Para preparar la foto, comenzamos a escarbar dentro de una caja llena de disfraces y accesorios. Amelia agarró una peluca crespa y roja para Joto, mientras que ella se puso unas orejas de gato. Para mí encontré unos anteojos con forma de estrella, pero una gran traición de mi inconsciente me llevó a complementarlos con un cintillo de unicornio que me recordó a Solae.

Salí con el cuerno y los lentes en la foto, y por fortuna ni Joto ni Amelia le dieron importancia, pero el mal ya estaba hecho y solo quedaba esperar que Solae jamás llegara a ver aquella imagen o no me dejaría en paz por el resto de mi vida.

—¡Acá estabas, Álex! —me dijo Trinidad al verme salir de la caseta, y me apresuré a esconder la foto en un bolsillo—. Aún no les hago un tour como corresponde —nos dijo a todos, aunque me hablaba directamente a mí. A continuación me tomó de la mano y nos guió hacia otro gran salón que más bien era una gran pista de baile, con muchas bolas de espejos que reflejaban las luces en todas direcciones y donde se concentraba la mayor parte de los invitados. Si donde estábamos antes la música sonaba fuerte, acá hasta se respiraba y era animada por un DJ que apostaría a que era famoso por la cantidad de gente aglomerada alrededor de él.

Sin siquiera preguntarme, Trinidad me rodeó con sus brazos por sobre el cuello, apoyó su frente contra la mía y comenzó a bailar conmigo, en una posición que no me dejaba más panorama que su pronunciado escote. En un cambio de ritmo aproveché de distanciarme un poco, para recuperar espacio personal, ya que con su cercanía me estaba costando pensar con claridad. Busqué con la mirada a Joto y Amelia para que esta vez ellos me rescataran a mí, pero ya estaban lejos y bailando. Al parecer el efecto de lo que habían estado consumiendo, sumado a las últimas indirectas, por fin comenzaba a producir resultados.

Un nuevo grupo de invitados ingresó al salón y automáticamente levanté la cabeza para ver si Solae estaba entre ellos. Cada vez estaba menos seguro de que llegaría temprano o si asistiría sin Anton. Era como la quinta vez que intentaba ver si es que aparecía en medio de los grupos, y cada minuto que pasaba se me hacía más angustiante.

—¿Aún no llega? —me preguntó Trinidad evaluándome mientras seguíamos bailando—. Todavía es temprano y ya sabes cómo es Solae —me susurró al oído, abrazándose a mí. El contacto de sus brazos rozando mi cuello me provocó un ligero estremecimiento. Para evitar que se siguiera aproximando, la sostuve por la cintura.

—No estaba atento a Solae... —mentí, echándome un poco hacia atrás.

—¿Qué dices? Me cuesta escucharte —dijo acercando su oído a mi boca, y mientras hablaba sentí el calor de su aliento contra mi cuello y su muslo rozando mis piernas.

—¡Que no estaba pensando en Solae! —le dije, retrocediendo nervioso, pero al hacerlo sin querer empujé a alguien detrás mío.

Volteé para disculparme intentando esbozar una sonrisa, pero sentí mi expresión descomponerse y mi mandíbula inferior aflojarse cuando me encontré con los ojos que me miraban. Por supuesto que se trataba de Solae, porque aparentemente mi vida la escribió un guionista de telenovelas. Me separé automáticamente de Trinidad, como si me hubiesen pillado robando lencería, y antes de siquiera preocuparme de ver si venía acompañada por Anton, me quedé parado como un idiota, intentando recordar cómo se respiraba. Solae también me miró con sorpresa (y podría jurar que con más atención de lo normal).

—Estabas tan acaramelado con Trini que casi no te reconozco —me dijo y luego nos miró alternadamente—. ¿Parece que llegué más temprano de lo que querías, Álex? —me preguntó, saludándome con un frío beso en la mejilla, que a pesar de lo breve me permitió sentir su perfume que ya comenzaba a provocar un extraño efecto en mí.

—¡No! Llegaste perfecto... —me limité a decir, sin poder dejar de contemplarla. Vestía una liviana blusa blanca sin hombros, atada a la parte superior de sus brazos con cintas. Su cabello suelto le caía en bucles color miel sobre sus hombros descubiertos mientras, nerviosa, jugaba con uno de sus mechones frente a su pecho, ocultando con ello su escote. Unos mini shorts de mezclilla, apenas visibles bajo su blusa, eran todo lo que cubría sus piernas. Jamás la había visto usar algo tan revelador.

Y jamás me había sentido así frente a ella.

—*Hello?* —saludó Trinidad carraspeando. Por un momento me había olvidado que estaba con nosotros.

—¡¡Trini!! ¡Hola! *Happy Birthday!* —Abrazó Solae a la cumpleañera con una efusividad que hasta para venir de ella me pareció algo exagerada.

—*Thank you, Sunny Soli*, amigaaa! —le respondió Trinidad igual de emocionada, aunque me pareció que su tono también sonaba más chillón de lo normal.

—¡Me costó mucho encontrarte! No sabía que estabas bailando con Álex.

—Sí, nos pillaste justo en lo mejor —dijo riendo, y Solae me miró de reojo, pero sin sonreír.

Como el ambiente donde estábamos no nos permitía conversar con claridad, los tres salimos hacia el salón principal.

—¡Toma, Trini, espero que te guste! —le dijo Solae, alcanzándole con ilusión el paquete que andaba cargando y que estaba hermosamente envuelto.

—*Thank you, Soli* —le agradeció sonriendo, pero, al igual que con nuestros regalos, tampoco lo abrió frente a ella.

Los tres nos quedamos callados y fue en el momento en que Solae bajó sus brazos, que me di cuenta que sobre su escote brillaba el pulpicornio de plata que le había regalado. Tuve que reprimir la emoción y el deseo de decir algo ahí mismo frente a Trinidad. Pero no fui el único que notó su nuevo accesorio.

—¡¿Y ese collar tan lindo, Soli?! —dijo acercando su cara (demasiado) hacia el pecho de Solae y elevó el colgante en su mano—. *No kidding!* ¡Es un pulpicornio de plata! ¿Te lo regaló Anton? —preguntó realmente admirada.

Solae, sin saber qué responder, se sonrojó y me miró como pidiéndome socorro, mientras un nuevo silencio comenzaba a acrecentarse. En un intento de vernos menos sospechosos, me giré y saqué unas cuantas jaleas de colores que estaban servidas justo detrás nuestro y se las ofrecí, mientras me echaba una a la boca. Grave error. La condenada jalea tenía más alcohol que la

despensa completa de licores de mi madre y a Solae le bastó con verme sufrir, para rechazar cortésmente la suya.

—Eh... fue un autorregalo —mintió Solae, pero al igual que yo, era pésima haciéndolo—. Hace tiempo lo quería, pero aún no había ahorrado lo suficiente para comprarlo.

—Ay, pero Soli, ¡me hubieses dicho! ¡Te lo hubiera regalado para tu cumple! —dijo ella, sonando convencida, lo que fue un alivio para ambos.

—Está muy lindo tu autorregalo, Solae —dije, por añadir algo, mientras intentaba pasar lo fuerte de la jalea con un puñado de almendras saladas.

—Gracias, Álex —me respondió, y se hizo un nuevo silencio incómodo, que otra vez fue interrumpido por Trinidad.

—Chicos, acompáñenme un momento —dijo de pronto tomándome de la mano y nos guió hacia un sector donde había varios cojines dispuestos formando un gran círculo—. Por favor espérenme aquí sentados, que voy a guardar mi regalo y ya vengo —nos pidió sonriente, señalándonos dos puestos, y luego nos dejó ahí solos. Sin pensarlo demasiado me acomodé donde nos indicó, pero Solae se quedó de pie, aún sin decidirse. La miré interrogante, y tras meditarlo otro par de segundos, finalmente se decidió a sentarse a mi lado.

—Anton llegará más tarde, así que al menos tienes una hora para lograr que te recuerde —me dijo en voz baja, adivinando mis intenciones, mientras llevaba nerviosa la mano hacia su collar.

—Entonces... ¿sí me crees? —le pregunté absorto viendo cómo jugaba con su colgante entre los dedos, haciendo que mi nerviosismo aumentara. «¿Desde cuándo mirar a Solae me cortaba así el aliento?»

—Mmm... solo te doy el beneficio de la duda —sonrió haciéndose la interesante—, pero necesitarás esforzarte mucho más para lograr convencerme. ¿Me puedes decir de qué manera pretendes lograrlo? —preguntó, reacomodándose sobre su cojín y ajustando sus minúsculos shorts para que la cubrieran mejor. Se notaba que no estaba acostumbrada a usar ese tipo de ropa. Y yo tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano por no mirar, ya por enésima vez, donde no debía.

—Aún no. Pero ya pronto —respondí echando un vistazo rápido hacia el salón, por si divisaba algún rastro de Natalia.

Frente a nosotros se sentaron un par de personas y luego también se unieron Mica y Diego, a los que saludamos brevemente. Miré a Solae, sin comprender mucho qué estaba sucediendo.

—¡Buena, Álex! —me saludó ahora Joto, sentándose a mi lado derecho junto con Amelia—. Espero que no me vaya a tocar contigo —añadió pegándose un codazo mientras se reía. A me, que también se veía bastante bebida, se rio junto con él.

—¿Que me toque con Joto? ¿A qué se refiere? —le pregunté a Solae, cada vez más confundido, mientras seguía llegando gente a ocupar los cojines restantes. De pronto Trinidad regresó con una botella vacía en la mano y se sentó frente a nosotros.

—¿En serio me vas a decir que no sabes qué es esto? —me preguntó Solae, incrédula, mientras

Trinidad ubicaba la botella al centro del círculo y hacía un giro de prueba. Aturdido miré la botella, por fin cayendo en cuenta de lo que todo esto significaba...

—¿Parece que ya estamos todos listos para los besos? —anunció Trinidad emocionada—. ¡A girar la botella! *Let the kissing game begin!*

Capítulo 41

Ruleta rusa

Alex

—*Let's get started!* —anunció Trinidad, preparándose para darnos las instrucciones.

—Trini, ¿por fin vas a jugar? —preguntó Mica sorprendida. Y al parecer no era la única.

—*Yeah, baby!* Creo que el público ya lo estaba pidiendo —sentenció y vi cómo la sonrisa de varios de los chicos presentes se encendía. Todo indicaba que Trinidad nunca antes había participado de este juego, lo cual me resultaba bastante extraño tratándose de su propio cumpleaños.

—Me imagino que ya todos conocen las reglas, pero como hay nuevitos también presentes, las explicaré brevemente —dijo observándonos a Amelia, José Tomás y a mí, aunque también me dio la impresión de que miró a Solae—. Alguien girará la botella y a quien esta apunte, será la persona a la que deberá besar durante treinta segundos. Acá no importa ni su sexo ni sus preferencias sexuales. Así que nada de acobardarse o ponerse a llorar. Luego de que pase la primera pareja, se escogerá un nuevo lanzador. Ya ven, un juego liviano e inocente para partir.

¿Treinta segundos sin parar?! ¿A eso le llamaba partir livianito? Me sentía engañado por haber sido arrastrado al juego sin saber en lo que me estaba metiendo.

Repasé de un vistazo a quienes estábamos participando. En total conté cinco hombres y seis mujeres, de los cuales solo conocía a la mitad: Solae, Joto, Ame, Trinidad, Mica y Diego; los otros cinco no parecían ser de nuestro colegio, incluso diría que se veían mayores. Aunque las probabilidades estaban ligeramente inclinadas en favor de quienes teníamos preferencia por las mujeres, el solo hecho de imaginar que me tuviera que besar con un hombre me revolvió un poco el estómago. Desechando rápidamente aquella idea, miré a Solae, quien callada tenía sus ojos clavados en el centro del círculo. Me intrigaba profundamente que ella supiera en lo que nos estábamos metiendo y sin embargo hubiese decidido no advertirme.

—Los que nunca han jugado, ¿entendieron? —nos preguntó Trinidad, y Solae asintió en silencio junto a nosotros. No podía creerlo. ¿Entonces sí era primera vez que participaba? ¿Ella que siempre había venido al Tri? Me quedé mirándola absorto mientras, sin proponérmelo, comenzaba a hacer cálculos mentales para estimar las probabilidades de que me tocara besarla a ella.

—¿Por qué me miras tanto? —me preguntó Solae de pronto y me sonrojé de solo pensar que se hubiera dado cuenta.

—No estaba... ¿Sabes por qué están aquí Mica y Diego que ya se besan todo el día? —le pregunté veloz, por distraerla—. ¿No les importa que les toque alguien más?

—Yo creo que es su forma de conmemorar su primer beso, hace un año en este mismo juego. Recuerda que antes de Mica, Diego tenía otra novia. Terminó con ella ese mismo día.

—Oh... —musité. Algo recordaba sobre que se habían emparejado en el Tri, pero no sabía que había sido por culpa de algo así. Me preguntaba cómo era posible que un beso en una actividad tan infantil como esta fuese capaz de iniciar o romper una relación con tanta facilidad.

Trinidad anunció el inicio del juego y comenzó a rotar la botella para escoger a los primeros participantes. Todos parecían muy expectantes y emocionados.

La primera pareja fue una chica rubia de cabello largo que no dominaba el español, junto a otro de los tipos que no conocíamos y que tenía toda la pinta de ser el chico malo de su escuela. Luego de acomodarse uno frente al otro, y como si se tratara de un mero trámite, comenzaron a besarse de tal forma, que era imposible no sentirse sucio por el solo hecho de observarlos.

—¿Álex...? —me preguntó de pronto Solae, y me sobresalté—. ¿En serio esperas que crea que no sabías a lo que íbamos a jugar? —Me habló muy de cerca, para que no nos escucharan. Si es que su intención con ello era ponerme nervioso, sí que lo estaba consiguiendo.

Mientras tanto, el parcito ya había terminado de comerse, y ahora se giraba de nuevo la botella que señalaría a la próxima pareja.

—Ya te dije que no sabía nada. Solo me senté aquí porque Trinidad nos lo pidió —me defendí mientras observábamos cómo ahora la botella se detenía frente a Amelia, quien sería la siguiente en lanzar. A pesar de ponerse roja como de costumbre, Ame no reclamó y sin pensarlo demasiado, giró la botella con decisión.

—Aún puedes retirarte —me respondió Solae—. No es necesario que le hagas caso a Trini en todo lo que te pide.

—¿Entonces quieres que me retire? —le pregunté, esta vez yo inclinándome hacia ella. Solae se quedó callada y desvió su atención hacia la botella que frenaba frente a otro de los chicos que no conocíamos y que tenía un piercing en la ceja. Me imaginé que Amelia debía estar decepcionada de que no fuera Joto a quien tuviera que besar, pero al parecer el chico en cuestión resultó ser bastante convincente. Luego de que todo empezara con un tímido piquito de parte de ella, en menos de cinco segundos la acción escaló entre ambos, con piercing en la lengua incluido. Se escuchó un murmullo creciente de aprobación del que obviamente Joto no era partícipe en absoluto. Yo seguía esperando la respuesta de Solae, mientras iban transcurriendo los treinta segundos de su enredo de lenguas. Hasta yo me ruboricé un poco—. Quizás es mejor que me retire... —insistí.

—Haz lo que quieras —me respondió Solae—. No necesitas mi permiso.

La miré, suspicaz.

—Es solo que me extraña que tú también estés jugando cuando Anton aún no ha llegado. ¿No

preferirías al menos que él estuviera presente? —la desafié y Solae frunció el ceño.

—No estarás sugiriendo que estoy jugando por ti, ¿verdad? —acusó mirándome fijo. No es que no lo hubiera pensado, pero que fuese ella quien lo mencionara de forma tan directa me pilló algo desprevenido.

—¿Si no estás aquí por mí, entonces por quién? —me atreví a rebatirle. Noté cómo Solae se ponía aún más nerviosa.

—Estoy acá por la misma razón que tú —aclaró, mientras jugaba con su collar—. Solo porque Trini nos lo pidió.

De pronto una especie de ovación nos desvió la atención al juego. La botella, que sin darnos cuenta le había tocado ahora girar a Trinidad, estaba detenida justo entre nosotros dos.

Todos comenzaron a opinar sobre hacia qué lado creían verla más inclinada, pero con Solae coincidimos en que no apuntaba a ninguno de los dos. Algunos proponíamos repetir el giro, pero Trinidad parecía tener su propia opinión al respecto. Sin un dejo de vacilación, se acercó a nosotros y se detuvo ante mí, sonriendo. Acto seguido, y al contrario de lo que me esperaba, se giró hacia Solae y sin más preámbulos, la besó.

Todos lanzamos un grito de sorpresa y sentí mi temperatura ascender de golpe. Trinidad besaba a una perpleja Solae, quien al parecer aún no asimilaba qué era lo que estaba sucediendo y le respondía tímida y casi sin abrir la boca. Trinidad era claramente la que llevaba el control. Todos las animaban a continuar —en especial el público masculino— mediante aplausos y vítores, pero justo cuando Solae por fin comenzaba a reaccionar, Trinidad la soltó.

—¡No completaron ni quince segundos! —se quejó Mica, quien manejaba el cronómetro en su móvil, pero Trinidad sonrió ignorando el reclamo.

Luego de volver a sentarse sobre sus piernas, y cuando pensé que se devolvería a su puesto, Trinidad me miró. Sin darme ni medio segundo para prepararme, esta vez se inclinó hacia mí y, como debí haberlo sospechado, me besó.

Su ataque me tomó tan desprevenido que mi boca, entreabierta por la sorpresa, le facilitó el introducir su lengua dentro de mí y comenzar a explorarme con fervor. Ya superado el impacto inicial y aunque la sensación no resultaba del todo desagradable, sentía la necesidad de retroceder. Percibía la mirada de Solae sobre nosotros y de reojo comprobé que cubría su boca con sus manos, no sé si aún no recuperada de haber sido besada por su mejor amiga o de la conmoción de que ahora me estuviera besando a mí.

Trinidad succionaba suavemente mi lengua y con sus manos buscaba mi rostro para acercarme más a ella, mientras yo se lo permitía en estado de shock. No quería admitir que comenzaba a disfrutarlo, porque no era precisamente como lo había imaginado (ni con quien). Demasiado consciente de que todos nos miraban, y con mucho pudor de atreverme a corresponderle, de pronto recordé que su beso venía cargado del que acababa de darle a Solae y mi corazón se aceleró. De

solo imaginar que era Solae quien me besaba, sufrí un ligero colapso nervioso del que sobreviví solo gracias a que justo en ese instante Trinidad se separó de mí.

Tardé un momento en recuperarme, ya que su violación oral me había dejado francamente aturdido. Todo había escalado demasiado rápido para ser que la fiesta recién comenzaba.

Miré a Solae sintiendo una fuerte sensación de culpabilidad, pero ella no hizo contacto visual conmigo. No lograba descifrar qué era lo que estaba pensando. Trinidad, por su parte, sonreía como si disfrutara ver lo descolocados que estábamos, mientras los demás ya comenzaban a exigir que el juego continuara.

—*Wait*, tranquilos. Sé que ahora corresponde elegir a un nuevo lanzador, pero se me acaba de ocurrir una idea —anunció de pronto Trinidad—. Como la botella señaló justo entremedio de Álex y Solae, ¿qué tal si dejamos que ahora ellos también se besen, antes de pasar a la siguiente pareja?

—¿Qué qué?! —preguntamos ambos al unísono.

—¿Que se be-sen! —dijo poniendo la boca como patito—. ¿O es que me van a decir que no se mueren por hacerlo?

—¿No estás hablando en serio, ¿verdad, Trini?! —preguntó Solae, tan incrédula como yo.

Ambos nos miramos, iluminando la habitación de lo rojos que estábamos, pero nuestro sufrimiento fue interrumpido bruscamente por una fuerte carcajada de Trinidad.

—¡Ay! No se alteren tanto, chicos. ¡Solo era una broma! —dijo riéndose con ganas, mientras evaluaba nuestras expresiones por turnos (y puede que la mía ahora contuviera bastante decepción). Trinidad debió darse cuenta ya que se dirigió a mí, esta vez con seriedad.

—Okey, Álex. No te achagues tanto. ¿Qué tal si te cedo el control? —me dijo al oído, mostrándome la botella—. Te daré una oportunidad. Quién sabe, quizás el destino igual quiere que beses a Solae. —Esbozó una sonrisa maliciosa—. O quizás no.

¿De qué control me estaba hablando? ¡Todo esto estaba muy lejos de depender de mí y lo que yo quisiera! Y el destino tampoco me estaba acompañando mucho últimamente.

Recibí la botella y me quedé observándola con respeto, como si se tratara de un poderoso amuleto capaz de salvar a la humanidad. Respiré profundo y, evitando mirar a Solae, coloqué la botella en el centro del círculo y me quedé sosteniéndola, inseguro. Aún podía retirarme. Nada me impedía dejar el juego hasta ahí y evitar que me tocara nuevamente un prolongado beso con un desconocido; pero una potente fuerza dentro de mí me impedía huir.

A pesar de lo que dictaba toda lógica... a pesar de que las probabilidades eran muy bajas...

Sin pensarlo más y con fuerza, eché a girar la botella y noté que la atención de Solae también se dirigía ahora hacia ella. Por un momento tuve la impresión de que estaba tan nerviosa y atenta como yo. Pero quizás solo lo estaba imaginando.

Por cada giro que daba, mi corazón latía más deprisa y el ir contemplando cómo iba disminuyendo la velocidad, iba incrementando proporcionalmente mi ansiedad.

De la botella alternaba mi atención hacia Solae, luego de nuevo hacia la botella, hasta que de pronto mi vista se posó en sus labios. De solo verlos y como una especie de epifanía, de pronto se me hizo evidente el temor que me estaba consumiendo. El miedo a que la botella no se detuviera... en ella.

Los últimos instantes fueron la peor tortura. Observar cómo iba frenando frente a Trinidad, los invitados desconocidos; luego frente a Amelia, Joto...

Hasta que, luego de eternos segundos de sufrimiento, la botella finalmente se detuvo.

Capítulo 42

Déjate llevar

Álex

No sé cuáles eran las probabilidades de que la botella se detuviera de nuevo justo entre nosotros, pero aunque sonara imposible, había vuelto a suceder. Varios de los presentes apenas lo podían creer, sin embargo, si se observaba con detenimiento, esta vez apuntaba leve, pero muy levemente hacia Solae. ¿O era solo idea mía?

—*Oh! Too bad.* Qué mal, pero no queda claro. Habrá que repetir el giro —declaró Trinidad—. A menos que quieras besarte a ti mismo, Álex —añadió sin siquiera darse la molestia de acercarse a revisar bien.

—Pues yo la veo claramente inclinada hacia Solae —intervino Joto apuntando a la botella y Amelia se sumó a su opinión. Joto me pegó un codazo para que agregara algo, pero no fui capaz de decir nada. En lugar de eso, miré a Solae, quien me devolvió una mirada interrogativa.

—¿Qué?

—Que... ¿si tú ves la botella inclinada hacia ti? —le pregunté casi sin modular.

—¿Por qué me preguntas a mí? ¿Estás ciego?

—No, pero es que no está muy claro...

—Decide tú, me da igual —dijo mirando hacia otro lado.

—Si les cuesta tanto ponerse de acuerdo, giraré de nuevo la botella —arbitró Trinidad.

—¡No, espera! —intervine, y Solae se volteó hacia mí, sorprendida—. Este... yo creo que Joto tiene razón sobre que apunta a Solae —carraspeé, intentando sonar lo más casual posible, rascándome detrás de la oreja—. Mejor no retrasemos más el juego.

Trinidad miró a Solae, quien contestó luego de un silencio.

—Está bien. Hagamos lo que dice Álex... —dijo con indiferencia.

Su actitud me inquietaba. ¿Por qué se mostraba tan fastidiada de repente? Quizás lo mejor hubiese sido quedarme callado.

—Okey, parece que será con Solae, entonces —concedió Trini y los demás comenzaron a vitorear nuestros nombres para que comenzáramos a besarnos de una vez. Intenté no demostrar ningún tipo de emoción ante lo que se venía, pero por dentro estaba gritando.

Nos acomodamos enfrentados el uno al otro y nos miramos desafiantes, como si estuviéramos a punto de iniciar una discusión o algo peor. La examiné nervioso, intentando descifrar qué era lo

que pasaba por su cabeza, mientras que al mismo tiempo estaba demasiado pendiente de la presión de los demás como para atreverme a ser yo el que se acercara primero.

Solae emitió un leve suspiro y volteó su rostro hacia la entrada. Parecía incómoda, lo que me hizo recordar que Anton y Natalia podían llegar en cualquier instante y eso incrementó mi ansiedad. ¡Maldición!, casi olvidaba el plan y estaba solo perdiendo el tiempo.

—Quizás es mejor que no... —comencé a decir, pero Solae me interrumpió.

—Ya hazlo de una vez —dijo en voz baja, mirando al suelo.

No esperaba esa respuesta y me ruboricé.

—¿Y por qué tengo que hacerlo yo? —murmuré—. Tampoco es que me lo estés poniendo muy fácil...

—Con Trinidad no parecías tener problemas —me hablaba de cerca y en voz baja para que no nos oyera. Pero aún evitaba mirarme.

—¿Qué?! Si ella se lanzó sobre mí, ¿recuerdas?

—Pues parecías disfrutarlo bastante —protestó.

—¿Se te olvida que tú también la besaste? —le rebatí sin poder creer de lo que me acusaba.

—¿Pero yo no le correspondí como tú! —dijo por fin mirándome a los ojos. No me había dado cuenta de lo cerca que nos encontrábamos. Mi corazón comenzó a martillar dentro de mi pecho.

—¿Es que estás... celosa?

—¿Qué?! —preguntó, poniéndose colorada—. ¡Ni en tus sueños!

—¿Entonces por qué te pones así? —pregunté, ahora mirando sus labios. Noté cómo Solae bajaba la guardia y se daba cuenta.

—¿Así cómo? —susurró.

—Así, celosa... —dije acercándome más.

—Yo no...

—Tú no... —alcancé a decir justo un instante antes de que nuestros labios se encontraran.

El simple contacto me hizo sentir una intensa descarga eléctrica que recorrió mi cuerpo por completo. Era muy diferente al beso que acababa de darme Trinidad. Era totalmente distinto a cualquier otra cosa que jamás hubiese sentido antes, a pesar de que solo presionábamos nuestras bocas con timidez. La besaba con cautela, aún inseguro, apenas moviendo mis labios contra los suyos.

Sentía la tensión de Solae, pero también su respiración acelerada. Por la sutileza de su reacción, no lograba descifrar lo que estaba pensando. No sabía si estaba aguantando por cumplir, si se estaba conteniendo o si esperaba algo más de mí, pero al menos me aliviaba que no opusiera resistencia.

De fondo se sentía una fuerte ovación, pero a la vez comenzaban a protestar que parecíamos niños de primaria y que por favor fuéramos más apasionados.

De pronto, sentí la boca de Solae entreabrirse. Indeciso, me atreví a introducir mi lengua

lentamente dentro de ella. Solae la recibió entre sus labios y para mi sorpresa de a poco comenzó a corresponderme, entrelazándola con la suya, cada vez con mayor determinación. Mi corazón comenzó a latir tan de prisa que pensé que iba a explotar. Su aliento se sentía cálido y dulce, y recordé que esta vez, yo apenas había consumido alcohol. Lo que estaba sintiendo era real. Demasiado real y alucinante.

Relajé mis hombros y sin darme cuenta comencé a ignorar todo lo demás a nuestro alrededor. Pasé una mano por detrás de su cabello con la intención de acercarla más a mí, y sus manos me imitaron, aferrándose a mi cuello y acariciando mi rostro, mientras que nuestro beso comenzaba a cobrar mayor intensidad. Mi corazón se desbocaba mientras lo único que pensaba era en cómo había sido tan idiota, tan ciego de no darme cuenta antes... Besarla se sentía tan natural y tan ardiente al mismo tiempo que me resultaba imposible fingir que no lo estaba disfrutando. Era imposible seguir fingiendo que no moría por estar con ella.

—¡Listo! Treinta segundos —declaró Trinidad, cogiendo la botella.

Negándome a detenerme y en un acto de rebeldía pretendí hacerme el sordo, esperando resignado a que fuera Solae quien rompiera nuestro enlace; pero los segundos avanzaban y ella continuaba correspondiéndome como si no hubiese escuchado o quizás tan decidida como yo a romper las reglas del juego.

—Chicos, *time's up!* Ya se acabó el tiempo —nos volvió a advertir Trinidad, esta vez más fuerte y claro.

Solae hizo una pausa, sin separarse aún de mí. Yo, expectante y sin querer abrir los ojos, alcancé su mano y suavemente deslicé mi pulgar sobre su palma, acariciándola. Luego de eternos segundos de incertidumbre y cuando creí que finalmente retrocedería, Solae emitió un suave gemido dentro de mi boca y reanudó el beso con una intensidad renovada.

La sangre bullía dentro de mí. ¿Estaba sintiendo Solae lo mismo que yo? ¿Me había recordado? Por ahora no tenía cómo saberlo, pero no importaba. Nada más importaba. Le correspondí sin dudar, mientras llevaba mis manos hacia su cuello, bajando lentamente por sus hombros, hasta acariciar sus brazos descubiertos. Mis facultades mentales estaban nubladas por las sensaciones del momento y mi cuerpo solo respondía a ellas, mientras que Solae se aferraba más a mí, como si temiera dejarme escapar, a pesar de que yo no tenía planeado alejarme de su lado.

A nuestro alrededor, pero lejanos, se escuchaban vítores y gritos de ánimo. Ya nadie se quejaba por el tiempo que parecía haber superado el minuto hacía bastante. El desafío se había convertido en no ceder hasta que el otro se rindiera.

Me erguí y la alcé por la cintura acercándola aún más a mí, si es que acaso era posible, y por su parte, Solae tironeó suavemente de mi cabello, mientras pegaba su pecho contra el mío, robándome el poco aliento que me quedaba. Nuestros labios se saboreaban una y otra vez, mientras nuestras lenguas competían por quién lo hacía mejor. Amaba su respiración cálida y

agitada dentro de mi boca, y de solo sentir que sus manos se colaban por debajo de mi camisa hacia mi espalda, me di cuenta de que el beso ya no era suficiente para ninguno de los dos.

Mi mente se había apagado.

—Parece que se olvidaron por completo de Anton —soltó Trinidad de pronto, y la sola mención de ese nombre fue suficiente para separarnos automáticamente.

Intentando calmar nuestras respiraciones, nos quedamos perplejos tratando de asimilar el brusco golpe de realidad.

No me sentí capaz de levantar la mirada del piso ni de prestarle atención a ningún comentario, hasta que de pronto sentí cómo Solae salía huyendo de allí.

Capítulo 43

Lo que me hiciste hacer

Solae

Luego de separarme de Álex evité por completo mirarlo a los ojos. Ni a él ni a Trinidad ni a nadie más. Solo miraba hacia el suelo, en estado de shock. Mi cabeza ardía. Todo en mí era un incendio. Solo quería gritar.

Había besado a Álex y él me había besado de vuelta y lo peor era que había sido mil veces mejor que en el sueño. *Oh my dear God* Jesús bendito en un pesebre! ¿Qué había sido todo eso? ¿Se suponía que el juego fuese así?

Escuchar la voz de Trinidad mencionando a Anton había sido como un balde de agua fría. Recién ahí fui consciente de lo que acababa de hacer. *Harass*. De una sola vez había traicionado a mi novio y a mi mejor amiga ¡delante de ella! Me sentía como si acabara de ser descubierta asesinando a alguien, al mismo tiempo que me informaban que había ganado la lotería. Sentimientos tan contradictorios que podían matarme de un infarto.

Miré a Álex de reojo, buscando algún gesto de apoyo o de rechazo, pero él solo miraba hacia el piso, evitando también cualquier contacto visual conmigo. Su amigo Joto le hablaba, dándole palmadas en la espalda, pero él no le respondía.

¿Quién había iniciado todo esto? ¿Cuándo comenzó? ¿Cómo demonios permití que ocurriera, teniendo a Anton a mi lado?

Yo amaba a Anton y en ningún minuto había dejado de hacerlo.

No. Todo esto solo había sido un juego. Un juego que se nos fue un poco de las manos, pero que no significaba que Álex sintiera algo por mí ni que yo sintiera algo más por él. Todo debía ser culpa del alcohol... Tenía que serlo, ¿verdad?

¡Pero cómo podía ser si aún no había bebido nada!

No me atrevía a mirar a Trini a los ojos. No me atrevía a pensar en Anton. No me atrevía a enfrentar a Álex. Nada parecía justificar lo que acababa de hacer. Sin darme cuenta apretaba el cojín que estaba debajo mío. No logrando aguantar más, me levanté antes de que el juego se reanudara. Sentí cómo Álex se levantaba detrás de mí y, luego de oír murmullos efusivos alrededor, salí casi corriendo de allí.

Fingí no darme cuenta de que Álex me seguía y, como no me llamaba, no me resultó tan difícil. ¡No quería verlo! ¡Pero sí quería verlo! Aunque no frente a todos...

Me mezclé entre la gente, la música, y salí hacia el hall principal, cuando de pronto sentí que me tocaban el hombro. Giré con el corazón en la mano, pensando que era Álex, pero no. No era él.

—¡Soli! ¿A dónde vas tan apurada? —me saludó con entusiasmo mi amiga y ex compañera de colegio Natalia—. ¡Qué lindo te queda el cabello suelto, te ha crecido mucho!

—¡Nati! —exclamé sorprendida de verla después de tanto tiempo.

Miré brevemente alrededor, aún esperando que apareciera Álex, pero comprobé, no sin decepción, que en realidad no me había seguido. Luego de eso, me volví hacia mi amiga y la abracé con genuina emoción—. ¡No sabía que vendrías! —le dije. Desde que se había ido a vivir al norte nos habíamos distanciado por la falta de comunicación, pero nuestra amistad, en esencia, seguía intacta.

—Perdona, Soli, sé que he estado ultra desconectada —se disculpó. Nati nunca se caracterizó por ser muy amiga de las redes sociales ni de internet, así que el alejamiento era algo bastante esperable—. ¡Pero igual me enteré! Trini no me dio más detalles, pero me adelantó que me tenías buenas noticias. ¡Ya me imagino de qué se trata! —chilló emocionada, agarrándome las manos—. ¡¿Será verdad que por fin son novios?!

Nati sabía cuánto me gustaba Anton desde pequeña y con todo lo que tenía en la cabeza, había olvidado actualizarla con las buenas noticias.

—¡Ay, sí! ¡Por fin! Disculpa, olvidé contarte... —admití sintiéndome realmente incómoda y aún más culpable, mientras me rascaba detrás del cuello. Si supiera que hacía un momento acababa de besarme con Álex en vez de Anton, no estaría felicitándome tanto.

—¡Yaaaay! ¡Pero qué emoción, Soli! ¡Cuéntamelo todo! ¿Fuiste tú, verdad? O... ¡¿No me digas que por fin ese tonto se atrevió a declararse?!

—Eh... pues no fue precisamente una declaración verbal... —me expliqué mientras jugaba con mi cabello, pero Natalia ya no me prestaba atención a mí.

—¡Álex! —gritó Nati de pronto sobre mi hombro, y él, que estaba detrás de mí, se acercó a nosotras evitando mirarme. Mi cuerpo se tensó y mi corazón se aceleró apenas lo tuve a mi lado. No sabía que Nati tuviese cercanía con él.

Titubeante, Álex se acercó a ella.

—Hola, Nati. ¿Cómo has estado? —preguntó expectante, como si temiera su respuesta.

—¿Que cómo he estado? ¿Así me saludas después de todo este tiempo? —le preguntó abrazándolo con efusividad, dándole un beso sonoro en la mejilla y luego, inesperadamente me incluyó también en su abrazo.

—¡No puedo creer que por fin están juntos! ¡¡Muchas felicitaciones, chicos!!—gritó, dejándome de piedra—. ¡Los *shippeaba* demasiado! ¡Me tienen que contar todos los detalles!—nos decía, mirándonos alternadamente.

—¡¿Queeé?! —exclamé, retrocediendo de forma brusca—. ¡No, Nati! ¡Mi novio no es Álex!—aclaré y Natalia me miró con los ojos muy abiertos.

—Esperen... ¿Qué? Yo pensé... —dijo cubriéndose la boca al darse cuenta de que había metido la pata a fondo—. ¿Pero si no es Álex, entonces con quién demonios...?

—¿Cómo que con quién? ¡Obvio que con Anton! —la regañé, incrédula. El silencio de Álex y el hecho de que no se defendiera ni opinara nada comenzaba a inquietarme.

—¿Anton? ¿Pero quién es Anton? —me preguntó aún más desorientada—. ¡Ay, por favor perdónenme, es que ustedes siempre estaban juntos para todo, lo más natural era asumir que... Ya, perdón. La cagué.

—¿Juntos? ¿Nosotros?.. Si te refieres a algo que viste recién en el juego, solo fue un juego. Álex y yo no...

—¿De qué juego hablas? Yo acabo de llegar. ¿Qué es lo que tendría que haber visto? —nos preguntó Nati, pero ninguno de los dos se animó a responder.

Pero si no era eso a lo que se refería, entonces... Luego de meditarlo un momento miré a Álex con enojo. Me negaba a creer que todo esto tuviera relación con los disparates de los que tanto me hablaba.

—Me están tomando el pelo, ¿verdad? —pregunté ofuscada y me dirigí hacia Álex—. ¿Para esto querías que llegara antes? ¿Para hacerme una broma con Natalia? Porque todo esto es una broma, ¿no?

—Espera, Solae —intervino Nati—. ¿De qué broma estás hablando? ¡Si yo no hablaba con Álex desde hace más de un año!

—¿Entonces cómo me explicas que no conozcas a Anton? —le pregunté alterada, mientras exploraba las fotos de mi celular de hacía un año atrás—. ¿Cómo explicas esto? —dije poniéndole la pantalla frente a su cara, con una imagen en la que aparecía ella, Trini, Anton y yo.

Natalia tomó mi móvil para verlo con mayor detenimiento y, luego de un breve vistazo, frunció el ceño, a la vez que resoplaba.

—¿Es en serio, Solae? ¿Y rubio más encima? ¡Si a ti nunca te han gustado los rubios! —bufó, devolviéndome el aparato—. ¿No serán ustedes dos los de la broma y por eso Trinidad me pidió que llegara más temprano?

A continuación, Natalia sacó su móvil y luego de revisarlo por un instante, nos puso delante otra fotografía. Bastó con verla brevemente para paralizarme. ¡Era exactamente la misma foto! Nosotros cuatro en el aeropuerto, el mismo día que habíamos ido a despedirla, pero en la suya, en lugar de Anton, aparecía Álex. Sentí mi cabeza hacer cortocircuito.

—Esta es una de las fotos que tengo del día que me fui al norte, para recordarlos. ¿Por qué harías algo de tan mal gusto como reemplazar a Álex por ese chico? ¿Me creen tan tonta como para no darme cuenta de que está editada?

Le quité el celular, mirándolo estupefacta, y comencé a revisar más imágenes, deslizando la pantalla hacia adelante y hacia atrás, comprobando que habían más similares. En las fotos, todos los detalles eran idénticos, salvo que ahí estaba Álex en lugar de Anton, y al agrandarlas, el

montaje era impecable. Álex también miraba la pantalla sobre mi hombro, pero no parecía ni de lejos tan sorprendido como yo. Sentía cómo la sangre abandonaba mi cabeza.

—De esto era de lo que quería hablarte —me dijo él, sosteniéndome por detrás de los hombros, como si anticipara que me iba a desmayar. Y no se equivocaba. Todo daba vueltas.

—¿Soli, te sientes bien? ¿Qué es lo que está pasando? —Natalia nos exigía una explicación que yo no estaba en condiciones de dar. Mis piernas temblaban.

—Yo te explicaré luego, Nat. Es algo complicado —le dijo Álex, excusándonos, mientras me tomaba del brazo y se ofrecía a acompañarme a un baño.

—Mierda... —dijo Álex, al ver la tremenda fila que se formaba para ingresar al servicio más cercano—. ¿Sabes dónde hay otro? —me preguntó con preocupación, mientras me seguía sujetando con sus brazos.

Sabía que habían más baños en las otras alas de la casa, pero eso significaba cruzar por donde estaban Trinidad y los demás. Luego de comprobar que todos los bebestibles que nos rodeaban tenían alcohol, Álex me ofreció dejarme sentada un momento mientras iba a buscarme un vaso con agua pura, pero me aferré a él con fuerza. No quería que me dejara sola. No quería que me soltara.

—¡Trinidad! —le gritó de pronto Álex a Trini, que aparecía cerca de nosotros. Automáticamente me separé de él y la miré a ella con temor de que estuviera furiosa conmigo—. ¿Dónde hay un baño que no esté lleno? Solae no se siente bien.

—¿No se siente bien? —repitió, mientras una sonrisa iba adornando su rostro. No fui capaz de interpretar si era de empatía o estaba siendo sarcástica—. Los baños de este lado están todos ocupados, pero no se preocupen, que todo tiene solución —nos dijo guiándonos por un sector menos concurrido, que no recordaba haber visto antes y donde había un ascensor.

—Hay baños arriba —informó, mientras presionaba el botón para llamarlo—. Álex, no te preocupes, que yo acompaño a Soli.

No tuve cara para decirle a Trini que quería ir con Álex. Que necesitaba hablar (y estar) con él.

Una vez dentro del ascensor, subimos en silencio hasta que las puertas volvieron a abrirse en el tercer piso.

—Trini... sobre lo que pasó recién, puedo explicarlo... —dije caminando a su lado por el pasillo a través del cual me iba guiando.

—No te preocupes, Soli, solo era un juego —me respondió sonriendo.

—Es que hay otra cosa que deberías saber y juro que te explicaré todo más tarde, pero ahora necesito pedirte un favor urgente.

—*Of course, Sunny*, para eso estamos las mejores amigas, ¿no? —intenté no tomar aquello como una indirecta.

—Quizás te suene algo extraño... pero necesito que por favor bloquee el ingreso de Anton a tu casa —le pedí, insegura. Si es que Álex tenía razón y si es que todo esto era verdad (y todo

indicaba que era verdad), me estremecía el solo hecho de pensar que Anton pudiese aparecer en cualquier momento. Necesitaba aclarar muchas cosas con Álex antes de enfrentarme a él.

Al parecer a Trini le causó gracia mi petición, ya que soltó una risa.

—¡Broma! *Are you kidding me?*! —exclamó incrédula, ya sin disimular su molestia—. Primero besas a Álex frente a todos nosotros, luego me pides que le bloquee la entrada a tu novio, ¡¿y así pretendes que no me imagine cosas?!

—¡Trini! ¡Sé que se ve horrible, pero te juro que puedo explicarlo! Y lo del beso ahora es lo menos importante —le imploré, con real culpa y angustia—. ¿Recuerdas que te dije que Anton me ocultaba algo? Al parecer es mucho peor de lo que creí...

—*Really...?* —Trinidad me miraba de brazos cruzados y levantando una ceja.

—Trini, por ahora solo puedo decirte que Anton podría ser peligroso y no sé cuánto tiempo tenemos hasta que llegue... —le rogué, sintiendo que las fuerzas comenzaban a fallarme. Trini lo notó y me sujetó para evitar que me cayera.

—¿Qué quieres decir con que podría ser peligroso? —preguntó, ahora pareciendo preocupada—. ¿Es que te ha hecho daño?

—No de la forma en que tú crees, pero... sí, algo así —dije en voz baja, intentando hacer que Trinidad se pusiera de mi parte—. Por eso también necesito hablar con Álex. Él sabe algo sobre Anton y me puede ayudar a enfrentarlo.

Trinidad me quedó mirando en silencio unos segundos, como si evaluara mi testimonio.

—Esta bien, Soli, tranquila —dijo, esta vez con una voz mucho más suave y comprensiva—. Mira que con todo esto nos pasamos de la puerta del baño —añadió indicándome con la mano que debíamos volver sobre nuestros pasos. Al parecer por fin comenzaba a creerme.

—Y te juro que lo que pasó con Álex no es lo que piensas —le volví a aclarar, agradecida por su comprensión—. Yo sé que a ti te gusta él...

—*Don't worry!* Mira —me dijo, ahora mostrándome cómo desde una aplicación de su celular bloqueaba el acceso a Anton Riskey y en apenas un instante aparecía una notificación que lo confirmaba—. *Done.*

A continuación, marcó el teléfono de Álex y sin dejarlo ni hablar, le pidió que subiera a donde estábamos. Me sorprendió lo rápido de su cambio de parecer, pero lo agradecí. Ambas nos quedamos esperándolo a mitad del pasillo.

—Solae Ariella, me debes muchas explicaciones, pero voy a confiar plenamente en ti —dijo una vez que divisamos a Álex saliendo del ascensor. Trini le hizo señas para que se acercara—. Ya hablaremos después, cuando te sientas mejor.

—¿Pasó algo? —nos preguntó Álex, extrañado de que Trini lo hubiese llamado—. ¿Te sientes mejor, Solae?

—Por favor, Álex, mejor quédate tú con Soli, que tengo que bajar a acompañar a los demás invitados —dijo, mientras terminaba de guiarnos.

—¿Y aquí está el baño? —preguntó él mirando hacia la puerta frente a la cual nos había dejado.

—Sí —contestó Trini acercando una tarjeta a la manilla, que emitió un sonido al abrirse. A continuación, y casi empujándonos dentro, nos hizo pasar a un cuarto completamente a oscuras.

—Espero que te sientas mejor, Solae —susurró Trini, dejándonos dentro y luego cerrando la puerta tras de sí.

Capítulo 44

Pieza oscura

Álex

Quedamos en total oscuridad, mientras nuestros ojos intentaban acostumbrarse a la falta de luz. Todo el ruido y la música que nos habían acompañado hasta ese instante, se habían ahogado apenas se cerró la puerta. Me pegué contra la pared y tanteé hacia los costados para encontrar alguna forma de encender la luz, y en el intento, sin querer rocé a Solae.

—¡Ey! —gritó ella, pegándome un manotazo.

—¡Perdona! Es que no veo nada —me disculpé, avergonzado, tratando de calmarme luego de imaginar donde la había tocado e intentando inútilmente encontrar el maldito interruptor. Por suerte Solae lo descubrió por mí y lo activó.

Tenue e íntimamente iluminada, apareció ante nosotros una lujosa habitación equipada, entre otras cosas, con una enorme y al parecer mullida cama, con respaldo acolchado y sábanas blancas sobre las cuales yacían esparcidos pétalos de rosas y, como si no fuera suficiente, sobre uno de los veladores una bandeja con una botella de champaña y dos copas de cristal. Nos quedamos inmóviles de la impresión.

Buscando excusas para disfrazar mi nerviosismo, me acerqué a la bandeja aparentando curiosidad y así descubrí que habían más cosas sobre ella.

—¡Mira, hay chocolates! —dije, tomando la caja que estaba junto a la bandeja y se la alcancé, para animarla.

Solae, al recibirla, hizo una mueca que mezclaba entre risa e incomodidad.

—Eh... Álex, no creo que esto sea comestible —dijo devolviéndomela sin mirarme y tuve que fijarme de nuevo para darme cuenta de que le acababa de pasar una caja de preservativos con sabor a chocolate.

Tiré la caja sobre la cama y me giré pensando que era un buen momento para entrar en combustión espontánea. Para lograr que el bochornoso momento pasara más rápido, me puse a recorrer la habitación con la mirada.

—Eh... al menos Trinidad no nos mintió al decirnos que había un baño —articulé al encontrar un medio de escape a la tensión que seguía en aumento.

Solae sonrió nerviosa y se sentó al borde de la cama con las piernas bien juntas y sus manos apoyadas sobre ellas. Mientras tanto, cogí una de las copas y me dirigí al baño para buscarle

agua. Luego de ofrecerle la copa llena, me senté a su lado en silencio (pero no demasiado cerca), mientras veía que escribía algo en su móvil.

Podía percibir la tensión en cada milímetro que nos separaba y era consciente de cada una de mis respiraciones, las que no sin esfuerzo intentaba normalizar para que Solae no se diera cuenta de lo intranquilo que estaba. Y es que la aislación acústica de la habitación era increíble. Casi era capaz de escuchar sus pensamientos y los latidos de mi propio corazón, que luchaba por escapar de mi pecho. Aún no podía quitarme de la cabeza lo que había ocurrido entre nosotros ni ignorar el hecho de que estábamos a solas, dentro de una habitación que lucía como una lujosa suite de hotel.

—¿Te sientes mejor? —pregunté.

—Sí. Eso creo... Perdona por no haberte creído antes —me dijo con la cabeza gacha, guardando su móvil y bebiendo un trago de agua—. Todo esto es demasiado para procesar. Incluso con todas las pruebas que me dio Natalia, aún me cuesta creerlo.

—Entonces, ¿aún no recuerdas nada? —pregunté con decepción.

Todavía conservaba la vaga esperanza de que Solae hubiese recordado algo, pero al parecer las evidencias no eran suficientes. A Tam le había resultado recordar con solo leer su propio diario. ¿Qué más podía hacer para recuperar su memoria? ¿Es que acaso todo era irreversible?

Solae negó levemente con la cabeza. Se veía algo afligida.

—No te preocupes, yo también me demoré un buen tiempo en aceptarlo —le dije en un intento de consolarla, o quizás, de consolarme a mí mismo—. Sé que todo esto es demasiado increíble, demasiado difícil de digerir.

—Perdona, Álex. Me doy cuenta del empeño que has puesto para que te recuerde y yo... — Solae hizo una pausa para beber de su copa y yo me acerqué un poco más a ella, sin decir nada—. He hecho el esfuerzo, incluso mi hermana lo ha intentado, pero nada parece funcionar.

—Y a mí tampoco se me ocurre qué más hacer —admití—. Créeme que he probado de todo. Incluso creí que luego de que nosotros...

Solae me quedó mirando con sus profundos ojos color miel, esperando a que continuara.

—Ya sabes. Lo de hace un rato... —dije, sin ser capaz de poner en palabras lo que había sucedido.

—¿Entonces eso fue solo para hacerme recordar?

—¡No! Yo en verdad no sabía lo del juego ni tampoco es que pudiera controlar la elección de la botella, pero una vez que nos tocó... Igual creí que podría haber ayudado.

—Entonces continuaste besándome ¿solo para aumentar las probabilidades de que te recordara? —preguntó, y pareció algo ofendida.

—¿Qué? ¡No! ¡Pero si eras tú la que no se detenía!

—¡Farsante! ¡Tú no me soltabas! Fuiste tú el que...

De pronto se abrió la puerta de golpe y ambos dimos un brinco del susto.

Alcé la vista, con miedo de encontrarme con la cabellera rubia de Anton, pero resultó ser solo una pareja bastante borracha que parecía tener intenciones de utilizar nuestra habitación como motel. Mientras se besaban y reían, se disculparon con nosotros y se fueron de inmediato. Cuando cerraron la puerta, sonó una breve melodía electrónica de bloqueo. Con Solae nos miramos sorprendidos.

—¿No estaba cerrada? —me preguntó incrédula y yo me levanté de un salto a corroborarlo.

—Parece que estaba entreabierta. No recuerdo haber escuchado esa musiquita cuando Trinidad se fue —dije, luego de comprobar que ahora sí estaba bloqueada con llave.

Por suerte no había sido Anton el que entró, pero fácilmente podría ser el siguiente; de pronto me di cuenta de lo poco enfocado que había estado hasta ese momento. Mi plan no había funcionado y el tiempo seguía corriendo. Tenía que convencer a Solae de irnos de la fiesta, mientras se me ocurría alguna otra idea sobre la marcha.

—¡Aissh! ¡Esto no está pasando! —resopló Solae, tendiéndose bruscamente de espaldas sobre la cama, mientras se cubría el rostro con sus brazos. No parecía tomarle el peso a lo que estaba sucediendo.

—Solae, tenemos que salir de acá —dije, intentando ignorar el hecho de que ella se encontrara recostada frente a mí sobre una cama matrimonial, con su blusa ligeramente recogida dejando entrever la piel de su cintura y con sus shorts diminutos, que apenas cubrían el encuentro de sus muslos.

Tragué saliva.

—Anton puede llegar en cualquier momento, y si entera de que... ya sabes...

—¿Si se entera de que nos besamos? —dijo en voz alta y clara, pero sin descubrirse el rostro —. ¿Por qué te cuesta tanto hablar de lo que acaba de pasar?

—Si se entera de que tú ahora también sospechas de él, va a borrar de nuevo tu memoria y probablemente también la mía. Y sí. También si se da cuenta de que nos... besamos —añadí en voz más baja.

—No te preocupes tanto, Álex. Eso ya está solucionado. Trinidad bloqueó el acceso de Anton a su casa y yo le acabo de mandar un mensaje pidiéndole que no venga. Acá dentro estamos muy seguros.

—No, Solae. ¡No estamos seguros! Aún no comprendes el poder de Anton. Así como fue capaz de borrarle la memoria a todos los que conocemos, modificar fotos y recuerdos, estoy seguro de que entrará a la fiesta como sea.

—Pero si le dije que no viniera y él me respondió que no había problema. No tiene razones para venir —dijo apoyándose ahora sobre su costado, chequeando su celular. Su nueva posición hizo que su cabello ondulado cayera hacia adelante, dejando al descubierto su cuello y parte de su espalda. Tuve que respirar profundo para lograr que mi cerebro retomara el hilo de la conversación.

—¿Te acuerdas del día de la pelea? —le pregunté, sentándome a su lado para que me prestara atención—. El día anterior, Anton me amenazó con que hoy yo te perdería para siempre y estoy seguro de que no se quedará tan tranquilo en su casa mientras sepa que estoy aquí contigo.

—¿Que me perderías para siempre? —repitió en voz baja, mirándome con interés. Por la posición en la que estaba recostada, su escote revelaba más de lo normal. Tuve que desviar mi mirada hacia la pared.

—Eh... sigo sin saber a qué se refería exactamente —dije, nervioso—, pero es por eso que le rogué a Trinidad que me invitara a su cumpleaños, que te pedí que llegaras más temprano y que quería que vieras a Natalia. No podía quedarme sin hacer nada, mientras veía cómo Anton te alejaba cada vez más de mí o imaginando quizás qué intenciones tenía contigo al reservar una habitación como esta sin que tú...

—¿Tú sabías lo de la reserva de la suite? —me preguntó entre avergonzada y alterada, enderezándose hacia mí.

—¿Tú también lo sabías? —pregunté sorprendido—. Entonces, ya estabas dispuesta a...

—¡Eso no te incumbe!

—¡Claro que me importa! —solté sin pensar y Solae me miró sorprendida—. Digo, estoy convencido de que todo lo que sientes por él es solo porque te está manipulando, pero no es lo que sientes realmente.

—¡Qué sabrás tú lo que yo siento!

—¡Más de lo que crees, Solae! —dije percibiendo cómo mi corazón taladraba mi pecho—. Así como también sé lo importante que es para ti tu primera vez.

—¿Queeé? —dijo agarrando una almohada y cubriéndose ahora con ella la cara—. ¡Aghhh! No puedo creer que también sepas sobre eso —añadió con la voz ahogada por el cojín, volviendo a tenderse de espaldas sobre la cama.

—¡Solae! —dije poniéndome sobre ella intentando descubrirle la cara para que me escuchara—. Ahora que sabes la verdad, no me vas a decir que aún sientes cosas por Anton, ¿verdad?

—No es tan simple —respondió, meciéndose de lado a lado con la almohada aún encima, evitando que se la quitara.

—¿Pero qué más pruebas necesitas? Ya viste de lo que es capaz.

—No es como que pueda decidir dejar de amarlo de un momento a otro —me respondió, dejando de moverse—. Por favor ponte en mi lugar.

—¿Que no ves que Anton está controlando tus sentimientos?

—¿También tienes pruebas de eso, Álex? —preguntó apartando la almohada de golpe, ahora clavando sus ojos en mí—. Porque dudo mucho que él esté controlando lo que estoy sintiendo ahora... —agregó casi en un susurro, y aquello me hizo sentir un intenso *déjà vu*—. Es verdad que aún no te recuerdo, pero confío en ti. Quizás si partieras por ser más sincero conmigo.

—Yo... ya te dije todo lo que sé.

—No me refiero a eso. Debes tener alguna idea de por qué Anton se hizo pasar por una versión tuya para alejarme de tu lado. Alguna pista de por qué de entre todas las personas que conozco, me hizo olvidarte solamente de ti.

Estaba sin palabras, contemplándola inmóvil y perdido en sus ojos. Tenerla tan cerca, escuchar su respiración, los latidos de mi corazón, sumado a mis deseos de besarla y soltar todo lo que sentía por ella, no me permitían pensar con claridad. Pero no podía hacerle eso. No sin antes explicarle la verdad.

Pero ¿cómo decirle a Solae que temía que todo lo que estaba ocurriendo fuera por mi culpa? Que temía que Anton había aparecido solo porque yo había deseado alejarla de mi lado... No sabía si ella podría perdonarme algo así.

¿Qué tal si no era Anton el que me iba a hacer perderla, sino el hecho de decirle la verdad? Admitir que antes creía odiarla o confesarle lo que ahora sentía por ella. Probablemente ambas opciones provocarían que todo terminara de golpe. Ella aún amaba a Anton, independientemente de si él la controlaba o no, y si le soltaba algo así ahora, la respuesta más probable sería su rechazo.

Pero aun así... aun así ella merecía saber la verdad. ¿Por qué me costaba tanto poner en palabras todo aquello que estaba sintiendo?

El tiempo se me estaba agotando.

Capítulo 45

Ahora o nunca

Solae

Álex estaba prácticamente recostado sobre mí, mirándome a los ojos. Sabía que había algo que no me estaba diciendo. Quería que reconociera qué era lo que estaba pensando, lo que estaba sintiendo, qué era lo que quería de mí.

Esta vez era distinto a como había sido días atrás, cuando me sentía incómoda, sin saber qué haría si Álex se me declaraba. Maldición. Ahora estaba casi deseando que lo hiciera. Que de una vez por todas fuera sincero conmigo.

¿Por qué nadie era claro? ¿O es que solo estaba imaginando cosas y Álex no sentía nada por mí? Aunque quizás la verdadera pregunta era qué era lo que sentía yo realmente por él.

¿Por qué todo este lío en mi corazón si al mismo tiempo, y a pesar de todo, todavía tenía sentimientos por Anton? ¿Era posible querer a dos personas a la vez? ¿Sería algo similar a lo que le pasó a Trini?

Álex dio un suspiro largo, pero aún seguía sin decirme nada. Seguía con sus ojos fijos en mí. Sus ojos pardos. Sus malditos ojos pardos, su cabello castaño y su nuevo corte y atuendo mega sexy y algo desabotonado que no recordaba haberle visto nunca antes y que me tenía vuelta loca desde que me lo encontré al llegar. ¡Y boom! De pronto fue como si un recuerdo... como si un flashback hubiese inundado mi mente, pero se fue tan rápido como había aparecido.

—¿Podemos hablar de esto más tarde? ¿En otro lugar?

—¿Qué? ¿Más tarde cuándo? ¿En un lugar *aún* más privado, dices tú? —pregunté irónica.

—Es que siento que aquí no estamos seguros. Anton sabe donde encontrarnos y todavía no sé cómo planea alejarme de ti...

—¿Y tú crees que huir es la solución? Si nos vamos juntos de esta fiesta, ¿qué? Volverás a ser de pronto ese mejor amigo que dices que eras. ¿Y qué pasará el lunes?

—¿Es que aún no me crees que Anton va a venir por nosotros?

—No, Álex, es que quiero que de una vez por todas seas honesto conmigo. Estoy segura de que hay algo que me estás ocultando. Me dijiste que Anton te amenazó con perderme para siempre. Explica a qué se refería —dije esta vez poniéndome seria y muy cerca, frente a él. Quería que reaccionara.

«Dame al menos una razón de peso para terminar con él. Convénceme, Álex.»

Álex se tensó, retrocediendo levemente y un nuevo recuerdo acudió a mi mente y se esfumó en tan solo un segundo. Intenté concentrarme y volver a retomarlo, como quien intenta evocar un sueño a punto de escabullirse, pero fue inútil.

—¿Quizás se refería a perderte para siempre como mejor amiga y que volverá a borrar tu memoria para que me olvides? —dijo titubeando.

—¿En serio, Álex? ¿Eso es lo que crees? —ahora quería pegarle—. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros. De lo que acaba de pasar —bajé un poco la voz—. Después de la forma en que me besaste... ¡¿Me vas a decir que aún quieres recuperarme solo como amiga?!

Álex me miró sorprendido. Sabía que había sido muy directa, que había dado en el clavo. Pero más asombrada quedé yo cuando de pronto alcanzó mi mano y sujetándola con fuerza, me miró con seriedad.

—Soy un idiota... Tienes razón —musitó a solo milímetros de mi rostro y mi corazón se fue a mil en cuestión de un segundo, mientras comenzaba a hiperventilar.

«¡Me va a besar! ¡Oh Dios! ¡Álex me va a besar de nuevo!»

De pronto, un sonido electrónico apenas perceptible, luces y luego bajos retumbando se colaron a través de la puerta. Retrocedimos de un salto y mi corazón se encogió al instante al ver la puerta nuevamente abierta.

Detenido en el umbral, con medio cuerpo en la habitación y su mano congelada en la manilla, se encontraba Anton, completamente inmóvil. Su mirada estaba fija en nosotros y su rostro era impenetrable, mientras que sus labios conformaban una perfecta línea recta.

—Anton... —mascullé, sin conseguir pensar en una excusa válida que pudiera justificar nuestra situación.

—Aquí estabas... —murmuró él. Su voz sonaba afectada y eso me quebró.

Estaba tan en shock que ni siquiera me pregunté cómo había logrado entrar. Ni siquiera me di cuenta de que Álex aún me sostenía la mano, aunque por la posición en que estábamos, Anton no podía verlo. Solo lo noté cuando Álex comenzó a acariciar mi palma con su pulgar. Sabía, no sé cómo, pero sabía que con eso me pedía que siguiera fingiendo que no había pasado nada entre nosotros. Que yo no sospechaba nada acerca de Anton. Que le siguiera la corriente.

—¿Parece que interrumpimos algo? —Esta vez era la voz de Trinidad apareciendo detrás de Anton.

Sentí una punzada en la boca del estómago. Ahora lo comprendía. Trinidad lo había traído hasta nosotros. Nos había tendido una trampa. Mi mejor amiga nunca me creyó nada y solo se estaba vengando por haber besado a Álex.

Quería odiarla, pero no podía. La entendía demasiado: había besado al chico que le gustaba, ¡en su propio cumpleaños! Pero ¿cómo explicarle frente a Anton lo que estaba sucediendo? Y a la vez, ¿cómo explicarle a mi novio lo que estábamos haciendo? ¿Lo que estuve a punto de hacer?

—Solo estábamos conversando... —intenté aclarar.

—Solae se sentía mal y Trinidad nos trajo hasta aquí para que se recuperara —agregó Álex, y Anton lo miró extrañado.

—Necesitaban un baño y todos los demás estaban ocupados —le explicó Trini—. Pero no creí que se quedarían tanto tiempo en la habitación. Ya me estaba preocupando —dijo mirándome fijamente, con expresión desafiante.

—¿Si te sentías tan mal, mi Sol, por qué me pediste que no viniera? —me preguntó Anton. No se mostraba enojado, sino bastante dolido y sentí una profunda punzada de culpa.

—No quería preocuparte. Álex me estaba acompañando, pero ya pensaba irme pronto...

Trini rompió a reír en una carcajada sin humor. Y antes de poder decir nada, Álex presionó aún más mi mano y se acercó a mi oído.

—Trinidad debe estar bajo su influencia. Solo sígueles la corriente, por favor. No te dejes manipular por él.

Dudaba mucho que Anton tuviese que ver con lo que Trini estaba haciendo. La miré sintiéndome arrepentida. Estaba enfadada con ella por haberme puesto en esta situación, pero a la vez no tenía cara para culparla. Ella desvió su mirada sin decirme nada.

—Puedo llevarte a tu casa si quieres... —me dijo Anton con cara de preocupación. No parecía enojado y eso me descolocaba, haciéndome sentir una persona horrible. No se veía para nada como la persona controladora y amenazante de la que me hablaba Álex—. O si quieres, podemos conversar...

Si lo enfrentaba directamente ¿borraría mi memoria? Necesitaba saber la verdad, necesitaba que alguien me dijera qué era lo que estaba pasando, y Álex no había sido capaz de decírmelo.

—Sí, creo que necesitamos conversar... —respondí, convencida de que era lo mejor que podía hacer para aclararlo todo.

Álex aún sostenía mi mano, y cuando me levanté hacia Anton, me la presionó. Sabía que quería detenerme, pero yo ya no estaba tan convencida de su versión. Aunque las pruebas estaban y Natalia me había mostrado esas fotos, de solo tener a Anton frente a mí, algo dentro mío me decía que no quería hacerme daño... Todo lo que él estaba haciendo —si es que estaba haciendo algo— debía tener sus razones, y también merecía poder darme a conocer su versión de la historia.

Solté la mano de Álex, sin corresponder su gesto.

«Lo siento Álex. Te di la oportunidad de ser claro conmigo, pero la desperdiciaste.»

Capítulo 46

No te vayas

Álex

¡Maldición! Soy un idiota. Un imbécil.

Estuve tan cerca, ¡tan cerca! de por fin atreverme a decirle lo que sentía, pero al mismo tiempo tan lejos. A pesar de que lo veía venir, aún no podía creer que Anton hubiese conseguido llegar en el peor momento posible y yo no haber logrado actuar a tiempo. Había perdido la oportunidad. Hacer algo ahora era demasiado arriesgado.

No sabía si Anton ya sabía que Solae estaba advertida y que sospechaba de él, pero cualquier movimiento en falso de nuestra parte podía detonar la bomba que estaba frente a nosotros. Mi plan había fracasado y no existía un plan B. Solo quedaba fingir que no había pasado nada y esperar a que Solae me siguiera la corriente. Que pretendiera no estar enterada de lo peligroso que era Anton, hasta que se me ocurriera algo mejor...

—Puedo llevarte a tu casa si quieres... —le dijo Anton a Solae, con una actitud y tono de voz que fingían preocupación. El maldito sí que sabía actuar bien el papel de víctima. Por un instante hasta yo llegué a creer que tenía sentimientos—. O si quieres, podemos conversar.

«No Solae, no vayas. Es una trampa. Por favor, debes fingir que no sabes nada.»

—Sí, creo que necesitamos conversar —respondió alejándose de mi lado. Yo aún sostenía su mano y me aferré a ella con miedo de dejarla ir, como intuyendo que esta podría ser la última vez que la recordara. O que ella me recordara. Pero Solae me soltó y sin mirar atrás, fue hacia donde estaba Anton.

—Solae, espera... ¿No quieres que te acompañe? Todavía no te sientes bien... —le ofrecí en un último intento por retenerla.

—Gracias Álex, pero no hace falta. Preferiría hablar con mi novio a solas —me respondió sin voltear. Aquellas palabras me perforaron el corazón. En silencio vi cómo Anton le cogía la mano y luego de mirarme con una expresión indescifrable, salió con ella.

Trinidad parecía compadecerse de mí, mientras yo permanecía inmóvil, debatiéndome entre correr hacia Solae y arriesgarme a que Anton me lo impidiera o quedarme ahí sin hacer nada y que me la quitara de todas formas.

—¡Solae! —grité corriendo finalmente hacia la puerta, pero Trinidad bloqueó mi camino y la cerró de golpe apoyándose contra ella.

—¿Qué haces? ¡Déjame pasar! —le grité impaciente, intentando que se hiciera a un lado. Pero en vez de responder, me miró con expresión seria, dándome a entender que esa era precisamente su intención—. ¡Trinidad!

—No —me dijo, cruzándose de brazos.

—¿Qué? —pregunté incrédulo—. ¡¿Pero qué te pasa?! —

—Que no quiero dejarte pasar. No quiero que vayas por Solae. ¿Qué es lo que no entiendes?

—Trinidad, ahora no tengo tiempo para tus cosas. ¡Necesito salir!

—¡No, Álex! Ya tuviste todo el tiempo del mundo para hablar con ella. Y además te recuerdo que Anton sigue siendo su novio y los acaba de sorprender.

—¿¡Y culpa de quién es!? ¿No se supone que el plan era separarlos? —le pregunté atónito—. ¿De parte de quién estás? —le espeté pensando que no podía ser casualidad que justo ahora ella también lo dificultara todo.

Trinidad me miró con el rostro afectado. Pero no me respondió.

—Solae me contó que te había pedido bloquear el acceso a Anton, pero tú... Anton te está controlando, ¿verdad? Anton es el que te está obligando a...

—Anton no me ha obligado a nada, Álex. Por favor no empieces a inventar cosas esotéricas como Solae. *I'm not that stupid!*

—¡No te estamos inventando nada! Anton es peligroso y es por eso que Solae te pidió que no lo dejaras entrar. No entiendo por qué no le creíste. ¡Si es tu mejor amiga!

—Es bastante difícil creerle a alguien que te acaba de traicionar. Y además conozco a Anton, he hablado con él y sé que lo que quiere con Solae dista mucho de lo que tú crees.

—¿A qué te refieres...? ¿Qué es lo que te dijo?

—No me corresponde discutir eso contigo. Pero te aseguro que Anton no es una mala persona. Mi único consejo para ti es que te rindas y que ya los dejes estar juntos. *Let her go!*

—¿Pero qué estás diciendo ahora? ¡Si a ti te gusta Anton! Por eso íbamos a separarlos, precisamente porque no hacían una buena pareja. ¡Porque tú querías estar con él!

Trinidad se acomodó contra la puerta y suspiró.

—Es verdad que Anton me gustaba y que quizás al comienzo acepté ayudarte por esa razón. Pero eso cambió, Álex, y me cuesta mucho creer que aún no te hayas dado cuenta.

La miré sin comprender.

—Realmente no creía que tuvieras oportunidad con Solae. Ella siempre ha estado perdidamente enamorada de Anton, pero la muy *bit*... —se detuvo, al parecer para no insultarla—. Si es que nunca intenté algo con Anton era porque sabía que ella lo amaba. Renuncié a él solo por ella y en el proceso de olvidarlo me di cuenta de que me gustaba alguien más. El problema fue que cometí el estúpido error de contarle quién era.

—¿Te gusta alguien más...?

Trinidad abrió la boca y rodó los ojos.

—¿Me estás...? *You are kidding, right?*

La miré en silencio mientras intentaba emparejarla mentalmente con la mitad de nuestros compañeros de curso. Mi cara de estupidez debió ser épica, porque suspiró profundo para luego clavarme una mirada acusadora.

—Idiota... ¡Me gustas tú! —hizo una pausa para estudiar mi reacción (si es que quedarse de piedra era una reacción)—. Pero aún sabiendo eso, la muy perra de Solae fue y te besó como si yo no estuviera ahí viéndolos en primera fila. Sin siquiera importarle que ella ya tenía a Anton. Como si de pronto tú te hubieses convertido en el *frigging* amor de su vida. —La voz de Trinidad ahora sonaba ligeramente quebrada—. Si finalmente acepté ayudarte, Álex, fue solo porque quería acercarme a ti. Así que deja de pretender que no te habías dado cuenta —me dijo tomando mi mano y comenzó a acariciar uno a uno mis dedos—, porque tendrías que ser demasiado estúpido para no hacerlo.

Me quedé sin palabras. Era evidente que ella hablaba en serio. Trinidad era muy linda, aunque demasiado intimidante y provocativa para mi gusto, por eso nunca me interesó de esa forma. No quería herirla y tenía razón en que me estaba comportando como un insensible, pero... ¡¡AGHH!! ¿Esto en verdad estaba ocurriendo justo ahora? Necesitaba ir a buscar a Solae, pero ¿cómo iba a pedirle que me dejara ir en una situación como esta?

—Trini, yo...

—Tú no sientes lo mismo por mí. Es eso, *right?* —Trinidad respiró profundo y miró hacia arriba, podría jurar que luchando por no llorar—. Supongo que eso nos hace dos rechazados esta noche.

—Lo siento... en verdad me has tomado por sorpresa. —Dudé en continuar—. Y creo que deberíamos hablar bien de esto más adelante, pero ahora realmente necesito salir...

—Tienes razón, Álex. Ahora es cuando me trago mis sentimientos y te dejo ir corriendo a los brazos de esa *jerk* —espetó en tono irónico, soltando mi mano y mirándome a la cara con ojos llorosos—. Álex, acabo de decirte que me gustas y lo primero que haces es pedirme irte con ella. ¡¿No estás siendo demasiado cruel?!

Sí, estaba siendo un bestia. Un maldito imbécil, como también lo había sido con Solae. ¿Pero qué podía hacer en esta situación? No podía corresponderle, no podía mentirle y tampoco sabía qué decirle para hacerla sentir mejor. Miré su mano, tentado de tomársela esta vez yo para consolarla de alguna forma, pero pensé que hacerlo podía ser contraproducente.

—¿Puedo abrazarte? —preguntó Trinidad en un susurro, pasando con suavidad sus brazos por debajo de los míos, alrededor de mi cintura. Sin oponer resistencia, asentí quietamente y luego de un instante, le correspondí el abrazo.

No era como las otras veces que se acercaba y me descolocaba por su atrevimiento. Parecía que esta vez Trinidad realmente necesitaba mi contención. Ella me había ayudado y, a su manera, había sido buena conmigo y yo le debía al menos esto como disculpas y agradecimiento. Le

devolví el abrazo, esperando que con eso fuera suficiente. Trini apoyó su boca contra mi cuello. Podía sentir su respiración y el contacto de sus labios contra mi piel.

—¿Y... me dejarías besarte? —Sentí su pregunta vibrar cálida contra mí. Tardé en reaccionar, porque me costó estar seguro de si la había entendido bien. Trinidad se separó de mí para contemplarme de frente y repetir la pregunta con su mirada. Su rostro estaba sonrojado y sus ojos, tristes.

—Lo siento, Trini... —dije sintiéndome como una mierda y más nervioso de lo que me hubiese gustado admitir—. Sabes que me agrada estar contigo y que encuentro que eres muy linda, pero yo...

—¿Y si te dejara pasar? —me interrumpió—. ¿Si a cambio de un beso te dejara salir a buscarla?

—No hablas en serio, ¿verdad? —pregunté desconcertado ante su propuesta y sin saber si considerarla. Por un lado por fin podría salir a buscar a Solae, pero por el otro, significaba traicionarla a ella y mis sentimientos.

—¿Tan terrible te parece, Álex? ¿Tanto me rechazas que no puedes darme un simple beso?

—No, Trini, no es que sea terrible... Es solo que ya sabes lo que siento por Solae. ¿En serio quieres que te bese, aun sabiendo que yo amo a alguien más?

Trinidad me miró boquiabierta y dando un largo suspiro, bajó la mirada.

—Hasta que lo dijiste, Álex... —susurró—. Hasta que por fin admitiste que la amas.

Incrédulo, hice una pausa para retroceder mentalmente sobre mis palabras. Y no tardé en darme cuenta que finalmente había conseguido decir aquello en voz alta.

—Supongo que ya no tiene sentido seguir negándolo...

—Creo que hasta yo misma intentaba convencerme de que si lo negabas tanto, era porque aún tenía esperanzas contigo —dijo llevando su mano hacia los labios—. Entiendo que quieras correr a decírselo, y aunque no entiendo la urgencia, no pretendo detenerte más. Pero solo te estoy pidiendo un beso. Uno de despedida y nada más.

—Yo... —No sabía qué responder. A pesar de que quería ser considerado con ella, no era lo correcto. No quería besarla.

—Ya nos besamos una vez, ¿qué más da una segunda... una última vez? —agregó en voz tan baja que me costó interpretar su tono. Parecía ser realmente importante para ella.

—Si lo hiciera... no significa que esté correspondiendo a tus sentimientos, lo entiendes, ¿verdad? —le dije sin estar seguro de ceder, pero antes de llegar a decidirme, Trinidad me calló con sus labios, mientras que una de sus manos acariciaba mi rostro.

Sin pretenderlo, cerré los ojos. A diferencia del beso anterior, esta vez el contacto fue suave; me besaba casi con ternura y sin mayor interacción que una leve apertura de labios de su parte. Otra vez me descolocaba con su actitud, aunque había algo distinto en ella. ¿Timidez? Noté que también contenía su respiración.

A los pocos segundos, Trinidad se separó de mí y sin levantar la mirada se apartó de la puerta y murmuró:

—Eres libre de irte...

Capítulo 47

¿Dónde estás?

Alex

Sintiéndome culpable de haber rechazado a Trinidad de esa manera, pero sin quedarme más alternativa, abandoné la habitación.

Sin mirar atrás ni detenerme a esperar el ascensor, bajé corriendo las escaleras, intentando abrirme paso entre la gente que estaba detenida en el camino, conversando, fumando, besuqueándose, estorbando. Desesperado miraba hacia todos lados, pero no había rastro de Solae ni de Anton. Comencé a llamarla, pero debido a la música estridente era un esfuerzo inútil; tampoco la oscuridad ni las luces estroboscópicas y cegadoras me permitían avanzar con fluidez. No los veía. ¡Maldición! No estaban por ningún lado.

«Idiota, idiota, idiota» me repetía. ¿Cómo la dejé ir? ¿Cómo dejé pasar la oportunidad de decirle lo que sentía? Si Anton le llegaba a borrar nuevamente la memoria... si llegaba a perderla otra vez (y todo indicaba que así sería) no me lo perdonaría jamás.

Avanzaba a ciegas entre la gente, atento a cualquier chica de cabello color miel o a cualquier idiota alto y rubio, pese a que la mala iluminación complicaba bastante la tarea. Solo esperaba que no estuvieran encerrados en una habitación. Que por favor Anton no le hiciera nada en contra de su voluntad.

«Este sábado la perderás para siempre.» Sus palabras se reproducían como una terrible premonición en mi cabeza.

Cogí mi celular y le mandé un mensaje a Solae. Era infructuoso y probablemente arriesgado, pero necesitaba retenerla de cualquier manera posible. «¿Dónde estás?», le pregunté, sin detenerme mientras escribía, pero no me extrañó que no me respondiera. Después de todo, ¿quién está pendiente de su móvil durante una fiesta?

En el salón de baile, intentar avanzar entre la gente que se movía en forma aleatoria, sin respetar ningún límite espacial, hacía aún más difícil mi propósito. Incluso me vi empujado y luego acosado por dos compañeras de curso que se encontraban bastante ebrias y que de seguro ni siquiera sabían quién era yo.

Este era, sin duda, el peor lugar para localizar a alguien, pero a los pocos segundos caí en cuenta que de todas formas era muy poco probable que Anton y Solae estuvieran ahí bailando. Me giré para devolverme, cuando de pronto divisé a una pareja que se besaba acarameladamente

contra una pared y que me resultó particularmente familiar. No estaba seguro, pero en un movimiento repentino de uno de ellos dos, logré reconocerlos.

No podía creerlo, ¡eran José Tomás y Amelia!

Mi sorpresa y alegría por ellos se mezclaban en mi conciencia con mi desesperación por encontrar a Solae. Me debatía frente a la idea de si sería correcto interrumpirlos por ayuda; no quería arruinarles su momento especial, como ya lo había hecho con Solae.

Nuevamente me maldije por ser tan imbécil, pero decidí que no sería justo hacerlos cargar ahora con mis problemas. Ya a punto de retirarme, vi que Joto, que era el que estaba acorralado contra la pared, se dio cuenta de mi presencia y me llamó entusiasmado con la mano. Amelia se giró sorprendida y agachó la cabeza ruborizándose con tal intensidad que incluso en la oscuridad, pude notarlo.

—¡¡Álex!! —me saludó mi amigo, en estado de sobreexcitación. Ame me sonrió con un dejo de timidez que no lograba opacar la felicidad que transmitía su cara—. Nos sorprendiste antes de poder contarte —se rieron e intenté sonreír lo mejor que pude.

—Felicitaciones, chicos... —les dije abrazándolos con bastante más fuerza de lo que pretendía y escondiendo mi cara entre ellos, en lo que creí sería un gesto rápido y poco comprometedor, pero sin poder evitarlo, mi voz se quebró. Ame se dio cuenta.

—¿Álex, estás bien? —me preguntó preocupada. Retrocedió ligeramente sin soltarme, para examinar mi rostro. Joto también lo notó e intenté disimular mi angustia.

—Chicos, luego me tienen que contar todo, pero ahora tengo que disculparme, necesito... —me detuve para coger aire. Me costaba hablar. Luego de contenerlo un instante, suspiré—. Necesito encontrar a Solae. ¿No la han visto, verdad?

—No. Creo que no —respondió Amelia, mirando a José Tomás—. ¿Pasó algo? —preguntó poniéndose seria. Mi semblante delataba mi desesperación.

—Es algo difícil de explicar, pero es urgente que la encuentre cuanto antes. Si no lo hago a tiempo, es probable que Anton..

—Tranquilo, Álex, no es necesario que nos expliques. Nosotros te ayudaremos a encontrarla —me aseguró Joto apoyando su mano en mi hombro, mientras miraba a Amelia en busca de aprobación, pero ella ya parecía estar de acuerdo.

—Para eso estamos los amigos —añadió Ame, y confirmé la linda pareja que hacían y lo buenos que eran siempre conmigo. No pude evitar sentir un poco de celos de su relación. Los envidiaba, pero a la vez los quería tanto en esos momentos, que podría haberme puesto a llorar ahí mismo.

Luego de revisar por separado y a grandes rasgos el salón de baile donde nos encontrábamos, salimos juntos hacia el salón principal. Amelia buscó a Solae en los baños de mujeres y nosotros en los sillones, en la cabina de fotos, en los grupos y en las instalaciones, donde la gente

participaba de otros juegos, aún más intensos que la botella. Pero el lugar era enorme y encontrar a Solae parecía tan difícil como hallar un cristal de azúcar en un saco de sal.

Por último salimos al patio, donde la música era bastante menos invasiva y la iluminación propiciaba un ambiente más íntimo, que múltiples parejas aprovechaban para sus conversaciones románticas, caricias atrevidas y besuqueos apasionados. Incluso había quienes en ropa interior, se comían a besos dentro de la piscina. Al menos me sentí aliviado de no encontrarlos ahí.

—¡Oh, mier...! —exclamó Joto en voz baja hacia Amelia, pero igual logré escucharlo.

Intentó desviar mi atención, pero ya era demasiado tarde. Los habíamos encontrado, y ahora comprendía por qué Joto no quería que mirara.

Al fondo, en un rincón y bajo un frondoso árbol iluminado por tenues luces blancas que envolvían su follaje como estrellas, estaban Anton y Solae, sentados sobre una banca, besándose.

No podía creer cuánto dolía, cuánto deseaba no haberlos visto, darme la vuelta y rendirme. Después de todo, ¿qué podía hacer yo contra alguien que parecía tener el poder de controlar el universo a su favor? Y a estas alturas, las posibilidades de que Solae me recordara o de que Anton me dejara acercarme a ella a decirle lo que sentía eran nulas.

—Parece que llegamos en un mal momento...

Noté como Joto y Amelia me miraban preocupados y expectantes de mi próxima reacción.

Sabía que podía contar con ellos, y que si decidía escapar, ellos me apoyarían. Pero empuñé mis manos, respiré profundo y di un paso hacia adelante.

Ya había huido suficiente. No importaba si era demasiado tarde, no podía rendirme sin antes haber luchado hasta el final.

—Álex, ¿y si mejor esperas hasta después...? —preguntó Joto, pero yo ya avanzaba en dirección a ellos, mientras sentía que tanto la música como la luz se iban atenuando a medida que me acercaba. Anton intensificó su abrazo, pretendiendo no haberme visto, mientras que Solae, que me daba la espalda, aún no se enteraba de mi presencia. Lo miré con recelo, pero decidí que era con Solae con quien debía hablar.

—Solae... —la llamé cuando me encontré detrás de ella, pero mi voz apenas se elevó—. ¿Podemos hablar un momento? —insistí, esta vez haciendo mi voz un poco más audible, consiguiendo que por fin dejaran de besarse. Solae más que sorprendida de verme ahí, me devolvió una expresión de profunda tristeza.

—¿Tú de nuevo? —me interpeló Anton—. ¿Es que no hablaste ya suficiente con mi novia, Álex? —dijo enfatizando sarcásticamente ese «hablaste»—. ¿O es que ahora buscas proponernos un trío?

Sabía que el objetivo de Anton era sacar lo peor de mí frente a todos. Pese a las ganas que tenía de responderle, verbal o físicamente, respiré profundo y me concentré en Solae, que claramente no estaba feliz de verme.

¿Aún sabía quién era yo?, ¿aún me reconocía? ¿O Anton le había metido ideas en su cabeza

para alejarla de mí?

—Solae, ¿puedes acompañarme? Hay algo importante que no alcancé a decirte...

—Sea lo que sea, estoy seguro de que puedes decírselo aquí frente a todos —volvió a interrumpir Anton levantándose del asiento y ahora poniéndose frente a mí—. Te recuerdo que ella está conmigo, Álex. Y que entre nosotros no hay secretos. —Solté una risa ante la ironía.

—No estoy hablando contigo —le espeté y él vino hacia mí, con brusquedad.

—Pues qué lástima, porque soy el único de los dos que todavía está dispuesto a escucharte.

Miré a Solae para comprobar si lo que Anton me decía era cierto, y ella retiró su mirada.

—¿Qué le hiciste?! —le grité, empujándolo, lo que por supuesto alertó a quienes nos rodeaban, congregando a más gente. Lo que menos quería era público, pero ya no pude evitar alterarme.

—Querrás decir ¿qué le hiciste tú? —me respondió Anton sonriendo confiado.

Lo agarré de la inmaculada chaqueta blanca que traía puesta, pero antes de que pudiera hacer cualquier cosa, Solae se interpuso entre nosotros.

—¡Ya para, Álex!! —exclamó, furiosa—. ¡Anton no me ha hecho nada! Por favor, ¡ya déjanos en paz! —añadió casi suplicante y yo retrocedí, atónito.

—Solae...

—¿Tanto te cuesta entender que yo quiera estar con Anton? —Su mirada lastimaba casi tanto como sus palabras—. Por favor, deja de buscarme.

—Solae, tú ya sabes lo que él te hizo. Lo que intenta hacer contigo. —Por precaución aún no quería revelar frente a Anton que ambos ya sabíamos todo, además tenía la remota esperanza de que Solae estuviera actuando—. Lo que sea que te haya dicho, fue solo para ponerte en mi contra. Él...

Solae me interrumpió, poniendo bruscamente delante de mí la pantalla de su celular. Con dificultad logré distinguir una imagen que mostraba dos siluetas en penumbras. No tardé en reconocer quienes eran: Trinidad y yo en la suite, hacía apenas unos minutos. Besándonos.

No podía creerlo. Mi cabeza comenzó a dar vueltas. ¿En qué momento tomó Trinidad esa foto y por qué la tenía Solae?

—¿Me vas a decir que esto también es culpa de Anton? —me recriminó, mientras que su mirada de furia dejaba traslucir también su decepción.

—¡No, no es lo que parece! Te juro que es un malentendido. ¡Trinidad me tenía encerrado en la suite y me besó con la condición de dejarme salir a buscarte! —intenté explicarle con palabras atropelladas, mientras me daba cuenta de que ni yo mismo creería en una excusa así—. Sol, yo no siento nada por Trinidad, yo...

—¿Tú qué, Álex? —preguntó furiosa—. ¿Me vas a decir que Trinidad te tendió una trampa para besarte por segunda vez? ¡Porque pareciera que ahora todos están conspirando en tu contra! —exclamó irónica.

Su actitud hacia mí me dolía tanto física como mentalmente. Era desgarradora

—Solae, yo no soy el malo aquí. Es verdad que todo fue una trampa. Solo dices eso porque no me recuerdas, pero si te dieras cuenta de que es Anton el que te está engañando, que es Anton el que...

—¡Te equivocas! —me interrumpió Solae en seco—. Claro que me acuerdo de ti —dijo clavándome la mirada—. Ya lo recuerdo todo. Y es por eso mismo, porque ahora por fin te recuerdo, que ya no quiero saber nada más de ti, Álex Romandi.

Capítulo 48

Revelaciones

Solae

(15 minutos antes)

Salí con Anton de la suite y juntos bajamos en silencio por el ascensor. Mi corazón estaba dividido y sentía que mi cabeza iba a explotar. Pero la sensación que imperaba por sobre todas las demás, era sentirme como la peor persona del planeta. No sabía cómo me había dejado llevar de esa manera sin tener absolutamente nada claro.

Estaba decepcionada de Álex, de haberme entregado tanto a la esperanza de que por fin me aclararía las cosas, de que por fin sería sincero conmigo. Finalmente no dijo nada y al parecer tampoco lo haría. Pero sobre todo, estaba decepcionada de mí misma al descubrir que secretamente había estado esperando que él sintiera algo por mí. Incluso cuando yo ya tenía a Anton a mi lado. Incluso cuando aquello había significado herir a mi mejor amiga. ¿En qué clase de persona me convertía todo esto?

Aun así, no dejaba de ser cierto que Anton parecía estar ocultándome algo importante. Por mucho que me costara creerlo, las evidencias saltaban a la vista. Definitivamente mi novio había estado jugando con mi mente y ahora me preguntaba hasta qué punto, pero descubrirlo me daba pánico.

Me aterrorizaba no poder discriminar qué parte de lo que sentía y de lo que recordaba era real y qué había sido implantado por él. Era prácticamente imposible distinguirlo cuando todo se sentía tan auténtico, tan a flor de piel. Pero si Anton me controlaba, como decía Álex, entonces ¿por qué dudaba? ¿Por qué siquiera estaría considerando engañarlo con otra persona, si supuestamente él estaba en control de mis sentimientos?

Quizás Álex estaba equivocado y Anton no poseía tal poder, pero por el momento debía seguir fingiendo que no sabía nada. Tal como también me aconsejaba Tam. Tal como me rogaba Álex.

Anton avanzaba delante de mí, llevándome de la mano. Su tomada era firme, pero no dominante. No sentía que me estuviera obligando a ir con él.

Frente a la multitud de invitados que había abajo, me rodeó con su brazo en una actitud protectora, abriéndose paso sin ninguna dificultad entre la gente que, como por arte de magia, se iba haciendo a un lado a medida que Anton nos conducía hacia el patio. Afuera el ambiente y la música eran mucho menos estridentes, lo que nos permitiría conversar con mayor facilidad, y me

guio hacia una banca bajo un enorme árbol que, sorprendentemente, a pesar de toda la gente que había cerca, se encontraba desocupada.

—¿Te parece este lugar? —me invitó a sentarme mientras yo anticipaba el momento en que finalmente tendría que enfrentarlo. Con el estómago apretado, asentí en silencio.

—¿Te sientes mejor, Sol? ¿Necesitas que te traiga algo? —me preguntó cuando ya estábamos sentados y, afectuoso, acariciaba mi mano.

«Deja de tratarme tan bien, que solo lograrás que me sienta peor», pensé mientras me daba cuenta de lo guapo y perfecto que se veía. Recién ahora conseguía observarlo con detención. Vestía una elegante tenida estival, completamente blanca, la que sumada a su cabello rubio y bajo estas luces astrales, le otorgaban un aspecto casi celestial.

—Sí, estoy mejor, gracias —mentí, cruzándome de piernas mientras inconscientemente llevaba una mano hacia mi collar y comenzaba a jugar con él.

«¡Oh no!», pensé apenas recordé que lo traía puesto. ¿Ya lo habrá visto? Maldición, debí habérmelo sacado. No sabía qué diablos estaba pensando cuando decidí usarlo.

«Mentira, Solae. Lo sabías perfectamente...»

—Siento mucho lo de hace un rato, Anton. Pero puedo jurarte que no pasó nada. Con Álex solo estábamos conversando... —le dije, consciente de que solo era una verdad a medias.

—No estoy enfadado contigo, Sol. Pero no te voy a mentir que me dolió encontrarlos juntos —me dijo con voz afectada, sin mirarme directamente—. No creas que no me he dado cuenta de que Álex está interesado en ti...

—Él no está interesado en mí. Solo me busca porque quiere ser algo así como mi mejor amigo —le dije pretendiendo que aquello no me afectaba—. Siento mucho lo que ocurrió. No debí pedirte que llegaras más tarde... o que no llegaras —dije bajando la mirada.

Apoyando su mano bajo mi mentón, Anton levantó mi rostro con delicadeza y me giró hacia él.

—No te culpo, Sol. Solo lo hiciste porque Álex te lo pidió, ¿verdad? Porque hay algo que te preocupa sobre mí y él te dijo que podía ayudarte a resolverlo.

«¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba leyendo mi mente? Si no, ¿por qué traería a colación mis sospechas sobre él?»

Su voz sonaba calmada y comprensiva. Me estaba costando mucho seguir pensando mal de él, pero aún así intentaba mantener la guardia en alto. No sabía qué responder sin mentirle, pero sin darme cuenta, me encontré asintiendo.

—Asumo la culpa de eso. Creo que no he sido completamente sincero contigo... —Anton alcanzó mi mano y moviéndose despacio, entrelazó sus dedos con los míos—. Solae, yo te amo —sus ojos claros me miraban hipnóticos y profundos, haciendo imposible no perderme en ellos—. Eres lo más importante de mi vida y yo solo quiero lo mejor para ti. Lamento haber tardado tanto en decírtelo, pero lo cierto es que estaré dispuesto a cualquier cosa con tal de que seas feliz.

La confesión de Anton me pilló completamente desprevenida. Era lo último que esperaba que

me dijera en ese momento, pero al mismo tiempo era lo que más había querido oír hacía años. Y es que hasta ahí, a pesar de que ya éramos novios, Anton jamás me había dicho directamente que me amaba. Luego de nuestro sorpresivo primer beso, todo había sido implícito, pero era totalmente distinto escucharlo de sus propios labios. Como si al pronunciarlo se transformara en una verdad absoluta.

Mi corazón confundido de pronto comenzaba a estar más seguro, a sentir algo similar a la felicidad, a pesar de que otra parte de mí, aunque cada vez más pequeña, luchaba por mantenerme en guardia, por recordarme que Anton aún podía ser peligroso y estar manipulándome. ¿Pero cómo podía ser peligroso alguien que me hacía sentir tan feliz? Después de tantos años de amistad, por fin me decía que me amaba, por fin me correspondía por completo y simplemente no me cabía en la cabeza que tuviera intenciones de hacerme daño o que todos estos años amándolo en secreto nunca hubiesen ocurrido.

Deseaba responderle que yo también, que aquello era todo lo que había deseado oír, y luego saltar a sus brazos y besarlo, pero todavía había algo que me frenaba. Esa parte de conciencia y autocontrol que Álex y Tam sostenían dentro de mí y que me contenía. Pero no sabía por cuánto tiempo lo conseguiría. Me daba cuenta de que era imposible resistirme al enorme poder que Anton ejercía sobre mí.

«¿Quién eres, Anton?»

—No tengas miedo, Sol —me susurró con su voz profunda y reconfortante—. Entiendo que estés confundida y es por eso que desde ahora seré totalmente sincero contigo. No quiero que existan más secretos entre nosotros, para que así ya no desconfíes de mis intenciones. Quiero que sepas que todo lo que he hecho ha sido solo por tu bien. Todo ha sido por ti.

«¿Lo que ha hecho? ¿De qué estaba hablando? Acaso estaba admitiendo que...»

—Sí, mi Sol. Es cierto que yo te hice olvidar a Álex.

—¿¡Que qué!?! —retrocedí impactada, soltando sus manos de golpe. Realmente no podía creerlo—. ¿¡En verdad estás admitiendo que me borraste la memoria!?

—No toda tu memoria, solo lo referente a Álex.

—¡Aaah, ya! ¡Qué tranquilidad! ¡Solo me hiciste olvidar a Álex! —repliqué con ironía—. ¡¿Te das cuenta de lo que me estás soltando?! —Anton me escuchaba, pero no se veía afectado por mi arrebato. Más bien parecía esperar pacientemente a que me calmara para seguir hablando.

—Lo hice porque tú me lo pediste, Sol. Porque tú lo deseaste.

—¿Que yo te lo pedí? ¿Es que acaso eres una especie de hada madrina que concede deseos o algo así? ¡Porque también me gustaría ganarme la lotería!, ¿sabes? —grité exasperada, pero Anton seguía sin responder, mirándome impasible. Eso me descompensaba aún más—. Aparte, ¿por qué demonios iba a pedir algo así? ¿Por qué iba a querer olvidar a mi mejor amigo? Porque entonces sí es cierto que Álex era mi mejor amigo.

—Él te hacía daño.

—¡Mentira! Todo esto lo estás inventando porque lo odias, porque nos encontraste juntos. ¡Solo intentas confundirme y ponerme en su contra!

—No, Sol. Esto no es una venganza ni mucho menos. Lo cierto es que tú estabas enamorada de él, pero Álex te rechazó y sufrías tanto por él que llegaste a suplicar olvidarlo.

«¿Que yo... estaba enamorada de Álex?»

Enterarme de eso me hacía comprender tantas cosas, pero a la vez me confirmaba que Álex nunca había sentido nada más que amistad por mí. ¿Por qué aquello lastimaba tanto?

—Pero esa no es razón suficiente para querer olvidarme de él —dije, impostando mi voz, para fingir que no me afectaba—. No voy a pedir olvidarme de cada persona que me rechace.

—Tienes razón, mi Sol. Y es que también existe otro motivo. Uno más doloroso aún. —Lo miré expectante, sin comprender a qué se refería, mientras que él parecía querer evitar tener que decírmelo—. Lo cierto es que Álex también pidió un deseo, Sol. —Anton me examinó, para comprobar si era apropiado continuar, pero con la mirada le indiqué que prosiguiera—. Siento tener que decirte que Álex no solo no te correspondía, sino que además estaba harto de ti, de tu personalidad tan diferente a la suya. Él solo quería que te alejaras, que lo dejaras en paz. Y aquel deseo fue tan intenso como el tuyo.

«Álex... ¿me odiaba?», la garganta se me apretó, dificultándome respirar.

—¡No! ¡Estás mintiendo! Eso no tiene ningún sentido. Álex me ha estado buscando. Quizás es verdad que no sienta nada por mí, pero al menos es obvio que desea ser mi amigo —hice una pausa para meditarlo—. Si Álex realmente me odiara, ¿por qué insistiría tanto en buscarme? ¡Mira! —le dije mostrándole un mensaje de texto que acababa de recibir, en el que él me pedía que le dijera dónde estaba.

Anton lo leyó, sin siquiera inmutarse. Releí el mensaje, pensando en responderle, pero Anton cubrió suavemente la pantalla de mi móvil, impidiéndolo.

—Si lo deseas, puedo devolverte tus recuerdos —me propuso—. Para que te des cuenta por ti misma que Álex no es quien tú crees que es. Y que no va a cambiar.

«No era posible que Álex me odiara... Sabía que era imposible.»

—Sol —prosiguió Anton—. Para él eres solo un desafío. Ahora te busca únicamente porque estás conmigo, pero apenas te tenga se cansará de nuevo de ti.

El miedo y la angustia se apoderaron de mí. ¿Quería realmente recuperar mis recuerdos sobre Álex si me iban a hacer tanto daño como Anton decía? Pese a que deseaba conocer la verdad, dudaba en aceptar su propuesta. No quería sufrir más. Pensé en negarme, pero antes de poder siquiera pronunciar palabra, un nuevo mensaje llegó a mi celular.

I'm so sorry, Sunny

Era de Trini, y venía acompañado de una imagen. Apenas la abrí, sentí que todo se derrumbaba.

Era una foto de Álex besándola, en la misma suite que habíamos compartido hacía tan solo unos minutos.

Anton miraba la foto de reojo, sin parecer sorprendido.

Sostuve mi móvil con mano temblorosa, y a pesar de cuánto dolía, de cuánto me quemaba por dentro, no lograba apartar los ojos de aquella imagen. Entre más la observaba, más comprendía lo tonta que había sido al haber puesto algún tipo de esperanza en Álex.

—¿Qué decidirás, Sol?

—Ya estoy cansada de todo esto —declaré, resignada—. Necesito verlo por mí misma. Recordar lo que realmente pasó.

Anton sonrió y me cogió de las manos de tal forma que el calor de su contacto me transmitía que a pesar de que iba a doler, él estaría conmigo para ayudarme a soportarlo. Sintíendome protegida, cerré los ojos y me entregué a lo que viniera. De pronto, poco a poco, comenzaron a invadirme ligeros *flashbacks*, cada vez más nítidos, que venían asociados a oleadas de emociones que no lograba conectar.

Sentimientos de tristeza comenzaron a envolverme, haciéndome revivir muchas situaciones tan dolorosas que me empapaban de desesperanza, de decepción, de ganas de llorar. Y es que nunca lloré frente a Álex, y ahora me daba cuenta de que debí haberlo hecho. Que quizás así él sabría cuánto daño me hizo cada vez que me ignoró, que me dijo algo hiriente, y cuánto eso fue mermando y destrozando mis ganas de seguir siendo su amiga. De seguir junto a él.

Lo que iba recordando se iba incorporando a mí como vidrio molido recorriendo mis venas. Todas las experiencias se iban fusionando, como si hubieran ocurrido de una vez y al mismo tiempo, pero sabía que estas se habían repetido constantemente, cada vez con más frecuencia y yo solo me había hecho la tonta por no querer verlo. Por miedo a perderlo.

«¿Por qué había tenido tanto miedo a perderlo?» Ahora me daba cuenta de que Álex no había sido más que un idiota orgulloso que solo se había preocupado por él y que, después de todo, yo nunca le había importado.

—No mereces tener que revivir todo este dolor —me contenía Anton, permitiendo que presionara sus manos con fuerza, mientras los sentimientos terminaban de agolparse dentro de mí. Yo aún mantenía mis ojos cerrados y escuchaba su voz, sin estar muy segura si era a través de mis oídos o si estaba dentro de mi cabeza, mientras las lágrimas se iban acumulando detrás de mis párpados. Me resistía a dejarlas salir.

—Aún puedo borrarlo, Sol. Puedo hacer que todo este dolor vuelva a desaparecer. —Su voz sonaba esperanzadora, tranquilizante, mientras que yo comenzaba a considerarlo. Solo quería que la avalancha de tristeza se detuviera de una vez.

—Solo pídelo y lo haré, mi amor. Juntos podremos partir de cero, porque yo sí puedo hacerte feliz.

Pensé en Álex. A pesar de todo lo que estaba sufriendo volví a pensar en él. ¿Qué pasaría con

él si pedía volver a olvidarlo todo? ¿Seguiría insistiendo en buscarme, en hacerme recordar?

—No te preocupes más por Álex, Sol. Si aceptas, me encargaré de que él nunca más pueda volver a hacerte sufrir.

Su propuesta sonaba demasiado tentadora. Podía sentir la bondad de Anton, reconocer sus buenas intenciones y cómo estas contrastaban con la realidad brutal que acababa de recordar sobre Álex y lo opuestos que eran. Después de todo, Anton ya me había demostrado que junto a él yo había logrado ser feliz.

—¿Aceptarás? —me preguntó y abrí los ojos encontrándolo frente a mí, a punto de besarme.

Sin responder, volví a cerrar los ojos y me dejé besar. Me dejé envolver por su calidez, por la seguridad y la confianza que emanaban de él.

Quizás aceptar sería la mejor opción...

Capítulo 49

Lo que nunca te dije

Álex

¿Solae me recordaba...?

Por alguna razón, no lograba convencerme de que no se trataba de otra manipulación de Anton. De lo contrario, ¿por qué devolverle sus recuerdos...? Y lo de la foto...

—Solae, sobre lo que pasó con Trinidad...

—Olvídalo, Álex. Lo que tú hagas o dejes de hacer con ella no me interesa.

—¡Pero si te juro que es un malentendido! Ella solo estaba despidiéndose de mí, pero...

—Despidiéndose —resopló con una risa burlona—. Pues ahora yo también estoy despidiéndome de ti, Álex, aunque definitivamente no voy a correr a besarte para hacerlo —añadió, hiriente—. Anton ya me lo contó todo. Acerca de cuánto deseabas alejarte de mí, de cuánto te agobiaba estar conmigo. —Quise interrumpirla, pero Solae no me lo permitió—. Y también recordé cómo me tratabas, cómo me ignorabas y todas las cosas que te aguanté. ¡Así que felicitaciones, Álex, eres libre de mi presencia!

—¡No, Solae! No lo entiendes...

—¿Lo vas a negar? —me interrumpió, acongojada.

—No, pero...

—¿Pero sabes qué? Fue gracias a tu indiferencia y a todo este dolor que me provocaste, que por fin siento que ahora sí todo va a estar bien. —Solae fijó su mirada en mí para asegurarse de que la estuviera escuchando—. Yo solo quería olvidarte y fue gracias a eso... fue gracias a ti que conocí a Anton y que por primera vez me siento correspondida.

Sentí cómo mi corazón se fragmentó de solo oír aquello. Sabía que no había sido ni el mejor amigo ni la mejor persona con Solae, pero...

—¿Tú... pediste olvidarme? —pregunté, casi con un hilo de voz, rogando internamente que lo negara.

Solae me miró con los ojos humedecidos. Luego de una pausa y como si también le costara hablar, me respondió:

—Y aún lo deseo, Álex.

Sentí mi corazón encogerse y dejé de respirar.

Todo este tiempo pensando que lo que ocurría había sido por culpa de haber deseado alejarla

de mi lado, y ahora comprendía que el daño era incluso mucho mayor. Que el sufrimiento que le había causado a Solae había provocado que ella también deseara sacarme de su vida para siempre.

Las miradas de todos estaban clavadas sobre nosotros, particularmente sobre mí, mientras sentía cómo mi garganta se apretaba. Intenté tomar aire, pero el oxígeno no era suficiente, no había nada que pudiera llenar el vacío que iba creciendo dentro de mí.

La estaba perdiendo y no por obra de Anton. La culpa era totalmente mía.

—¿Tanto me odias que deseas volver a olvidarme...? —pregunté, no muy seguro de querer oír su respuesta.

—Yo era tu amiga, Álex, pero ni siquiera como amiga me sentía correspondida por ti. ¿Era mucho pedirte que al menos me trataras bien, que me apreciaras? No sé cómo diablos fue que a pesar de todo eso, igual me fui enamorando de ti, pero me daba cuenta que no iba a terminar en nada bueno...

«¿Enamorándose de mí...?»

Tuve que aislar mi mente un instante para procesarlo. Muy en el fondo, era algo que sabía y que Solae había intentado decirme en más de una ocasión, pero solo ahora se volvía real. Ahora me daba cuenta de cuánto lo había estado negando, al igual que había estado negando mis propios sentimientos solo por el estúpido miedo a que las cosas cambiaran entre nosotros.

—Hasta que apareció Anton —continuó Solae, ahora volteando su mirada hacia él y le tomó la mano.

Hasta ese instante Anton había permanecido callado y en segundo plano, pero sin siquiera intervenir ya me había puesto en mi lugar. Tal y como lo había prometido, me la estaba quitando.

Solae no parecía estar actuando, y aunque quería convencerme de que Anton podría estar controlando lo que decía, en el fondo sabía que no era necesario, pues todo lo que ella me reprochaba era verdad. Nada de lo que había hecho por ella me hacía merecerla, mientras que Anton en tan solo unas pocas semanas la había hecho sentir querida y feliz.

¿Era ya demasiado tarde para decirle lo arrepentido que estaba? ¿Lo que sentía por ella? Porque por más que lo meditara, hacerlo bajo estas circunstancias y frente a todo el mundo, además de inútil, parecía suicida.

Solae y Anton, al ver que yo permanecía callado, dieron el asunto por concluido y comenzaron a rodearme para irse. Se hizo un gran silencio y me di cuenta que todos estaban atentos a mi reacción. Nadie debía comprender lo que estaba sucediendo, ya que ni yo mismo lo entendía del todo. Les debía parecer un loco patético, que además de intentar levantarle la novia a Anton, era lo suficientemente descarado como para meterse con Trinidad. ¿Qué más bajo podía llegar a caer?

—¡Solae! —la llamé, viendo cómo se alejaban y estaban a punto de entrar al salón. Mi grito solo consiguió que más gente se volteara hacia mí. Todos menos ella.

—¡Solae, espera por favor! —Corrí a buscarla nuevamente, mientras cada vez se reunía más

gente alrededor de nosotros, y con determinación, me puse frente a ella.

—Sé que soy un idiota... —reconocí en voz alta, mientras Solae aún intentaba sobrepasarme. Di un paso para impedirselo—. Pero un idiota que no se irá hasta que lo escuches —continué, ahora poniendo mis manos sobre sus hombros. Nuevamente tenía su atención, junto con la de todos los demás presentes.

—¿Es que además de idiota eres sordo, Álex? —intervino Anton—. Solae ya te dijo que no quiere saber nada más de ti. ¿Por qué mejor no vuelves a besuquearte con Trinidad y dejas de arruinarle la fiesta a los demás?

—Tienes todo el derecho a odiarme y a pensar lo peor de mí... —continué, ignorando a Anton.

—No quiero escucharlo —respondió Solae, intentando librarse de mis manos.

—Yo también me odio por haberte tratado así, por haberte lastimado. —Buscaba los ojos de Solae, pero su mirada me evitaba, aunque su forcejeo parecía menos decidido—. Desde que me olvidaste, no hay día en que no me arrepienta de no haber sido más sincero. Conmigo mismo. Contigo. De no haberme dado cuenta de lo importante que siempre has sido para mí.

Solae se detuvo, pero aún así no me miró.

—Y es que yo siempre he sido un inútil para entender mis propios sentimientos, y aún peor para expresarlos. ¿Recuerdas la vez que me dijiste que yo no estaba con alguien porque tenía miedo a reconocer mis sentimientos, mostrarme vulnerable y ser rechazado? ¡Tenías razón Solae! Moría de miedo de darme cuenta de lo que sentía... por ti. —Solae finalmente levantó su mirada. Su expresión era indescifrable. Y continué—: Yo intentaba negar mis sentimientos por el terror que me daba perderte y que todo cambiara entre nosotros. No me daba cuenta de que por engañarme a mí mismo también te estaba haciendo daño. Que ya te estaba perdiendo.

Inspiré una bocanada de aire y cerré con fuerza los ojos.

—Perdóname por haber tardado tanto en darme cuenta de que lo que siento por ti es mucho más fuerte que una simple amistad y de que en el fondo yo... yo siempre he estado enamorado de ti.

—Álex... —escuché su voz casi en un susurro, pero no la dejé responderme, ni tampoco abrí los ojos para mirarla. Aún no había terminado.

—Perdóname por no haber sabido cómo demostrártelo, por haberme comportado como un imbécil, un egoísta. Por darte por sentada. Perdóname por ser tan necio y no darme cuenta de que lo que más me molestaba de ti, era en realidad lo que más me gustaba... —Bajé la cabeza, sintiendo que tenía que continuar, a pesar de lo mucho que me avergonzaba admitir todo esto—. Y es que me encanta la forma en que te abrazabas a mí cada vez que caminábamos juntos. Adoro cómo solo con tu sonrisa eres capaz de desafiar mi mal humor y terminar siempre por mitigarlo. Encuentro increíble tu don de nunca estresarte por las cosas poco importantes y que, aunque no te preocupe llegar atrasada, igual programaras más de diez alarmas solo para poder acompañarme cada mañana sin retrasarme.

»Me fascina cómo siempre le encuentras el lado positivo hasta al peor de los problemas, cómo

consigues rescatar lo mejor de la gente. Amo el aroma de tu cabello húmedo cada mañana, el de tu perfume frutal. Me encanta tu voz cada vez que te pones a cantar en público, pero especialmente amo cuando lo haces solo para mí. Me encanta oír tus pasos acercarse por detrás de mí para sorprenderme, porque lo cierto es que siempre fui capaz de distinguirlos.

»Adoro cómo pones tu corazón en cada cosa que te propones, aunque no te sientas capacitada para hacerlo bien o te desagrade; como las veces que me cocinaste galletas porque sabías cuánto me encantaban, a pesar de lo que odias cocinar... —No podía detenerme, había acumulado demasiado y, aunque no sabía si ya era demasiado tarde, necesitaba soltar todo lo que había estado reprimido dentro de mí.

Ya no me importaba que todos nos estuvieran escuchando, mirando, que varios me estuvieran grabando con sus móviles. Solo quería que ella lo supiera, que todo el mundo lo supiera.

—Álex...

—¡Amo todo sobre ti! Tu sonrisa, tu cabello recogido o suelto, que le pongas nombre a todo lo que existe. Solae, tú eres lo bueno dentro de todo lo malo, eres la razón por la que vale la pena levantarse cada mañana y por la que deseo convertirme en alguien mejor. —Sentí cómo apretaba mis puños, aún con los ojos cerrados. Tenía que terminar de soltarlo todo—. Hace unas semanas me dijiste que tú podías hacerme feliz... aunque sé que quizás me tardé bastante en responderte, quiero que sepas que ya desde hace mucho tiempo llevas haciéndome feliz. Que no fue tu culpa que yo no supiera demostrarlo. —Respiré profundo—. Deseo convertirme en esa persona de la cual te enamoraste alguna vez, Solae. Ahora quiero ser yo quien te haga feliz a ti.

Se hizo un silencio general y con temor, volví a abrir los ojos para contemplarla.

Solae permanecía callada frente a mí. Pasaron segundos eternos hasta que finalmente separó sus labios. Hasta que finalmente me respondió.

—No sabes cuántas veces soñé con que me dijeras algo así, Álex... —dijo, haciendo luego una ligera pausa—. Pero, lo siento, ya es demasiado tarde.

Sin poder comprender, pestañeé varias veces en un intento por evitar que las lágrimas comenzaran a salir sin control. Me di cuenta de cómo a la distancia, Joto y Amelia me miraban afligidos. Ya no me quedaba voz para replicar.

—Quizás alguna vez te quise, Álex, pero ahora ya no siento nada por ti —se disculpó con voz queda—. Eso corresponde al pasado, a otra vida, realidad alternativa o como prefieras llamarle.

Estaba hecho. Ya lo había dado todo y sentí mi cuerpo ceder resignado. Lo único que me quedaba por hacer, era aceptar lo que Solae me estaba pidiendo.

—¿Olvidarte de mí te haría feliz? —pregunté tomando su mano, mientras aún me aferraba tercamente a la ínfima esperanza de que estuviera actuando.

Coloqué su pulgar sobre la palma de mi mano, rogando internamente que la presionara. Que con eso me dijera que todo era mentira, que ella también me quería...

«Por favor, Solae, dime que todo esto es solo una pesadilla.»

—Álex. Yo ahora amo a Anton y esta nueva realidad junto a él. Si en verdad me quieres, si es cierto que me amas tanto como acabas de decirme, por favor déjame ser feliz a su lado.

No hubo presión en mi palma, solo sentí cómo su mano se iba deslizando lentamente, escabulléndose de la mía.

Fuera de mi alcance.

Capítulo 50

Todo lo que siempre quise oír

Solae

Álex insistía en hablarme, pero yo me rehusaba a ponerle atención porque temía que todo lo que saliera de su boca fuera aún más doloroso para mí. No quería oír más excusas, yo solo quería pasar página, olvidarlo y empezar de cero.

Pero lo que comenzó a decirme... eso no lo esperaba.

Álex Romandi estaba diciendo que me amaba.

El mismo Álex serio y asocial, cuyo orgullo y cobardía le habían impedido toda su vida expresar siquiera una disculpa, se encontraba ahora frente a una multitud de extraños reconociendo sus errores, pidiéndome perdón y confesando su amor por mí. Y a medida que lo hacía, sentía cómo pequeñas piezas de un enorme puzle se arremolinaban para luego irse acoplando dentro de mi inconsciente.

Sus palabras eran tan potentes y sobrecogedoras que me hacían sentir paralizada de la impresión, sin convencerme de que lo que escuchaba era real.

—Álex...

Todas aquellas incertidumbres que me habían estado carcomiendo durante estas últimas semanas, de pronto iban encontrando sus respuestas y completándose dentro de mí.

A medida que seguía escuchando su confesión, recuerdos fugaces y montones de *flashbacks* se iban adueñando de los huecos que aún quedaban en mi memoria. Era una sensación muy similar a la que había experimentado hacía tan solo unos instantes, cuando Anton me había devuelto mis recuerdos. Pero a la vez se sentía como todo lo contrario.

Esta vez era un sentimiento cálido y esperanzador. Cada una de estas memorias me bañaba como un bálsamo reconfortante, que a la vez iba aplacando todo el sufrimiento que había sentido hacía tan solo unos instantes. Y todos estos recuerdos gratificantes superaban en número y calidad a aquellos que me hacían experimentar dolor.

«Álex me correspondía.»

Esta sensación que se transmitía desde mis oídos hasta mi estómago y me recorría como electricidad por todo el cuerpo, ¿era acaso felicidad?

Cerré los ojos, permitiendo que los recuerdos se apoderaran por completo de mí. Comencé a

visualizar miles de situaciones en las que Álex, a pesar de haber parecido indiferente, realmente solo estaba disfrazando su cariño, debido a su forma de ser...

Recordé las veces que le llamaron la atención en clases por mi culpa, y en vez de defenderse o apuntarme a mí, asumía las reprimendas en silencio, devolviéndome un enojo fingido que se le olvidaba en el recreo; las veces que lo llamé a su móvil demasiado temprano o demasiado tarde, luego de terminar con algún novio o luego de discutir con mis padres y necesitar contención. Nunca me dijo que no, incluso pretendía acompañarme diciendo no tener nada mejor que hacer, a pesar de que su hermana Paula luego me confirmara que había estado durmiendo, estudiando u ocupado en otras cosas.

Cómo en repetidas ocasiones y de maneras sospechosas se le quedaban sus libros en mi casa, libros que coincidentemente él ya había terminado de leer y en los que en alguna ocasión demostré interés. Y cómo él aparecía luego un fin de semana con la excusa de solicitarlos de vuelta y terminábamos saliendo juntos a la plaza, al centro comercial o a tomarnos un helado.

Los recuerdos eran cada vez más nítidos, cada vez más vívidos.

Las miles de veces que él se ofrecía a pagar los snacks, porque yo era pésima ahorrando y nunca tenía dinero; o cuando nos juntábamos a ver maratones de series de televisión en mi casa y era él quien siempre preparaba las salsas porque yo odiaba hacerme hasta un simple pan con mantequilla.

Y también cómo cada cumpleaños, a excepción del último, él había estado junto a mí.

Especialmente en aquel...

—¿Un pulpo y un unicornio? —pregunté apenas abrí el paquete de regalo que contenía dos peluches. Me sorprendí de lo tiernos que eran pero la poca relación que guardaban entre sí.

—Si no te gustan, vienen con ticket de cambio —se adelantó Álex a la defensiva.

—Nooo, ¡si me encantan! —dije abrazándolos con fuerza—. Pero quiero saber por qué. —Le sonreí casual, intentando que no notara lo emocionada que estaba. Álex me miró un poco incómodo y se sentó a mi lado sobre mi cama.

—Tú me pediste que escogiera algo que me recordara a ti, y bueno... —dijo rascándose detrás de la oreja—. ¿En serio tengo que explicarlo? —me reclamó bajando la cabeza.

Asentí divertida.

—No puedes negarte, es mi cumpleaños y decírmelo es parte del regalo —le pedí poniendo el unicornio prácticamente en su cara, para que empezara por él.

—El unicornio... —prosiguió, avergonzado, tras fracasar en su intento de que lo librara de aquello—. Lo escogí por lo estridente, lo colorinche, lo excesivo...

Fruncí el ceño e inflé mis mejillas, fingiendo estar ofendida. Álex sonrió.

—Ok, quizás también por lo llamativo, lo... alegre, lo tierno, lo mágico... —carraspeó, para disimular que se había ruborizado, mientras yo sentía un cosquilleo en mi estómago—. Aunque

por sobre todo por lo chillón. —dijo volviendo a elevar la voz—. Lo chillón e intenso de tu personalidad —se rio, y no pude aguantar reírme con él.

Giré el peluche hacia mí para contemplarlo y lo abracé con fuerza, como me hubiera gustado abrazarlo a él en ese momento.

—De acuerdo con el unicornio... pero ¿y el pulpo? ¿Insinúas que soy gomosa y que escupo tinta? —acoté divertida.

—¡No! Bueno, el pulpo... —continuó mientras tomaba el peluche y comenzaba a jugar con sus extremidades—. Bueno, son inteligentes... y además parecieran tener la habilidad de hacer mil cosas a la vez. —Examinó mi rostro y se dio cuenta de que me estaba emocionando—. Aunque en realidad lo escogí porque me pareces un intimidante pulpo que usa sus tentáculos solo para aprisionarme, torturarme y manipularme para conseguir todo lo que quieres.

—Siempre tienes que arruinarlo todo con una queja, ¿verdad?

—Es inevitable hablar de ti sin quejarme... —respondió sonriendo maliciosamente.

—Mmmm... ¿Como si te aprisionara con mis tentáculos, dijiste? —pregunté amenazándolo con mis brazos extendidos hacia él, acercándome, mientras él retrocedía sobre mi cama en un inútil intento por escapar.

Fue en ese momento que, haciéndole honor a mi nuevo apodo, lo rodeé con mis brazos y él cayó sobre su espalda sobre unos cuantos peluches quedando debajo de mí. Se defendió colocando sus manos sobre mi cintura y empezó a hacerme cosquillas, las que le devolví, a pesar de que daba una buena resistencia.

La contienda se transformó en carcajadas, en las que Álex me llamó desde pulpo a pulpicornia, maldiciéndome y diciendo que me odiaba, que no me soportaba, mientras que yo le afirmaba que era mutuo, hasta que finalmente, proclamándome ganadora y dedicándome la sonrisa más hermosa que le había visto hasta ese entonces, me deseó feliz cumpleaños.

Siempre me había gustado estar con Álex, siempre lo había querido, pero fue en ese instante cuando supe que ya no podía vivir sin él, que sus quejas muchas veces eran solo su forma de demostrarme su cariño, que yo no le era indiferente. Era por eso que no había palabras ni emociones para describir lo que significaba para mí finalmente escucharlo decirme lo que tanto había estado esperando.

Había vuelto a recordar las razones por las que me había enamorado de él.

Era cierto que Álex no era perfecto, pero a pesar de las cosas malas, encontraba que las buenas eran muchas más.

También caí en la cuenta de lo egoísta que había sido con él.

¿Quién era yo para recriminarle querer un momento de paz cuando yo misma a veces, y en forma consciente, me dedicaba a forzar los límites de su paciencia? ¿Cuántas veces lo molesté sin percatarme de que yo también podía estar causándole daño?

Él no era el único que había estado pensando solo en sí mismo. Yo también lo había hecho.

Ambos tuvimos la culpa de que nuestra relación se fuera deteriorando hasta el punto en que llegamos a requerir con urgencia alejarnos el uno del otro, para comprender cuánto nos necesitábamos, cuántas cosas sobre nosotros mismos debíamos mejorar.

Álex había cambiado. Se merecía otra oportunidad y yo quería dársela. Por más que había querido olvidarlo, de pronto comprendí que solo me estaba mintiendo a mí misma al desear hacerlo.

Apenas terminó su confesión, quise arrojarme a abrazarlo, decirle que lo perdonaba, que le correspondía, que estaba dispuesta a comenzar de cero con él, pero en vez de eso, me encontré aún de pie frente a él, completamente fría y distante.

«¿Qué está sucediendo?»

No lograba separar mis labios para emitir una respuesta. Decirle a Álex que yo también lo correspondía, que yo también lo amaba.

Para cuando mi voz por fin consiguió salir, palabras totalmente ajenas a mis deseos ascendieron por mi garganta y surgieron de mi boca, quemándome como lava hirviendo.

—Lo siento, ya es demasiado tarde —me oí pronunciar.

«¡No! ¡No es demasiado tarde! ¡Nunca lo fue! ¡Álex, por favor escúchame!»

Intentaba gritar, advertirle que yo no había dicho eso, pero el cuerpo no me respondía. No lograba moverme, no conseguía hablar.

Era Anton. ¡Anton estaba en control de mis acciones!

«Déjame a mí, Sol.»

Escuchar su voz dentro de mi cabeza me provocó un escalofrío, además de una intensa repulsión.

«¡¿Qué haces?! ¡¡No quiero olvidarlo!! ¡¡Anton, déjame moverme, que necesito responderle!!»

El miedo me invadió al sentirme prisionera dentro de mi propio cuerpo. Con impotencia intentaba liberarme, pero estaba actuando contra mi voluntad, y muy a mi pesar, escuchaba cómo mi voz seguía rechazando a Álex, mientras mi corazón se destrozaba al verlo tan derrotado.

«¡¿Qué demonios pretendes, Anton?!»

«Cumplir tu deseo.»

«¡Este ya no es mi deseo! ¡Me engañaste! ¡Los recuerdos que me devolviste estaban incompletos!»

«¿Para qué quieres estar con alguien con tantos defectos, si sabes que a la larga volverá a hacerte sufrir?»

«¡No me importa! Sé que Álex no es perfecto, pero yo tampoco lo soy.»

Solo recibí su silencio como respuesta.

De pronto sentí la mano de Álex alcanzando la mía, preguntándome si lo que en verdad quería era olvidarlo. Si eso me haría feliz.

«¡Noo! Álex, ¿cómo voy a querer esto? Por favor lee mi mente», pensaba mientras intentaba

presionar el pulgar contra su mano, hacer nuestra señal que nos permitía comunicarnos en silencio. Pero fue en vano. No logré presionar, no conseguí transmitirlo y mi mano cayó lánguida y fría en el momento en que él la soltó.

Álex se estaba rindiendo. Sentimientos de desesperanza e impotencia se adueñaron de mí, sin embargo, no era capaz de externalizarlo. No había forma de llegar hasta él.

«No te preocupes, Sol. En unos instantes ninguno de los dos recordará nada de esto. Ya no recordarás lo que sientes por él.»

«Yo no quiero esto, ya no lo deseo. ¡Por favor no lo hagas!»

«Y serás feliz. Yo te haré feliz.»

«¡No quiero ser feliz contigo!»

«Estarás bien. Solo aguanta unos segundos más...»

«¡No! ¡Por favor no!»

Quería gritar, quería llorar, pero nada salía de mí. Era la marioneta de Anton, atrapada bajo su control absoluto. Me odiaba por no haber escuchado a Álex cuando aún estuve a tiempo.

«Al menos déjame despedirme, déjame abrazarlo por última vez...»

Anton no volvió a responder.

Solo me quedaba presenciar, sin poder hacer nada para impedirlo, cómo inevitablemente perdería a Álex.

Otra vez.

Y para siempre.

Capítulo 51

Cuenta regresiva

Alex

Solae acaba de soltar mi mano, dándome a entender que todo esto va en serio, que efectivamente ya es demasiado tarde.

Es tal la desesperanza y el amasijo de sentimientos en mi interior, potenciados por la oscuridad y el ruido ambiental, que no soy capaz de distinguir si lo que estoy viviendo es real o solo es obra de Anton jugando con mi mente.

Me siento en un estado de semiinconsciencia, en que mis pensamientos a ratos dejan de ser coherentes, hasta el punto de llegar a preguntarme si lo que he vivido junto a Solae hasta este día ha sido real. Si realmente alguna vez fui su mejor amigo o si todo solo había sido producto de mi imaginación.

La única certeza que tengo en este minuto son mis sentimientos por ella y mis deseos de que Solae esté bien.

«Ella va a estar bien.»

Por algún motivo escuchar la voz de Anton dentro de mi cabeza no me resulta extraño, ni tampoco invasivo, sino que hasta me resulta tranquilizador. Lo miro, dándome cuenta de que él no es mi enemigo. Todo el rencor que creía sentir hacia él, realmente era el odio que sentía hacia mí mismo, hacia mi fracaso de no haber sido para Solae lo que él sí logró ser, hacia mi incapacidad de haberla hecho feliz como él sí lo había conseguido.

Anton ya no se ve amenazante. En su traje blanco casi parece una especie de ángel que ha venido a cuidar a Solae. Siento que puedo confiar en él. Es más, de pronto tengo la certeza de que con Anton, Solae va a estar bien.

«Tengo que dejarla ir» pienso al contemplarla, a pesar de lo desgarradora que me resulta la idea.

«¿Pero por qué es tan difícil?» me pregunto y me acerco más a ella. Rodeándola con mis brazos, la sujeto con fuerza, por última vez.

—Te amo, Solae —le digo sintiendo mi garganta apretarse tanto, que apenas me permite hablar, mientras que una y luego varias lágrimas comienzan a caer incontrolablemente por mi rostro.

Solae no me corresponde el abrazo y cierro los ojos, aferrándome a ella, consciente de que es

una despedida. Una inminente cuenta regresiva comienza a tomar forma en la profundidad de mi mente.

Es el fin de nuestro mundo, de nuestra amistad, de esta realidad en la que no pudimos estar juntos.

«Diez»

La voz de Anton me susurra que nada de esto lo recordaré mañana. Que ya no seguiré sufriendo y que por fin tendré lo que tanto quiero. Eso me tranquiliza. Y es que esta vez ya no quiero que Solae me deje en paz. Tampoco obligarla a estar junto a mí.

Lo que anhelo es que Solae sea feliz.

Ese es mi nuevo deseo...

«Nueve»

Ninguno de nosotros recordará nada de esto. Ni Solae, ni yo, ni ninguno de los que nos rodean. Sé que esta vez nadie quedará inmune. Que será definitivo para todos.

«Ocho»

Mientras te sigo abrazando y como si estuviera a punto de morir, veo todos mis recuerdos contigo pasar como flashes ante mis ojos, como un recuento de nuestra amistad. Y empiezo a sentir cómo suavemente estos comienzan a perder su color, su intensidad, su nitidez...

«Siete»

Lentamente voy desconectándome de cada uno de ellos.

«Seis»

Poco a poco suelto el abrazo y me separo de ti.

Nuestros recuerdos dejan de ser importantes. Tu aroma, tu perfil, tus ojos, poco a poco también dejan de resultarme familiares.

«Cinco»

Tu sonrisa... esa sonrisa, ese cabello, unas manos, un collar, todo se esfuma y ya no siento angustia. Solo esa sensación de que hay algo que debería recordar, pero no estoy seguro de si en verdad lo olvidé, o si es que en realidad nunca ocurrió.

«Cuatro»

La chica que está frente a mí de pronto parece reaccionar y siento cómo coge mi mano.

Su mano está tibia.

«Tres»

La chica frente a mí comienza a llorar, mientras cada vez con más fuerza, presiona su pulgar contra la palma de mi mano. Tengo la sensación de que con aquel gesto desea decirme algo importante, pero no consigo comprender de qué se trata.

No sé por qué está tan triste.

Intenta hablarme, pero tampoco la escucho.

No escucho nada.

«Dos»

Siento mi cuerpo liviano, como si acabara de dejar un enorme peso atrás, y mucha calma.

Nada importa, ella no importa, yo tampoco importo.

«Uno»

Blanco. Todo es blanco y escucho una voz que a lo lejos me da paz...

«Cero»

Y luego, la nada.

*Me he acercado a ti, a decirte que lo siento,
no sabes lo encantadora que eres.
Tenía que encontrarte,
decirte que te necesito, decirte que te separé de los demás*

(...)

*Nadie dijo que fuera fácil,
es tan penoso para nosotros separarse,*

(...)

*Nadie nunca dijo que sería así de difícil,
oh, llévame de nuevo al principio.*

Coldplay, «The scientist»

Capítulo 52

Reset

Alex

No recuerdo cómo fue que llegué aquí.

No sé qué hora es, pero al menos sé que es de día y que estoy recostado sobre mi cama y con una jaqueca insoportable. Intento incorporarme y recordar qué pasó la noche anterior, pero es inútil. Sin abrir los ojos, me llevo la mano a la sien y a tientas busco en el cajón de mi velador algo que sea capaz de quitarme el terrible dolor de cabeza que siento, pero no encuentro nada.

Aún no estoy completamente despierto. Los ojos me pesan y me cuesta mantenerlos abiertos. La luz es demasiado intensa y la música proveniente de la habitación de Paula se convierte en una tortura infernal. Al no lograr encontrar un analgésico, me veo obligado a levantarme hasta el baño para ir por el botiquín.

Cuando regreso, noto que mi celular está lleno de notificaciones. La mayoría son de redes sociales, de compañeros y amigos colgando *selfies*, fotos y videos de la fiesta de anoche. Las ignoro y continúo deslizando la pantalla para ver si hay algo importante, hasta que me encuentro un mensaje que no me causa ninguna gracia.

Juntémonos en Starfour, dentro de una hora

Suspiro con fastidio. ¿Está hablando en serio? ¿Por qué demonios quiere Anton juntarse conmigo en un café justo hoy que no valgo una mierda? Apenas tengo ánimo de mantenerme con vida, mucho menos de vestirme y salir.

Hoy estoy muerto. Veámonos el lunes en el colegio

le respondo, volviendo a acomodarme en la cama, pero al instante vuelvo a sentir mi celular vibrar y maldigo por lo bajo.

Tiene que ser hoy. Levanta el trasero, que es importante

Pienso en ignorarlo y me escondo bajo la almohada esperando desaparecer, pero me doy cuenta de que a pesar del cansancio que tengo, ya no lograré retomar el sueño. Maldigo a mi mejor amigo y a regañadientes me pongo en pie.

Luego de bañarme, tener la rutinaria discusión amor-odio con Paula y de desayunar algo rápido, me dirijo caminando al café que me había indicado Anton, lugar en el que solemos reunirnos debido a lo cercano que queda a nuestras casas y a que no es abusivamente costoso.

Apenas entro, lo veo sentado revisando su celular, junto a un café negro a medio tomar y unas galletas.

—¿Por qué tardaste tanto? —me pregunta comprobando la hora en su móvil.

—Agradece siquiera que vine —reclamo, sentándome frente a él. Aunque siempre soy puntual para todo, hoy nadie tiene derecho a exigirme nada—. ¿Qué es eso tan importante que necesitas decirme, que no podía esperar hasta el lunes?

Anton me alcanza el menú y me señala que escoja algo, que él invita. Levanto una ceja con incredulidad y mi amigo me mira de vuelta, asegurándome que la oferta es real. Siendo así, me acomodo mejor en mi asiento y comienzo a inspeccionar la carta. Todo indica que nuestro encuentro va para largo.

Escojo un café latte con un pedazo de torta de nuez, algo que no suelo pedir con mi presupuesto normal, y Anton no protesta. Mínimo que me invite a algo bueno si me ha obligado a levantarme un día domingo en estas condiciones.

—¿Y me vas a decir para qué vine? ¿O solo es una excusa para tener una cita conmigo?

—No seas tan impaciente, Álex —me dice impasible dándole un sorbo a su café.

Anton no parece interesado en continuar la conversación y yo no estoy de ánimos para seguirle la corriente y suplicar, así que solo desvío la mirada hacia la ventana.

Además del dolor de cabeza, me siento extraño, como si hubiese un gran vacío dentro de mí. Un maravilloso sol veraniego ilumina el exterior, los árboles y a la gente, y entra oblicuamente a la cafetería, entibiándome la cara. Cierro los ojos para disfrutar la sensación, mezclada con el cálido aroma del café, y ese vacío se suaviza.

—Me pareció muy valiente lo que hiciste anoche —suelta Anton, de la nada. Lo miro confundido, sintiendo los colores escapar de mi rostro.

—¡Ay, no! ¿Qué hice, exactamente? —Intento recordar, pero solo logro aumentar mi dolor de cabeza—. Por favor no me digas que hice el ridículo.

—¡Y de qué manera! —asegura riéndose, mientras yo me hundo en mi silla.

—¿En serio? ¡Ya deja de tomarme el pelo!

—Pero la decisión que tomaste fue la correcta —agrega, dándole un sorbo a su café.

—¿Qué decisión?

—Te prometo que ella será muy feliz. Lo sé con certeza.

—¿Ella? ¿A quién te refieres? ¡Ya deja de torturarme y dime qué hice!

En lugar de responderme, Anton alza su vista hacia un punto que se encuentra detrás de mí.

—Ya era hora —sonríe mirando en dirección a la puerta de vidrio polarizada de la entrada y me giro a mirar. Se aprecia la silueta de una chica que va entrando distraída, concentrada en su celular.

—Solae, podrías apurarte un poco, que ya llevamos casi una hora esperándote —exagera Anton, con su característica voz calmada pero firme. Al darse cuenta de que le hablan a ella, levanta la vista de su móvil y lo guarda en su bolsa sin siquiera disculparse y se acerca a nuestra mesa sonriendo con inocencia.

Así suele ser Solae, la chica más alegre de nuestra clase. La novia de Anton.

—Hola, amor —lo saluda con un beso rápido en la boca, para luego acomodarse en la silla junto a él.

—¡Ay! Hola, Álex —me dice luego, haciéndome un gesto breve con la mano, como si recién se diera cuenta de que yo también estaba ahí.

—Hola —contesto con voz queda. No entiendo por qué Anton me pidió venir si iba a estar con Solae. ¿Es que acaso pretende que sea su violinista? Además, aunque sea su novia y nuestra compañera de clases, la verdad es que apenas recuerdo haber hablado alguna vez con ella.

—Pide lo que quieras, mi Sol. Yo invito —la anima, alcanzándole la carta.

—¿En serio? ¿Lo que sea? ¡Qué rico! —sonríe entusiasmada—. ¡Siempre he querido probar el frapuccino arcoíris de mango con coco! —escoge, dando saltitos en su puesto y me vuelvo a admirar de lo animada que siempre suele ser.

—Por supuesto, Solcito —le dice Anton mientras le indica con la mano a uno de los meseros que se acerque a tomar nuestro pedido.

No puedo dejar de preguntarme qué demonios le pasa a Anton que se está mostrando tan generoso con nosotros hoy. Y tan misterioso. Me muero por saber qué pasó anoche, pero ya no me atrevo a preguntárselo frente a Solae.

Estoy perdido en mis pensamientos, cuando de pronto son interrumpidos por el chico amable que nos atendió, regresando ahora con nuestra orden. Una vez servidos, Anton toma nuevamente la palabra.

—Invité a mi mejor amigo y a mi hermosa novia hoy porque quiero celebrar el inicio de una nueva vida —dice, casi como proponiendo un brindis, y con la otra mano, alcanza la de Solae. Imitándolo, ambos alzamos nuestras tazas y vaso, sin comprender—. Por una vida mejor —propone, levantando su café.

Solae asiente sonriendo y, sin saber por qué, yo también.

—Porque la felicidad no siempre está donde uno cree que la encontrará, ¿verdad Álex? —dice ahora, mirándome serio—. Y a veces lo que deseamos nos juega en contra. A veces la felicidad es apreciar lo que tienes. Y otras, dejarlo ir.

Lo miro completamente perplejo.

—¿Ahora eres poeta? —me burlo.

—Solo digo la verdad —afirma dándole un sorbo largo a su café—. Pronto lo comprenderás.

Ambos lo quedamos contemplando en silencio. De pronto, su móvil vibra sobre la mesa, interrumpiendo su extraño soliloquio. Arqueo una ceja.

—Lo siento, chicos —dice Anton terminando de leer el mensaje que le acaba de llegar—. Surgió algo urgente y tengo que irme —nos informa levantándose de su asiento y dando abruptamente por acabada nuestra conversación. Solae hace amago de levantarse para acompañarlo, pero él con un gesto le pide que permanezca sentada.

—Por favor, al menos terminen sus pedidos antes de irse —dice dejando sobre la mesa dinero suficiente como para pagar nuestro consumo y el de unas cuatro personas más—. Acéptenlo como disculpa por tener que retirarme.

—¿Y te vas a ir así? ¿Lanzando frases incomprensibles sin decirnos nada? ¿Para eso me hiciste levantarme hoy? —reclamo.

—¿En serio tienes que irte? —le pregunta Solae, alcanzando su mano.

Anton sin molestarse en responder, besa cariñosamente la frente de Solae y a continuación saca de su bolsillo una servilleta de papel doblada. Acercándose ahora a mí, la encierra dentro de mi mano guiñándome el ojo. De la perplejidad, no me muevo ni pregunto nada.

—¡Nos vemos luego! —se despide esta vez con la mano en alto, saliendo del café, mientras lo observamos alejarse, aturcidos y sin entender nada.

Una vez a solas, quedamos sumidos en un silencio bastante incómodo. Solae comienza a jugar con la bombilla de su batido y yo muevo de un lugar a otro el pedazo de torta que aún queda sobre mi plato. Levanto la mirada hacia ella y me doy cuenta de que sus ojos están atentos a mi pastel.

—¿Quieres probarlo? —la invito para, de alguna forma, romper el hielo.

—Bueno, si insistes —responde dedicándome una sonrisa espontánea, y me doy cuenta de que robarme un trozo había sido su intención desde el principio. Una buena jugada.

Cuando comienzo a acercarle el tenedor con torta, torpemente lo dejo caer antes de que alcance a llegar a su boca.

—¡Oh, no! —me disculpo e instintivamente uso la servilleta de Anton, que aún sostenía en mi mano, para limpiar el desastre. Ahí noto que algo sobresale de entre el papel. Solae que también se da cuenta, se me adelanta y sin siquiera pedirme permiso, comienza a tirar de la brillante cadena metálica que se asoma.

—¿Anton te regaló un collar?! —exclama casi gritando entre risas, y yo solo deseo que baje el volumen de su voz, ya que todos comienzan a mirarnos. Quiero que me lo pase para ver de qué se

trata y saber por qué Anton me había dejado algo así. Mientras intento quitárselo y ella juega a esquivarme, siento una sensación extremadamente familiar. Su risa, su actitud algo me evocan, pero no estoy seguro de qué es.

—Vale, toma tu regalito —me dice alcanzándomelo por fin, abriendo su mano para poder ver ella también mejor el colgante. Ambos quedamos boquiabiertos al descubrir un pequeño y tierno pulpito con cuerno, hecho de plata.

—¿Esto es...?

—No es posible...

—¡Es el pulpicornio de plata que me regalaste! —grita Solae, apuntándolo con seguridad repentina. Yo también me doy cuenta, cuando de pronto comienzo a evocar el momento.

La veo a ella, a Solae frente a mí en la oscuridad, en el parque frente a su casa, iluminada por una luz tenue que la hace lucir... preciosa. Su expresión de felicidad al ver mi regalo, una timidez repentina y luego su abrazo efusivo que me corta el aliento. El collar. Recuerdo el momento en que lo compré para pedirle disculpas por olvidar su cumpleaños, la ilusión que me hacía imaginarla usándolo, que me perdonara, y luego vuelvo a la realidad.

Solae permanece sentada frente a mí, sonrojada mientras observa el collar, como si también acabara de recordar exactamente lo mismo que yo. De pronto nuestras miradas conectan y nos hacemos un lío. Repentinamente no logro recordar por qué estamos aquí. Y nos mantenemos en silencio. Y luego más recuerdos. Una avalancha de ellos, todos junto a Solae, que también parece estar siendo bombardeada por *flashbacks*. No logro comprender qué es lo que está ocurriendo: los recreos en que nos juntamos a estudiar; la vez que me invitó a ver nuestra serie favorita en su casa y confundí un trozo de papa con un lunar en su boca; y cuando se lo removí con mi pulgar, pero fuimos interrumpidos por su hermana Tam; cuando nos juntamos en mi casa y nos atrevimos a probar alcohol y nos pusimos a bailar... Las imágenes eran cada vez más nítidas y llenas de sensaciones; y luego también estaba el día de ayer: la fiesta, el juego de la botella y...

¡No puedo creerlo! ¿Qué había estado pasando con mi cabeza? ¡¿Cómo es que había olvidado algo así?!

Ambos nos miramos ruborizados e inmediatamente evitamos prolongar el contacto visual, por lo que agradecemos la oportuna interrupción del camarero que nos consulta si necesitamos algo más.

—Eh... Otra torta de nuez. Para compartir —sugiero mirando a Solae, quien, aún roja, asiente en silencio.

—Y otro café con leche —añade ella en voz baja, luego de comprobar que el mío se había acabado.

—Y otro batido igual de colorido que ese. —Sonrío, mirándola a ella, apuntando ahora su vaso vacío—. Y esta vez, con más crema —añado y Solae baja la cabeza, sonriendo.

Una vez que el camarero se retira con las tazas y platos vacíos, y con una taza de café que por

alguna razón también estaba allí, volvemos a quedarnos en silencio.

—Ehm... ¿Quieres que te lo ponga? —pregunto, dudoso.

—¡¿Que me lo pongas?! —pregunta Solae demasiado fuerte, poniendo cara de desconcierto. Ahí me doy cuenta que debí haberme expresado mejor.

—¡Que si te pongo el collar! ¡Pulpicornia mente de alcantarilla! ¿Por qué siempre eres así? —le reprocho ruborizado, mientras golpeo mi frente con la mano y ella comienza a reírse nerviosa, contagiándome. No se puede negar que tengo un talento especial para hacer de un momento incómodo, uno aún más incómodo, pero Solae también es siempre muy malpensada.

Solae se rasca por detrás del cuello, avergonzada por el malentendido.

—Sí, pómelo... por favor —me pide ahora con voz tímida jugando con su pelo como suele hacer cuando está nerviosa.

Tomo el collar y me levanto para ubicarme detrás de ella. Solae aún lleva el cabello un poco húmedo, por lo que deduzco que debió ducharse solo un poco antes, sin secarse el pelo para no retrasarse más. Al levantarlo para despejar ella su cuello, me invade su intenso aroma característico que reemplaza todo el oxígeno a mi alrededor. Con los nervios no consigo abrir el maldito broche y tener a Solae esperando solo hace que las cosas sean más complicadas para mis torpes dedos.

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta volteándose hacia mí, y dirige su vista hacia mis manos que tiemblan (y hasta sudan) un poco. Bruscamente desisto de intentarlo y se lo devuelvo para que deje de juzgarme.

Solae sonrío divertida ante mi incompetencia, y en cuestión de segundos abre el broche y me lo ofrece, esta vez desbloqueado para que se lo coloque.

—¿Crees que podrás abrocharlo o mejor lo hago yo?

Se lo quito de las manos, haciéndome el ofendido, mientras que por dentro me río de la situación.

—Qué poca confianza me tienes —le digo, comenzando el nuevo desafío de encajarlo y cerrarlo.

—Estuvo entretenido el Tri. Aunque algo... intenso —lanza Solae de pronto e inevitablemente vuelvo a recordar nuestro apasionado beso en el juego de la botella, pero lo que sucedió después no logro recordarlo con claridad, quizás por culpa del alcohol. Aunque me incendio al tener la súbita certeza de haber hablado de más. De haberme... ¡declarado!

—Sí... —me limito a decir y trago saliva. Sin darme ni cuenta, ya había conseguido cerrar el broche, pero me había quedado ahí, paralizado, con mis dedos aún sosteniendo la cadena, apoyados detrás de su cuello, no sabiendo qué hacer con mis manos.

—Sobre lo de anoche... —comenta de pronto y mi corazón se acelera en anticipación. Solae agarra el dije del collar y lo encierra en su puño contra su pecho—. Lo que me dijiste... —continúa con cautela. Sé a lo que quiere llegar, pero no sé si estoy preparado para responderle.

Solo agradezco que no pueda ver mi cara—. ¿Lo decías en serio...? —me pregunta sin voltearse ni moverse.

La siento atenta a mi respuesta. Mis mejillas se encienden. ¿Es que no le había quedado suficientemente claro? ¿Por qué tenía que volver a decírselo con lo difícil que ya había sido?

Asiento con un leve gruñido que no estoy seguro si Solae logra escuchar.

—¿Qué dijiste? —me pregunta tanteando con su mano por detrás de su cuello para saber si ya había terminado, pero se detiene apenas se encuentra con la mía. El contacto de sus dedos sobre los míos me hace estremecer. Luego de unos instantes en que los dos permanecemos inmóviles en la misma posición, Solae hace amago de girarse hacia mí, pero yo, demasiado abochornado para que me mire a la cara, solo reacciono abrazándola por la espalda, para impedirlo.

—¿Esto responde a tu pregunta? —murmuro en su oído, y a pesar de que muero de la vergüenza, la abrazo con más fuerza.

No quiero que me vea así, tan vulnerable ante su presencia, a sus preguntas, a mis propios sentimientos, pero tampoco deseo soltarla. Solae no insiste y lleva sus manos hacia mis brazos. Nos quedamos así, en silencio por un momento. La siento asentir suavemente, mientras mi corazón late desbocado. Apoyo mi mentón sobre su hombro, quedando mi rostro en contacto directo con el suyo.

—Es que... creo que aún te debo una respuesta —susurra y siento mi cuerpo tensarse. Recién caigo en la cuenta de que no recuerdo que Solae me hubiera respondido algo concreto después de haberle dicho lo que sentía por ella. Todos mis recuerdos están difusos. Me quedo inmóvil, aún rodeándola con mis brazos, pero sin saber qué hacer, mientras mi temperatura asciende a niveles peligrosos para la salud—. ¿Álex? —Solae se gira levemente hacia mí, hasta que puedo distinguir su perfil mirándome de reojo.

Contengo la respiración. No soy capaz de emitir palabra, así que mi respuesta se limita a un breve quejido ahogado, luego de tragar nuevamente saliva. Si antes estaba nervioso, ahora estoy en pánico.

Solae se reacomoda sobre su silla y se gira aún más hacia mí, mientras que yo suelto ligeramente el abrazo para permitirle. No logro pensar en nada más que en ella, en su aroma, en el calor del contacto de su piel. Finalmente queda frente a mí, contemplándome con sus labios entreabiertos, como si estuviera a punto de hablar. Me doy cuenta de que tampoco le estaba resultando fácil, y sin poder soportar la expectación ni la escasa distancia que nos separa, me aproximo hacia su rostro, pero Solae se me adelanta y, sin darme tiempo ni de respirar, une sus labios a los míos.

Un intenso cosquilleo, cargado de una sensación de alegría infinita recorre mi cuerpo por completo. Su beso me transmite mucho más que cualquier palabra y la abrazo con fuerza para reafirmarle lo que siento por ella, para que sepa que todo lo que le dije es verdad. También siento

que este beso, más que una respuesta o una declaración, es el sello de un nuevo comienzo, de un compromiso a dar lo mejor de nosotros, de crecer juntos, valorarnos y aprender.

Tengo la sospecha de que, de alguna forma, a pesar de las apariencias, el destino ha estado conspirando a nuestro favor para ayudarnos a darnos cuenta de lo realmente importante, de cuánto nos necesitamos y que la única conclusión posible era finalmente llegar hasta aquí, al ahora.

Para estar juntos.

A pesar de todo.

A favor de todo.

Epílogo

Solae

Todo sobre Álex me pone feliz.

Su forma de ser, su sonrisa, incluso su mal humor. Me encanta lo tremendamente tierno y cariñoso que es, y su timidez para demostrarlo en público.

Hoy estoy mega feliz y es imposible no estarlo: es viernes, acaban de terminar las clases, Álex me invitó a hacer maratón de series comiendo cosas ricas y mis papás esta vez no pusieron problemas para que me quede hasta tarde con él en su casa. Claro que tuve que omitir ciertos detalles —como el hecho de que ahora éramos novios— para que me lo permitieran.

José Tomás y Amelia salen junto a nosotros de la sala de clases, cuando de pronto ella le da a Joto un beso un poco más intenso de lo normal.

—¿En serio tienen que hacer eso acá? —se queja Álex, mirando hacia todos lados y ellos se largan a reír.

—¡Disculpa, Álex! ¡No sabíamos que solo ustedes tenían derecho a comerse en público! — señala Joto.

—¿Solo comerse? ¡Si estuvieron a punto de «hacerlo» frente a todo el mundo! —añade Amelia y nos ruborizamos al máximo mientras Álex hace esfuerzos para que bajen la voz. ¡Oh, Dios! Hasta yo quiero que me trague la tierra.

—Menos mal que Trini intervino —continúa José Tomás mientras bajamos las escaleras hacia la salida del colegio y un extraño sentimiento se apodera de mí.

Desde que formalicé lo mío con Álex, Trini se muestra más distante. Aún me cuesta mirarla a los ojos luego de que me diera aquel beso en el juego de la botella, pero también siento que algo más ha cambiado entre nosotras. Mis sospechas sobre su interés en Álex se intensificaron, pero como nunca lo hemos hablado, creo que por ahora lo mejor es darle un tiempo hasta que ella quiera conversarlo. Sé que pronto lo superaremos, como ya lo hemos hecho en ocasiones anteriores. Por algo somos mejores amigas.

—¿No quieren ir al centro comercial con nosotros? —nos invitan José Tomás y Amelia, interrumpiendo mis pensamientos, cuando nos encontramos ya frente a la salida del colegio.

—Eh, gracias... Pero es que ya tenemos planes con Solae —responde Álex mientras me mira, esperando complicidad de mi parte.

—Es cierto, tendremos una maratón de series, pero gracias igual. ¿Quizás para la próxima? — me disculpo sonriendo.

—Claaaro, maratón de «seeeries» —se ríe Joto, codeando a Álex y se despiden de nosotros al salir. Ambos preferimos omitir comentarios.

Apenas giramos a la izquierda en nuestra ruta, me pego como una lapa al brazo de Álex y siento cómo se sonroja, pero me devuelve el gesto tomando mi mano y seguimos caminando. De pronto Álex enlentece el paso.

—Tú... ¿querías que los acompañáramos al mall? —me pregunta sin mirarme. Noto preocupación en el tono de su voz.

—Quedamos en ir a tu casa ¿no? Eso no lo cambio por nada.

Lo siento relajarse ante mi respuesta y vuelve a retomar el paso. Me doy cuenta de que Álex quiere estar conmigo tanto como yo quiero estar con él y esto al menos a mí me tiene muy nerviosa, ya que aunque siempre veíamos películas juntos, esta será nuestra primera vez haciéndolo como novios. Álex me abraza por la cintura y me acerca hacia él, y su gesto provoca que en mi interior se enciendan chispas de colores.

Un poco más adelante, pasamos frente a una pareja de universitarios que conversan en una banca.

—¡Feliz viernes! —les grito, y aunque me miran extrañados, me devuelven el saludo—. ¡Yo también estoy en una cita! —añado apuntando a Álex y ambos se miran sonrojados, pero sonrín y nos despedimos. Mientras avanzamos, Álex me reprocha en voz baja, avergonzado.

—¿Cómo les dices eso? ¿Y si no eran pareja?

—Entonces, quizás ahora sí se dan cuenta de que se quieren —respondo divertida mientras seguimos nuestra ruta y luego saludo a otro par que se acerca caminando en sentido contrario al nuestro—. ¡¡Él es mi novio!! —les grito cuando están más cerca y Álex se pone aún más rojo. Soy mala, lo sé. Me encanta molestarlo. Lo tomo de las manos y comienzo a hacer un mini baile, mientras avanzamos hacia el semáforo. Vemos que esta vez se acerca una familia.

—¿A ellos también se los anunciarás?

—¡Claro que síii! —respondo a punto de saludarlos, pero antes de poder llamar su atención, Álex me atrae hacia él y me besa, provocando que mil mariposas recorran desde la punta de mis pies hasta mi coronilla. Me quedo paralizada de la impresión.

—Te amo, Soli —me susurra tan rojo como yo y me emociono porque es primera vez que me llama así—. Pero a veces no es necesario gritarlo —agrega y vuelve a besarme. La familia pasa a nuestro lado, y para mi sorpresa Álex no se separa de mí, aunque sé que por dentro se está muriendo de vergüenza.

—¡Lo hiciste para que me callara! —le reprocho una vez que se alejan, y él sonrín—. Pero creo que puedo perdonarte —le sonrío de vuelta y decido dejarlo en paz (aunque sea solo por un rato).

Decidimos pasar al minimarket a adquirir provisiones para nuestra maratón. Compramos bebidas, *snacks*, Álex agrega unos chocolates y esta vez yo me ofrezco a pagar unas papas fritas

premium que ambos amamos y que solo compramos para celebrar ocasiones especiales como esta: nuestro primer fin de semana juntos y el inicio de nuestra relación.

Mientras hacemos la fila para pagar, entra a la tienda un grupo conformado por una chica y dos chicos bastante guapos y que visten el uniforme de otro colegio. Hablan fuerte y parecen discutir de manera amistosa... o quizás no tanto. Entre ellos, destaca un chico muy alto, rubio y con los ojos de ensueño que nos saluda sonriente con la mano. Aunque jamás lo he visto en mi vida, de alguna forma me resulta familiar.

Le devuelvo el saludo extrañada, pero a la vez fascinada de no ser la única loca que saluda a extraños. Quizás él se siente tan feliz como yo.

Álex carraspea, devolviéndome a la realidad. Cuando me giro hacia él me doy cuenta de que me mira con el ceño fruncido.

—¿Desde cuándo te gustan los rubios? —me pregunta intentando parecer enojado, pero noto cómo su boca lucha contra esbozar una sonrisa.

—Cierto, nunca me han gustado —le respondo—. Pero no puedes negar que ese chico está para comérselo —añado, y Álex se detiene, mirándome confuso y quizás un poco ofendido—. ¡Es broma, Álex! Además, ¿no te das cuenta de que ambos parecen estar interesados en esa niña?

Voltamos a mirarlos de reojo. El rubio tiene aspecto de querer provocar al pelirrojo frente a la chica. Sin duda, la forma en que los tres interactúan da la impresión de que están muy sumidos en un triángulo amoroso. Nos divertimos viendo las reacciones del afectado, cuando de pronto el rubio se da cuenta de que los espiamos y nos guiña un ojo. Podría jurar que su gesto iba dirigido exclusivamente a Álex.

—Hmmm, parece que la que debería ponerse celosa aquí soy yo —bromeo, y Álex casi se atora de la impresión.

—Los rubios no son mi tipo —refunfuña—. Está mejor el pelirrojo —agrega intentando parecer serio y lo miro con sorpresa. Luego de unos segundos, resopla no pudiendo aguantar más la risa y explota en una carcajada junto a él.

—De todas formas, estoy seguro de que ese chico alto te estaba coqueteando a ti —me dice, retomando el tema, una vez que pagamos nuestra compra y salimos del local.

—¡No seas bobo! Y aunque así fuera, tampoco es mi tipo —Álex me mira poco convencido mientras yo saco mi móvil y busco algo en él—. A mí me gustan más los chicos de pelo castaño oscuro con cuerno de unicornio —digo divertida mientras le muestro en la pantalla la foto que había encontrado por casualidad asomada en un cuaderno de Álex, al parecer tomada durante el Tri y que me vi obligada a immortalizar en mi celular.

—¿Qué?! ¿Cómo es que tienes esa foto?! —dice intentando quitarme el móvil.

—Sé que la dejaste a la vista a propósito para que la encontrara —me río evitando que me la quite y luego echo a correr—. ¿Te la tomaste pensando en mí?

—¡¡Borra esa foto, pulpicornia malvada!! —escucho que me grita mientras me persigue—.

¡Solaeeee! Ambos corremos un par de cuadras y entre los accesos de risa casi no logro respirar.

—¡Solo si gritas cuánto me quieres! —le digo, pero luego de unos instantes, Álex me alcanza y jadeando de cansancio, me rodea con sus brazos y me coge la mano que sostiene el celular. De tanto correr ya nos encontramos frente a la puerta de su casa y me acorrala contra el muro de la entrada.

—Maldita Solae. No sé cómo te amo tanto si a veces siento que te odio.

—Yo te odio más —digo a punto de besarlo de nuevo, pero noto que antes de acercarme a él, se corta.

—Acá no... —dice avergonzado.

—¿Por qué? Creía que ni tu mamá ni Paula estaban hoy en tu casa —digo pensando que él teme que nos estén viendo desde adentro.

—No es por eso... —dice mirando hacia arriba y tardo en notar una cámara de seguridad muy disimulada sobre nuestras cabezas.

«¿Desde cuándo está eso ahí?»

—Pero dentro de mi habitación no hay cámaras... —añade, sin mirarme, aunque esbozando una sonrisa.

—Pensé que veríamos la serie en el salón ¿o... no? —sonrío nerviosa mientras mi cabeza comienza a proyectar una película completa, con secuela, *spin-off*, saga y escenas post créditos incluidas, sobre lo que podía estar intentando insinuar.

Álex abre la reja, pero no me responde.

—¿Estás ignorándome? —insisto entrando detrás de él.

—¡Tú sirves las papas fritas! —me pide cambiando el tema, mientras entramos a su casa.

—¡Álex! —insisto.

—¡Yo preparo las salsas!

—Ok, ok, pero esta vez te ayudo —le respondo a quien ahora, además de ser mi novio, y a pesar de todos sus defectos, sigue siendo el mejor amigo que alguien podría desear.

Agradecimientos

Justo cuando creía que terminar una novela sería lo más difícil, intento comenzar a escribir los agradecimientos. Y es que no me siento capaz de expresar tanta gratitud y felicidad solo con palabras y honrar a todos los que estuvieron conmigo en este proceso. Pero ustedes lo merecen, y por lo mismo haré mi mejor esfuerzo:

Primero que todo, chorramil millones de gracias a mi amada familia. Ustedes sí que se merecen un monumento. Sin su infinita paciencia, apoyo, motivación, amor, comprensión, abrazos y tiempo prestado para que pudiera escribir, esta novela simplemente no existiría. Mención especial para mi pareja, amor de mi vida, mejor amigo, padre de mi hijo, editor de bolsillo, agente, manager y primer fan de #nomeconoces, que con su ayuda, consejos y sinceras (a veces despiadadas) críticas me ayudó a sacar lo mejor de esta historia.

A mis amados y muy pacientes lectores (y oyentes) cero. Por atreverse a conocer esta apuesta cuando solo era una masa amorfa llena de esperanzas. Por enviarme los primeros comentarios, halagos, teorías conspirativas, *hype* y buena onda. Por su paciencia al esperar los últimos capítulos (por no mencionar algunas amenazas de muerte, jajaja) y por su creciente amistad. ¡Los adoro!

A todos mis maravillosos amigos, familia, colegas, conocidos, autores, escritores y profesionales de otras áreas que con sus expertos conocimientos y con su increíble buena onda y voluntad, dedicaron parte de su valioso tiempo para escuchar mis inquietudes, ayudarme con su experiencia, consejos y/o servicios. Muchas gracias por sus enseñanzas sobre creación de historias y guion; sus análisis y críticas constructivas; por su importante asesoría y consejos legales; fotografía profesional de lujo y edición inmediata de bolsillo. Gracias además por aplicar sus doctorados en mejoramiento de ánimo, *escuchadoría* con mención en paciencia avanzada, organización de juntas, eventos y carretes (con especialización en juegos de mesa); terapias de frapuccino, chocolate blanco caliente (y otros brebajes) a la vena; consejería online y presencial intensiva; lanzamiento de flores y levantamiento de autoestima de urgencia. A quienes creyeron en mí, a quienes me convencieron de que tenía el potencial para escribir, por recomendarme y apoyarme de mil maneras posibles e imposibles. ¡Ustedes son lo más!

Por supuesto a todos mis maravillosos lectores y lectoras de Wattpad, quienes me llenaron (y me siguen llenando) de felicidad con cada interacción, comentario, estrellita de voto, «leído» o mensaje. A quienes se atrevieron a conocer Wattpad gracias a mi historia; a los que comentaban y se emocionaban con cada párrafo; a quienes me leían en sus ratos libres o a veces en el trabajo y/o durante sus clases; a quienes devoraron mi novela en solo un día, y a los que me mandaron sus

mensajes llenos de *hype* luego de terminarla a las cinco de la madrugada. A quienes la han leído más de una vez y aún se emocionan releendo; a las que me rogaban por spoilers, a quienes me sugirieron canciones perfectas para la *playlist* de Spotify; a quienes se la recomendaron a sus amigos y familia; a los que hicieron trabajos sobre NMC para difundirla en sus colegios; a las que la leyeron en pijamadas con sus amigas; a quienes vivieron situaciones similares (okey, quizás no taaan similares) a mi historia; a quienes me abrieron su corazón compartiéndome sus experiencias personales, a quienes se atrevieron a declararse a sus mejores amigos motivados por la historia (¡y les fue bien!); a los lectores fantasmitas que nunca comentaron pero que me consta que estaban ahí apoyando y a los que de pronto dejaron el anonimato porque necesitaban desahogarse; a quienes me aseguraban que ganaría los Wattys y que mi novela saldría publicada algún día en papel (wiii, ¡tenían razón!); a los/as siguen mis otras historias y están muy atentos a lo que escribiré a continuación y por supuesto a quienes a través de Wattpad se convirtieron en mis amigos/as. ¡Muchísimas gracias por tanto amor!

A todos quienes con sus *fanarts* tan hermosos, llenos de cariño y talento me emocionaron hasta hacerme saltar de alegría con chillidos incluidos. Cada una de sus obras ha sido muy especial para mí: ilustraciones, bocetos, cómics, artesanías, collares, amigurumis y hasta tortas de cumpleaños decoradas con pulpicornios. Por favor, no dejen de mostrarme y enviarme sus creaciones. No saben lo feliz que me hacen.

A mi adorada editora y todo su maravilloso equipo: mil gracias por creer en mi novela y junto a Penguin Random House darme la oportunidad de cumplir el sueño de poder publicarla en papel. Y por supuesto, mil gracias a ese gran autor al que (sin yo saberlo) le gustó mi historia y se la recomendó.

Por último, pero no menos importante, muchas gracias también a ti (sí ¡a ti!) por leer *No me conoces, pero soy tu mejor amigo*. Tú, lector/a, eres una de mis principales motivaciones para seguir escribiendo.

¡Pulpicornio les manda todas sus bendiciones!

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Cata Kaoe

© © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-384-148-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl